

13

Parte 3

MILÍMETROS

ANGELA



BEATRIZ G. LÓPEZ

Índice

[Anteriormente, en 13 Milímetros](#)

[Capítulo 1 - Angela](#)

[Capítulo 2 - Angela](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14 - Angela](#)

[Capítulo 15 - Sylvia](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19 - Angela](#)

[Organigrama descubierto](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca de](#)

13 MILÍMETROS – ANGELA

Parte 3

Beatriz G. López

© Beatriz García López, 2018

Primera edición: 2018

Autoedición: Beatriz García López y Álvaro Martín Fernández

Diseño de cubierta: Álvaro Martín Fernández

Edición de imagen de cubierta: Claudia Merino Ledesma

Maquetación: Álvaro Martín Fernández

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Web: beatrizlopez.com

Twitter: [@Beatriz_GLopez](https://twitter.com/Beatriz_GLopez)

Facebook: facebook.com/beatrizlopezoficial

Instagram: [@beatrizg.lopez](https://instagram.com/beatrizg.lopez)

Anteriormente, en 13 Milímetros

Annibal Scorpio, un narcotraficante de veintiocho años y con un puesto de renombre dentro del mundo del crimen, ve amenazada su hegemonía. Comienzan a sucederse una serie de asesinatos de hombres pertenecientes a su organización, todos ellos firmados de un modo particular: una estrella arrojadiza con el número trece grabado en el metal.

El asesino en las sombras no solo oculta su identidad a Scorpio y los suyos, cada vez más inseguros porque puedan ser los siguientes, sino que también mantiene en jaque a la policía. En concreto, a Wolfgang Sawyer, sargento de la Brigada contra el Crimen Organizado en la ciudad, así como al resto de su equipo. Al identificar los cadáveres, pronto los enlazan con el hombre que los lidera. Tratando de esclarecer lo sucedido, y a pesar del riesgo que puede conllevar, Sawyer y los suyos visitan a Scorpio en varias ocasiones. Como es de esperar, los policías no sacan mucho en claro, pero la información que leen entre líneas les permite descartar al propio Annibal como implicado en los crímenes. Además, averiguan que desconoce, tanto como ellos, quién es el asesino.

Las pistas físicas que la policía tiene por el momento, además de los cuerpos, son las estrellas ninja, proyectiles, casquillos, huellas de neumático... y dos pequeños textos: «Aúlla mientras puedas» pintado con espray en la pared de un escenario del crimen y «A la segunda va la vencida» en una nota dentro de la chaqueta de uno de los muertos. Creen que apuntan a Rafael Espinosa, también conocido como «el Lobo» y mano derecha de Scorpio. Eso les hace corroborar algo que ya sabían: el homicida invisible sabe muy bien a quiénes está atacando.

Por otro lado, Annibal intenta seguir con su vida. Su orgullo y determinación le alientan a mantener un férreo escudo de cara al exterior, pues tan solo una fisura de debilidad es la excusa perfecta para sus enemigos. Entonces conoce a Angela, que desde el primer momento llama su atención tanto por su físico como por su carácter. Esto no sienta demasiado bien a Deborah, quien profesa sentimientos por él desde hace mucho tiempo.

Pero los asesinatos siguen sucediendo. La muerte de uno de los suyos, Larry Greenwich, en un cochambroso motel hace que Scorpio decida visitar al tipo con el que Larry debía haberse reunido: Nelson Austen. Cuando lo tiene delante, no puede reprimir sus impulsos violentos al creer que se trata del famoso asesino. Tras una brutal paliza, Scorpio acaba con su vida y determina que el hombre para el que Austen trabajaba, O'Quinn, se encuentra detrás de todos los fatales ataques. Annibal ya tuvo problemas con él en el pasado y está dispuesto a llegar adonde haga falta para volver a recordarle quién domina dentro del imperio criminal.

Tanto es así que Scorpio, junto al Lobo y Sandro Biaggi, decide hacerle una visita a O'Quinn a su casa de Filadelfia. Annibal, confiado por su estatus, accede a entrar solo al despacho del anfitrión. Una vez en el interior, se ve acorralado por O'Quinn y los suyos, que niegan tener algo que ver con las famosas muertes. Al final, tanto el Lobo como Biaggi terminan accediendo al lugar. Esto, acompañado de una proposición de O'Quinn sobre un negocio de armas ilegales, consigue calmar los ánimos. Pero durante la vuelta en coche, Scorpio determina que va a matarlo.

Se decide que la transacción va a tener lugar en un muelle portuario. Scorpio y los suyos, preparados para quitar de en medio a O'Quinn, se sorprenden cuando ven que este también va acompañado de un séquito de hombres. Un disparo en el hombro de Annibal inicia un tiroteo encarnizado. Por un giro de los acontecimientos en el que la actuación de Biaggi es fundamental, es la banda de O'Quinn la que sale huyendo del lugar. Hay muertos en los dos bandos.

Scorpio se ve obligado a guardar reposo a causa de sus heridas, pero se siente como un león

enjaulado. Es por eso que, casi dos semanas después, decide salir a la calle. Lo que no sabe es que está siendo objeto de vigilancia de la policía, quien lo sigue hasta el restaurante donde para a comer. Tras un desagradable encuentro en el interior con el detective Rickman y el sargento Sawyer, es finalmente detenido a la salida por un plan improvisado del sargento. Annibal es llevado a comisaría, donde decide contactar con el Lobo para comentarle su situación. Después de un interrogatorio, pasa allí la noche. Sin embargo, gracias a la astucia de Rafael, es puesto en libertad.

Junto a dos de los muchachos que trabajan para él, es el propio Rafael el encargado de ir a buscar a Scorpio. Uno de ellos, sin conocer la identidad del jefe, no mide sus palabras. Tras la metedura de pata, el Lobo decide poner a prueba a Johnny, el otro. Le ordena matar a su compañero. Después de que sus superiores se bajaran del coche, Johnny cumple con el mandato. A la vuelta, sin embargo, atraviesa otra dura prueba: se enfrenta, en un callejón oscuro, al autor de la Cadena del Trece. Herido, el chico finalmente logra escapar, y se lleva con él una prueba que será clave para descubrir al asesino. Se trata de una pulsera de plata que a Scorpio le resulta muy familiar.

Dos días después del fatídico descubrimiento, Annibal invita a Angela a su casa. Como otras tantas veces, la chica acude. Pero lo que prometía ser una nueva noche de complicidad y pasión, se convierte en algo mucho más atemorizante. Poco a poco, la chica va descubriendo que algo va mal, muy mal. Se está debilitando, le ha echado algo en la copa. Es entonces cuando se da cuenta de lo que ocurre, de las intenciones del narcotraficante. Pero ya es tarde. Angela pierde la consciencia y queda en manos de Scorpio.

Para Lalo

*In the land of gods and monsters,
I was an angel.
Living in the garden of evil.*

Lana del Rey
(Gods & Monsters, Paradise, 2012)

Capítulo 1 - Angela

Tardé años en decidirme a actuar. Demasiados, quizá. Tal vez no creía que pudiera tener una oportunidad, o tal vez no había llegado mi momento. Pero ¿cuál era mi momento? ¿Cuál, si mis venas ardían y me suplicaban a gritos que me lanzase de una vez? De algún modo no siempre me vi preparada. Pero, a veces, la mejor preparación comienza con hacer real la posibilidad. Y yo haría de esa posibilidad una certeza.

Deborah Adams.

Ella conformaba la primera pieza de mi enrevesado y obsesivo puzle.

Averiguar su nombre no fue difícil. Poco más que mera y paciente observación. Si algo se me había dado bien siempre era hacerme pasar por invisible, por un simple fantasma. Aunque un fantasma con cara bonita a veces tiende a sobresalir, y lo que yo he buscado estos últimos años era desaparecer. Con todo, de algún modo u otro conseguía dejar el menor rastro posible tras mis pasos.

Así pues, allí estaba ella: la misma chica morena que llevaba viendo desde hacía tres días hacer el mismo recorrido. Aquella de cabello negro y corto que le llegaba por la barbilla. Desde el primer momento me recordó a una *pin-up* del siglo XXI, imagen que se iría confirmando y deformando conforme pasaba el tiempo. Tres días. Tres malditos días en los que la veía aparecer con esos andares que a todas luces buscaban llamar la atención.

Mentiría si dijera que no soy buena investigando. Siempre lo he sido. Mi mente minuciosa tiende a analizar todo demasiado, lo que resulta favorecedor para mis fines. Casi siempre. Ya había visto a Deborah varias veces acompañando al jefe de esa organización. De lejos, siempre de lejos. Había sido estúpidamente fácil dar con la dirección de ese hombre, solo había necesitado seguir el rastro de vanidad y descarado perfume de esa chica venida a más. Y me di cuenta del frecuente contacto que tenían. Necesitaba reprimir las llamas viscerales que me consumían las entrañas cada vez que veía la figura del dueño de aquella ampulosa vivienda. Solía mantenerme a una distancia prudencial de aquel lugar. Como comentaba al principio, me costó verme preparada para ir más allá. Durante mucho tiempo lo único que supe de él fue su nombre.

Annibal Scorpio.

Un nombre que bullía como ácido en cada célula de mi cuerpo desde hacía cuatro años. Un nombre clavado en mi interior como si se me hubiese tatuado a la fuerza con el filo de un cuchillo. Un nombre que ha formado parte de mis más peligrosas obsesiones, de mis fantasías más nocivas.

Ah, pero una vez que decidí lanzarme al vacío, supe que esa zorra me ayudaría a conseguir mis propósitos: entraría en esa oscura forma de vida sin levantar ninguna sospecha. Paciencia, discreción, temple. Eran la clave.

Me había resultado muy sencillo conocer ciertas rutinas de esa tipa. La primera vez que pensé en seguirla acababa de salir de la enorme casa de ese cabrón. Lo confieso, he pasado las horas muertas delante de esa suerte de mansión urdiendo planes y fantasías en mi mente, así que no me sorprendía cuando la veía salir. Solía ser rutina. También solía imaginar acerca de esas visitas. Suponía que no era tan lista como para formar parte del grupo organizado, pero sí tan guarra para ser un elemento frecuente entre las sábanas del jefe.

La cuestión es que, cuando salió aquella vez, ya estaba preparada para ir detrás de ella. No soy idiota, yo siempre iba en coche cuando acudía allí. Nunca pensé que fuera un riesgo, pues podría ser de cualquier vecino. Aunque mi Toyota Avensis plateado no es que encajara muy bien en aquel barrio de clase alta. Sin embargo, siempre era mejor eso a estar plantada en la acera como un pasmarote. Habría llamado demasiado la atención y era fundamental seguir siendo un

fantasma. Cuando Deborah cogió un taxi, solo me limité a seguirlo. Llegados al destino, el siguiente movimiento fue mirar el buzón de la mujer que tantas y tantas veces había visto en compañía de ese maldito hombre. Fue cuando me enteré de su nombre: Deborah Adams.

Fácil.

Lo que sucedió después vino prácticamente solo. Pensé que tenía que acercarme a ella en un ámbito muy diferente al que Deborah solía frecuentar, de modo que cada movimiento resultara de lo más natural. Una vez más, me sorprendí de lo sencillo que resultaría. Si hubiese querido acabar con ella, habría resultado hasta aburrido. Esa mujer era pura rutina. Sin ser consciente de ello, me regaló la excusa perfecta.

Y es por eso que ese día soleado, ese tercer día de observar cómo movía su pomposo culo, me encontraba sentada en el parque que lindaba con aquel gimnasio. Fingía que leía. De hecho, estaba leyendo hasta que mi atención me había avisado desde el rabillo del ojo que Deborah aparecía en escena. Levanté la vista de entre las páginas y la observé a través de mis oscuras gafas de sol. Ella caminaba con la cabeza bien alta, no se había dado cuenta de mi presencia. Qué novedad, pensé, pues había sucedido lo mismo que los dos días anteriores. La vi entrar por la puerta del gimnasio. Me costaba mucho comprender por qué acudía allí con tacones. Entonces sentí una gran curiosidad por ver los modelitos que lucía para hacer ejercicio, si es que ese era el verdadero fin de sus visitas a aquel centro de deporte. Me la imaginaba como las típicas mujeres para las que el ejercicio es un mal menor que tienen que soportar con tal de lucir sus cuerpos entre los portadores de testosterona con mucha mancuerna y poco cerebro.

Dejé que transcurrieran cinco o diez minutos, durante los que regresé mi atención al libro. Pero apenas me podía concentrar. No con el objeto de mi vigilancia tan cerca de mí en algún lugar detrás de aquellas amplias paredes acristaladas. Cerré la novela y la guardé en mi amplio bolso negro. *El invierno del mundo* se merecía una atención que en ese momento no podía darle, y casi me disculpé mentalmente con el autor. Sin más dilación, me dirigí hacia la puerta del gimnasio. El rótulo, «Kim Palace», era más grande de lo que parecía desde lejos.

Al cruzar la entrada comprobé que esta se activaba sola al detectar el movimiento. Sin duda, era muy propio de la señorita «tengo el ego por las nubes». Estaba claro que no escatimaba en gastos para demostrar cuál era su posición social. A pesar de que era un gasto con el que ya contaba, me molestaba que no hubiese elegido algo un poco más económico. Nunca me sobró el dinero. Resoplé en silencio. Me consolé con que, al fin y al cabo, se trataba de una buena causa.

El característico olor a cloro me dio una bofetada nada más entrar, mezclado con el perfume del dulce ambientador de la recepción. Me gustaba. Y mirando a mi alrededor descubrí que el lema de aquel templo de culto al cuerpo era «nosotros ponemos las instalaciones, tú pones los límites». Cuidaban los detalles. Todo se veía pulcro. El mostrador contaba con dos plantas verdes, altas y muy bien cuidadas a los laterales. Encima, una cesta con caramelos de varios sabores. Sin azúcar, por supuesto. Y, preparada para atender las peticiones de cualquier cliente, real o potencial, una chica joven sonreía. Tardé unos segundos en darme cuenta de que esa sonrisa iba dirigida a mí. Me miraba a través de sus enormes y modernas gafas de pasta, de algún modo en sintonía con su pelo marrón y rizado cogido en una coleta.

—¡Buenas tardes! ¿En qué le puedo ayudar? —me preguntó muy amablemente. Dejó lo que estaba haciendo para regalarme su atención.

—Me gustaría inscribirme. —Y yo traté de que mi interés pareciese genuino.

—Muy bien. —Se tomó sus largos diez minutos solo para explicarme el funcionamiento de las instalaciones y las diversas actividades colectivas que tenían lugar allí, además de las que se podían llevar a cabo de forma individual—. ¿Sabe ya cómo funciona el sistema de pagos? Puede

elegir entre el pago mensual o los bonos. Los tenemos trimestrales y anuales. El ahorro en los trimestrales es de cinco dólares por mes y en los anuales es de diez. —Resultaba evidente que era una información que había repetido hasta la saciedad.

—Pagaré mensualmente.

La afanada recepcionista intentó convencerme una vez más de las ventajas de los bonos, y otra vez me vi obligada a rechazarlo con amabilidad. Me gusta practicar deporte, pero mi estancia en aquel gimnasio solo obedecía a un propósito, y no estaba relacionado con una vida saludable. Y, al fin y al cabo, esa chica tan solo hacía su trabajo. Como yo el mío.

Sin abandonar su sonrisa, la muchacha me pidió los datos personales para rellenar mi ficha de usuaria. Traté de no hacer ningún gesto que evidenciara lo incómodo que resulta para mí hacer cualquier referencia a mi vida personal, aunque fuese en algo tan nimio como aquello. Tampoco podía negarme sin levantar sospechas. A medida que yo iba hablando, ella tecleaba rápido en el ordenador. Luego imprimió el formulario relleno y me lo entregó para firmarlo. La recepcionista se quedó con una copia y yo con otra, donde figuraba el nombre del gimnasio, la fecha, el modo de pago, mis datos y demás información burocrática. Aboné la primera mensualidad en el momento, ya había contado con ello. Después, cogí el recibo que me tendió y lo guardé en mi bolso, junto con el libro del consagrado Ken Follett.

—Muy bien, puede empezar hoy mismo si quiere. Aquí tiene un folleto con el programa de actividades que le he comentado antes.

—No me trates de usted —reí sin más remedio—. Gracias, pero ya esperaré a mañana. Hoy tengo el día algo ocupado.

—Estupendo —aceptó la joven con una sonrisa tal que se le rasgaron los ojos—. Nos vemos mañana, entonces.

—Nos vemos mañana —repetí.

Acto seguido me di la vuelta. Me encaminé hacia la puerta acristalada mientras me abrochaba la chaqueta. Hacía poco que había comenzado la primavera y el buen tiempo todavía era demasiado tímido. Noté la diferencia de temperatura al salir a la calle. Ya no me llegaba el agradable olor a cloro. En mi estómago notaba el peso de haber avanzado en aquella complicada tarea que rondaba mi mente desde hacía cuatro años.

Cumplí mi palabra y el día siguiente fue, efectivamente, mi primer día de entrenamiento allí. Solía correr en la calle, en especial en los parques, pero sabía que no me costaría adaptarme a la nueva rutina. Me encantaba la sensación de las endorfinas cabalgando libremente por mis venas. Y para mí siempre fue importante mantenerme en forma.

Reprimí una sonrisa cuando encontré allí a Deborah. La precisión era milimétrica, no fallaba.

La realidad que encontré en aquella sala de gimnasio no fue muy diferente a la caricatura que había estado elaborando en mi imaginación con respecto a esa mujer. Debía de tener una ridícula obsesión con su propia imagen, puesto que no le faltaba el maquillaje, ni siquiera sobre la cinta de correr. No había prenda que no vistiera conjuntada, incluso la cinta del pelo. No me sorprendieron los colores chillones. En ese preciso momento tuve la sensación de que incluso una feria ambulante pasaría desapercibida a su lado.

Los primeros días procuré no coincidir con ella en máquinas cercanas. También me negué a participar en clases colectivas, a diferencia de ella. De ningún modo quería que el encuentro fuese artificial, aunque estaba segura de que ni se daría cuenta. Mi labor consistía en realizar correctamente mis ejercicios, como si fuese una chica cualquiera en un entrenamiento cualquiera. Tampoco quería dar la típica imagen de la fémica que aprovecha el gimnasio para subir su

autoestima, proporcionalmente alimentada por la cantidad de miradas de hombres que se llevaba. ¡Vaya! Justo lo que hacía Deborah. Se esforzaba por mantener ese cuerpo del que presumía, eso no lo podía negar, pero también aprovechaba para demostrar con creces sus dotes sociales. Especialmente y en concreto con el público masculino.

Visto lo visto, acercarme no iba a resultar tan fácil después de todo.

Me pregunté cómo me las iba a arreglar para que mi importante primer contacto no quedara en una simple y anodina conversación esporádica susceptible de caer en el olvido. No, eso no me valía.

Para mi sorpresa, no me hizo falta romperme la cabeza.

Fue la siempre despampanante Deborah quien, un buen día, se acercó a mí esbozando su sonrisa de dientes blancos. Lástima que la alineación de estos no acompañara.

—¿De dónde es el conjunto?

Su voz me llegó de forma tan inesperada que al principio no pensé que me estuviera hablando precisamente a mí.

—¿Perdona?

—Sí, tu ropa. ¿Dónde te la has comprado?

Su voz sonaba tan pizpireta como su imagen. Miré mi atuendo deportivo. Aunque ajustado, era bastante corriente. Ni siquiera se acercaba al colorido de su vestimenta. Me había pillado tan desprevenida que me sentí confundida.

Y mi pulso se había acelerado.

—No lo sé. La tengo desde hace bastante tiempo. —Respondí lo primero que se me pasó por la cabeza, aunque no era mentira. ¿Cómo iba a acordarme de un detalle tan insignificante como aquel?

—Te queda muy bien. Es bonito, me gusta. Y, chica, tenía que preguntártelo.

¿En serio la chica objeto de mi seguimiento me estaba halagando de aquel modo tan banal? Una observación tan superficial como ridícula bajo mi punto de vista. Pero había sido directa, muy directa para ser yo una completa desconocida para ella. Pensé que tal vez se le había antojado preguntar y eso había hecho, sin pensar en mi reacción. Sea como fuere, me había allanado el terreno y eso era algo que yo pensaba aprovechar, aun cuando no terminaba de comprender la situación.

La comprendería semanas más tarde, cuando la propia Deborah me confesaría que si se había acercado a mí aquel día había sido por puro interés. Y es que no llevaba muy bien eso de que los hombres de nuestro alrededor me miraran más a mí que a ella. Fue una revelación que me sorprendió, puesto que me hizo darme cuenta de que no estaba pasando tan desapercibida como yo pensaba. Al menos era una mujer sincera, y no había tenido ningún reparo en decirme que creía que, a mi lado, su popularidad subiría. ¿Popularidad? No me necesitaba para eso, no me interesaba ser popular ni lo más mínimo. Pero no sería yo quien la sacara de su error.

La cuestión es que las conversaciones que empezaron con cuatro tonterías entre bicicletas estáticas, cintas de correr y máquinas de fitness no tardaron mucho en trasladarse fuera del gimnasio. Esta vez fue mi iniciativa. Tenía que ir ganando terreno. A Deborah, por supuesto, le encantó la idea. Incluso le hizo ilusión. No me costó mucho darme cuenta de que elegía muy bien sus amistades, y el criterio era que ella se viese beneficiada de algún modo. Debió de creer que me parecía a ella, lo que me daba ganas de salir corriendo, pero me quedé. Casi podía saborear el éxito que ella creía tener al haberme «fichado» para su círculo.

Pronto comenzó a contarme sus intimidades.

Me iba ganando su confianza, mi simpatía era casi natural. Por supuesto, tuve que

inventarme datos acerca de mi vida personal para que Deborah creyese que esa confianza era recíproca.

Le hablé de un tal Dave. Ficticio, claro. Su insistencia en conocer mi vida sentimental era tan cargante que esa me pareció la mejor opción. No ahondé en detalles. Lo primero que me preguntó del supuesto tipo fue su aspecto físico. No pude evitar suspirar. Respondí lo que ella quería oír. A pesar de que Deborah rondaba la treintena, varios aspectos del comportamiento de la mujer la hacían asemejarse a una adolescente de hormonas revolucionadas. Y fue precisamente eso lo que hizo que olvidase el cuidado que debía tener acerca del hombre con el que se acostaba. Habíamos llegado a un punto en el que se permitió contarme lo que hacía días que necesitaba expresar.

—Pues no sé cómo será ese Dave, pero tendrías que ver a mi Annibal. Eso, querida, es un hombre de verdad.

Fue la primera vez que escuché ese nombre de sus labios.

Sentí una aguda punzada en el estómago ante lo inesperado de la confidencia. Después, repulsión. Me obligué a sonreír.

Por supuesto, me interesaba corroborar esa información. Eso significaba que estaría situada a distancia suficiente, habría atravesado la gran pared de hormigón figurado que siempre rodeaba a ese malnacido. Y podría matarlo.

Me di cuenta entonces de que a Deborah le encantó mi reacción. Amaba alardear de aquello que decía suyo. Me satisfizo, me satisfizo profundamente que esa mujer fuera tan negada para ver más allá. En realidad, no tenía motivos, yo jugaba muy bien mis cartas. No abandonaba mi papel en ningún momento.

Tanto era así que me terminaría pasando una gran factura en el futuro.

Por aquel entonces no lo sabía, claro. No habría podido adivinarlo.

La cuestión es que, cuanto más presumiera ella, cuanto más me contara sobre mi objetivo, mejor preparada estaría yo para trazar un plan que me permitiera borrar a Scorpio de la faz de la Tierra. Eliminar, erradicar un rostro que apenas si había logrado vislumbrar de lejos. Y, así, continuó presumiendo. No tardó en sacar a relucir las fiestas que de vez en cuando se celebraban en la propiedad de aquel al que denominaba «su hombre». Realmente llegué a creer que lo era, tal era su narrativa. Y cuanto más me interesaba por los detalles, más importante se sentía Deborah. Así pues, me mostré lo suficientemente interesada como para que ella necesitase contarme más, pero lo bastante indiferente como para que no se me notaran las horribles ganas de penetrar en ese oscuro mundo. Debía guardarme las espaldas ante un posible contratiempo, eliminar cualquier rastro de sospecha potencial.

Tuve que acceder a salir de noche con ella alguna que otra vez. Estas «noches de chicas» solían terminar en discotecas de cuellos almidonados y cajitas de cocaína, droga que yo siempre rehusaba probar. Lo mismo hacía con el alcohol, con el que me controlaba bastante a pesar de confiar plenamente en mi lengua. El pack, además, venía con conocer a las amigas de Deborah, todas tal para cual. No me sorprendió. Me vi obligada a amoldarme a ciertos temas de conversación que a mí se me antojaron demasiado estúpidos, merecedores de aparecer en las típicas revistas que dicen que te aceptes a ti misma mientras que en la siguiente página te prometen bajar de peso.

Y encajé.

A lo largo de estas veladas tuve tiempo para comprobar que Deborah se comportaba como una perra en celo, más incluso de lo que había creído en un principio. Y eso que mi imagen de ella nunca había sido muy buena. Mientras que por un lado se jactaba de cuánto le gustaba ese estúpido

Scorpio y del tiempo que pasaba con él en la cama, por otro se iba con el primero que le hacía un poco de caso en las discotecas. Y no eran pocos. Ella no tenía ni idea de que yo sabía muy bien que su querido era el líder de un grupo criminal, y solía preguntarme qué pensaría un tipo así acerca de las actividades de su supuesta novia. Hablando claro, me importaban una mierda esos escarceos amorosos.

Evidentemente, no podía quedarme para siempre estancada en esa parte del plan. Debía actuar. Y, como comprobé entonces, no estaba tan ansiosa por llegar a mi verdadero destino. De algún modo, disfrutaba con aquello. Habían transcurrido poco más de dos meses desde que empezara a ganarme la confianza de Deborah.

Carlo y Ronald fueron los nombres que inauguraron mi lista.

Los había observado, sabía que acostumbraban a ir juntos en sus fechorías. Los escogí tal vez por su aspecto de idiotas. Fue bastante fácil acabar con ellos. Además de mi buena puntería, me valí del factor sorpresa. Fue cuando decidí que lo utilizaría en los siguientes ataques. Ya había sopesado la posibilidad de dejar una firma en mis obras, y había elegido el número trece. Siempre conocido por la mala suerte, decidí que en mi caso simbolizaría todo lo contrario. Representaría la consecución de mis objetivos, el aplacamiento de mi sed de sangre. El amuleto de mi venganza. Creí apropiado que fuera una estrella arrojadiza, la *shurikane*, mi arma característica. Quizá más por vanidad a la hora de firmar que otra cosa, pues soy bastante más diestra con un arma de fuego. Pero había practicado.

Y por *él*.

Mi primo guardaba una vasta colección y recuerdo que, de pequeña, me maravillaba. Ahora yo tenía mi pequeño arsenal. Justicia poética lo llaman. Tallar el número mágico en el metal frío me pareció una genialidad, incluso para mí misma. Y habría sido perfecto si hubiese podido matarlos tan solo con las estrellas, pero no es recomendable dejar cabos sueltos. Pueden sobrevivir. Al fin y al cabo, no soy tan letal.

Después de cuatro años, fallar por nimiedades me resultaba, simplemente, inconcebible.

Lo reconozco, puedo llegar a ser obsesiva. Mucho. Mi plan detallado, elaborado con un perfeccionismo casi extremo, contemplaba cada posible paso en falso o camino que pudiese surgir. Era como un árbol antiguo tallado en mi cerebro con sus incontables ramificaciones.

Cuando me di cuenta de que, por casualidad, esos dos desgraciados habían muerto en el callejón de la Calle Trece, no podía creerlo. Habría estallado en carcajadas si no se hubiese tratado de una situación tan seria, y si no hubiese corrido el riesgo de que me descubrieran. Planeado, no me habría salido mejor.

Así, la primera estrella estaba donde tenía que estar: en la frente del chaval pelirrojo. Juraría que escuché el sonido del cráneo resquebrajándose.

Fue la primera vez que maté.

No sentí remordimiento.

No cuando había visto mi juventud truncada.

La imagen que acudió a mi mente en ese preciso instante fue la de mis manos afilando los brazos de las estrellas. Guardaba especial cuidado en no dejar huellas, tanto en las armas como en cualquier otra parte. Y me sentí en la piel de un depredador que disfruta jugando con su presa desde las sombras. Siempre sombras. Ágil y rápida como un felino, para eso me entrenaba. Y para ser certera con mis disparos. A pesar de que gastaba bastante dinero en mi preparación. A pesar de que nunca me había sobrado.

Tal vez fuese un poco temerario llevar a cabo los siguientes crímenes al día siguiente, pero eso hice. La adrenalina me convenció de que utilizara la información que ya tenía sobre las actividades de otros hombres de Scorpio, adelantando acontecimientos.

La discreción había constituido mi segunda piel mientras caminaba hacia el Siete Lunas. Buscaba pasar desapercibida, tarea nada fácil al tratarse de un lugar donde se comerciaba, entre otras cosas, con sexo. ¿Qué pintaba allí una mujer, sola, si no acudía a su puesto de trabajo? No podía hacerme pasar por prostituta, pues ninguna allí me reconocería como compañera. De este modo, había optado por trenzar mi largo cabello rubio y ocultarlo bajo la cazadora negra. No buscaba ser reconocida por los clientes del lugar. ¿Qué era lo máximo que podría pasarme, que confundiesen mi inclinación sexual? Ni que fuera un problema. Problemas eran los que iban a tener ellos.

Mentiría si dijera que no me dio reparo cruzar aquella puerta de neones luminosos y sugerentes, pero la sensación me abandonó tan pronto como había aparecido al recordar para qué estaba allí. Había acertado con mi atuendo: casi todas las miradas se las llevaban ellas. No era para menos. Aproveché mi poca presencia para sentarme en una de las mesas más alejadas de las tarimas y escenarios. En las sombras, como siempre. Me sirvieron lo que había pedido: un zumo de piña. Creo que la camarera pensó que estaba allí para una entrevista de trabajo. La sola idea me removió las entrañas, pero me obligué a ignorar a mi propio cuerpo y a centrarme.

Esperé.

Esperé con paciencia y fue casi lo único que hice durante un buen rato.

Cuando mi principal objetivo apareció por la puerta, mis alarmas se encendieron. Dejé de mirar el movimiento hipnótico de las caderas de la rubia de turno. Abandoné mi aparente apatía para concentrar mi atención en Harold Klein. A su lado, llegué a reconocer a Robert Clayton. Ambos me repugnaban. Calculé la distancia mentalmente: era bastante prudencial. Me ayudaba a continuar pasando desapercibida, sí, pero también reducía mi efectividad. Debía improvisar. Sorbí zumo por la pajita naranja y continué mirando a mi alrededor con fingido desinterés. Fue entonces cuando me percaté del cartel que anunciaba el espectáculo de aquel martes, veintinueve de mayo. La clase de función era la que uno esperaba al acudir a un prostíbulo con escenario. El rótulo marcaba la media noche. Yo miré mi reloj: las once menos cuarto.

Contaba con setenta y cinco minutos para urdir mi plan.

Bebí de nuevo antes de levantarme en dirección al cuarto de baño. Dejé el zumo por la mitad encima de la mesa. Abrí la puerta que indicaba, mediante una reluciente figura femenina, que me dirigía al lugar correcto. Me situé enfrente de la pila del lavabo. No es que fuera gran cosa, pero al menos el lugar era limpio. Busqué mi reflejo, y lo que vi en él no era la imagen de alguien que iba a cometer un asesinato en las próximas horas. Me enorgullecía de la capacidad que había cultivado de mantener la calma. Al agacharme a refrescarme la cara, noté la pistola presionar contra mí en el interior de la cazadora negra. La prenda también albergaba el par de estrellas arrojadas.

Regresé a la sala.

Antes de volver a mi sitio, comprobé que, al lado de los dos baños que segregaban por género, había una tercera puerta cuyo cartel rezaba «privado». No sabía lo que me encontraría detrás, pero lo que sí tenía claro era que podría suponer la diferencia entre el éxito y el fracaso. Tenía que arriesgarme y me arriesgaría. Eché un par de vistazos fugaces en derredor antes de abrir y cruzar el umbral. Lo primero que me encontré fue con una iluminación bastante diferente a la de la libidinosa estancia anterior. Todo lo que veía a simple vista eran botellas de alcohol y distintos refrescos, todos guardados en sus respectivas cajas que se apilaban unas encima de otras sobre las

estanterías metálicas. Estas formaban un par de pasillos que desembocaban en una nueva puerta final. Ahí se podía ver una barra roja y horizontal en el medio. La salida. Su salvoconducto tras sembrar el caos. Necesitaba maestría para escapar: esta vez habría más público.

Entonces, escuché un ruido. Todas mis células entraron en alerta. Alguien estaba abriendo la puerta del almacén y mi primer instinto había sido agacharme. Llegué a temer que mi pulso veloz fuera a delatarme, pero tan solo yo podía escucharlo. Pasos, alguien avanzaba. No dejaba de preguntarme si es que me habrían visto entrar. De ser así, mi sanguinaria aventura habría terminado. Casi suspiré de alivio al comprobar que la figura desapareció tras hacerse con una de las cajas de refrescos. Por mi parte, no quería tardar en salir. Ya había tentado demasiado a la suerte. Y solo cuando estuve de nuevo en mi silla, me permití vaciar de aire mis pulmones. Corroboré una vez más que nadie parecía haberse fijado en mí. Luego, posé mis labios sobre la pajita. Volví a comprobar el reloj: apenas habían pasado diez minutos.

Iba a ser una hora muy larga.

La iluminación cambiante y atenuada dio paso al comienzo del espectáculo, y todos los haces brillantes se concentraron en el pequeño escenario y las tarimas. Las mujeres que de pronto los ocupaban tan solo vestían unas pezoneras del mismo color que sus tangas minúsculos. Más facilidades. Ahora sí que no creía que nadie fuera a fijarse precisamente en mí, aun cuando siempre se me había considerado atractiva. Mordiéndome el interior de los carrillos, me obligué a continuar esperando. No podía precipitarme ahora.

Cinco minutos.

Diez.

Me levanté y recorrí por segunda vez el camino hacia los lavabos. Incluso dentro del baño, la música era ensordecedora. La música, mi aliada. Mi determinación, su compañera. Solté el aire haciendo ruido y cogí una de las estrellas. Bien sabía que solo tendría una única oportunidad para alcanzar a Klein. No podía esperar más, el tiempo corría en mi contra. Cuanto más vacilase, más aumentaban las probabilidades de que ocurriera algún contratiempo.

Ahora o nunca.

Me lancé.

No me dio tiempo a saborear el momento en el que los filos de la estrella se incrustaron en la nuca de mi víctima, pues de inmediato ya estaba vaciando el cargador en esa dirección. No había pretendido atacar a gente distinta a mis objetivos, pero la obligada rapidez causó daños colaterales. El primer atisbo de culpabilidad lo sentí cuando una camarera rubia y ligera de ropa cayó bajo la lluvia de balas.

Los disparos continuaron durante varios segundos. La música estruendosa y los gritos absorbían las detonaciones. El caos no me impidió ver cómo abatía a los hombres. Mientras tanto, algunos corrían hacia la salida y otros se escondían donde bien podían, sobre todo bajo las mesas. Nadie tenía tiempo para buscarme.

Despegué el dedo del gatillo y corrí hacia el almacén sin mirar atrás. Luego salí por la puerta trasera, aquella que había localizado anteriormente. Corría, casi volaba por las calles. Callejeé tratando de mantener el ritmo frenético que impulsaba a mis botas oscuras. No sé cuánto me pude alejar del lugar, perdí la noción del tiempo y del espacio en mi huida. La noche me amparaba. Creo que si finalmente paré fue porque me ardían todos los músculos del cuerpo. Jadeando, me detuve en una calle estrecha. Estaba fuera del radio de miradas indiscretas. A pesar de mi forma física bien trabajada, me llevó casi cinco minutos lograr que la respiración regresase a la normalidad.

Éxito.

Sentí el peso de la pistola en el interior de la chaqueta una vez más, pues ahí la había guardado antes de abandonar el almacén. Acerqué las manos temblorosas a la trenza que aún se ocultaba bajo la prenda. Mi sonrisa se fue ensanchando a medida que la deshacía con los dedos, liberando mi cabello. Y era así como me sentía yo: libre.

Jay Taylor fue el siguiente en morir. Era dos de junio.

Tenía anotados los datos que iba consiguiendo de las que posteriormente serían mis víctimas o, a su defecto, de aquellos que mantenía en el punto de mira. Bien guardados, por supuesto. Había más de esos tipejos, claro, pero con los que tenía apuntados me parecía más que suficiente antes de enfilar a la guinda del pastel. Taylor ocupaba el número cinco de la lista.

De seguir así, me granjearía el calificativo de asesina en serie. Era muy probable que, a esas alturas, ya se me pudiera considerar como tal. Pensarlo no me hacía sentir distinta. Únicamente me detendría cuando saciase esa sed de venganza que me torturaba desde hacía cuatro años. Tal necesidad nublabla mi juicio, anulando cualquier sentido de la moralidad que me recordase que, al fin y al cabo, esos desgraciados eran personas. O tal vez ignorase ese hecho de forma consciente.

Regresando a aquella noche... bueno, hubo acontecimientos inesperados. Rafael Espinosa, conocido como «el Lobo», se había reunido con Taylor para lo que parecía una mudanza. Mi adrenalina se fue a las nubes. Sabía muy bien que él era la mano derecha de Scorpio. No podía creer la enorme oportunidad que se había presentado frente a mí, incluso cuando no tenía pensado atentar contra él hasta más adelante. Mi corazón tamborileaba bajo las costillas como poseído por los demonios. Vi a Taylor cargar con una enorme caja plana de cartón, los segundos seguían transcurriendo. Si no entraba en acción, bien podría arrepentirme después.

Las sombras me acogieron una vez más en su seno. Ataviada con prendas oscuras y un casco de moto del mismo tono, ocultaba mi identidad. Apunté a Taylor sin más dilación y comencé a disparar. Le había colocado silenciador al cañón de mi pistola, y el ataque no se hizo evidente hasta que fue demasiado tarde. La realidad es que el cine le ha hecho mucho daño a la concepción que se tiene del silenciador de un arma. Si bien es cierto que el ruido se amortigua gracias a la longitud del tubo, es perfectamente audible. Y así lo debieron de escuchar ellos. Pude ver cómo varias balas alcanzaron al número cinco. Fue la que le atravesó la sien la que le mató.

Los reflejos del número dos fueron instantáneos.

Para mi exasperación, le vi resguardarse detrás de la ancha furgoneta blanca. Evitó mi ráfaga de disparos. El casco amortiguó el insulto que se me escapó en voz alta. Me recriminé duramente no haberle dado prioridad al Lobo. Jay podría haber esperado. La rabia cruzó mi cuerpo bajo las ropas oscuras y di un paso al frente. Fruncí el ceño, acalorada. En algún momento tenía que salir ese tipo de allí. Notaba cómo la impaciencia me rasguñaba el estómago, pues tenía que desaparecer de allí cuanto antes. Sin embargo, acabar con Rafael Espinosa era una fuerza más poderosa que mi sentido de la precaución. Demasiado tentador. Apreté el gatillo con rapidez en cuanto le vi corriendo otra vez. Estaba fallando. ¡Estaba fallando! El Lobo se me escapaba, no me lo podía permitir. Abatirlo supondría un gran golpe. Busqué en mi bolsillo y arrojé la estrella que en cuestión de segundos ya estaba en mi mano. Necesitaba ser precisa, pero hasta en eso erré. Apunté a la cabeza y tan solo logré alcanzarle en el brazo. Él continuó corriendo. Furiosa, volví a maldecir. Esa herida estaba muy lejos de ser mortal. Seguí disparando, más por despecho que apuntando realmente al hombre. Se agotaron las balas en dirección al coche del fugitivo. Y este desapareció tras la esquina a una velocidad infernal. Apoyé las manos en las caderas, impotente y con la mandíbula en tensión. Desesperada. Casi podía escuchar la voz de mi madre

recriminándome lo estúpida que había llegado a ser. No podía concebir la idea de haber fallado, y menos teniendo en cuenta que se trataba de la mano derecha del jefe, nada menos. ¿Por qué no había sido más flexible y haber dejado a Taylor para después? Si hubiese sido él el superviviente, habría encajado mejor el golpe. Probablemente no me habría importado. Pero no.

Estúpida. ¡Estúpida, estúpida, estúpida!

Le di una patada al suelo. Con la certeza del fracaso quemándome las venas, me dio tiempo a fijarme en el cuerpo inmóvil situado varios metros por delante. Alguien lo vería. Era cuestión de minutos que los curiosos empezaran a arremolinarse por allí. Tenía que irme de esta maldita calle. Giré sobre mí misma y le di la espalda a la furgoneta. Estaba tan furiosa que me dispuse a propinarle otra patada a un objeto del suelo. Pero me di cuenta de que se trataba de un bote de spray. Sus dueños serían unos vándalos adolescentes casi con toda seguridad. Bien. Tenía que desquitarme de algún modo y aquello fue lo que, de repente, tuve más a mano. ¡Ah, sentía tanta rabia! Me agaché bruscamente a por el bote, lo agité con fuerza y apreté el dosificador. Ni siquiera sabía de qué color sería esa ridícula pintura. Me acerqué a los ladrillos que conformaban la pared y escribí con letra mayúscula, perfectamente legible.

AÚLLA MIENTRAS PUEDas

Arrojé el estúpido bote al estúpido pavimento, como si el desprecio me fuese a devolver al Lobo para poder rematarlo. A continuación, me marché del lugar sin mirar atrás. Lo último que me faltaba era que alguien me viera y que terminara de amargarme la noche. Caminé a paso ligero hasta llegar al lugar donde tenía aparcada mi moto. Era un modelo de carretera, una Yamaha YBR de doscientos cincuenta centímetros cúbicos. Negra. Todo era negro. Ni siquiera los trazos plateados le dieron algo de color a aquella ridícula noche.

Me encantaba moverme en moto, pero no pude disfrutar del viaje, de la sensación de velocidad, ni del viento pugnando contra mi cuerpo. Lo único en lo que podía pensar era en el absoluto desperdicio. Obsesión. Obsesión. Obsesión. Y lo único que podía hacer al respecto era esperar que el Lobo recibiera ese mensaje. Volvería a por él, vaya que si lo haría. Accioné el acelerador con un brusco giro de muñeca. No miré el velocímetro.

El fuego de la indignación y el reproche fue apaciguándose durante los siguientes días, los cuales utilicé para pensar. Intenté convencerme a mí misma de que al menos me había ceñido al plan en lo que a Taylor se refería, y que las improvisaciones no siempre salen bien. Al menos había salido victoriosa con los asesinatos de los dos primeros tipos, y luego con lo ocurrido en el Siete Lunas. En especial, en la huida. Pero no me conformaba. Mi naturaleza obstinada no me permitía perdonarme que, a pesar de todo, había dejado escapar a la mano derecha de Scorpio. Del cabrón que protagonizaba mis fantasías de muerte. Su cara, su expresión al enterarse de la que yo imaginaba inminente muerte del Lobo. De hecho, no me habría importado pagar una cuantiosa cantidad por ver su reacción ante cada asesinato. Suponiendo que yo la tuviera, claro.

Tiempo al tiempo. Me veía obligada a recordármelo casi continuamente.

¿Volvería a encontrarme tan cerca de ese Rafael? Hasta entonces, tan solo las fotografías habían servido de guía. Incluso me sorprendía que le hubiese reconocido con esa luz deficiente. Pero aquella coleta era inconfundible. ¿Me ocurriría lo mismo con Scorpio? ¿Sabría reconocerlo si lo tenía cara a cara en un contexto inesperado? Nunca me había podido acercar lo suficiente más allá de las imágenes que guardaba de él a una distancia prudencial. Esa lejanía me recordaba con qué clase de gente estaba tratando. Soy atrevida, pero no idiota. Y más conociendo la

reputación de ese bastardo, lo que era capaz de hacer. Lo que había hecho. Su falta de escrúpulos había supuesto un aliciente para perder los míos. No podía permitirme sentir miedo, dudas. Sobre todo, dudas. Podrían ser muy peligrosas, como experimentaría más adelante en mi propia piel.

Nada fuera de lo común hasta un jueves por la noche. Mi teléfono móvil sonó cerca de las once. Deborah. Resoplé, no me apetecía tener una conversación con ella. Tenía un talento innato para alargar las conversaciones telefónicas hasta lo absurdo, lo cual me aburría soberanamente. Pero accedí. Era parte de mi papel fingir que sus tonterías me importaban, fingir que entre ella y yo existía amistad. Descolgué de mala gana.

—Hola, Deborah. —Puse los ojos en blanco.

—¡Mi rubia favorita! —La estridencia de su voz me taladró el oído—. ¡Dime que no tienes nada que hacer este sábado!

—Eh... no. No, en principio. ¿Por qué? —Me arrepentí de inmediato. Tendría que haberme inventado algo, lo que fuera. Lo que menos me apetecía era verle la cara.

—¿Seguro? ¿En toda la noche? —enfaticó a través del altavoz, cantarina.

—No. Nada.

—Pues ya tienes planes. ¡Quiero que te pongas lo mejor que tengas en el armario!

—¿Y eso? —me atreví a preguntar. Justo lo que me temía. Me negaría con cualquier excusa. Me inventaría una enfermedad si hacía falta. O fingir que me había caído por las escaleras.

—Vas a ir a la mejor fiesta de tu vida. —Hizo una pausa. *Drama Queen*—. Voy a llevarte a casa de Annibal.

Se me secó la boca. Un escalofrío me sacudió la espalda y me dejó paralizada durante varios segundos. Casi podía notar cómo mis pupilas se dilataban hasta convertir el marrón de mis ojos en negro. Las palabras de Deborah viajaban por mis neuronas a una velocidad astronómica. Y noté cómo el corazón galopaba mientras no podía hacer otra cosa que mirar fijamente la pared de enfrente, sin verla.

—¿Estás ahí?

—Perdona —me excusé. Se me había olvidado que estaba al teléfono. Volver a la conversación supuso un esfuerzo considerable—. Yo allí no pinto nada, no conozco a nadie. No sé...

Mi pulso corría con un tamborileo ensordecedor. Esperaba que ella no se rindiera a la primera, porque eso desbarataría la mejor oportunidad que había tenido hasta el momento, y con diferencia. Otra vez. Pero tenía que hacerme de rogar. Mi expectación bullía en el estómago. Era un alivio que Deborah no me pudiese ver la cara en ese momento.

—¡Nos conoces a nosotras! No acepto un no por respuesta.

—No conozco la dirección...

Reconozco que ya me estaba arriesgando demasiado. Necesitaba ocultar mis horrosas ganas de presentarme en esa casa y mirar a la cara a ese pedazo de cabrón.

—No te hace falta, te recogeré con el coche. ¡O mejor, pediré un taxi! ¡Entraremos como reinas! ¡No puedes decirme que no, te lo prohíbo!

Aun sentada en uno de los sillones del salón, me temblaban las piernas. Era demasiado bueno como para ser cierto. Ni siquiera me permití el lujo de sonreír, no quería que Deborah captara ni el mínimo atisbo de satisfacción. Debía parecer mucho más emocionada que yo. Ella no fingía: seguramente ardía en deseos de pavonearse delante de mí.

—¿A qué hora? —pregunté al final.

Deborah pegó un gritito estúpido.

—¡Sabía que no podías negarte! Te recogeré a las diez y media. Cuanto antes mejor, ¡más disfrutamos!

—A las diez y media estaré lista.

Después tuve que soportar cosas sin importancia. Como la mayoría de lo que me decía. Además, había pocos temas que considerase importantes después de conocer cuáles serían los planes del sábado. Al final no pude soportarlo más y me deshice de ella con una excusa. La tía no sabe cuándo parar, incluso si lo único que recibe por mi parte es «ahá» o «ya veo».

Cuando lo único que me acompañó fue el silencio de mi apartamento, decidí que era el mejor sonido que podía escuchar. No podía moverme. Al menos ya me había hecho con el control de mis latidos, pero amenazaban con acelerarse una vez más. Me sentía pletórica. La verdadera razón por la que me había acercado a Deborah en un primer momento había sido para acercarme a mi verdadero objetivo. Dos días. Dos días para verlo de cerca, para tenerlo delante de mí. Fruncí el ceño. De pronto, vértigo. Me di cuenta de que no estaba verdaderamente preparada. ¿Le habría hablado Deborah de mí? Pero ¿qué más daba? Estaría acostumbrado a conocer todo tipo de gente, lo cual era una ventaja. ¿Y estaría yo a la altura como para no desentonar en un lugar como aquel? Más me valía si no quería levantar sospechas.

Quería que fuera sábado. Y lo quería ya.

Entonces, de pronto...

¿Sería posible? La idea me inundó la mente. ¿Y si acababa directamente con ese hijo de puta y me dejaba de rodeos? Cerraría el capítulo de una vez por todas. Si lo mataba, poco me importaría ya el resto. La única razón por la que me llenaba las manos de la sangre de sus secuaces era por venganza. Cuatro años. Mil cuatrocientos sesenta y un días. Y mi anhelo de venganza ocupando el vacío cada uno de ellos.

Mis ojos se desplazaron hacia la ventana. La luz artificial se colaba desde la calle. Apenas quedaban cuarenta y ocho horas para tener delante a quien más odiaba desde aquella trágica explosión. Emponzoñada de veneno desde entonces.

Esa noche dormí inquieta.

El día siguiente no fue distinto. Algo me agarraba el pecho y tiraba de mí hacia adentro. ¿Desde cuándo me dejaba reconcomer por los nervios? Tal vez temía perder el control y atacar a destiempo, lo que me estropearía la vida aunque lograra sobrevivir. Joder. Debía calmarme, no dejarme engañar por la inseguridad. Ni que fuera nueva.

Me dispuse a desviar mis pensamientos recurrentes a otra cosa. Era vital, además. Me disponía a llevar a cabo un cometido muy importante.

Tiempo atrás me había hecho con un carné falso que me acreditaba como trabajadora de un periódico. Con él en la mano, me dirigía a la comisaría. Mi intención era entrevistar a algún policía con vistas a obtener alguna información de utilidad. No es que lo necesitara, pero nunca venía mal conocer los avances de otro colectivo del que también me tenía que guardar. Al llegar, pregunté directamente por el sargento. Pronuncié su nombre: Wolfgang Sawyer. Y revelé el «mío»: Cindy Carter.

Había cambiado mi apariencia lo suficiente como para convertirme en otra persona. Periodista del Sun Street. Había recogido mi largo cabello rubio en una coleta alta, mediante una goma rosa y horquillas. Mis ojos ahora eran azules detrás de los cristales de unas gafas de pasta demasiado horteras para mi gusto. Vestía una camisa morada de manga corta, pantalones vaqueros y deportivas blancas. Vestimenta sutil. Llevaba conmigo un libro de Stephen King.

Lo único que saqué en claro de aquella visita fue que, al parecer, la policía no sabía nada. O, al menos, nada importante. El sargento se había mostrado algo esquivo, pero había admitido

que los muertos, refiriéndose solo a los dos primeros, eran dos simples narcotraficantes. Dijo algo sobre bandas callejeras, algo que yo misma había sugerido. Bien. Buena señal. Mi identidad seguía a salvo y, al parecer, lejos de la pista de esa gente. Sawyer fue frío, no invitaba a una conversación amena. Tampoco yo la buscaba. Y, a pesar de las noticias favorables, sembró en mí algo de inquietud. Era un hombre inteligente, lo noté a la legua. Debía tener cuidado, en especial allí, en frente de él. No quería darle motivos para sospechar, no quería protagonizar aquello de dar detalles que tan solo el asesino conoce. Demasiado CSI.

Al despedirnos, la cordialidad fue mutua.

Sábado, nueve de junio.

Bajé a la calle diez minutos antes de la hora acordada. Mientras esperaba al taxi prometido, me di cuenta de que había tardado más en arreglarme de lo que había estado dispuesta en un principio. ¿Mi explicación? Quería destacar. Necesitaba que el cabrón recordase muy bien el aspecto de su asesina. Es por eso que había escogido aquello que más insinuaba, un vestido negro que mostraba mi espalda, mi escote y mis piernas. Tengo un buen cuerpo y no pensaba desaprovecharlo. Tacones, maquillaje ahumado. Quería que se me viera peligrosa, en todos los sentidos de la palabra. La habitual pulsera de plata con mis iniciales me adornaba la muñeca derecha, como siempre.

El reloj del móvil me indicaba que quedaba un minuto para las diez y media exactas.

Sesenta segundos después apareció el taxi.

—¡Hola! —exclamó Deborah cuando me senté a su lado en la parte trasera del vehículo—. Qué guapa te has puesto —dijo después con voz muy sugerente tras mirarme de arriba abajo.

—Seguí tu consejo —respondí, sonriendo—. Tú sí que vas guapa.

—Bah, no es para tanto.

¿Cómo podía ser tan mentirosa? ¡Claro que era para tanto! Aunque «guapa» no era la palabra que, en condiciones normales, yo habría pronunciado. Mirándola, estaba claro que su cuerpo enseñaba más carne que tela. A fin de cuentas, tampoco me sorprendió. La vi henchirse de orgullo ante mi cumplido. Me dio la impresión de que aquel vestido rojo estallaría en cualquier momento por la zona del escote.

El resto del trayecto fue, como siempre, un batiburrillo de cotilleos. Me daba exactamente igual con quién se acostaba Stacy, o si Sarah le ponía los cuernos a su novio. Me importaba una mierda cuántos kilos había ganado Megan, o si Rachel hacía *topless* en el balcón de su ático. Pero a ella le fascinaban esos temas y yo tenía que seguir en mi papel. Deseaba que el camino no fuese muy largo, o yo misma me pegaría un tiro con la pistola que escondía en el bolso.

Nada podía salir mal. No era una noche cualquiera, sino *la* noche. El plan estaba perfectamente trazado en mi cabeza, incluso cuando no conocía el interior de la vivienda, de tal modo que jamás me relacionasen con la muerte de Scorpio.

Cuando el taxi se detuvo delante de la gran casa, tan familiar desde fuera, el corazón se me agarrotó de puro nervio. Tenía que convertirlo en determinación.

—...con el Lobo, pero ese hombre es un poco raro, así que tampoco le hago mucho caso —continuó la charlatana cuando nos hubimos apeado del coche. Habíamos pagado al conductor a medias, no había sido excesivamente caro. Ella, por supuesto, había insistido en darle una generosa propina. Putas apariencias.

—¿El Lobo? ¿Quién es ese? —Mi supuesta ignorancia sonó muy natural. *El mismo que se te escapó.* Mi mente siempre tan anticipada.

—Un amigo de Anni.

Anni.

El diminutivo chirrió en mis tímpanos. No era la primera vez que la escuchaba llamarle así, pero sonaba demasiado estúpido. No me hacía falta conocerlo para saber que no le pegaba nada. A un hombre así, lo único que le pegaba era un tiro en la frente.

Conocerlo.

Se me volvió a acelerar el pulso.

Conocería a mi hacedor, a aquel que me había convertido en asesina.

—Luego te lo presento —prosiguió—. Se llama Rafael, pero todos le llaman así. No me preguntes por qué, porque no lo sé. Aunque sea extraño, me cae bien. Es majo. Incluso está bueno, pero está casado, y es de los que se creen que el anillo sirve para algo. Él se lo pierde.

Atravesamos la primera verja del recinto. Mi atención era para los alrededores, no para las tonterías de mi supuesta amiga. Aunque tuve que responder para que no notara nada fuera de lo común.

—Será feliz con su mujer.

—En serio, Angela. ¿Fiel? ¿Un hombre? ¿En serio?

Cree el ladrón que todos son de su condición.

Esa mujer era demasiado insoportable. Por el bien de mi paciencia, desconecté. Me fijé en los primeros tipos con los que nos topamos. Por su indumentaria y actitud, quedaba bastante claro que eran seguras. Era de esperar. Ni siquiera ellos supondrían un impedimento, me consideraba muy buena. El contoneo de Deborah al pasar junto a ellos me pareció tan ridículo que sentí vergüenza ajena. Menos mal que la tensión del momento fue más fuerte, porque no supe adónde mirar.

Cuanto más cerca estábamos de la puerta principal de la casa, más acusaba los altibajos que mezclaban nervios y tranquilidad. Debía ser estricta conmigo misma, cada acontecimiento era de vital importancia. Y, cuando ella pulsó el timbre, el instante pareció transcurrir a cámara lenta. El sonido me sacó de la extraña ensoñación. La música que procedía del interior se mezclaba con el ritmo de mi corazón. Se adivinaba un pequeño bullicio.

Y la puerta se abrió.

Una fuerte corriente de energía zarandó mi cuerpo.

Decepción. No era él.

Pude reconocer al hombre más o menos alto, de cabello marrón oscuro y ojos azules. Me sorprendió su mirada amable, rasgo que no se apreciaba en la fotografía que atesoraba en mi apartamento. Era Sandro Biaggi. Deborah le saludó con alegría y yo me limité a presentarme sonriendo. Me resultó mucho más fácil de lo que había esperado.

Cuando me quise dar cuenta, ya me encontraba dentro rodeada de invitados, la mayoría masculinos, así como de música y multitud de bebida. Tratando de no ser descarada, miraba a mi alrededor. *Pedazo de casa.* Desde fuera nunca había llegado a acertar con sus verdaderas dimensiones. Y, como comprobaría más adelante, no fue lo único con lo que me había equivocado.

—¿Tus amigas están ya por aquí? —le pregunté a Deborah. Como *buena* amiga, debía interesarme por el grupo con el que suponía que pasaría la noche.

—No, pero estarán al llegar. Mira esto, ¿verdad que es genial?

Asentí. Sonreí. Yo misma percibí aquella sonrisa como falsa, pero ella no pareció darse cuenta. Ardía en deseos de escabullirme y alejarme de esa mujer. No era una opción. Quedaría muy rara mi presencia solitaria por aquella casa, donde en teoría no conocía a nadie. Me resigné a seguir mirando en derredor. Tenía que reconocer que la casa estaba decorada con buen gusto. Claro que, pensé, los hijos de puta también podían tenerlo. No era incompatible.

La gente iba llegando. No podía decirse que el lugar estaba abarrotado, pero sí se estaba creando el ambiente que se esperaba de un acontecimiento como aquel. Y yo me esforzaba mucho para enmascarar que estaba a la defensiva continuamente. Ansiaba y temía el momento de encontrarme con él. ¿Qué haría? ¿Cómo reaccionaría? ¿Sería capaz de reconocerlo de inmediato? Empezaba a dudar de si las fotografías en la lejanía eran suficientes. Con cada minuto me inquietaba más y más, lo cual me enfurecía. Enfado que, por supuesto, debía ocultar. Y comencé a preguntarme si realmente podría escapar ilesa rodeada de tanta gente. Quería pensar que sí, algo se me tenía que ocurrir. ¿Por qué ahora ya no lo veía tan claro? Me sentí estúpida. ¿Qué había esperado, una fiesta con tres personas? Ya sabía desde el principio que no iba a ser fácil. Inspiré y espiré en silencio. Tenía las manos frías.

—¡Chicas!

El grito de Deborah me sobresaltó. Al parecer, el grupo de amigas estaba entrando por la puerta. Se unieron a nosotras dos, cerca de unas estanterías del gran salón en el que nos encontrábamos. De algún modo, me sentí reconfortada. En un grupo más amplio, había más posibilidad de entablar alguna conversación que no fuese ridícula. Eso me ayudaría a calmarme. Aunque, bueno, tampoco esperaba gran cosa de ellas. Y no podía quejarme del gran número de miradas masculinas que me escaneaban entera, pues era uno de mis propósitos.

La charla tan solo apaciguó mis pensamientos ametralladores durante un rato. ¿Y si no veía a Scorpio en toda la noche? *Céntrate en otra cosa*. Volví a prestarle atención a Diana. Era la que mejor me caía de esa panda de harpías busconas. Con ellas, me arriesgaba a ganarme la misma etiqueta, pero no podía haberme adentrado en ese mundillo de otra forma. Me percaté del momento en el que Deborah desapareció al dejar de escuchar el runrún agudo de su voz. Sentí un descanso casi reparador.

Y ahí continuaba yo, con una copa de mezcla de vodka en una mano y mi bolso negro en la otra. Al principio no estaba muy segura de si era procedente beber alcohol, pues no quería ni una sola interferencia en mi mente, pero al final cedí. Un elemento más que me haría mimetizarme allí. Al igual que las conversaciones animadas, en las cuales participaba. Me lo podía permitir. Al fin y al cabo, esas muchachas no estaban en mi punto de mira.

De pronto, sentí unos suaves golpecitos en el hombro. Interrumpiendo mi diálogo con Diana, giré sobre mí misma. Primero vi a Deborah, embutida en su ceñidísimo vestido rojo. Las chicas se callaron. Mi supuesta amiga parecía confundida. Amplié mi campo visual.

Me quedé sin aire.

Un puño invisible me estrujaba el estómago.

A la izquierda de Deborah, el motivo. El suelo pareció ceder bajo mis tacones.

—Bueno, eh... Angela, voy a presentarte a alguien. Él es Annibal.

—Encantado, Angela.

—Igualmente.

Le había estrechado la mano, mirándole a los ojos. Debajo de mi sonrisa se escondía un caos de sensaciones de las que nadie, excepto yo, era testigo. De repente, fue como si la pistola oculta en el interior de mi bolso pesara dos toneladas. Me costó mucho, muchísimo, parecer una chica inocente, pues todo mi interior pugnaba por resbalarse a través de los poros de mi piel.

Él. Delante de mí. Después de todo este tiempo.

Él, con esa mirada penetrante que parecía escudriñar mis intenciones, mis deseos. Sentí peligro, un peligro que en realidad no se correspondía con su expresión. No era el gesto de alguien que había descubierto al asesino de sus hombres. Debía esforzarme más por controlar la paranoia, pues podría acabar delatándome.

Bajo mi esternón se había desatado una tormenta invisible donde los latidos del corazón hacían las veces de truenos. Me sentía al borde de un oscuro abismo, tan oscuro como las pupilas con las que me perforaba. La profunda aversión que me llevaba acompañando cuatro años había quedado en un segundo plano, adormecida, como si unos puños invisibles la hubieran noqueado. Las garras de lo inesperado. Mis ojos recorrieron aquella cicatriz tan evidente que comenzaba en su frente, atravesaba su ojo izquierdo e iba a morir a la mejilla. Aquella extraña expresividad en su semblante me confundía, acentuada por la forma de sus cejas y cómo estas le daban a su imagen una dureza inusitada.

Mira hacia otro lado. Ya.

Desobedecí mis propias autoinstrucciones. Me mantuve firme, no rehuiría la mirada. Los relojes parecían haberse detenido.

—Señor Scorpio, el señor Leicester está ya aquí.

El hombre rompió el contacto visual, y se marchó de un modo inesperado. Igual que había aparecido. Bebí de mi copa, tuve que hacerlo. Se me había quedado la garganta como una lija. El vodka contribuyó a desatascarla.

—Vaya, no me esperaba conocerlo tan pronto. No tendrías que haberte molestado, parece ocupado —atiné a decir cuando creí que mi voz no me dejaría en ridículo. Me sentía estúpida. No entendía mi propia reacción interna, aun cuando llevaba esperando ese momento incontables días. Y peor aún, no entendía por qué el odio no me estaba consumiendo.

—Ha sido él quien ha insistido en acercarse —respondió Deborah. No se me escapó aquel tono más seco que de costumbre—. Quería conocerte.

¿Conocerme? ¿A mí? ¿Por qué? Mi pulso volvió a dispararse. ¿Debía tomármelo como un halago, lo cual favorecía mis objetivos, o como una declaración de siniestras intenciones? Bebí otra vez. Mis alarmas me advertían de que me encontraba en un territorio resbaladizo. Pero no podía echarme atrás ahora. Había trabajado mucho para estar allí aquella noche, merecía mi recompensa.

No quería continuar hablando con Deborah, no de eso.

De todas las formas distintas con las que me había imaginado viéndolo en persona por primera vez, esa no la había previsto. Debía ser yo quien le localizara primero, no al revés. Y no podía deshacerme de la sensación que se había pegado a mí como una lapa desde que me estrechara la mano. Desde que le había visto y reconocido al instante junto a Deborah.

Las conversaciones se reanudaron dentro del grupo de chicas, como si nunca hubiesen sido víctimas de ese parón abrupto. No podía oírlas cuchichear, tan alta sonaba la música, pero sentía algunos pares de ojos clavados en mí. Recurrí a la indiferencia, o al menos de puertas para afuera. Por mi parte, continué charlando con Diana como si nadie hubiese hecho tambalear mi convicción apenas unos minutos.

La situación no varió mucho durante la siguiente hora. Seguí fingiendo normalidad mientras aquellos ojos repiqueteaban mi mente. Intenté centrarme en la conversación, de verdad, pero los continuos pensamientos me lo estaban poniendo realmente difícil. Había sido él quien había insistido en conocerme, me dije otra vez. Él, el objetivo final de mi plan macabro. ¿Y si me conocía y resultaba ser tan buen actor como yo? ¿Sería capaz de simular serenidad ante quien le estaba causando tantos problemas a su organización? No podía evitar esperar un disparo por la espalda, o una emboscada repentina, o...

No podía más. Necesitaba aire fresco. Me estaba agobiando. Toda aquella gente a mi alrededor me hacía sentir, ignorantes de ello, como en una ratonera. Acudir allí tal vez no había sido una idea tan fantástica como me había parecido en un primer momento.

Le pedí disculpas a Diana antes de marcharme de allí. Dije que iba a servirme otra copa, o algo así. Definitivamente, necesitaba otra copa. Y respirar. Me encaminé hacia el jardín. Me refugiaba en la brisa nocturna de verano para despejar mi mente, mis dudas y esa maldita impresión de estar perdiéndome algo acerca de mí misma.

De camino, tropecé. ¿Qué diablos me pasaba? ¿Tan idiotizada estaba que no era capaz de mirar por dónde iba? Mis manos reaccionaron primero y cayeron hacia adelante, topándose con algo que me quedaba de frente. Cuando me percaté de que aquella superficie era el pecho de Scorpio, simplemente quise que me tragara la tierra.

Pedí disculpas. Me aparté rápidamente.

¿Por qué la estadística jugaba en mi contra? ¿De verdad, con todas las personas que andaban pululando por la casa? Él se lo estaba tomando bastante bien, y yo... ¿acaso me estaba ruborizando? Sentí un calor repentino en las mejillas. Me dije que debía de tratarse del efecto de la bebida. Me negaba a que fuera otra cosa. Muy bien, si mi mente quería jugar, jugaríamos. Entonces, un ramalazo de inspiración acudió a mí con la eficiencia de la depredadora que acostumbraba a ser. Coincidió con el momento en el que aquel cabrón me ofreció una copa en un ámbito más privado. Acepté, claro. Sin él saberlo, estaba contribuyendo a mi recién nacido plan.

Pero... era demasiado fácil. ¿Acaso era una trampa? Le veía demasiado relajado como para una encerrona. Me arriesgaría. Tenía mucho que ganar.

Seguí sus pasos. Si alguna vez había necesitado recurrir a todas mis capacidades de actuación, era aquella. No tardamos en llegar a una sala más pequeña. Me sirvió vodka con limón, tal y como pedí, y ron para él. Nos sentamos en un cómodo sofá. Iniciamos una conversación. Seguirle la corriente era lo más apropiado, lo más sensato, y me valdría de la historia que le había contado Deborah para construir ante él mi personaje. No debía caer en contradicciones, era muy peligroso. No pude evitar sentir decepción, pues en aquel cuarto de luz azul teníamos compañía. Habría sido ideal estar solos, él y yo, de modo que yo hubiese podido trabajar a gusto. Sin embargo, eso me dejaba como chica fácil. ¿Acaso importaba? El motivo real por el cual yo estaba allí no contemplaba esa variable.

Era extraño. Al principio había pensado que me costaría un esfuerzo sobrehumano aplacar la aversión, el rechazo, el odio hacia ese hombre que me consumía desde hacía cuatro años. Y, sin embargo, no había rastro... Si todas esas emociones ponzoñosas estaban por ahí, en algún lugar, yo no era capaz de localizarlas. En su lugar, me encontré con la facilidad de palabra dentro de aquella conversación. ¿Cómo habría podido prever aquello? No me estaba dando cuenta, pero estaba dejando de lado la misión por la que había entrado por la puerta de aquella casa hacía unas horas. El vodka ayudaba, supongo. Descubrí que la labia de Scorpio me atrapaba, pensamiento que era capaz de aceptar porque mi cerebro ya estaba flotando en las sensaciones del alcohol. Sentía un gran magnetismo que me aturullaba, me atontaba. Necesitaba más tiempo para continuar trazando el plan, y la gente con la que compartíamos sala no ayudaba. Necesitaba estar a solas, pero ¿cómo sugerirlo? No me atrevía. Por alguna razón, temía malinterpretaciones. Mientras tanto, debía recurrir a la paciencia, fusionarme con mi papel para quedar lo más convincente posible. De mis capacidades dependerían mis resultados. Y, a la vez, me resultaba tan fácil sonreír...

No sé muy bien en qué momento mi pensamiento frío y estratégico se distorsionó. No sé cómo pudo ocurrir, cómo pude perder la conexión de un modo tan brutal y alimentar la primera impresión que había tenido nada más verle.

Me descubrí flirteando.

—...atractivo, guapo, que es casi imposible no fijarse en él...

¡Flirteando! Una ráfaga de vértigo me aprisionó el estómago. Mi personaje no exigía tal

nivel de compenetración. ¿Qué demonios estaba haciendo? Tenía que parar. Rompí la atmósfera mencionando a Deborah, indicando cuánto se notaba que estaba colada por él. Fue en ese preciso momento en el que me enteré que la mujer siempre me había mentado. No estaban juntos, Scorpio lo dejó muy claro.

Interesante.

Y la conversación se desvió, lo cual supuso para mí un soplo de aire fresco. Casi me echo a reír cuando me contó que era empresario, y no lo hice porque me estaba fijando en su sonrisa. Ahora lo pienso y suerte que no me di cuenta. Él habló de coches, yo hablé de motos. Mentí al asegurar que no tenía ninguna. La inmensa mayoría de mi discurso era pura mentira. Sin embargo, no era consciente de que había gran parte de verdad en mi actitud. No era falsa la agitación que sentía bajo su mirada. No era falsa esa puta atracción que mantenía mis manos alejadas del contenido del bolso. ¿Qué significaba eso? ¡Ni siquiera percibía la necesidad de salir corriendo de allí!

Había sido fácil, tan fácil caer en la red... Tan ridículamente sencillo. Tan impropio de mí.

En un momento de lucidez, en mi fuero interno me reprendí con todos los insultos que conocía. Intenté aprovechar ese arranque de sensatez para volver a desviar la trayectoria de los acontecimientos. Le pregunté por su cicatriz. Scorpio eludió el tema de un modo inteligente y sin dar muchas explicaciones. Volví a recordar la pistola. *Todavía no.*

No parecía ser dueña de mi propio cuerpo cuando me vi estableciendo contacto físico. Como si mis dedos tuviesen vida propia al acomodarse en su pecho, bajo la corbata. Sentí el tacto suave de la camisa negra, las formas duras que descansaban bajo esta. Palpitaciones. Vértigos. Vodka cayendo por mi garganta. Un extraño embrujo amordazaba mi raciocinio en un entorno sutilmente alcoholizado.

De un bofetón, la culpabilidad me trajo de regreso a la realidad.

Me levanté a por dos nuevas copas. Tuve que hacerlo. *¿Qué mierdas estoy haciendo?* Un repertorio de insultos retumbó en mi cerebro. Las palabras malsonantes se deslizaban entre las circunvoluciones dejando rastros ponzoñosos a su paso. La propia tensión me hacía clavar los tacones con gran fuerza al andar. Y, aunque el hilo musical electrónico camuflaba el ruido, para mí era como si el suelo se resquebrajase bajo mis pies.

Tal vez fuera la luz tenue y estrambótica, tal vez el vodka. Tal vez mi dolor resentido y acumulado, tal vez mis defensas relajadas. O tal vez la peligrosa cercanía que me había unido a aquel que más odiaba. Sea como fuere, me di cuenta de que mi plan podía ser incluso más perverso de lo que suponía una muerte rápida. No. Le devolvería todo el sufrimiento que él me había causado. Los asesinatos de sus hombres se quedarían en un simple aperitivo que yo seguiría degustando, pero me atrevería a ir más allá... Mi personaje interpretado me lo estaba sirviendo en bandeja de plata.

Y porque percibía una tensión sexual que no fui capaz ni de imaginar.

Olvidaría la moral, la dejaría a un lado. ¿Desde cuándo era un aspecto que me importaba para llevar a cabo mi misión? Podría alargarlo días, incluso semanas. Si sabía manejar bien la situación, podría acercarme aún más a Scorpio, abrirle el pecho, asomarme a su interior y devastar todo lo que encontrara. Metafóricamente hablando, claro. Y, tal vez algún día, literalmente. Se me vino a la cabeza con toda nitidez una imagen del Caballo de Troya.

Brillante.

Acabaría con su forma de vida igual que él había socavado la mía. ¿Lo mejor de todo? Había confirmado que no tenía ni idea de mi verdadera identidad. Se enteraría a su debido tiempo. Mientras tanto, nunca sospecharía de mí. Nunca un cambio de planes me había gustado tanto. Y el

nuevo comenzaría esa misma noche.

Regresé con las bebidas. Sonreí, volví a entrar en el juego.

Y pregunté por el cuarto de baño.

Una vez fuera de ese cuarto hipnótico, y con más calor del que estaba dispuesta a admitir ante mí misma, ignoré las indicaciones. Tenía que volver a centrarme. Miré a mi alrededor, intentando sacar de mi cabeza los últimos minutos vividos ahí dentro. Busqué alguna cara conocida. No podía fallar, no podía cometer ningún error. Los nervios comenzaron a acumularse en las puntas de mis dedos, el reloj jugaba en mi contra. Tenía la esperanza de encontrar al Lobo y terminar así lo que debió haber quedado resuelto días atrás. Pero recordé lo que dijo Deborah: era fiel a su mujer. Eso hablaba muy bien de él, pero me complicaba las cosas. A medida que transcurrían los segundos, mi temperatura fue disminuyendo. La escarcha de la venganza volvía a recubrir mi voluntad a pesar de los suaves efectos del vodka. Volvía a ser yo.

Y elegí mi objetivo. Hans Schneider.

Alto, rubio. Solo al pie de las escaleras que conducían al piso superior. La maquinaria giraba a toda velocidad. No tenía mucho tiempo, y era algo que no dejaba de repetirme. Scorpio esperaba, corría el riesgo de que saliese a buscarme. Mi mente perfeccionista iba encajando las piezas. La gente subía y bajaba, no desentonaría. Al menos no lo que cabría esperar con el vestido que llevaba. El mismo que me había regalado vía libre hacia el jefe narcotraficante. No me arrepentía. Y no me vería en otra oportunidad igual. No lo echaría por tierra esta vez.

—¿Hans? —Mis nervios se dispararon por enésima vez esa noche. Acusaba la presión. Me fijé en sus ojos de un azul demasiado claro, más que en la fotografía que guardaba en mi casa. Su expresión era simpática.

—¿Te conozco?

Por la mirada que me echó, seguramente querría hacerlo. Aunque de inmediato volvió a centrarse en mi rostro, como apurado. ¿Me habría visto con Scorpio? No había caído en eso. De ser así, y si le guardaba un mínimo de respeto, quizá no me siguiera el juego.

—No. Mi nombre es Angela. Encantada —me apresuré a responder. El tiempo. Mi improvisación debía sonar convincente. Mi siguiente movimiento dependía de las cartas que en ese momento tenía. Esboqué una sonrisa que procuró ser encantadora—. Annibal te describió y me dijo que no tardaría en encontrarte. Está algo ocupado ahora mismo y me envió a buscarte. No me dijo qué quería, pero parecía importante. —Me encogí de hombros.

Un extraño vuelco sacudió mi estómago al pronunciar ese nombre en voz alta.

«Me ha mandado a buscarte.» ¿En serio? ¿No había podido inventar algo mejor? A la vista estaba que yo no era la recadera de nadie. Pero no, no se me había ocurrido nada mejor. Noté un escalofrío por la espalda ante la posibilidad de haber metido la pata hasta el fondo. Y a juzgar por la forma en la que Schneider me miraba, preví un fracaso estrepitoso.

—¿Qué querrá? —dijo entonces, pensativo. Y se ofreció a seguirme.

Suspiré en silencio. Oculté mi sorpresa. Vale, había conseguido superar la primera fase. La segunda era más difícil. No conocía el interior de aquella gran casa, y mucho menos el piso superior. Pero, si dudaba, el hombre sabría que algo no iba bien. Decidida, comencé a subir las escaleras. Me mordía el labio mientras en silencio le pedía a la deidad que quisiera escucharme que mi plan saliese bien. Una vez arriba, fingí que tenía clara la ruta. Escogí, por puro azar, la derecha. Schneider caminaba detrás de mí. Y elegí la segunda puerta. Con los músculos en tensión, giré el pomo. La abrí. Me permití respirar al comprobar que no había nadie allí dentro. ¿Cuál habría sido la excusa si me hubiera equivocado? Con la sangre volando por mis venas, esperé al tipo. Cerré con cuidado cuando estuvo dentro. Mis tacones amenazaban con volverse

inestables. Metí la mano en el bolso. Sentí el metal entre mis dedos.

—¿Dónde está Annibal? —quiso saber el pobre desgraciado. Las copas de esa noche habían disminuido su capacidad de pensar con claridad. Su instinto para el peligro parecía estar ya de resaca.

—Scorpio no va a venir.

Liberé la pistola de su escondite. El silenciador ya estaba montado previamente, las dimensiones de mi bolso lo habían permitido. Apunté hacia él.

—¿Qué coño significa esto? —De repente, parecía más lúcido. Dio un paso atrás. Sus clarísimos ojos me miraban como aquel que repara en un fantasma.

—Tira las armas que lleves encima —le ordené. No las tenía todas conmigo. El bullicio del resto de la casa incrementaba la presión. El tiempo.

—¿Qué? ¡No voy armado!

—Ve a la cama. —Empecé a caminar hacia él con la pistola en alto, haciéndole retroceder.

—¿Te ha enviado a matarme? ¡Yo no he hecho nada!

El tono de su voz casi me dio pena. Era inocente, igual que los demás. O al menos tan inocente como lo que se puede esperar de un criminal. Pero solo se quedó en eso, en el casi. Solo me hacía falta recordar todo lo que yo había perdido para reforzar mi determinación.

—¡No soy ningún topo! —La parte de atrás de sus piernas chocaron con la cama. Se le veía aterrado.

—Túmbate.

—¡No he hecho nada!

—¡Túmbate!

Schneider obedeció. Vi cómo le temblaban las rodillas. Probablemente estaba pensando que no tenía escapatoria; que, si a su jefe se le había metido en la cabeza que era culpable, no habría perdón posible. ¿Lo habría? Desde luego, no por mi parte. Noté cómo los músculos de la cara perdían la tensión, robándome la expresión.

—¡Scorpio tiene que creerme! ¡Yo no he hecho nada!

—¡Compórtate como un hombre y no grites! —le interrumpí. Nadie debía escuchar aquellos lamentos patéticos.

—No tengo nada que ver con los asesinatos... —continuó él con un hilo de voz.

—Por supuesto que no. ¿Crees que estoy aquí por eso? Pobre imbécil. —Y reí con desprecio, el mismo que me provocaba. Schneider me miró sin comprender. Avancé hacia él, que ya se había tumbado—. Te diré lo que quieres saber. —Casi me pude ver reflejada en sus horrorizados ojos azules—. Scorpio no me envía a matarte. Ni siquiera sabe que estoy aquí contigo. Yo soy a quien estáis buscando.

Y Hans comprendió.

Demasiado tarde.

Apoyé el borde del silenciador sobre la frente del tipo y apreté el gatillo.

Salté hacia atrás con toda la rapidez de la que fui capaz para evitar las salpicaduras lo máximo posible. Fue fácil, dadas las características del disparo. Sus párpados habían quedado congelados en el tiempo. Guardé la pistola de nuevo en el bolso. Saqué la navaja, cortesía de mi afán por contar con una segunda opción. Una nueva idea había tomado forma. En otras circunstancias, en otra vida, la imagen me había provocado repulsión. Incluso náuseas. Ahora se me antojaba como la firma de un trabajo bien hecho. La *shuriken* no era necesaria en este contexto.

Abrí la camisa del muerto. Hundí la hoja en la carne. Dibujé un trece. Evité las gotas de

sangre. No había remordimiento, ni una pizca de empatía. Mi corazón, rebelde en sus latidos, se había cubierto de hielo.

Antes de abandonar la habitación, comprobé cada centímetro de mi piel. Comprobé mi rostro. Ni rastro de sangre. Me retoqué el maquillaje. Si el vestido se había manchado, el color negro encubriría las pruebas del delito.

Salí. No me permití respirar hasta que no comprobé que, en efecto, allí no había nadie. Si me hubiesen visto, no habría tenido más excusa que la evidente. Y esa también habría sido la fecha de mi muerte. Pero no había sido así. Joder, había vuelto a hacerlo. Y en aquella puta casa. Su propia casa. Reprimí una sonrisa. Mi adrenalina viajaba a la velocidad de la luz. Todavía me quedaba regresar con *él*.

Controlé mis niveles de paranoia al situarme frente al primer escalón. La presión sanguínea se agolpaba en mis oídos, mitigando cualquier rastro de música. A medida que descendía, me fui tranquilizando. Nada parecía indicar que era objeto de sospechas. Me atusé el pelo con gesto inocente. Dedicué sonrisas a aquellos que me regalaban sus atenciones, aunque por dentro me estuviera cagando en sus muertos por reparar en mí. Mi vestido era un arma de doble filo. Al menos, sus miradas indicaban de todo menos hostilidad. Iba por buen camino. Las bebidas alcohólicas eran mis grandes aliadas.

Lo primero que hice al pisar la planta baja fue deambular por las distintas habitaciones. El tiempo continuaba siendo mi enemigo, pero tampoco era estúpida. Lo más inteligente era dejarme ver por todos los lugares posibles, de tal forma que no se me recordara un único recorrido. Incluso pasé por el cuarto de baño.

Y volví al cuarto de iluminación azulada.

Lo reconozco, su primera reacción consiguió inquietarme. Estaba serio, alegándome que le había mentado. En aquel momento mi pulso volvió a acelerarse, pero no dio tiempo a que el temor echara raíces, pues descubrí que estaba bromeando. Sentí alivio. Bromeaba conmigo justo después de que asesinara a sangre fría a uno de sus hombres. Y, por alguna razón, los latidos de mi corazón aún no regresaban a su sitio. Sin haberlo previsto, me estaba fijando en los pequeños hoyuelos que iluminaron su sonrisa suave.

Es el puto personaje. Céntrate en él.

Lo cierto es que interpretar mi papel me resultaba tan fácil que daba miedo. Y todo el mundo sabe que las bebidas alcohólicas alimentan el coraje. El coraje se alió con la adrenalina cuando Scorpio se quitó la chaqueta del traje. Él me miraba con esa maldita intensidad y yo debía contener mi imaginación. Sentí un vértigo brutal al darme cuenta de que lo deseaba, deseaba a la persona que más odiaba en el mundo de venganzas que yo misma había construido.

No entendía.

No comprendía.

Pero mi confusión poco a poco quedó relegada a un segundo plano, adormecida, neutralizada por algo más fuerte que animaba mis sentidos ante la cercanía de ese criminal.

Casi podía oler la sangre de Schneider.

Me besó. Una corriente desmesurada cruzó mi cuerpo en tensión. Una explosión abrumadora agrietó mis defensas. No era ficción. No era ningún personaje. Mi piel se erizaba con una potencia muy real. Saboreé el ron en sus labios, el tabaco, la excitación. Saboreé mi ira, mi dolor, mis manos manchadas de sangre. Saboreé su ambición, su presencia fuerte, la vida que había arrebatado. Sentí mis dedos contraerse.

Él se separó, pero yo no pude reprimirme. Como un depredador hacia su presa, me lancé de nuevo a su boca. Como el mar embravecido hacia las rocas, como el rayo hacia el metal. Caímos

sobre el sofá, y le atraje hacia mí con furia. Me importaba una mierda el guion. Era mío. Mío.

Sus ojos cerrados, su boca entreabierta... joder, me quemaban por dentro.

Le quité la corbata. Le desabroché la camisa. Lo que vi me cortó la respiración. Cada músculo me invitaba a olvidarme de mi verdadera identidad. Cada surco, cada relieve. Le toqué. Su piel caliente. Mi cuerpo en llamas.

Le bajé la cremallera del pantalón. Mi cordura por los suelos.

Pero alguien interrumpió. El Lobo. Simplemente lo supe: mi obra había sido descubierta. Y el sentido común regresó como un jarro de agua fría. Scorpio se fue y solo entonces me di cuenta de lo que había estado a punto de hacer.

La fiesta se ha acabado.

Capítulo 2 - Angela

Idiota.

Estúpida.

Imbécil.

Ningún insulto hacía justicia a la forma en que me sentía. Sí, el giro de mi plan era muy bueno a partir de cómo Scorpio me había acogido hacía ya unas cuantas noches, pero mi actitud no había sido necesaria. Nada necesaria. A pesar del vodka, me acordaba muy bien de cada cosa que había hecho. El asesinato de Schneider, el intenso momento erótico en aquel sofá. Lo único que me cubría de remordimiento como una pesada losa era lo ocurrido en el cuarto de luz azul. Aún me costaba asimilar la magnitud con la que ese hombre me atraía. Tal vez en otras circunstancias... No. Las circunstancias eran las que eran. Sin embargo, por otro lado... ¿qué sería de mi intención de acercarme a él emocionalmente para destruirle, como él había hecho conmigo? No me quedaban muchas más opciones. Ser integrante de su grupo estaba más que descartado, así que, si quería penetrar en su entorno, solo podía hacerlo mediante esa vía. Y estaba más que dispuesta.

Por aquel entonces desconocía que tal osadía supondría mi propia condena.

Sabía que él no sospechaba de mí, tal y como se despidió en la fiesta. Mi estómago se encogió en contra de mi voluntad ante el recuerdo, y me increpaba por ello. Me recriminaba recordar todo aquel abanico de sensaciones que descubrí en sus labios. Sacudí la cabeza. Decidí centrarme en Deborah. Solté una risotada silenciosa. Así que toda aquella historia de que Scorpio era *suyo* no era nada más que una película. Me pregunté qué habría pensado al vernos juntos. Solo esperaba que él mantuviese el interés que me había mostrado para poder seguir jugando mis cartas. Y de mí misma esperaba no ser tan incauta como lo fui entre sus brazos.

No esperaba volver a verle tan pronto.

Una semana después, sin haberlo planeado, nos encontramos en uno de mis lugares de trabajo: el Hot Fire. Mis defensas cayeron al hallarle sentado entre el público, en la penumbra, con una expresión en los ojos que me arrancó el alma de cuajo durante unos breves segundos. A punto estuve de perderme en mi propia actuación sobre el escenario, pero recurrí a mi frialdad y me logré sobreponer a aquel golpe bajo. Mentiría si dijera que su presencia allí no me regaló un buen chute de energía. Ocultaba mis pensamientos, ahora vertiginosos, bajo la melodía de mi propia garganta. Aparenté indiferencia. E intentaba no coincidir con sus ojos desde allí arriba, aunque de vez en cuando los buscaba. No podía evitarlo. El burbujeo de mi estómago cuando eso sucedía resultaba... ¿agradable?

No me pasó desapercibido que Scorpio, a diferencia de muchos que se comportaban como orangutanes salvajes, permanecía impassible mientras me miraba. Infranqueable. Consiguió así, sin yo quererlo, estimular mis endorfinas. Me sumí en la atmósfera musical que yo misma creaba, en las letras de las canciones, en la evidencia de que él se encontraba a unos insultantes pocos metros de mí. Y mis movimientos también fluían más fáciles. No me llegué a dar cuenta entonces de que buscaba impresionarle.

No fue muy diferente en la segunda parte del espectáculo, aquella donde un acompañante masculino colocó el broche al ambiente caldeado inherente a mi actuación. Me sorprendí al advertir que estaba deseando bajar de ese maldito escenario.

Al final, aplausos.

Me despedí agradeciendo a mi público con besos al aire y gestos cómplices. Ceñida a un papel, nuevamente. Porque al fin y al cabo eso es lo que somos muchas veces, personajes que

siguen las pautas derivadas de un consenso social. Lo que esperan de nosotros.

Mientras me cambiaba de ropa en el camerino —o cuchitril donde me preparaba para las actuaciones—, una compañera vino a avisarme de que preguntaban por mí. A duras penas pude controlar el temblor de mis manos cuando volví a quedarme en intimidad.

Respiré hondo y salí.

Y allí estaba *él*. Me había ido a buscar a la barra. Hablamos. Noté cómo la red volvía a cernirse sobre mí como una tela de araña donde yo era un insecto kamikaze que no quería escapar.

En pocos minutos me encontré en una mesa repleta de gánsteres, sentada al lado del jefe de todos ellos. Me aturdía la ya familiar facilidad con la que podía seguirle la corriente. Pero ¿hasta qué punto yo estaba fingiendo? Era evidente que lo que ellos pudieran pensar de mí era falso, pero en ocasiones olvidaba el verdadero motivo de mis acciones. ¿En qué punto me situaba eso? Y lo más importante... ¿qué pensaría de todo eso aquel por el que yo luchaba? Ahuyenté esa última incógnita de inmediato, me perturbaba. *Todo forma parte del plan*. Me sentía relajada.

Combinaba momentos de conversación trivial con aquellos en los que me replegaba en mi mundo interior. Me desconcertaba la actitud de Scorpio. No percibí tensión por su parte, ni preocupaciones. Se mantenía integrado entre sus hombres, incluso cuando yo le estaba jodiendo la vida. De vez en cuando lo miraba y volvía a encontrar esa media sonrisa característica. Fue la primera vez que me hizo sentir culpa. Me confundía y yo lo achacaba a la bebida.

De pronto, y sin saber muy bien cómo, me encontré apoyada sobre el costado de Annibal. Creo que coincidió con el momento en el que, en mi cabeza, ya me empezaba a referir a él más por su nombre que por su apellido. Allí era capaz de notar los latidos de su corazón, el ritmo de su respiración. Su piel una vez más. *Todo forma parte del plan*. No estaba muy segura de si el plan contemplaba que yo me encontrara excitada. Que no pudiera apartarme de él.

Que no pudiera huir al abandonar el Hot Fire.

Que no pudiera huir al montar en su flamante Ford Mustang.

Que no pudiera huir al pedirle, exigirle que me llevara a su casa.

Que no pudiera huir en su habitación. En su cama.

No podía, *no quería* huir de él.

La prohibición me empujó hacia el deseo irrefrenable y volví a tenerlo entre mis manos, como una semana atrás. Excitación. Alcohol. Había enterrado mi parte racional en lo más profundo de mi ser. Cada beso me alejaba más de la realidad, cada caricia asesinaba las voces de la conciencia, cada oleada de placer me acercaba a la locura. Ya no era dueña de mi cuerpo, de mi voz. Los movimientos de ese hombre me arrancaron hasta la última gota de sensatez.

Fue una de las mejores noches de mi vida.

Él se durmió antes que yo. Me descubrí, a su lado, con pensamientos recurrentes que me instaban a aprovechar el momento. Estaba más cerca que nunca, y él indefenso. ¿Podría hacerlo? Vi cómo respiraba tranquilo, pausado, con el pecho subiendo y bajando en un mar de calma. La culpabilidad me golpeó con una implacable maza de hierro. ¿Podría hacerlo? Su rostro relajado lo alejaba de cualquier estereotipo relacionado con el puesto que ocupaba. Y me hice la pregunta por tercera vez. No. No podía hacerlo. Me dije que no llevaba ningún arma, pues al salir de casa no había tenido forma de prever dónde iba a terminar la noche. Y era evidente que él guardaba armas en alguna parte, pero no sabía dónde. ¿Qué diría si me descubría? No. Definitivamente, no podía hacerlo. Decidí postergar el momento, no podía echarlo a perder.

Todo forma parte del plan.

Mi siguiente jugada maestra la protagonizó Larry Greenwich.

Reconozco que no las tenía todas conmigo cuando elaboré el nuevo propósito. Ya tenía el número de teléfono de ese desgraciado, pues me las había ingeniado para conseguirlo noches atrás en el Hot Fire. Nadie se había dado cuenta. No fue difícil embaucar al tipo con mi encanto. Jamás habría podido adivinar mis verdaderas intenciones. Ni siquiera su jefe.

La siguiente etapa, sin embargo, fue más complicada. Durante mis indagaciones había logrado recabar cierta información acerca de las actividades delictivas de Annibal, y me había llamado la atención una rama en especial. Tenía contacto con otro grupo cuyo núcleo descansaba en Filadelfia y que parecía rendirles pleitesía mediante el pago de un porcentaje. Por supuesto, no había podido ahondar mucho más, pero tenía los suficientes datos como para saber de algunos de esos tipejos. Elegí al que respondía al nombre de Nelson Austen. Solo necesité las palabras adecuadas, un mensaje de texto y la esperanza de que Greenwich mordiese el anzuelo.

El único cambio en el patrón sería el autor material.

No es que me hiciera mucha gracia contratar a alguien que se encargara de mi trabajo, pero era necesario y además me aportaría beneficios. Las ventajas superaban a los inconvenientes. Así, elegí el motel HK Empty Road como futura escena del crimen y así se lo hice saber al hombre a mi cargo. Lo único que tenía que hacer era esperarle en el interior de la habitación acordada y después acabar con él. Wayne Ford, el sicario, sería el falso Nelson Austen. El verdadero, claro, no tenía ni idea de que su identidad sería usurpada para llevar a cabo un asesinato. Cuando le di las órdenes a Ford, estas fueron claras, concisas y simples. No era un plan enrevesado. Incluso le entregué una de mis estrellas para dejar la firma habitual. Más adelante, cuando el trabajo se hubiese completado, me reuniría con él para completar el pago. Wayne Ford podía sentirse afortunado: su nombre pasó a formar parte de mi lista negra. Mejor así. ¿Qué sería de mí si lo capturaban o si le ofrecían más dinero del que supuestamente yo iba a pagarle? Nunca hay que dejar cabos sueltos.

Greenwich murió el veintidós de junio, viernes, mientras yo estaba con Scorpio. Me había invitado a cenar. La ocasión no podía ser más perfecta. Con aquella coartada, pensé, jamás me relacionaría con las muertes. Y así debía haber sucedido de no ser por lo que ocurriría después, pero aún no he llegado a esa parte de la historia.

Durante la cena en aquel restaurante de lujo insultante, tuve la oportunidad de conocerlo un poco más. Hizo referencia a su madre, de la cual yo ya conocía la existencia, pero no sabía muy bien qué tipo de relación mantenía con ella. Era la única persona de su familia de la que tenía constancia. No sabía nada de su padre o de si tenía hermanos, pero por el momento no era algo que me resultara relevante. Pensar en el término «familia» me dolía, así que no solía hacerlo. Y en ese momento dolió. Tuve que apresurarme a colocar una nueva tirita imaginaria en mi corazón herido y a cubrir de hielo cualquier recoveco que me dejara vulnerable. De algún modo, Annibal también contribuía a que no me sintiera así. De nuevo, confusión. Pero no era yo, me dije, sino el papel que interpretaba. *Todo forma parte del plan.*

Regresamos en aquel Lamborghini negro brillante que tanto me deleitaba. Era majestuoso, eso quedaba a la vista. Cuando viajaba en su interior, no podía evitar saberme más lejos del resto del mundo y más cerca del hombre que lo conducía. Y no quería reconocerlo, pero cada vez me resultaba más difícil establecer los límites entre mi personaje y mi verdadero yo.

Durante la vuelta comprobé que, a pesar de la reputación de Annibal y el carácter que se le atribuía —con razón—, podía hablar de cualquier cosa con él. O al menos de todo lo que surgía entre nosotros. Fue una conversación distendida, amena, con ciertos toques de humor que me sorprendieron gratamente. Sin embargo, los acontecimientos hicieron añicos la atmósfera a medida que nos aproximábamos a su casa. Había un coche policial delante. Fui testigo de cómo la

expresión de Scorpio cambiaba de forma radical. Y me sentí insegura. De pronto, la certeza de que estaba jugando con fuego se hizo muy grande. Opté por quedarme en silencio. ¿Tendría comprados a esos agentes? ¿Iban a detenerlo? ¿O acaso...?

Estuve a punto de vomitar el corazón cuando reconocí al sargento Wolfgang Sawyer entre ellos. Mantuve la calma como pude. No parecieron reconocermé, pero sabían muy bien quién era mi acompañante.

Entré en la casa después de que Annibal me lo pidiera. Obedecí sin rechistar. Sabía que los policías ya habían descubierto el asesinato de Greenwich, incluso cuando se habían abstenido de pronunciar ese nombre. Sentí satisfacción, sí, pero esta no fue completa. Estaba nerviosa.

Después de lo que pareció una eternidad, escuché la puerta que comunicaba el garaje con el interior de la casa. Como ya esperaba, él apenas me dio explicaciones. Su expresión era oscura y no pude resistirme a la tentación de abrazarle. Fue lo más hipócrita que había hecho en mucho tiempo, pero no había hecho más que obedecer a lo que me había pedido el cuerpo. Incluso cuando la causante de todo su malestar, aunque él no lo supiera, era yo. Se negó cuando me ofrecí a marcharme. Entonces me sentí mal, muy mal. Tal vez fue la forma en que me pidió que me quedara, o tal vez fue la extraña fragilidad que creí atisbar a través de su coraza, que mi fría muralla se convirtió en apenas cascotes. Volví a ceder. Volví a perderme entre sus sábanas.

Al día siguiente, él ya no estaba en casa. Me había dicho que se marcharía y había confiado en mí para dejarme allí sola. Me encontraba ante una nueva oportunidad para seguir indagando. Me colé en cada habitación a la que tuve acceso, con infinito cuidado de no dejar rastro, pero no encontré nada fuera de lo común. Fuera de lo común para un asesino narcotraficante. ¿Y qué esperaba, luces de neones que señalaran hacia algo que pudiera meterle en problemas? Sin embargo... En uno de los cajones del armario de su gran dormitorio, el mismo que habíamos compartido, encontré un puñado de fotografías. No eran muchas, pero todas mostraban a la misma chica. Una niña de largos cabellos negros y ojos marrones me devolvía la mirada desde el papel. Calculé que tendría entre doce y catorce años. Capté una extraña familiaridad en su rostro, pero no supe ubicarla. Su sonrisa me transmitió ternura. Devolví las fotos a su lugar sin haber adivinado su identidad.

Desistí de mi búsqueda infructuosa al poco rato. Me planteé la posibilidad de marcharme de allí, pero opté por quedarme hasta que Scorpio regresara. Me planté delante de la enorme pantalla plana del gran salón, donde el tiempo parecía transcurrir más rápido.

Pocos minutos después de las dos de la tarde, llegó a casa. Me sorprendí al ver a Sandro Biaggi y al Lobo entrar junto a él, aunque supongo que más se extrañarían ellos al verme allí únicamente vestida con una camiseta blanca masculina. El estómago me dio un vuelco cuando me percaté del aspecto que presentaba Annibal. Tenía el pelo revuelto y estaba manchado de sangre casi por todas partes. Pensé que podía estar herido y... se me desbocó el corazón.

Los otros dos se marcharon y volvimos a quedarnos a solas. Scorpio fue muy tajante cuando me interesé por él, llegando a responderme de muy malas maneras. No me molesté en guardar ningún tipo de formas y le respondí a la altura de sus impertinencias. No estaba en mi papel dejarme pisotear, y mucho menos por él. Sentí un zarpazo de rabia dentro del pecho ante sus palabras, lo que me enfureció aún más, pero de pronto me vi acompañándole mientras dejaba que el agua fría cayera sobre sus manos dañadas. Las envolví con las mías, con cuidado. Las manchas de sangre fueron desapareciendo por el desagüe. Fue cuando supe que, a excepción de los nudillos, aquella sangre no era suya. Me recorrió un escalofrío. ¿Qué es lo que había hecho? Insistí en saberlo y volvimos a discutir. Unas vergonzosas lágrimas se acumularon en mis ojos al darme la vuelta, dispuesta a mandarle a tomar por el culo. Odiaba que tuviera ese poder sobre mí.

Pero entonces... se disculpó. Y por eso cuento esto, porque se disculpó. No debería haberlo hecho, pero me quedé.

Lo que hizo más tarde me terminó de desarmar del todo. Por alguna razón, Annibal decidió sincerarse conmigo. Necesitaba confiar en mí, me dijo. Le respondí que sí. Es posible que aquella fuera, de todas las mentiras que le he dicho, la más grande. A él le bastó, me creyó. Sentí una punzada de remordimiento. La conversación que tuvimos dejó patente que yo sabía a lo que se dedicaba y hubo un momento en el que pareció que la tensión lo echaría todo a perder. No fue así. En unos pocos minutos ya habíamos recuperado la camaradería, incluso después de haberme dejado claro que irme de la lengua acarrearía fatales consecuencias. Yo no hablaría, por supuesto. Me parecía un precio justo a pagar.

Al principio me había impresionado tener tan cerca una de sus pistolas. La había dejado entre nosotros a propósito para abordar aquel tema peliagudo, pero en ningún momento pensé que realmente la fuera a utilizar conmigo. Es más, la honestidad que me mostró aquella tarde nada tenía que ver con la arrogancia que le caracterizaba. Durante un instante llegué a olvidarme del odio que creía profesarle. O tal vez ya no tuviera tan claro que fuera odio. Intentaba convencerme de que no había cabida para nada más.

Al rato, fue hacia la ducha para quitarse de encima toda esa sangre con la que había aparecido hacía unas horas. Sentada en su cama, sola, no me quedó más remedio que enfrentarme a la verdadera oleada de emociones que me invadió. Me negaba a aceptar que ese hombre derretía, poco a poco, la capa de hielo de cuatro años de grosor. Me decía una y otra vez que solo se merecía el fatal desenlace que yo le daría llegado el momento adecuado. Me moví sobre los pies del colchón, incómoda. Una idea extraña quiso desbancar la vana sensación de tenerlo todo bajo control. De pronto sentí que tenía que acelerar el proceso. Pero acabé dentro de la ducha con Annibal.

Dormí de nuevo entre sus sábanas la noche que unía el viernes seis de julio con el sábado siete. Había vuelto a disfrutar de una imponente cena con él, de un nuevo paseo en el imponente Lamborghini Murciélago negro, de otra gran dosis de sexo. Me había resultado especialmente difícil neutralizar el burbujeo de mi interior durante toda la velada, en especial en las últimas horas. Reconozco que me encantaba esa combinación de pasión desenfrenada con curiosa delicadeza. Y así, entre extraños momentos cómplices y medias sonrisas, me fue muy sencillo desconectar de la verdadera realidad. Era uno de los efectos que él causaba en mí. Pero luego regresaba al presente, a mi cometido, y un cinturón invisible me constreñía el corazón, los pulmones y el estómago.

Debes acabar con toda esta locura y volver a tu vida. Debes matarlo.

¿Volver a mi vida? ¿A qué vida, exactamente? Ya no podía ser la misma que hacía cuatro años, cuando yo tenía diecinueve. Los acontecimientos me habían cambiado, moldeándome hasta convertirme en un tipo de persona que despreciar. Pero esto es lo que hay, supongo. Porque antes de mis diecinueve, ya tendría que haber sospechado que nunca tendría la vida que le correspondería a cualquier persona normal. ¿Y qué es normal? Tal vez cualquier cosa excepto acostarte con la que será tu víctima. Con la que *quieres* que sea tu víctima. Pretendía seguir convenciéndome de ello.

Por eso elegí esa noche como la perfecta para quitarle la vida.

Fingí dormir mientras esperaba a que Annibal perdiera la consciencia. No fue hasta que sentí su respiración regular y tranquila que decidí que ya había llegado la hora. Me moví con todo el sigilo del que fui capaz para no despertarle. Fue algo complicado, pues hasta entonces había

permanecido tumbada muy cerca de su cuerpo. Me desplazé hasta el borde de la cama y, una vez allí, estiré el brazo y cogí mi bolso del suelo, a tientas. No era muy grande. Lo subí a la cama con cuidado e introduje la mano. Desnuda, le daba la espalda a mi acompañante dormido. Localicé la pequeña y afilada navaja mediante el tacto. Era la misma que utilicé para cortar la carne de Schneider, aunque ya no quedaba ni rastro de su sangre.

El corazón me corría tan deprisa que me dieron ganas de echarlo por la boca.

Era muy consciente de que, si le encontraban desangrado en aquella cama, sobre todo sin presentar signos de resistencia, me inculparían directamente a mí. O, al menos, sería una de las principales sospechosas. Sus hombres me habían visto con él, incluso el sargento Sawyer y los otros policías. Al fin y al cabo, era la única que había accedido a sus sábanas en los últimos días. ¿Era la única? Un amargo picotazo me sacudió ante la pregunta. Me obligué a ignorarlo.

Agarré la empuñadura de la navaja con más fuerza de la necesaria. Tensé los labios, los músculos. No podía vacilar. Cuanto antes lo hiciera, antes me liberaría. Por fin habría cumplido con aquella silenciosa promesa. No tenía sentido seguir matando a sus hombres si a quien quería ver muerto era a él.

¿Estaba segura?

Me di la vuelta despacio. El mango se me clavaba en la palma de la mano derecha. Centré mis ojos en él a través de la oscuridad parcial. Annibal yacía boca arriba. Su rostro transmitía serenidad, completamente relajado. Su pecho desnudo subía y bajaba con la paz de un mar en calma. Tenía los labios separados. Y yo no debía estar fijándome en esos detalles. Fruncí el ceño.

Céntrate.

El corte era muy sencillo, me dije. Tan solo debía clavar el filo en un lateral del cuello y deslizar la hoja hacia el lado opuesto. El cabrón no sobreviviría, se ahogaría con su propia sangre. Me pasé la lengua por los labios, tenía la boca seca. Coloqué la punta de la navaja en su cuello. Apoyé la hoja con cuidado. Él no se enteró. La violencia de mis latidos resonaba en mis tímpanos. Me temblaba la mano. Cerré los dedos con más fuerza. Presioné la hoja aún más, sin llegar a herirle. Algo muy pesado se hundió en mi estómago, como una mochila de piedras en un lago. Me di cuenta de que me mordía el labio inferior porque me estaba haciendo daño. Únicamente podía mirar al punto donde la navaja contactaba con su piel. Unos pocos milímetros lo separaban de la muerte.

Entonces, un picor desagradable se abrió paso por mis ojos con garras punzantes. Una fuerza invisible me paralizaba la mano ejecutora. El nudo de la garganta me estaba ahogando. Aparté la navaja de su cuello como si hubiese metido la mano en brasas candentes. Devolví el arma al bolso casi con asco, y tiré el bolso al suelo. Era como si aquel momento no hubiese sucedido nunca.

Me levanté de la cama, confusa. Horriblemente confusa. Las emociones se agolpaban unas con otras dentro de mi pecho sin orden ni control. Descalza, caminé hasta el cuarto de baño de la habitación. Cerré la puerta con cuidado. No encendí la luz. Quería evitar a toda costa que él despertara y me encontrara allí, hecha un despojo. Era así como me sentía. No podría mirarle a la cara. Sin duda, me preguntaría que qué me pasaba, por qué estaba llorando. ¿Estaba llorando? Las lágrimas resbalaban por mis mejillas como plata líquida a la luz artificial de la calle. Me miré en el espejo. El rostro que otros encontraban deseable me devolvía una mirada atormentada, y odié esa imagen. Despreciaba cada centímetro del reflejo de mi cuerpo desnudo.

¿Qué demonios me había pasado? ¿Por qué no había sido capaz de llevar a cabo una acción tan sencilla? Llevaba fantaseando con ese momento durante mucho, mucho tiempo. Había tenido el poder absoluto, había sido dueña de su vulnerabilidad.

Pero no había sido capaz.

Había llevado a cabo peores asesinatos y sin embargo... Sin embargo...

No temía a las represalias porque sencillamente me esfumaría, desaparecería del mapa. No podía ser miedo.

Mis pulsaciones era lo único que podía oír en aquel baño silencioso impregnado de noche. Apoyé las manos sobre la pila del lavabo. Me incliné hacia adelante. El pelo liso me cayó por los hombros del mismo modo que las lágrimas surcaban mi rostro. Y dolían. Dolor maquillado de rabia e impotencia. Debía calmarme, enfriar mis pensamientos y desterrar de mi mente aquellas ideas absurdas que me producían escalofríos.

¿No lo había matado porque me atraía? Estúpido.

¿No lo había asesinado porque con él experimentaba sensaciones vetadas hasta entonces? Ridículo.

¿No había acabado con él porque, a pesar de su fama, conmigo era distinto? Absurdo.

¿Le había dejado vivir porque sentía algo que no estaba en el guion?

No. No estaba dispuesta.

Abrí el grifo y con ambas manos me mojé la cara con agua fría. Dejé la mente en blanco, o al menos lo intenté. Hice un gran esfuerzo para tranquilizarme. Respiré hondo. Volví a contemplar mi reflejo. El llanto silencioso me había enrojecido el rostro, barnizando de brillo mis ojos. Volví a hundir la cara en el agua fría, donde me quería perder para siempre. Pero me sequé con la toalla.

Volví a la cama. Dejé escapar un largo suspiro antes de volver a introducirme entre las sábanas de color rojo oscuro. Él ahora se encontraba boca abajo. Volví a tocarle, pero esta vez fue con mis dedos y no con el filo de una navaja. Me perdí en el tacto, volviendo a recordar la cena de esa misma noche.

Justo después rememoré las horas previas a ese encuentro, exactamente el momento en el que había matado a Hoyt Peterson en el jardín trasero de su propia casa. No era de la alta esfera, pero había supuesto que serviría. Y yo había sido eficiente, como siempre y a diferencia de hacía unos minutos. Había dejado a ese tipo muerto allí a sabiendas de que lo encontrarían cuando alguien le echara en falta. Nada más terminar aquel trabajo, había regresado a casa con intención de arreglarme para la posterior cena con Annibal.

Y ahora allí, tumbada junto a él de madrugada, estaba empezando a digerir lo que realmente me estaba sucediendo. Sabía que nunca había sentido nada semejante, tan intenso, tan auténtico. Tan insólito. Mi cabeza daba vueltas, los engranajes encajando unos con otros a una velocidad enfermiza y, a la vez, prisioneros de una extraña calma. Las escenas de aquella noche se sucedían unas tras otras a través de mi mente. Mientras tanto, deslizaba los dedos por su espalda. Ansiaba explorar cada relieve, cada centímetro, como si nunca antes lo hubiera hecho. Y, a pesar de que la hipocresía se cernía sobre mi garganta como una soga, no podía detenerme. La suavidad de su piel electrificaba las yemas de mis dedos. Las chispas llegaron a mi estómago cuando noté cómo se estremecía.

La culpa me golpeó con su puño de hierro.

Entonces, un ruido repentino casi me arranca el corazón. Retiré los dedos de él, asustada. Tardé unos instantes en comprender que solo era la vibración rítmica de su *smartphone*. El mismo que Scorpio arrojó al suelo, todavía dormido, segundos más tarde.

A pesar de que había decidido mantener las distancias, accedí a volver a vernos el miércoles de la semana siguiente. Lo había propuesto él, alegando que tendríamos algo que celebrar. No había dado más detalles y tampoco yo los había preguntado, pero lo que era seguro

era que no había sospechado ni por un momento lo cerca que había estado de morir bajo el filo de mi navaja.

Ese miércoles, once de julio, se presentaba lluvioso a pesar del calor. El suelo aún estaba seco en la calle. No pensé que sería necesario coger un paraguas para salir. Craso error. Me terminé mojando de camino a casa de Annibal tras bajarme del coche, aparcado unos metros más abajo en su misma calle. No había hablado con él, no le había avisado de que iba. Fue una pequeña iniciativa que había creído buena idea a raíz de las últimas semanas.

Pequeñas gotas traicioneras.

El agua empezaba adherirse a mi camiseta blanca de tirantes y a mis vaqueros negros. Caía sobre mis pies, que descansaban sobre unas sandalias de color crema. También mojaba la verja oscura que delimitaba el perímetro de la propiedad. Me di cuenta de que estaba abierta. Extrañada por ese pequeño resquicio en la seguridad, me adentré en el pequeño camino artificial. Y, cuando quedaban pocos metros para llegar a la casa, repentinamente la puerta se abrió.

Deborah.

Una lengua de fuego me calcinó las entrañas. Las llamas se convirtieron en volcán cuando esa zorra me habló con ese aire de estúpida suficiencia. ¿Acaso era posible que...? El volcán se convirtió en una explosión que me vi obligada a ocultar. La animadversión entre ambas ya era patente, ella había decidido despreciarme desde la famosa noche de la fiesta. En realidad, para mí era un alivio: me ahorraaba continuar fingiendo con ella. Pero verla salir de aquella casa... despertaba mis instintos más agresivos. Me tuve que contener, muy a mi pesar.

Comprendí que estaba celosa.

Celosa. Yo.

Maldita puta.

Lo único que pude hacer fue verla marcharse con esos andares bamboleantes y ridículos que me recordaban a un ganso cojo. Plantada bajo el porche, de pronto me supe ridícula, sobrepasada por aquella mujer de falda tan corta como su cerebro. Mis pensamientos entonces comenzaron a rezumar veneno, colocando en mi cabeza imágenes acerca de lo que podría haber estado haciendo en el interior de esa casa. Quise agarrarla con mis propias manos y estamparle la cabeza contra el suelo. En lugar de eso, me di la vuelta y pulsé el timbre con rabia.

Fue el Lobo quien me abrió.

La rabia se transformó en confusión. ¿Qué ocurría allí? ¿Qué me estaba perdiendo? El hombre, aquel que consiguió escapar de mis garras invisibles, me sugirió subir a la habitación. Se mostraba esquivo. Obedecí. Cuando me coloqué delante de la puerta del tan familiar dormitorio, me abordó una sensación rara que no supe ubicar. Golpeé la puerta con los nudillos. Su voz me invitó a pasar desde el otro lado. Volví a obedecer.

Allí dentro apenas había luz y un olor característico inundó mis fosas nasales. Olía a limpio. Olía a hospital. Una pequeña lamparita hacía lo que podía para combatir la oscuridad. La sensación extraña se convirtió en alarma en cuanto mis ojos se acostumbraron a la iluminación deficiente. Si quedaba algún rastro de enfado dentro de mí, este se esfumó junto con mi respiración en cuanto lo vi. Annibal permanecía en la cama, boca arriba y con varias almohadas detrás de su espalda. Una venda blanca le cubría el torso desnudo. Y una capa de negrura me empañó la razón. Mis manos se transformaron en puños. Me vi asolada por la misma sensación que experimenté al apoyar el filo de la navaja en su cuello, una eternidad atrás.

Cuando sus ojos se encontraron con los míos entre las tinieblas, se me vino el mundo encima. No supe qué hacer, cómo reaccionar. No dejé que notara mi zozobra.

Alguien había herido al hombre que quería ver muerto. ¿Acaso no debía alegrarme? Estaba

a años luz de alegrarme. La contradicción pesaba en el interior de mi pecho como prisionera por la gravedad. Se me revolvió el estómago.

Terminé sentada en el borde de la cama. Mi mano quedó apoyada muy cerca de él. Estaba tensa. De repente me vi peleando contra mi propio cuerpo, contra los desconcertantes temblores que luchaba con todas mis fuerzas por aplacar. No me vi capaz de evitar tocarle.

—Podrían haberte matado.

Mi propia voz me sonó ajena al pronunciar aquella frase. Por una vez, no estaba fingiendo. Sentía la calidez del dorso de su mano bajo mis dedos sedientos. Cuando las miradas se encontraron, hallé en sus ojos algo que no identifiqué muy bien. Él debió de ver dureza en mi expresión. No podía evitarlo. Todo mi ser era puro desorden.

Su estado era tan dudoso que mis caricias terminaron por hacerle daño. Me detuve con una disculpa. Esa reacción me sacó del ensimismamiento en el que había caído, donde no había encontrado las respuestas que buscaba.

Le ayudé antes y después de su ducha. Sabía perfectamente sus reticencias, lo que le dio más valor al hecho de que terminara optando por recurrir a mí. Las heridas que vi tras apartarle el vendaje me impresionaron, no pude evitarlo. La sangre me daba igual, el aspecto de la lesión me importaba bien poco. Pero era *su* sangre, *su* carne.

Solo cuando volví a verme sola sobre la cama me decidí a ponerle nombre a la emoción que primaba sobre las demás. Miedo. Me sentía desprotegida ante su intensidad, aturdida por mi propia indefensión. La angustia llamó a mi puerta al darme cuenta de que el miedo tan solo respondía ante algo más grande que esperaba detrás.

Todas mis convicciones se tambalearon como presas de un terremoto.

Más tarde, cuando Annibal sugirió la posibilidad de detener lo que fuera que hubiera entre nosotros, un nudo en el estómago amenazó con dejarme sin habla. Pero hablé. A pesar de que sus argumentos eran sólidos y lógicos, me encontré defendiendo mi postura. *Todo forma parte del plan*. ¿El plan? Ya no estaba segura de sus límites. Ya no estaba segura de nada. Él creía que yo estaba en peligro por acompañarle. No me atreví a revelarle que, de hecho, era al revés. Así que hice lo único de lo que era capaz cuando lo demás me fallaba: refugiarme en su cuerpo.

Había abierto la Caja de Pandora. La certeza de que alguien le había disparado y que podría haberle borrado del mapa me consumía. Aquellos momentos en su casa, y los que vinieron después, hicieron que apenas necesitara recurrir a la interpretación con él. Tendría que haberlo matado en la fiesta, me repetía continuamente. Yo era la única culpable de lo que me ocurría, tendría que haber pensado en las posibles consecuencias. Pero ¿cómo iba a haber previsto algo así con alguien a quien había estado odiando con toda mi alma durante cuatro años? No lo entendía, no comprendía cómo había podido ocurrir. Pasar del odio al...

No. No lo digas.

Ya no era solo atracción. Había jugado con fuego y me había quemado. Achicharrado.

Amor.

No podía soportarlo y, sin embargo, no tenía control sobre ese sentimiento que el criminal había despertado en mí. ¿Era justo denominarlo como tal cuando yo misma tenía en mis manos la sangre de sus hombres? Tenía que hacer algo, ponerle freno. Pero ¿cómo se para un huracán?

Lo único que se me ocurría era continuar con mi trabajo. Decidí que me demostraría que me engañaba a mí misma, que terminaría lo que había empezado. Así, el veinticuatro de julio por la noche volví a las andadas.

Aparqué el coche en la calle de Annibal, aunque con intenciones radicalmente diferentes en

esta ocasión. Ni siquiera sabía lo que buscaba. ¿Era acaso una excusa para volver? No. Me negaba. Ya se me ocurriría algo. Y necesité dos horas completas dentro del Toyota hasta que sucedió lo que daría pie a mis siguientes movimientos. Apareció un coche rojo que desentonaba en ese barrio como un collar de perlas en las sucias manos de un mendigo. Cuando sus ocupantes salieron, mi corazón se rebeló. Annibal estaba entre ellos. Agarré el ahora dormido volante con una fuerza fuera de lugar y me quedé mirando cómo se desarrollaba la escena. Reconocí al Lobo en ese grupo de cuatro, pero no tenía ni idea de quiénes eran esos dos chicos que los acompañaban. No los había visto nunca. Parecían más jóvenes. Al cabo de un rato, ambos chavales regresaron al coche y los otros dos cruzaron la verja en dirección a la casa.

Tuve una idea.

Encendí el motor y seguí a ese coche. Probaría suerte. ¿Qué podía perder? Si las cosas salían bien, ese día sumaría dos muertos y me terminaría de convencer de que todo lo demás no eran más que tonterías. No iban muy rápido y dejé una prudente distancia de seguridad para evitar sospechas. Permití que se colaran un par de vehículos por delante de mí. Tendría que improvisar sobre la marcha, pues ni siquiera sabía a dónde se dirigían. Esperaba no tener problemas de gasolina. Tal vez me estuviera precipitando, pero no me detendría.

Ya había perdido la cuenta del tiempo y de los kilómetros cuando mis presas tomaron un desvío hacia una carretera secundaria de tierra a las afueras. Mierda. Eran el único coche, no podía continuar detrás sin quedar en evidencia. Mi mejor opción parecía ser salirme de la principal y aguardar al lado opuesto al que habían tomado ellos. No era un camino explícito, pero quizá no destacara mucho. Tenía esa esperanza. También la de no perderlos de vista, pues no sabía cuándo pararían y si lo harían. Empezaba a pensar que aquel estúpido plan daría como resultado mi vuelta a casa con las manos vacías.

Pero vi cómo el coche paró a lo lejos.

Llovía. No vi ningún movimiento en un buen rato. Mi imaginación se disparó: podrían estar hablando, haciendo trapicheos o, incluso, aquello que siempre es preferible dejar para la cama de un hotel. Comencé a impacientarme. Hacía tamborilear los dedos sobre el volante, nerviosa.

Entonces, el más alto y corpulento de los dos salió por la puerta del conductor. La considerable distancia me impedía atisbar la expresión de su cara. El compañero no salió junto a él. ¿Era una pistola lo que el chico llevaba en la mano? Fruncí el ceño mientras él se agachaba. Cuando se levantó, ya no había rastro del arma. Y el compañero sin salir. El de cabello claro y rapado empezó a alejarse del lugar en dirección a la ciudad. No me hacía falta acercarme al vehículo rojo para comprobar lo evidente, que el otro había sido asesinado casi con toda seguridad.

Lo primero que se me vino a la mente fue si su jefe tenía conocimiento de eso. ¿Lo habría ordenado él? Podría haber cometido un fallo tan grande como para merecer la muerte, o a lo mejor ambos se habían inmiscuido en asuntos ajenos a la propia organización. No era mi problema, pero se convertiría en uno si perdía de vista al presunto asesino. Centré mi atención en él, que andaba más rápido ahora que las gotas de lluvia se habían vuelto más insistentes.

Hice mis cálculos. A juzgar por su trayectoria, podía adivinar la zona de la ciudad por la que entraría. Solo tenía que ser más rápida que él y, de los dos, yo era la que tenía el coche. Arranqué el motor una vez más y avancé unos metros antes de dar el volantazo que me situaría en sentido contrario, de regreso. Volví a dejar que me adelantaran, no tenía prisa. No me convenía. Aun procurando no caer en la lentitud excesiva, fueron los dos kilómetros en coche más pesados que había recorrido nunca.

Aceleré cuando ya tuve más cerca los primeros edificios. Fiándome de mis cálculos

previos, detuve el Toyota sin apagarlo. Si el chaval no aparecía por donde yo creía, todo eso no habría servido para nada. Desde mi posición podía darle unos metros de margen en cualquiera de las direcciones, pero la facilidad con la que podría haberle perdido la pista era demasiado absurda. La sensación de estar perdiendo el tiempo era cada vez mayor.

Hasta que se dejó ver dos calles más allá. Me tensé de inmediato.

Pensé que el tipo no desentonaba en absoluto en aquel barrio marginal. Tenía unos andares serios, cansados. Casi arrastraba los pies. Su halo parecía mimetizarse con la decadencia que emanaban las calles. Me decidí a reaccionar cuando el chico estaba a punto de desaparecer de mi trayectoria visual. Comprobé que había cerrado las puertas del coche y eché a andar. Guardé las distancias otra vez. Procuraba que mis pisadas quedaran amortiguadas y evitaba el foco directo de las farolas. En las sombras, siempre, como la depredadora que debía ser.

No lo mataría por la espalda. Quería que supiera que iba a morir, como Schneider.

Torcí a la derecha, hacia una pequeña calle que comunicaba con otra paralela a la que ahora ocupaba. Corrí por esa hasta la siguiente que volvía a unirse con la anterior. La familiar adrenalina me sacudía las células acostumbradas a la sangre. Una vez allí, me colé por un callejón. Subí por la cochambrosa escalera de incendios exterior. Sonreí al imaginar la inminente victoria. Pero no fue una sonrisa genuina, como si el gesto no supiera encajar en mis labios, como si fuera la primera vez que uno y otro se encontraban.

Siseé. Desde las lóbregas alturas, chisté hasta que el chaval comenzó a mirar a su alrededor, aludido. Buscaba a alguien. Me buscaba a mí. Y yo descendí. Volví a reclamar su atención. Él cayó, siguió el sonido y se adentró en el callejón. Apenas podía verlo y él no daba señales de haberme localizado. Notaba la acción, el peligro vertiginoso corriendo por mis venas. Su figura casi fantasmal avanzaba por los adoquines del suelo. Y, aunque la iluminación era demasiado deficitaria, comprobé que era muy alto, con una envergadura que prácticamente doblaba la mía. No tenía intención de que le diera tiempo a usar tales ventajas.

Estúpido.

Esperé. Debía entrar más. Aguardé. La tensión presionaba mis oídos con un pitido. Temí que pudiera escucharlo, que pudiera percibir mi respiración contenida, mis palpitaciones desbocadas.

Casi a ciegas, le arrojé la estrella que había estado guardando entre mi piel y el pantalón. Gritó. A continuación, un estrépito metálico. Cogí la pistola, hasta el momento también presionando mi cuerpo, y comencé a disparar en dirección a los desperdicios. Recordé cada uno de los hombres que habían sucumbido bajo mi firma. El silenciador suavizaba aquellos estallidos de muerte. Recordé el momento en el que el Lobo se me había escurrido entre los dedos. Las detonaciones emitían fogonazos de luz que, en la noche, parpadeaban estroboscópicos.

Angela, necesito saber que puedo confiar en ti. Recordé su voz.

La pistola quedó en silencio. Avancé. Sabía que no le había alcanzado, podía escucharle entre los desperdicios y las sombras. Caminaba despacio, segura. O todo lo segura que podía estar en aquella situación de incertidumbre. Redobles de tambor bajo mi pecho.

No se me había ocurrido que el tipo podía contraatacar, nadie lo había hecho. Él sí. El *shuriken* me rozó la pierna derecha. La tela vaquera me salvó del filo cortante. Jadeé. La rabia me explotó en la cara. Atreverse a atacarme sería lo último que haría. El fuego recorría mis músculos, cargándolos con renovada energía. La ira me nubló, me dejé llevar por ella. Permití que guiara mi derecha, alzando la pistola y pulsando el gatillo con desesperada violencia. Acabaría con él. Le haría sufrir.

No encontré blanco.

Apreté la mandíbula.

Sentí un fuerte golpe. Una superficie metálica me empujó. Estuve a un paso de perder el equilibrio y caer al suelo. Conseguí mantenerme. Respiraba rápido. No podía dejarle sobrevivir, me negaba. Tardé unos segundos en darme cuenta de que ya no tenía la pistola en la mano. Fue entonces cuando me di cuenta de que, si aquello se convertía en un combate cuerpo a cuerpo, yo no saldría bien parada. Su fuerza física era muy superior a la mía. Por primera vez, sentí mi integridad amenazada por uno de aquellos cabrones. Mi instinto de supervivencia se activó al máximo y descargué un puñetazo hacia él, esperando acertar. Lo alcancé en lo que parecía el costado. Cargué de nuevo, furiosa, pero él adivinó el movimiento. Me detuvo, y sentí un fuerte escozor en el brazo derecho. Al arañazo le sucedió un empujón seco. Y, mientras el chico se marchaba corriendo como alma que lleva el diablo, la que terminó tirada entre la basura fui yo.

Quieta en medio de la oscuridad. Sola. Patética. La nueva llovizna caía sobre mí como tristes lágrimas. Las gotas se mezclaban con la sangre del arañazo. Respiraba rápido y apenas sin percatarme del olor a basura que me rodeaba. Había vuelto a ocurrir. Había vuelto a fallar.

Le había vuelto a fallar.

Así estaba siendo desde que descubrí aquel nefasto sentimiento que jamás debió haber nacido. Incluso desde antes. Fallar, fallar, fallar. Me sentí como la más absoluta y completa de las decepciones.

Allí tirada, me incorporé solo lo suficiente como para abrazarme las rodillas. Si ese tío me había conseguido ver o no, no podía saberlo. ¿Lo habría hecho si hubiese descubierto mi aspecto, si hubiese tenido la certeza de que podía conmigo sin dificultades? Habría podido tumbarme a golpes si hubiese querido. Me picaban los ojos. Ya no diferenciaba si aquello que rodaba por mi rostro era lluvia o lágrimas.

Busqué la pistola a tientas. La puse a buen recaudo entre mis manos cuando la encontré. No busqué la estrella, no merecía la pena. La oscuridad había pasado de ser aliada a enemiga. Ya ni siquiera eso me quedaba. No largarme de allí incluso podría suponer mi muerte en el peor de los casos. Tal vez ese tipo había ido en busca de refuerzos. Si no había podido con él con dos clases de armas, nada me indicaba que me libraría en una emboscada. Me puse en pie. Todo mi cuerpo parecía haber ganado toneladas de peso. Busqué la invisibilidad de nuevo huyendo de las farolas. Huyendo de mí misma, en realidad.

Solo me sentí a salvo cuando me senté al volante de mi Toyota. Apoyé las manos sobre él. Me temblaban. Me permití echarle un vistazo al arañazo de la parte baja de mi antebrazo derecho, donde se adentraba en la muñeca. La sangre seca se oscurecía por los bordes del fino corte y se podían apreciar los pequeños regueros que me habían resbalado por la piel. Dolía. Ardía. Escocía. Y la herida también. Las lágrimas volvieron a asomar. Las limpié con el dorso de la mano izquierda, airada. Respiré hondo. Encendí el motor.

Lo que ocurrió después... no puedo decir que no se veía venir.

Fui a casa de Annibal un par de días después, como solía hacer. Por aquel entonces, no sabía que él lo sabía. No sabía que tenía mi pulsera, aquella plateada con mis iniciales, en su poder. Me la debió de arrancar el chaval cuando me dejó la herida en el brazo. Si me hubiese dado cuenta... a lo mejor no habría acudido a aquella cita. Había caído en la trampa, como la polilla vuela hacia el fulgor de la bombilla.

Por primera vez lo vi como los demás lo veían. Por primera vez sentí el peligro penetrante que emanaba mientras el miedo me corroía por dentro. Notaba la parálisis atacando mis miembros. Unas ganas intensas de vomitar se me concentraban en el estómago. No llegué a hacerlo. Caí al suelo y me golpeé la cabeza. No había dolor, al menos no físico. Las tinieblas me

hicieron suya.

Todo forma parte del plan.

Ya no había plan. Ya no había nada.

Capítulo 3

La luz de la pantalla se reflejaba, azul, en los ojos oscuros de Scorpio. Sentado en la silla acolchada de cuero, miraba fijamente al monitor. Hacía un rato que había finalizado la reproducción del DVD que recogía las imágenes de la famosa noche de la fiesta. Haberse asociado con el empresario Thomas Leicester había sido motivo de celebración. Pero Schneider había sido asesinado esa misma noche. La sala donde reproducía el contenido de las cámaras se mantenía en riguroso silencio, únicamente roto por la respiración del narcotraficante al expulsar el humo de sus pulmones.

Se preguntaba lo mismo una y otra vez. ¿Cómo había podido ser tan estúpido como para haber pasado por alto los detalles que ahora sabía? La confianza había sido su mayor pecado en gran parte de toda esa historia. Angela. Tensó la mandíbula.

A pesar de encontrarse allí físicamente, su mente había retrocedido de nuevo a las grabaciones de la fiesta. En concreto, a las que no vio la primera vez que las examinó: la mujer rubia cruzando la estancia que la condujo hacia las escaleras. El vídeo no la llegó a captar junto a Hans, no enfocaba aquella zona. Joder, ni siquiera reconoció a Angela entre la multitud hasta ese momento. ¿Cómo hacerlo? Jamás lo habría adivinado, ni en un millón de años.

Annibal no podía expresar con palabras lo que aquella punzante traición le hacía sentir. Recordaba el momento exacto en el que las piezas del rompecabezas encajaron, cuando Johnny dejó caer en su mano la dolorosa prueba, aquella fina pulsera de plata con las iniciales «AK» grabadas. Creyó volverse loco y se había comportado como tal. No era capaz de razonar, cegado por la intensa quemazón del engaño. Incluso había llegado a apuntar al Lobo con su propio revólver. A su mejor hombre. Su mejor amigo. Se avergonzaba de haber llegado hasta ese extremo. Se avergonzaba de que le hubiera visto llorar. Él no lloraba. Nunca lloraba. Y, sin embargo, no se había podido controlar en aquella ocasión. Había tenido que expulsar ese veneno de algún modo. Su enajenación transitoria había causado un leve empeoramiento de sus heridas de bala en el hombro, y se había cortado en la mano izquierda con restos de los destrozos del salón. Sin contar las lesiones de sus nudillos. Su colega, el doctor Edward Carson, había acudido allí a altas horas de la madrugada para intentar minimizar el desastre. Pero había una parte que no podía arreglar, una que no se veía.

Desde que había dado con el nombre del autor —autora— de los asesinatos, Annibal no podía dormir bien. Su mente trabajaba a destajo día y noche, agotándolo física y mentalmente. Ahora tenía una culpable, sí, pero las incógnitas eran aún mayores.

Hacía un par de horas que había estado con Angela tomando unas copas en la sala de luz azul. La misma en la que habían intimado por primera vez. No había sido casualidad, Scorpio lo había dispuesto así. Antes de revelarle que sabía quién era, se había obligado a fingir normalidad. Pero había sentido el infierno dentro de él cuando Angela le había besado. Había querido enterrar aquellos sentimientos nacidos de una mentira. Le ardía la sangre al recordarla entre sus brazos, entre sus sábanas, tan cerca, mientras que había ido atacando a su organización desde el sombrío anonimato.

La mirada de la chica al plantarle la pulsera delante regresaba una y otra vez a su cabeza. Su cuerpo tirado en el suelo después de que la empujara reverberaba en su mente. No sintió lástima, tan solo ciertos atisbos de ira. Vacío. Ese era el nombre exacto del lastre que lo acompañaba desde que la recogió del suelo. No sabía hasta qué punto era dañina esa aparente y repentina falta de emociones. Alimentaba su coraza.

Había cargado con Angela hasta el desván. Ella, inconsciente, no había opuesto resistencia

alguna, aunque utilizar un brazo y medio hizo que fuese un arduo trabajo. Todo había transcurrido como en un sueño, como si él fuese un autómatas y su verdadero yo contemplara la escena desde fuera. Se encargó de que la chica no pudiera escapar de allí. Se vio obligado a pintar su mente de blanco. Si dejaba aflorar un solo pensamiento, su temperamento lo traicionaría. No habría podido aguantar hasta que ella despertara. Necesitaba frialdad.

El efecto de la cocaína había desaparecido hacía un rato. El alcohol, por su parte, se había llevado a un pozo su estado de ánimo.

—¿Qué vas a hacer?

La voz serena del Lobo lo trajo de vuelta al presente. A pesar de haber rebasado las doce de la noche, permanecía sentado junto a él después de que le llamara. Rafael había acudido sin más dilación al notar algo extraño en la voz de su amigo por teléfono, parco en palabras. No había preguntado, no había objetado. No había interrumpido cuando, al llegar, Annibal le había explicado la situación. Se había quedado atónito, sin saber cómo reaccionar. Había necesitado unos minutos para poder asimilar la información. No obstante, no le había sorprendido en absoluto saber que la retenía arriba, sin conocimiento. Con la nueva información, el Lobo pudo entender la devastadora reacción que había presenciado en el salón de esa casa hacía un par de días. Su amigo no había querido decirle lo que le había estado pasando por la cabeza hasta esa noche. Le conocía, sabía de lo que era capaz. Le tranquilizaba verlo más calmado, aunque también se hacía una idea de lo que podía ocurrir si volvía a estallar. Con todo, el hombre de pelo largo tenía la sensación de que caminaba por terrenos pantanosos. Ambos lo hacían.

—No lo sé. —Scorpio tardó en responder unos instantes. Su voz sonó más grave de lo habitual. Su mente regresaba una y otra vez dos pisos más arriba. Buscó a tientas el paquete de tabaco sobre la mesa situada a su lado. Hacía menos de un minuto que había espachurrado la colilla anterior en el cenicero.

—Sigo sin comprender nada. No entiendo qué es lo que ganaba con esto. —El Lobo elegía las palabras con tacto. Si se descuidaba, podía convertirse en el desactivador de bombas que corta el cable equivocado.

—Eso es lo que me va a decir —dijo Annibal. De vez en cuando, notaba borbotones de furia rellenar ese hueco vacío. Las palabras sonaron tirantes.

—¿Crees que trabaja para O'Quinn?

—No sé. No lo descarto. —Un estremecimiento le recorrió el hombro herido—. Todo esto ya había empezado antes de que nos encontráramos en su casa. Podría haber estado fingiendo todo este tiempo que no sabía de lo que le acusábamos, e irnos atacando a la vez por otros medios para que no se le pueda inculpar directamente a él. Es más, el hijo de puta tiene más motivos para seguir matando después de lo que ocurrió en el muelle. —Hizo una pausa durante la cual se le vino a la cabeza la supuesta preocupación de Angela después de que le dispararan. Frenó el impulso de destrozar cosas—. Puede que sea la hija de ese cabrón, o su sobrina, o yo qué sé. Alguien con una cercanía tan importante como para matar por él. Y no solo eso, para arriesgarse de la forma en que lo hizo, pues sabía perfectamente quiénes eran sus objetivos. O quizá lo hacía por dinero. Una puta mercenaria. —Cada letra destilaba amargura—. Y yo un gilipollas por haber dejado que se acercara a mí.

—Si de verdad está relacionada con él —dijo Rafael tras ignorar deliberadamente el último comentario—, hay dos opciones: que a O'Quinn le dé igual que hayas quitado a la asesina del medio y envíe a otra persona a continuar con el trabajo, o que de verdad le joda que la hayas capturado y decida intervenir.

—Me importa una mierda. Si ha llegado a preparar todo esto al margen del trato que tenía

conmigo, como ahora me venga con súplicas, mi respuesta va a ser volarle la cabeza. Así de simple. Tendría que haberlo matado hace años, y que Orlando hubiese dicho lo que fuese. Ese hijo de la gran puta ha traspasado todos los límites posibles conmigo. Estuvo a punto de matarme y yo no voy a agachar la puta cabeza, que quede bien claro.

—Nadie ha dicho que tengas que hacerlo.

—No hay vuelta atrás. Ya os lo dije en su día y lo repito ahora. Voy a matar a ese cabrón.

Scorpio procuraba mantener a raya esos nervios corrosivos que amenazaban con volver a dejarle fuera de sí. Y controlar los sentimientos. Quería esconderlos bajo toneladas y toneladas de plomo. Necesitaba el invierno en pleno verano.

—Pero si Angela —prosiguió Rafael, pero se detuvo unos instantes al comprobar cómo algo invisible golpeaba la expresión de su amigo durante unos instantes— hubiese tenido órdenes de matarte, lo habría hecho y punto. Ha tenido ocasiones de sobra. —A pesar de todo, debía ser franco.

—El viejo le habrá encargado el trabajo sucio. Sí, es muy propio de él eso de meterse la cabeza en el culo mientras otros se encargan. Imagino que además querrá ser él quien acabe conmigo. Puede que haya querido empezar demostrándome, demostrándonos a todos, que es tan fuerte como para ir matándonos uno a uno.

—Suponiendo que sea así, el comportamiento de Angela no me termina de cuadrar. Muchas de las cosas que ha hecho no eran necesarias para cumplir con una orden tan simple. No era necesario acostarse contigo.

Silencio.

—¿Cómo está Sandro?

El azul del monitor casi absorbía el marrón de los ojos de Scorpio. Todavía sentía remordimientos por el destino que Biaggi había sufrido la noche del tiroteo con O'Quinn y sus hombres. Un mal disparo le había causado importantes problemas en el riñón derecho, y justo eso había salvado a Annibal de una muerte segura al derribar al francotirador apostado en uno de los edificios cercanos.

A pesar del interés genuino por su hombre, la razón real del súbito cambio de tema era otra muy diferente. Necesitaba salir ileso de esa conversación.

—Evoluciona muy bien —respondió Rafael. Esa variación de rumbo confirmó sus sospechas de la inestabilidad emocional de su amigo—. Ha tenido mucha suerte. Está al tanto de lo que le ocurrió aquella noche. Por lo que sé, la policía no se ha llegado a enterar de que Sandro está en el hospital.

—Al menos algo sale bien, joder. Cuando pueda, me pasaré por allí a verlo. Qué menos, después de lo que hizo.

Pero Annibal estaba empezando a tener más reservas de lo habitual acerca de mostrarse en lugares abiertos y públicos. Se había acostumbrado hacía bastante tiempo a vivir alerta y bajo presión, pero el último mes había sembrado en él una semilla que estaba empezando a germinar. Se sentía en el punto de mira de mucha gente. Demasiados frentes abiertos.

—En realidad, no hace falta. Va a continuar con su recuperación en casa. En tres o cuatro días le darán el alta. Creo que deberías esperar a que salga del hospital para hacerle una visita. No sé hasta qué punto es seguro que te muestres más de lo necesario, tal y como están las cosas. O al menos hasta que averigüemos un poco más acerca de toda esta mierda.

—Joder. —El jefe hizo una pausa. Miró al suelo antes de girarse por primera vez hacia el Lobo—. ¿Cómo coño hemos llegado a esto? ¿Desde cuándo tengo que estar escondiéndome?

—Mejor encerrado en casa que en la cárcel. Y, desde luego, mucho mejor que cosido a

balazos.

Evidentemente. Sabía que tenía razón, aunque le hervía la sangre solo de verse tan influenciado por terceras personas. A fin de cuentas, no era una situación que fuera a durar toda la vida. O eso esperaba. Para empezar, tenía que encontrar respuestas. No podrían avanzar sin ellas.

Consultó el Rolex de su muñeca izquierda.

—Voy a subir. No hace falta que te quedes aquí, vete a casa. —Volvió a detenerse—. Soy yo quien tiene que ocuparse de esto.

—¿Vas a interrogarla?

—Sí. Cuando me diga lo que quiero saber, la mataré.

El silencio parecía ser el tercer compañero en la sala, tan presente en tantas ocasiones. Rafael escudriñaba la expresión de su amigo.

—De acuerdo. Llámame si necesitas algo.

—Lobo, no quiero que esto se sepa. Nadie. Al menos de momento. Invéntate algo si alguien hace alguna pregunta que no debe.

El hombre de origen español asintió con la cabeza y se levantó de su asiento. No podía decir que no estaba preocupado, no tanto por la suerte de la mujer que los había traicionado sino por Annibal. Por su estado mental. Lo primero que se le vino a la cabeza fue la brutalidad con la que asesinó a Nelson Austen en su propia casa. Cerró la puerta con sigilo al salir.

Cuando Scorpio se situó frente a las escaleras que subían al primer piso, encendió otro cigarrillo. Miró hacia arriba unos segundos antes de sentarse en el primer escalón. La pieza que ahora encajaba con el vacío era humillación. Esa chica había estado jugando con él durante semanas. Había confiado en ella, se decía una y otra vez. Se había permitido esa insólita excepción y a cambio había estado recibiendo venenosas puñaladas por la espalda. La había recibido en su casa, en su cama. En un lugar que no se podía ver y que él no quería reconocer. Le había abierto puertas que para los demás permanecían cerradas. Se sentía ridículo. Patético. Ella había arrasado con todo lo que le había mostrado, prendiéndole fuego dentro, calcinando la conexión de intimidad que creía haber construido. Angela, si es que de verdad se llamaba así, no existía. No tal y como la había creído conocer. Era una absoluta extraña. Y había estado a punto de entregarle la llave de su propia destrucción.

No quedaba otra salida que acabar con ella. No había más opciones. Con su asesinato saciaría su venganza, demostraría su fuerza de cara a los demás. ¿Seguro? El único a quien parecía tener que demostrar algo era a sí mismo.

Scorpio se levantó del escalón. El cigarro se había consumido entre sus dedos más por el paso del tiempo que por las caladas que le había dado. El cilindro ahora se asemejaba a las cenizas de una serpiente diminuta. Tiró los restos al suelo. Ya los recogería más tarde, habría tiempo de sobra. Si algo sobraba ahora era tiempo.

Subía los peldaños despacio. No tenía que preparar nada, lo había dejado todo dispuesto con anterioridad en el amplio desván. Pareció tardar una eternidad en llegar al primer piso. Se detuvo en el pasillo un instante antes de continuar. Si giraba a la izquierda, llegaba a su habitación, pero el objetivo se encontraba al lado opuesto. Torció a la derecha y caminó hasta el final del corredor. Al fondo, una puerta. Se veía igual que las demás en apariencia, pero al otro lado guardaba los nuevos escalones que seguían ascendiendo. Lento, parsimonioso. Giró el pomo. Abrió. Uno a uno, subió los peldaños. Y, nuevamente, se detuvo delante de otra puerta de madera más oscura al final de la escalera.

Respiró hondo. Dentro de su pecho se estaban generando impulsos que debía controlar si no quería montar una escena como la de hacía un par de días. A punto estuvo de dejarse llevar y

derribar la puerta. En su lugar, giró el picaporte sin miramientos.

La noche robaba la luz que debía colarse por las ventanas, dejando el desván en penumbras. Pulsó el interruptor y encendió la solitaria bombilla que colgaba del techo abuhardillado. Una única figura ocupaba el centro de la estancia. Continuaba en la misma postura con la que la había dejado hacía la eternidad de un par de horas. La chica estaba sentada en una silla, con la cabeza inclinada hacia delante. El cabello liso, largo y del color del trigo en verano caía como una cascada, ocultando su rostro. La había maniatado a la silla con los brazos por detrás con una cuerda. La había despojado de los zapatos negros, tirados a un lado como dos muñecos abandonados. Los tacones podían convertirse en una dolorosa arma.

Scorpio consideró que el narcótico ya había tenido tiempo suficiente como para hacer su efecto. La chica ya tendría que haber despertado. Tranquilamente, se dirigió al fondo del desván, donde había una pequeña sala independiente que apenas contaba con una pila y un retrete. Cogió un cubo metálico y esperó paciente a que el chorro de agua lo llenara hasta casi el borde. Su mente trabajaba rápido tratando de averiguar qué modo de proceder sería el más eficiente. A diferencia de con Nelson Austen, ahora podía beneficiarse de unos pensamientos fríos y casi distantes. Aunque bien sabía que podía pasar del hielo al fuego en cuestión de segundos. Improvisaría sobre la marcha. Cerró el grifo. Cogió el asa del cubo con la mano izquierda para no forzar los movimientos con el brazo herido. Regresó hasta colocarse de frente a la silla. No lo pensó dos veces: arrojó toda el agua fría sobre Angela.

La joven se incorporó bruscamente. Debajo, la silla se tambaleó. Un grito ahogado se escapó de su garganta. Jadeó. Respiraba con dificultad a causa del susto. Confusa, miró hacia los lados. Trataba de encontrar algo familiar, un punto de referencia que le ayudara a ubicarse en el tiempo y en el espacio. Con el pelo mojado pegado a la cara, apenas podía ver. Intentó ponerse en pie. Falló. Algo le apesaba las muñecas y los tobillos. La ropa mojada se le adhería al cuerpo, pesada. El ritmo de su respiración creció. Estaba asustada, y algo le decía que era mejor no preguntar nada. Esperó, decidida a escuchar, pero solo percibía los agresivos latidos de su corazón.

Annibal continuaba frente a ella, impassible. Observaba cada movimiento, todos limitados. Sacó un nuevo cigarro del paquete, guardado en uno de los bolsillos frontales de sus vaqueros. El chasquido del Zippo plateado resonó por toda la estancia. A continuación, la llama quemando la punta. Exhalación de humo. Dio un paso al frente, estiró el brazo izquierdo mientras sujetaba el cilindro entre los labios, en un lateral. Le apartó el pelo mojado de la cara y se lo colocó detrás de la oreja. Retiró la mano enseguida.

Angela enfocó la vista. No pudo reconocer las paredes de madera que la rodeaban, pero sí al hombre que tenía delante. Los últimos recuerdos se fueron sucediendo uno a otro a hiriente velocidad. El estómago le dio un vuelco. Las náuseas se apelmazaron en su garganta. Todavía estaba mareada y no quedaba muy claro si se debía al alcohol o a algo más. Utilizó toda su autodeterminación para levantar las pupilas hacia él. Aguantó la respiración. Lo que halló en el rostro masculino no fue ira, sino una expresión neutra; casi parecía una escultura de mármol.

La chica movió las muñecas a su espalda, inconscientemente, buscando liberarlas. Lo único que consiguió fue magullarse la piel con la aspereza de las cuerdas. Se dio cuenta de que estaba temblando, y no por los restos de agua fría. Decidió ocultar la aplastante inquietud detrás de una máscara de desafío. Ya no había ningún papel que interpretar.

—¿Estás cómoda?

La voz de Scorpio sonó impersonal, casi lejana. Después, la estancia quedó tan vacía de sonido como si nadie hubiese hablado nunca allí.

Ella no respondió. Poco a poco se dibujaba ante sí el momento exacto en el que supo que todo había acabado, aquel en que el narcotraficante le había enseñado la fina cadena de plata. De nada servía lamentarse por no haberse dado cuenta antes, no cambiaría el destino que ahora le aguardaba. Los «y si» no tenían cabida alguna. Su último ataque en aquel callejón de mala muerte la había condenado, tenía que afrontarlo. Y debía reservar la energía para cosas más productivas, como vaticinar lo que se le iba a venir encima. Intentaba mantenerse serena, aun a sabiendas de que aquel lugar sería el último que vería con toda probabilidad.

Siempre había estado segura de sí misma. Siempre hasta las últimas semanas, cuando sentimientos inauditos e imprevistos se habían inmiscuido. Se había estado acercando a él hasta límites muy peligrosos y nunca le había llegado a tener un miedo real. El velo de la mentira la había protegido hasta entonces. Pero Scorpio la había desenmascarado.

—Buena jugada, lo reconozco. Llegué a creerte, incluso a confiar en ti. Te llevé a cenar, te dejé campar a tus anchas por aquí, e incluso te metiste en mi cama. —Annibal se detuvo para mantener a raya su voz. Ni bajo amenaza de muerte le confesaría que en su interior había algo más; quería apartarlo de él como si fuera la peste—. Incluso pensaba que tu preocupación cuando me dispararon era real. Pero tú ya lo sabías, ¿verdad? Si no conociese la historia de lo que ocurrió aquella noche, incluso pensaría que fuiste tú quien apretó el gatillo. Tienes buena puntería, por lo que parece. Tan buena que te has cargado a varios de mis hombres. ¿Los recuerdas? ¿Recuerdas sus nombres? —Dejó otro espacio de tiempo en el que lo único que se escuchó fueron los tenues sonidos de la calle que les llegaban—. Lo bueno de todo esto es que, por primera vez desde que te conozco, por fin puedo decir que sé con quién estoy hablando. En realidad, no tengo ni puta idea de quién eres, pero no importa. Para eso estás aquí.

»Hace unas semanas maté al tipo equivocado creyendo que era el autor de lo que tú estabas haciendo. Nelson Austen. ¿Te suena? La sangre que viste aquel día era suya. No es que me importe demasiado, trabajaba para el cabrón de O'Quinn, pero eso es otra historia. También lo sabrás, claro. Así que puedes ir haciéndote una idea de lo que podría, puedo y voy a hacer contigo. De ti depende cuánto dure y cuánto estés dispuesta a soportar. Tengo todo el tiempo del mundo. Paciencia, no tanta.

Las palabras fluyeron solas, no era un discurso que hubiese ensayado. Se sorprendió de que la ira no se interpusiera en su camino y rellenara el extraño vacío que todavía llevaba consigo. Pero bien sabía que era una calma artificial, postiza, como una corteza de hielo que envolvía un volcán a punto de entrar en erupción. No tenía muy claro cuánto tiempo pasaría antes de que el fuego carbonizara todo cuanto se encontrara a su paso.

—No tengo nada que ver con aquel ataque. —Angela tragó saliva al darse cuenta de lo falsa que sonaba después de que el resto de crímenes llevaran su firma—. No sé quién te disparó.

El ligero temblor de la voz no ayudó. Su arrojo otrora demostrado quedaba eclipsado por el aura oscura del hombre. No le cabía ninguna duda de que hablaba completamente en serio, que cumpliría todas y cada una de sus amenazas. No importaba lo que ella dijera, no serviría de nada. Pese a todo, aún intentaba convencerse de que había estado haciendo lo correcto.

—Tengo mucho —enfaticó Scorpio— tiempo y ninguna prisa. ¿Qué creías, que ibas a estar engañándome para siempre? —Esbozó una media sonrisa tan gélida como el invierno, desdeñosa. Fugaz.

—No habría necesitado hacerlo. Se suponía que debías morir antes —admitió ella. Era extraño acostumbrarse a la nueva sinceridad, a tratar el tema con naturalidad. Pero no existía normalidad alguna cuando aún le costaba aceptar el motivo por el que no había podido acabar con él. Era como una herida abierta cubierta de sal.

—Bueno, pues aquí estoy, a diferencia de varios de mis hombres. Podrías haberme matado cientos de veces. Sin ir más lejos, en mi cama. ¿O es que me reservabas para otra persona? — Scorpio mantenía el tono tranquilo. Inclino las comisuras de los labios ligeramente hacia abajo.

—A estas alturas, eso da lo mismo. Da igual. No es asunto tuyo —escupió Angela. No podía permitir que él supiese lo que había detrás de su propia supervivencia, por qué aún seguía vivo. Su patetismo, pensó, no tendría precedentes.

De repente, Annibal dio un paso al frente, se agachó para ponerse a su altura y le cogió la cara con la mano izquierda. Le sujetó la mandíbula con fuerza. La chica cerró los ojos, sobresaltada. Intentó zafarse estirando el cuello, pero la presión era muy grande.

—No me toques los cojones, zorra. No sé con quién te has creído que tratabas todo este tiempo, pero no te confundas conmigo —le espetó Scorpio. Apretó los dientes. Le reventaba aquella estúpida insolencia en alguien que tenía mucho por lo que callar. Aumentó la fuerza de sus dedos, haciendo que ella se tensara más—. Tengo un cargador entero que lleva tu nombre, no me hagas usarlo antes de tiempo. —Le soltó la cara y volvió a ponerse de pie—. ¿Te envía O'Quinn?

—No sé quién es.

Angela casi aguantaba la respiración. Le había hecho bastante daño. Su respuesta había sido una verdad a medias: conocía el rostro del tal O'Quinn y sabía que se relacionaba con Scorpio, igual que sabía que ese Nelson Austen había trabajado directamente para el de Filadelfia. ¿Pero qué esperaba que le contestase? No tenía ni idea. ¿Por qué iba ella a trabajar para ese tipo? ¿Por qué querría que acabara con Scorpio? Se suponía que eran socios, o algo así. Al menos, esa era la idea que tenía. Se estaba perdiendo algo. Relacionó la anterior mención del disparo con la que acababa de hacer del hombre ese. Sospechó que podría estar detrás del ataque a Annibal. La única relación que podía hacer con la información que tenía era esa.

Sin previo aviso, el gánster descargó el dorso de la mano derecha en la cara de Angela. El chasquido flotó por el desván. Scorpio sintió una descarga en el hombro. La rubia se quedó con la cabeza ladeada unos segundos. No se quejó. Lentamente volvió a subir la mirada hacia él, desafiante. La descarga entonces se extendió por el resto del cuerpo, alimentada por una rabia incipiente. Un hormigueo le recorrió la mano con la que la había golpeado. No fue nada agradable.

—¿Te envía O'Quinn?

—No lo conozco.

Volvió a pegarla, más fuerte esta vez. Angela jadeó. Notó cómo la piel del labio superior cedía y le empezaba a arder. El sabor metálico de la sangre inundó sus papilas gustativas, teñidas de un rojo brillante.

Scorpio se acariciaba los nudillos con la otra mano. Las contusiones causadas un par de días atrás por el destrozo del salón dolían. Su mirada carente de expresión hablaba por sí sola. No estaba dispuesto a atender a razones mientras no se le respondiera lo que quería saber. Y después tampoco.

—¿Te envía O'Quinn?

—No sé quién es.

Un nuevo golpe giró la cabeza de la chica. La sangre se coló más profusa entre sus labios, ya resbalaba por su barbilla. Angela trató de aguantar, estoica, pero el dolor llegaba a ella con mucha violencia. Cerró los ojos. Chispazos blancos se abrían paso a través de la oscuridad de sus párpados. Luchó para volver a levantar la cabeza y encontrarse con el desprecio de su mirada, pero no lo consiguió. Cargó contra ella una vez más. Un leve sonido escapó de la garganta de Angela. Su sangre manchaba la diestra del narcotraficante.

Scorpio se había rodeado de una extraña muralla. Cada vez que la golpeaba, y por una

fracción de segundo, algo parecía nublarse dentro de él. Los nubarrones eran grises, densos, pegajosos, hirientes. No era aquel contacto el que deseaba, pero sus deseos habían quedado lapidados por algo más mundano y cruel.

Angela se rozó los labios con la punta de la lengua. El dolor la asaltó cuando acarició el corte. La sangre cálida chorreaba y le abrazaba la piel. Cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás. Un pequeño mareo se adueñó de sus ideas durante unos segundos. Perdió el valor para regresar a sus ojos oscuros. Y oscuridad era lo que ahora encontraba en el hombre que tenía delante. Parecía una persona completamente distinta a la que había conocido durante las últimas semanas. La expresión de su cara lo convertía en un completo desconocido.

Aquello no había hecho más que empezar.

—¿Te envía O'Quinn?

—¡No, Annibal! ¡No sé quién es! —chilló la prisionera. Una burbuja de ansiedad crecía cada vez más en el interior de su pecho y no sabía qué era lo que tenía que decir para reducirla. No sabía qué era lo que él quería saber, qué respuesta esperaba de ella. Retorcía las muñecas. El contacto con las cuerdas ásperas le levantaba la piel. Endureció la cara, esperando un nuevo golpe.

Una diminuta bombilla se encendió en la cabeza de Scorpio al escuchar su propio nombre de la boca de la chica. Una borrasca congelada la apagó de inmediato. Empezó a pensar que tal vez fuese verdad que no sabía nada. Pero no le entraba en la cabeza que pudiera ser así. Si no conocía al viejo, volvía a encontrar un abismo delante de él. Si no estaba relacionada con O'Quinn, ¿quién coño era? ¿Trabajaría acaso para otra persona? De ser así, sus problemas se multiplicarían. No necesitaba más frentes abiertos. La sola posibilidad amenazaba con aumentar su inseguridad como la espuma. Se mantuvo firme. Tenía delante de él una valiosísima fuente de información y no estaba dispuesto a desaprovecharla. Debía pulsar la tecla adecuada.

La tos húmeda de Angela interrumpió sus pensamientos.

—¿Cuál es el precio que nos puso y que tú aceptaste? —La seguía mirando fijamente, muy serio. No necesitaba levantar la voz.

—No sé de qué hablas —insistió ella. Su aspecto la intimidaba. Le dolía la boca, la cara, la cabeza.

—¿O el dinero que aceptaste era por otra cosa?

El orgullo de la asesina se abrió paso entre los filamentos del temor. Le escupió. La sangre manchó la camisa blanca de Scorpio. La reacción fue inmediata, y un nuevo revés cayó sobre el rostro ya magullado de la cautiva. Angela estuvo muy cerca de gritar. La embriagó un dolor pulsante, abrasador. Empezó a tener dificultades para mantenerse recta. La piel de su rostro empezaba a verse más hinchada y enrojecida, en especial en la mejilla derecha y cerca de los labios.

El hombre se quedó mirándola sin apenas moverse durante largos segundos. Valoraba sus posibilidades. Pese a que contaba con una ventaja más que clara, la realidad era que la situación exigía de él un gran esfuerzo psicológico que no había tenido en cuenta. Sus ansias de saber, de hacerle pagar por lo que había hecho, de infringirle dolor no eran suficientes para contrarrestar el malestar que le producía verla sangrar de esa manera. Se despreció darle crédito a estos pensamientos, que achacó a su falta de descanso.

Sin más, se dio la vuelta. Echó a andar en dirección a la puerta del desván.

—Annibal, espera.

Él se detuvo. Se giró lentamente, molesto porque se hubiera atrevido a pronunciar su nombre.

—¿Qué coño quieres?

Scorpio le dio un par de segundos de cortesía, quizá ella había decidido que lo más inteligente era colaborar. Pero la chica no contestó. Reprimiendo un brusco impulso, le dio la espalda y se encaró hacia la puerta otra vez.

—Necesito ir al baño.

De nuevo, él paró. Le sorprendió lo que acababa de escuchar. El mero hecho de pensar que le estaba pidiendo un favor le exasperaba. Volvió a enfrentarse a su imagen.

—Te jodes. No soy tu puta niñera.

—Por favor.

¿Y qué se suponía que tenía que hacer él ahora? Era muy fácil ignorar su petición. De hecho, al hacerlo su posición dominante se vería reforzada. Pero eso suponía tener que limpiar más adelante. No iba a hacerlo, no estaba dispuesto, y preveía que el interrogatorio no iba a ser corto ni fácil. Que pusiera todo perdido no le facilitaría las cosas. Al contrario.

Angela le miraba desde esos ojos oscuros, intensos incluso entre aquella amalgama de piel pálida, magulladuras y sangre.

Completó la distancia que le separaba de la prisionera con pasos firmes. Las suelas hicieron cierto eco al golpear la madera del suelo. Se colocó detrás de ella. Cerró los dedos de la mano izquierda en torno al largo y mojado cabello rubio. Tiró hacia atrás. La garganta de la asesina quedó expuesta. Angela cerró los ojos fuertemente, presa de un intenso dolor en el cuero cabelludo ahí donde él la sujetaba con firmeza. Reprimió un quejido. Después, Scorpio comenzó a aflojar la cuerda áspera con la derecha. No era tarea fácil, pero no podía permitirse liberarla. Si algo tenía claro era la letalidad de esa mujer, y no se pondría a sí mismo en bandeja cuando ya estaban las cartas encima de la mesa. Incluso cuando físicamente gozaba de evidente ventaja.

Le llevó un par de minutos liberarle las muñecas.

—Nadie sabe que estás aquí. —De un tirón, la colocó más cerca de él. La dejó casi de puntillas. Sus labios casi rozaban su oreja. A diferencia de otras, ahora bochornosas, situaciones, aquella no tenía nada de sensual. En realidad, el susurro no era del todo verdad, pero ella no tenía por qué saberlo. El Lobo—. Nadie te oirá gritar. Una sola gilipollez y me aseguraré de que sufras antes de morir.

Una corriente helada se adueñó de Angela. No tuvo el valor de llevarse las manos a la cabeza para intentar mitigar el dolor.

Scorpio empezó a andar, obligándola a hacer lo mismo. La hacía avanzar mediante bruscos golpes y sin soltarla. Tenerla tan cerca le provocaba una dolorosa repulsión. Caminaron hasta el final de la estancia abuhardillada. Cuando llegaron al cuartito que hacía las veces de cuarto de baño básico, la empujó hacia el interior. Angela tuvo que apoyar ambas manos sobre la austera pila para no descalabrarse contra la misma.

—Tienes tres minutos para hacer lo que tengas que hacer. Si en tres minutos no has terminado, entraré a por ti. —La voz de Scorpio llegó a los oídos de la cautiva como afilados agujones—. Ni se te ocurra cerrar la puerta. No volveré a avisarte.

Las piernas de Angela temblaban. No sabía si el causante era el frío o el miedo. Cada paso suponía una nueva oportunidad de caer. Se ayudó de las manos para llegar hasta el retrete. Bajó sus pantalones y su ropa interior. Al contemplar esta última en la penumbra, una oleada de descalificativos le bombardeó la cabeza. Le iba a estallar. Recordó habérsela puesto por si él decidía arrancársela entre las sábanas. Pero estaba en un lugar del que ni siquiera sabía nada. Bien podría haberla llevado a un almacén perdido de la mano de dios. Cerró los ojos. Aguantó la respiración. Giró la cabeza hacia otro lado, luchando contra la vergüenza de que él se encontrara

a apenas unos metros mientras ella se aliviaba.

Por más que miraba a su alrededor, no encontraba ningún objeto que convertir en arma improvisada. Por supuesto, se dijo, no era tan imbécil.

Al acabar, se puso en pie con esfuerzo. Descubrió que cada movimiento era pesado, cargante, como si en el transcurso de su inconsciencia hubiese ganado kilos y años. Tiró de la cadena. Avanzó despacio hacia el umbral de la puerta. El narcotraficante abandonó su posición de lado para encararse a ella otra vez. Al mirarle a los ojos, Angela tuvo la sensación de encontrarse atrapada dentro de un sueño, una ilusión de barrotes etéreos y borrosos. De nuevo, no encontraba tras aquellas pupilas al hombre que había roto sus convicciones. Peligro, tan solo peligro. Frío. Abismo.

Volvió a agarrarla del pelo, agresivo. De algún modo, el instinto de supervivencia de Angela había perdido el pulso contra la evidencia de que no tenía nada que hacer. Se dejaba guiar entre empellones de dolor. No merecía la pena intentar escapar sin un plan, y no tenía ninguno. Probablemente no llegaría ni a la puerta si intentaba escapar. La derribaría antes. ¿Qué le quedaba, pues, además de resignarse?

Todo acto tiene sus consecuencias.

La sentó en la silla. Se hizo daño. Scorpio le colocó las manos atrás y ella no opuso resistencia ninguna. ¿Para qué? Ya le dolía demasiado la cara, no necesitaba más golpes si podía retrasarlos. Porque llegarían, claro que llegarían. Necesitaba descansar, dormir. Desaparecer. Debía haberlo matado cuando tuvo la oportunidad, se dijo. Oportunidades. ¿De qué le servían ahora sus ridículos sentimientos? De cualquier forma, ese hombre ya no estaba ahí. Al menos con ella ya no volvería a ser esa persona. Ella tampoco lo era, a fin de cuentas.

¿Y qué esperabas, estúpida?

En algún momento de su tejido de pensamientos, él le había amarrado nuevamente las manos detrás. Ahora estaba terminando de hacer lo propio con sus extremidades inferiores a las patas de la silla. Debía de creer que era muy peligrosa y que necesitaba esas medidas para mantenerla a raya. Pero, si Angela siempre se había sentido como una leona, en ese momento se veía como el más pequeño de los gatitos.

Scorpio se aseguró un par de veces de que la había dejado bien sujeta. Después, y sin mediar palabra, se agachó para coger el cubo metálico. Regresó al diminuto cuarto de baño. Abrió el grifo y, paciente, espero a que el agua fría se acumulara. Volvió a la silla. Su expresión tallada en alabastro se mantuvo inamovible cuando arrojó el contenido sobre su rehén por segunda vez. Tiró el cacharro al suelo, que resonó por el desván como los rayos en la tormenta. Luego, silencio roto por los jadeos helados de Angela. El hombre se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

No hubo más interrupciones.

Capítulo 4

Amy Forbes había aprendido a no preguntar a su esposo cuando lo veía más serio de lo habitual. Sabía que la clase de información que Rafael le ocultaba nada tenía que ver con infidelidades o escauceos amorosos, sino con la ocupación a la que se dedicaba. Y esa noche, desde que había regresado a casa, una sombra oscurecía sus rasgos. Con todo, siempre guardaba sonrisas para ella. Le había dedicado una mientras le insistía en que volviera a la cama, que él se acostaría en un rato. Amy lo había besado en la sien con dulzura antes de marcharse a la habitación y meterse en la cama que ambos compartían.

El Lobo permanecía sentado en uno de los amplios sillones del salón, inmerso en la oscuridad. Su cabeza intentaba encontrar una lógica factible a los últimos acontecimientos. La captura de Angela había puesto rostro a la autoría de los famosos asesinatos, pero hasta ahí. Provocaba más incógnitas que despejaba. ¿Actuaba sola? ¿Para quién trabajaba? ¿Había sido ella quien había acabado con todos sus compañeros o solo con algunos de ellos? ¿Cuáles eran sus motivaciones? ¿Cómo era posible que hubiese durado tanto sin ser descubierta? ¿Cómo había sido capaz de acercarse tanto al mismo núcleo de la organización? ¿Habría logrado la policía dar también con ella? ¿Por qué no había matado a Scorpio en una de las numerosas oportunidades que había tenido?

Sintió un pequeño hormigueo en la cicatriz del brazo izquierdo, allí donde la estrella arrojadiza había logrado alcanzarle la noche en la que Jay Taylor murió asesinado.

El teléfono móvil comenzó a vibrar en el bolsillo de sus vaqueros. Rescató al Lobo de su ensimismamiento. Comprobó en la pantalla que no reconocía el número. Por todo lo que había sucedido y a juzgar por las horas que eran, estaba casi seguro de la identidad del remitente. Descolgó.

—¿Diga?

— Soy yo.

Evidentemente. Scorpio había tenido la precaución de llamar con un prepago.

—¿Cómo ha ido?

El mutismo apenas duró unos instantes, suficientes como para que al Lobo le diera tiempo a pensar que su amigo había sido incapaz de hacer frente a la situación.

—No ha abierto la boca nada más que para soltar que no tiene ni idea de quién es el viejo.

—Otra cosa habría sido demasiado fácil. Últimamente no existen las cosas fáciles.

—Ya contaba con ello.

—¿La creíste?

—Ya no sé qué creer. Por un momento parecía que era verdad lo que decía. —Se hizo el silencio al otro lado de la línea—. Pero es que es una puta casualidad que, en el momento en que ese hijo de puta me declara la guerra, ella ataca por otro lado. Miente. Tiene que estar mintiendo. Otra cosa no tiene sentido. —Era altamente complicado tratar un asunto así por teléfono, incluso utilizando tarjeta recargable.

—Vamos a ver. Además de O'Quinn y los suyos, ¿quién podría estar interesado en atacarte de este modo? Se me ocurren varios, pero hay que acotar: que quieran y que se atrevan a hacerlo.

—Ni puta idea. Llegados a este punto, muy pocas cosas me sorprenden. Quizá se haya corrido la voz de lo que sucedió en el muelle. Alguien se habrá enterado de lo que estuvo a punto de pasarme y habrán querido aprovechar la coyuntura.

—Pero es que esto viene de antes.

—Ya.

Si era verdad que el intento de asesinato había provocado reacciones de tal calibre, aunque latentes, significaba una preocupante pérdida de autoridad. El Lobo era muy consciente de que mucha gente quería ver caer a Scorpio a toda costa y, con él, a todos quienes lo rodeaban. Otros tantos iban detrás de ellos con la esperanza de que les cayera algo, como perros desesperados por hacerse con las sobras. En cualquier caso, desviar la atención hacia esos temas no solucionaba nada. Al contrario.

—Si te digo la verdad, prefiero la opción de que trabaje para el viejo. Es mucho más fácil rastrear una dirección conocida —apuntó el Lobo. Se pasó la mano por el pelo, cansado. Hastiado—. Y la gente habla. En este caso, no habla. No nos han llegado rumores, por lo menos que nos indiquen más frentes abiertos. ¿Y cuánto ha pasado desde la noche del muelle? ¿Semana y media? Más.

—Que no los hayamos escuchado no significa que no existan.

—Sí, eso es cierto. Pero improbable. Tenemos a mucha gente en las calles.

—Entonces, no les interesará que se sepa. Irse de la lengua supondría arruinar el factor sorpresa, incluso aunque tengamos a la ejecutora.

—No nos convendría obsesionarnos con este tema.

—Este tema es casi lo único en lo que puedo pensar ahora mismo —admitió Annibal. Había bajado la voz—. Si yo caigo, vosotros caéis conmigo. No creo que se conformen con quitarme de en medio solo a mí. O'Quinn o su puta madre, me da igual. Si quieren guerra, la tendrán.

Rafael se preguntó cuántas veces había oído esa última frase durante las últimas semanas. Quitando el tiroteo del muelle, no se había dado más violencia explícita por parte del grupo de Filadelfia. Los célebres asesinatos no contaban, siempre se llevaban a cabo desde las tinieblas. Eso, suponiendo que Angela perteneciese a ese bando.

Percibió cómo el jefe se estaba conteniendo. Y se dio cuenta de que él mismo se encontraba tenso sobre el sillón. Se masajeó el cuello con la mano libre.

—Ella tiene que saber algo.

—Si de verdad ha sido ella...

—Ha sido ella —le interrumpió Scorpio—. Lo ha confirmado, aunque no de forma explícita.

—Entonces, imagino que estará preparada psicológicamente. No va a ser fácil que hable. En algún momento se habrá planteado qué hacer si la capturan.

—No puedo volver a cagarla, Lobo.

—No has sido tú quien se ha ido cargando a los nuestros.

—Pero he permitido que ocurriera. La he dejado entrar.

—No podías saberlo.

—Eso no es excusa.

—En cualquier caso, de nada sirve darle vueltas a esto ahora. Si sabe algo, hay que hacer que hable. Es la mejor opción que tenemos para evitar nuevos ataques.

—Hablará, te lo aseguro.

Y el Lobo no dudó de que su amigo conocía métodos muy convincentes para tal fin. Casi, solo casi, sintió lástima por aquella chica.

—Estos días no quiero a nadie en mi casa —prosiguió Scorpio—. No quiero tener que dar explicaciones de nada. Ya te lo dije antes, no necesito que nadie se entrometa.

Una vez más, el hombre de pelo largo supo leer entre líneas. Además de los motivos profesionales que llevaban al jefe a dar esa orden, había otros personales más ocultos. Conocía a Annibal desde hacía muchos años, casi dos tercios de su vida. Le resultaba evidente que se estaba

protegiendo. Si esa asesina trabajaba para O'Quinn, tan solo era cuestión de tiempo que saliese a la luz. Los tipos de su círculo más cercano sabían que ella mantenía alguna clase de relación con Scorpio. Si ahora se enteraban de lo que había sucedido, sería fatal para su imagen. Tal vez comenzaran a poner en duda muchas cosas. O, quién sabe, quizá no sería para tanto. En cualquier caso, no les beneficiaba en absoluto.

—No puedo más, me voy a dormir —determinó Scorpio de repente. No había olvidado en ningún momento que, aunque prepago, las palabras corrían por la línea telefónica.

—De acuerdo. Vamos hablando. Cuídate.

—Buenas noches.

Lo último que el Lobo leyó en la pantalla antes de que esta se quedara negra de nuevo fue «llamada finalizada». Contempló su limitado reflejo en el cristal, oscuro como sus incipientes ojeras. Necesitaba un sueño reparador, aunque no sabía si podría tenerlo a su alcance.

Ya estaba acostumbrado a las despedidas abruptas. En esta ocasión, con más motivo.

Casi podía ver a Annibal sacando la tarjeta del terminal de prepago, esta probablemente a nombre de algún desconocido hindú, para luego romperla en trozos que dejaría en un sitio estratégico hasta que decidiera diseminarlos por lugares diferentes. No era paranoia, sino seguridad. Él hacía lo mismo llegado el caso.

Se levantó despacio. Le dolían las piernas. Todo su cuerpo le pedía descansar. Tras prepararse en el cuarto de baño, se metió en la cama con su esposa. Amy sonrió sin llegar a despertarse del todo. Ajena a muertos, estrellas arrojadas y mujeres cautivas, abrazó a Rafael en cuanto le sintió a su lado.

Capítulo 5

Esa noche, Annibal soñó con Sylvia.

No había sido un sueño horrible como el que había tenido hacía unas semanas, donde había visto a su pobre hermana con un aspecto aterrador. Sin embargo, cualquier sueño en el que la niña apareciera era una pesadilla para él. Nunca, en aquellos diez años en los que ella ya no estaba, le había visitado en un contexto diferente al de su muerte. De un modo u otro, siempre recreaba aquel fatídico lugar. En ocasiones más exacto, otras veces más distorsionado, pero todas ellas era aquel espantoso descampado.

Pantalones vaqueros, abrigo azul noche con capucha sobre una sudadera rosa.

Le había estado buscando con esos enormes ojos marrones aún sin corromper por lo cruel de la sociedad. Hoy no había traído consigo las marcas de las balas que le habían perforado la frente y la mejilla derecha. El largo cabello negro había estado flotando alrededor de su cabeza como una aureola fantasmal, atemporal. Era de noche, como en todas las pesadillas que ella protagonizaba. El color marrón del barro, ya tan familiar, alfombraba el escenario.

La misma angustia había despertado a Annibal, separándolo de su hermana una vez más. La niña eterna a la que jamás vería crecer. El corazón rugía dentro de su pecho, veloz, incontrolable. El sudor le cubría el cuerpo y empapaba las sábanas. Tenía calor, pero no podía deshacerse del frío que agarrotaba los rincones más primitivos de su mente.

Se sentó en la cama. Apoyó la espalda húmeda en la pared fresca. De cierta forma, lo alivió. Había visto muchas cosas a lo largo de su vida, y había sido el autor de otras tantas, todas ellas horribles. Pero lo que le había ocurrido a su hermana nunca se borraría de su memoria. Lo que le habían hecho.

Aquel suceso era el que había transformado su vida, convirtiéndolo en la pieza central de una oscura metamorfosis. Si no le hubieran arrebatado a Sylvia, seguramente aún continuaría trabajando en el taller mecánico de su padre. El frenético tren en el que había convertido su existencia ahora le ofrecía cosas que, de otro modo, nunca habría llegado a ambicionar. Así lo había elegido. Le gustaba.

Hacía mucho, mucho tiempo que Scorpio no se cuestionaba su forma de vida. Incluso con la policía acechando como chuchos muertos de hambre a la espera de un trozo de carne. Incluso con la posibilidad de volver a una celda mugrienta con un compañero al que seguramente detestaría. Incluso con el peligro dormitando tras cada esquina. Incluso con adversarios que anhelaban su posición. Daños colaterales. A estas alturas, si alguien le ofreciese un trabajo y una subsistencia honrados, se negaría. ¿Podría acostumbrarse? Al fin y al cabo, era muy bueno en lo que hacía.

El precio que había tenido que pagar, sin embargo, había sido desproporcionado. Aquello que lo impulsó todo.

Su hermana.

Maldita sea, cuánto había querido a esa niña. Cómo podía seguir sintiendo la ausencia y la injusticia diez años después, como un gigantesco punzón incandescente que desgarraba aquella parte de su alma que había desaparecido con ella.

El rostro de Angela irrumpió entre sus pensamientos sin previo aviso. De pronto se dio cuenta de que, si Sylvia viviese, ambas tendrían una edad parecida.

La realidad se cernió sobre él como una bofetada.

El reloj digital de la mesita de noche marcó las ocho de la mañana. Ante la imposibilidad de volver a conciliar el sueño desde hacía bastante rato, decidió que lo único útil que podía hacer era levantarse. Se desnudó y caminó hasta el cuarto de baño. Confiaba en que una buena ducha le

ayudaría a despejar su cabeza y a reconfortar a su cuerpo, resentido por la falta de descanso. Había dormido fatal.

Al despojarse de los apósitos que aún necesitaba, las heridas de bala del hombro y la espalda quedaron al descubierto. El arranque demencial de hacía un par de días, aquel por el que había destrozado medio salón, había evitado que las lesiones avanzaran en su mejoría. Suspiró, asqueado. Estaba muy harto de las limitaciones que le provocaba el puto disparo. Al menos ahora soportaba mejor el dolor y no dependía tanto de los analgésicos, y podía mover algo más el brazo.

Abrió el grifo. El agua caliente pronto empezó a generar un vapor que convirtió el baño en un día cerrado de niebla.

Scorpio se plantó en la puerta del desván con la misma sensación de vacío que le había carcomido la noche anterior, salvo que ahora estaba acompañada por un incipiente borboteo de magma y desconcierto. Giró el pomo de golpe. Pulsó el interruptor sin ningún cuidado y la solitaria bombilla despertó con su luz amarilla.

Angela estaba despierta. Bajo aquella máscara de hinchazones, piel rojiza con zonas violáceas y sangre reseca, parecía indiferente. Annibal contempló el rostro de porcelana resquebrajado mientras se acercaba lentamente a su posición. Si ella era consciente de que podía volver a golpearla si quería, no dio muestras de ello. Tan solo miraba al vaso de agua que él traía consigo.

Eran las tres de la tarde. Scorpio había necesitado hacer grandes esfuerzos para no subir al desván durante toda la mañana. El ansia de respuestas era fuerte, pero determinó que dejar trabajar a la incertidumbre contribuiría a su objetivo. Ahora, delante de la prisionera, cogió el cubo con la que la había mojado hacía más de doce horas y lo colocó boca abajo en el suelo. Dejó el vaso de agua sobre su base.

—¿Te envía O'Quinn?

Angela resopló. Giró la cara hacia un lado al sentir cómo su propio aire le hacía daño en el labio superior, hinchado y herido a causa de los golpes. Después de ni sabía el tiempo, que aquello fuese lo primero que escuchara casi la desesperó. No había otra respuesta que pudiera ofrecer distinta a la que ya le había dado. Quería ser capaz de escucharle y fingir que no existía, que no estaba allí, que le importaba una mierda lo que pudiera hacer con ella. Pero el miedo la había convertido en su presa desde el día anterior y no encontraba aquella frialdad que la había acompañado en los asesinatos. Al menos, se esforzaba todo lo posible en que él no lo notara.

Su cuerpo acusaba la cantidad de horas en la misma postura. No ayudaba el vaso de agua tan cerca. A la vez tan lejos. No podría apelar una segunda vez a su compasión, estaba claro que si lo había puesto allí no era para dárselo de buena gana. Angela estaba sedienta, tanto que casi se había olvidado del hambre que le carcomía el estómago. El mero hecho de imaginar el líquido incoloro resbalando por su garganta le provocó un intenso estremecimiento.

La chica decidió quedarse en silencio.

Scorpio apretó la mandíbula. Se armó de paciencia. Dejarse llevar no era una opción, ya sabía que habría falta de colaboración.

—¿Te acostabas conmigo para comparar? —le soltó el hombre a bocajarro.

—¿Cómo? —La voz de Angela emergió tímida, apagada. Y, sin embargo, conservaba su esencia.

—El viejo no te daba lo que necesitabas y buscabas una buena polla.

Annibal no se podía creer que estuviese diciendo aquello. Le daba asco. Ni siquiera pensaba que fuera una posibilidad real, pero recordó que cierta alusión la había hecho reaccionar la noche anterior. Tenía que probar suerte primero con el diálogo.

—¿De qué coño hablas? —Se atrevió Angela. Le pareció un comentario tan burdo y sin sentido, tan fuera de lugar, que al principio no supo cómo reaccionar. ¿Se refería al tal O'Quinn? ¿A quién si no, si estaba obsesionado con ese nombre? Lamentó profundamente no haber investigado más a ese tipo.

El hombre, sin abandonar la aparente compostura y con cara de nada, dio un paso al frente. Descargó el dorso de la mano contra la cara de la chica. Ella no pudo reprimir un quejido en voz alta. Su piel dañada ahora era más sensible. El dolor amenazó con marearla. Apoyó la barbilla sobre el pecho. El pelo rubio, ahora seco y despeinado, le ocultó la mitad del rostro.

—Cuando te hago una pregunta, espero que la respuesta merezca la pena. De lo contrario, quédate callada como lo que eres: una puta.

—No tengo nada más que decirte.

El orgullo de Angela se desmoronaba. El dolor palpitaba por su rostro como un odioso redoble de tambor. Deseó poder levantarse y estrujarle el cuello con sus propias manos. Deseaba escupirle otra vez. Pero estaba maniatada y con la boca muy seca.

Scorpio respiró hondo. Controló sus ganas de darle un puñetazo. Temía perder el control, y no podía matarla aún. Crispó los dedos hasta que sendas manos se convirtieron en puños. Debía hallar la conexión.

—Supongo que ese cabrón sabe que follabas conmigo. ¿Tuviste que pedirle permiso o fue él quien te lo propuso? ¿Le pone imaginarte conmigo?

Continuó con esa táctica porque ella daba muestras defensivas. No sabía si iba bien encaminado, tampoco si tendría el efecto que buscaba. Lo único que tenía claro era que, si no lo lograba por las malas, lo conseguiría por las peores.

Angela no despegó los labios. Miró hacia otro lado. No quería verlo, tenerlo delante. No podía responder con algo que no existía. No se inventaría nada. Correría el riesgo de que él pensara que, al callar, le estaba dando la razón. ¿Qué podía hacer? Movié las manos a su espalda y las cuerdas rasguñaron sus muñecas por enésima vez.

No vio venir el nuevo ataque.

Scorpio la agarró bruscamente del pelo y tiró hacia atrás. Angela gritó. Cada milímetro de piel magullada le abrasaba. Apretó los párpados con fuerza, entreabrió la boca. Sintió como si un millón de agujas se clavaran en su labio superior. Entonces, él presionó la otra mano contra su cuello. La asesina boqueó, buscando el aire como pudo. Respirar por la nariz ya no era suficiente. Intentó liberar las muñecas una vez más. Se retorció sobre la silla.

—Dime todo lo que sepas sobre los planes de O'Quinn —le susurró Scorpio al oído—. Será más complicado hablar cuando te haya cortado la lengua.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de la prisionera. El miedo pareció alcanzar un nivel más profundo, más visceral. Comenzó a temblar bajo su yugo. Los dedos del narcotraficante se fueron cerrando más, y más, y más. La presión en la tráquea era insoportable. La angustia primaria dibujó lágrimas en la comisura de los ojos de Angela. Todo su cuerpo luchaba por zafarse de esa trampa. Tan solo consiguió que él apretara más fuerte.

—Sigo esperando.

El rostro ultrajado de la chica se pintaba de púrpura. La falta de oxígeno hacía que sus pulmones ardieran. Un nuevo tirón de pelo. Presión más férrea sobre el cuello. La madera de la silla se clavaba en su espalda. Intentó gritar, pero no le quedaba aire que expulsar. Las lágrimas cayeron sobre su rostro, huyendo de tan insoportable destino. Se ahogaba. El cuarto de madera empezó a girar a su alrededor. Decenas de puntos blancos mancillaban su visión. Intentó forcejear con los brazos y piernas inutilizados, pero de nada sirvió. La agonía la mataría si no se asfixiaba

antes. Las pulsaciones desenfrenadas martilleaban el interior de su cabeza.

—¡Habla! —gritó Scorpio.

—¡No lo sé! ¡No lo sé! ¡No lo sé! ¡No sé quién es! ¡No lo sé!

Angela escuchó su voz rota en la lejanía, como si en realidad le perteneciera a otra persona. Tal vez hubiese sido el graznido de un cuervo o el lamento del viento. No podía diferenciarlo. Un hormigueo se adueñó de sus brazos. Las lágrimas habían resbalado hasta las sienes, fundiéndose con el nacimiento del pelo.

De un empujón, Scorpio la soltó. Ella comenzó a toser con violencia. No tenía forma de saber que su pulso volaba tan rápido como el de la mujer.

La observó con expresión grave. Viéndola sobre esa silla y en aquel estado deplorable, difícilmente podía creer que tenía ante sí a la autora de los atentados a su organización. En ese momento le parecía más improbable que trabajara para O'Quinn que lo contrario. Pero ella había demostrado la gran capacidad que tenía para la mentira. Era experta. Y él había caído en sus engaños. Notó un latigazo de veneno en su estómago y volvió a descargar su fuerza contra ella con el dorso de la mano.

Angela no fue capaz de reprimir el grito. Ni lo había intentado. La sangre brotó de la fisura de su labio superior, arrastrándose hacia el interior de su boca, cayendo sobre su lengua. Un rojo y triste sabor metálico. Tosió de nuevo. Su cabeza cayó sobre el pecho, inerte. La anterior sensación de ahogamiento todavía mantenía la húmeda película sobre sus ojos. La poca dignidad que le quedaba la hizo consciente de ello. Las briznas de amor propio que se esforzaba por mantener la urgían ocultar esas patéticas lágrimas. ¿Qué eran, pues, sino una muestra más de debilidad? Pero ¿acaso importaba? La gravedad de su situación no infundía esperanza alguna, su apariencia ya tenía poco que decir.

Quiso desmayarse, desconectar, desaparecer de allí, dondequiera que estuviese. Pero, una vez más, no tenía el control. El hormigueo de sus brazos dormidos no era nada en comparación con el fuerte ardor de su rostro. Cuando pensó que no sería capaz de moverse más, levantó la cabeza como un autómatas al escuchar el sonido del cubo. Enfocó las pupilas únicamente en el vaso que ahora él sostenía en el aire. Había olvidado la sed que le calcinaba la lengua. Despacio, le fue acercando el cristal. No le importaba si ese cabrón disfrutaba con su agonía, lo único que podía ver era líquido transparente a través de la transparencia del recipiente. Casi podía oler el agua.

Scorpio solo la miraba a la cara. Ver llorar a esa mujer bien podría convertirse en un impulso suficiente como para que los sentimientos que se afanaba en enterrar regresaran. El resentimiento libraba una cruenta batalla con el remordimiento. De momento, era el primero quien se mantenía en primera posición. Y fue el primero el que actuó cuando, tras dejar unos segundos el vaso frente al campo de visión de la chica, aflojó los dedos. El cristal resbaló y el vaso se precipitó al vacío.

El agua salpicó a ambos.

El insulto que la prisionera dibujó con los labios no se materializó en voz. Pero él lo vio, lo entendió. Scorpio se agachó frente a ella. Los centímetros que dejó entre ellos en otro momento habrían obedecido a la cortesía, pero ahora solo se impregnaban de afilada amenaza.

Angela cerró los puños con toda la fuerza que le quedaba bajo las cuerdas ásperas. Esperaba el golpe.

Nunca llegó.

El criminal se llevó el dedo índice de la mano derecha a los labios, colocándolo delante. El suave siseo era una orden de silencio. Luego, se levantó sin miramientos. Caminó hacia la salida.

Cerró de un portazo.

Solo cuando volvió a estar sola, Angela dejó de intentar mantener las lágrimas a raya. Misión en la que había fracasado estrepitosamente hacía unos minutos. Indefensa, el llanto convertía la tensión en desesperación. Confusión. Patetismo. Rabia. Todas aquellas emociones sediciosas pugnaban por hacerse con el control del timón, aunque ninguna parecía darse cuenta de que el navío se encontraba varado, encallado en una prisión simple formada únicamente por una silla y algunos metros de cuerda.

Annibal, en la planta baja, cubría sus manos con sendas vendas. Los nudillos aún heridos quedaban ocultos tras varias vueltas de tela blanca y ligera. La sala que él había convertido en su gimnasio particular se encontraba en silencio absoluto. Apenas era capaz de distinguir los ruidos procedentes de la calle, pues un pitido había anidado en el interior de sus oídos segundos después de que abandonara el desván. Necesitaba movimiento, liberar la ponzoña que envenenaba su torrente sanguíneo. Necesitaba no volver a perder el control de su voluntad. Temía que el salón no fuera lo único que destrozara esta vez.

Levantó la mirada despacio hasta que se encontró con su adversario inmóvil. Respiró hondo. Descargó el puño izquierdo sobre el saco. El corte que hería su palma desde la noche en la que Johnny le entregó la pulsera incriminatoria ardió bajo el vendaje. A continuación, la derecha. El calambre del hombro le hizo retraer ese brazo de inmediato. Necesitaba más reposo para la correcta curación de los estragos del tiroteo, pero sus heridas físicas no le impedirían sanar las emocionales. Así, el saco comenzó a recibir violentas embestidas que aguantó estoico.

Annibal sostenía la respiración. El dolor era intenso. Cada nueva sacudida de sus músculos le hacía entornar los ojos. El recuerdo que alimentaba tal ensañamiento le impedía ser más cauto con sus lesiones. Empezó a tener más calor. El sudor le pegaba la camiseta al cuerpo.

Pensó en O'Quinn. Pensó en cómo el viejo sin duda estaría esperando a que diera cualquier paso en falso. ¿Sabría que había estado detenido? De ser así, no cambiaría nada, tan solo sería algo más a añadir a la vulnerabilidad de su imagen. De sus propios hombres, tan solo el Lobo lo sabía, así como Johnny y el otro chaval bocazas que los había acompañado a buscarle a la comisaría. Por lo que tenía entendido, Rafael había ordenado a Johnny que lo matara. No tenía muy claro por qué, pero no era una decisión que fuese a cuestionar. Su mano derecha siempre sabía muy bien lo que hacía. Supuso que Johnny había sido capaz de cumplir con el encargo, se le veía un chaval dispuesto. De hecho, recordó una vez más que había sido él quien había puesto en sus manos la clave de la autoría de los asesinatos.

Rechinó los dientes.

En cualquier caso, a los mismos policías no les convenía que la noticia de la maldita detención corriera como la pólvora. Su liberación los dejaría, como poco, como incompetentes. Tal vez el asunto no había llegado a la prensa, y él mismo esperaba que así continuase, pero poco se podía hacer ante el «boca-oreja».

El siguiente puñetazo cayó sobre el saco como si la cara de Roger estuviera impresa en él. Ese putito detective había tomado como meta de vida buscarle las cosquillas más allá de la pura ambición profesional.

A continuación, y sin buscarlo, por Angela.

El ya familiar dolor en el pecho afloró después.

Estaba resuelto a aplacarlo con toneladas de hielo, como acostumbraba a hacer con todo, pero su capacidad de congelación se resentía. Lo desconcertaba. Lo agobiaba, demasiado. Quería, necesitaba dinamitar cualquier emoción.

Las gotas de sudor resbalaban por la frente, avanzaban hacia sus ojos. Sacudió la cabeza no solo para ahuyentarlas, sino también para deshacerse de las imágenes que bombardeaban su mente sin descanso. Fotogramas de los momentos que había pasado junto a esa farsante.

Respiraba rápido.

Su cabeza se encontraba al borde del colapso.

Preparaba un nuevo asalto.

Descargó el brazo derecho con todas sus fuerzas sobre el saco. Una corriente de dolor gélido fue a morir al hombro. Gritó. Con el brazo sano continuó castigando al saco con la violencia despiadada que no podía emplear en el desván.

El cansancio y el dolor lo llevaron al borde del mareo.

Respiraba por la boca. Resollaba como uno de esos toros torturados en aquellas plazas circulares de arena y muerte. Tenía sed. El vaso roto en mil pedazos se materializó en su mente.

La música de su *smartphone* lo arrancó del círculo vicioso. Parpadeó un par de veces, algo aturdido al recordar que la vida continuaba más allá de aquellas cuatro paredes. Cogió el aparato con las manos doloridas. Miró la pantalla. Un pequeño oasis en su desierto de tensión.

—Hola, Sandro. ¿Cómo estás? —Procuró, sin demasiado éxito, que la voz no sonase muy afectada por el cansancio. Era la primera vez que hablaba con él desde la noche del tiroteo.

—Mejor, gracias. Ya me dijo el Lobo que tú también lo estabas. No sabes cómo me alegró escuchar eso. Cuando te vi desde arriba estabas en el suelo y no sabía lo que te había ocurrido. No pude ver mucho más por... ya sabes. —El italoamericano sonó entrecortado—. ¿Interrumpo algo?

—Nada importante. Le estaba dando hostias al saco. Tenía pensado llamarte o ir a verte al hospital, pero no están siendo días fáciles. —Annibal se quedó en silencio unos segundos—. El Lobo me dijo que continuarías la rehabilitación en casa.

—Así es. Y no te preocupes por lo otro. Bastante tienes.

—¿A qué te referes? —Sonó más brusco de lo que pretendía, y más con ese hombre. Le debía la vida, literalmente. Carraspeó, incómodo.

—También te dispararon —respondió Biaggi tras un breve titubeo—. Supongo que es razón suficiente.

Una vez más, Scorpio se sintió como un paranoico idiota. Como era obvio, Biaggi no iba a hablarle de lo que escondía en el desván. Dudar de la palabra del Lobo no tenía ningún sentido, por supuesto que no se lo habría contado a nadie. Cerró los ojos. Respiró hondo.

—Tengo que hablar contigo —dijo finalmente el jefe. Se esforzó por sonar más relajado y neutral—. Quería agradecerte lo que hiciste por mí la otra noche. Si estoy aquí es por ti.

Sandro no respondió, al menos al principio. Asintió con la cabeza despacio, aceptando de buena gana ese cumplido que no esperaba.

—Si no recuerdo mal, uno de mis cometidos era intentar evitar consecuencias fatales por situaciones imprevistas. Solo hice mi trabajo.

—Un muy buen trabajo, por cierto. Ya hablaremos más tranquilamente de esto, no son cosas para tratar por teléfono. Ahora descansa. Mejórate. Me alegro de que sigas vivo, Sandro.

Acto seguido, Annibal colgó. Como siempre, consideraba que las conversaciones telefónicas debían durar lo justo y necesario, además de estar plagadas de dobles sentidos e información encriptada siempre que se pudiera. Ambas costumbres las habían adquirido también sus hombres.

Se sentó despacio en un taburete, todavía en su gimnasio particular. Se inclinó hacia adelante. Todavía podía sentir las protestas de su hombro derecho. El mismo estaba haciendo lo

contrario que le había aconsejado al bueno de Sandro. No descansaba, no guardaba reposo. No podía. Se pasó el dorso de la mano izquierda por la frente, deteniendo el sudor una vez más.

El teléfono sonó otra vez al cabo de pocos minutos, durante los cuales había permanecido en la misma posición y con la mirada perdida en algún lugar entre su colección de mancuernas. De mala gana arrastró la trayectoria de sus ojos hacia la pantalla táctil.

Su madre.

Joder.

Lo dejaría sonar hasta que terminara la llamada por sí sola o la mujer decidiese colgar. No tenía ni ganas ni estómago para responder en ese momento. ¿Cuánto hacía que no hablaba con ella? Desde aquel lujoso restaurante en las alturas, si no recordaba mal. Con Angela.

Mierda.

Volvió a usar la izquierda para frotarse los ojos. Aquella noche Heather le había hablado sobre un asunto para el que no había estado preparado, y dudaba que lo estuviese alguna vez: su boda. La boda de su madre. Si descolgaba el teléfono volvería a sacar ese tema, y le insistiría en conocer al tipo que se convertiría en su futuro marido. Le daba asco ese término, y más por el hecho de que su vida se encontraba patas arriba en ese momento. No necesitaba a un hombre que se empeñara en jugar con él a ser el padre perfecto, que le sugiriera ir a pescar, que buscara su puta aprobación. No se la iba a dar.

Se sintió tremendamente egoísta.

Miró la pantalla de reojo, deseoso de que terminara de sonar para acabar con la culpabilidad. Pronto, el símbolo de «llamada perdida» se marcó como nueva notificación.

Al salir de la ducha comprobó que daba igual con lo que intentara distraer su mente, el pensamiento referido al desván nunca lo abandonaba. Se mantenía al acecho, en las sombras, recordándole continuamente que no iba a marcharse, que seguía ahí. Dudaba que fuera solo por su condición de «tarea pendiente».

Le molestaba tener que ocuparse de esa mujer. No sabía cuánto tiempo la necesitaría allí arriba, y debía darle de comer y de beber para mantenerla con vida. Si tenía que matarla, no sería de hambre.

La serenidad de la que había hecho acopio al pie de la escalera se iba tambaleando cada vez más con cada nuevo escalón que dejaba atrás. En general, se le daba bastante bien mostrar frialdad cuando se lo proponía, pero su fuerte temperamento lo traicionaba cuando alcanzaba cotas muy altas. Y, cuando esto ocurría, era arrasador. Volvió a rememorar el pobre salón. En su fuero interno, repitió en unas cuantas ocasiones lo importante que era mantener la calma. Debía dominar la situación.

Sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la luz amarillenta de la bombilla solitaria que colgaba del techo del desván. Le golpeó una oleada tóxica cuando vio a la chica inmóvil y con la cabeza sobre el pecho. Los dedos del hombre se cerraron con más fuerza en torno al cristal del nuevo vaso que llevaba consigo. Los cristales del anterior conformaban una peligrosa y diminuta alfombra sobre el suelo de madera. Los apartó hacia un lado con el pie. La mayoría se desplazaron con suaves tintineos.

Estiró el brazo izquierdo.

Se hizo paso a través de la cortina rubia que cubría el rostro de la asesina. Apoyó la mano en la barbilla e hizo una suave presión hacia arriba. Le levantó la cabeza. Ella no abrió los ojos. Annibal se fijó en los hematomas que quebraban su piel de porcelana, él mismo se los había causado. Vio su labio superior, hinchado. Recorrió con las pupilas los riachuelos de sangre

reseca.

Durante una milésima de segundo, el narcotraficante se olvidó de que la tenía secuestrada con vistas a matarla cuando ya no le fuese de utilidad.

Y durante esa milésima de segundo se permitió aflojar las restricciones a las que se sometía a sí mismo, donde la perfección de sus facciones superaba la irregularidad de las lesiones. Permitted que su pulso se acelerase.

Se sobresaltó cuando Angela abrió los ojos. Lo hizo lentamente y, al ser consciente de que tenía delante a su captor, se impulsó con los pies sobre el suelo de madera. La silla retrocedió un par de centímetros. Aquel instante de extraña intimidad se disolvió y Scorpio regresó a la realidad de golpe. Casi podía verse reflejado en esos ojos oscuros que le miraban con más temor que otra cosa. También encontró recelo, ira, desconcierto.

—No hagas que lo vuelva a tirar —comentó sin emoción alguna en la voz. Ocurría lo contrario en su mirada, donde las nubes cenizas relampagueaban en tormenta contenida.

Lo primero que hizo Angela fue centrar su atención en lo que él traía. La sed arañaba su garganta, lengua y paladar como un prisionero desquiciado. Apretó los labios secos. Dolían. Pero desconfió, temiendo otro truco despiadado. No le pediría el agua, no caería tan bajo. Aunque lo cierto era que ya había tocado fondo. Sin embargo, y para su sorpresa, el chico le acercaba el vaso a la boca, despacio. Con un cuidado fuera de lugar, lo apoyó en su labio inferior. Ignoró el miedo ante la posibilidad de que se lo estrellase contra los dientes, la sed era más fuerte. El agua comenzó a inundar su boca. El alivio fue inmediato. Bebió con una avidez casi salvaje. Pronto, el vaso no tuvo nada más que ofrecer. Él lo retiró de su alcance. Lo colocó en el suelo.

Había que volver al trabajo.

—Puedo tener todo el tiempo del mundo, pero hacerte la misma pregunta sería un desperdicio. En mi caso, el tiempo es oro. Más bien, dinero. Y no es que me haga mucha falta, eso tú ya lo sabes, pero no quiero malgastarlo —comenzó diciendo Scorpio. La miraba fijamente, a pesar de que la muchacha no hacía lo mismo—. Dices que no conoces a O'Quinn. De acuerdo, voy a suponer que es cierto. Vamos a hablar entonces de algo que no me podrás negar que conoces. —Dejó que el silencio los envolviera, tiempo durante el cual neutralizó cualquier atisbo de ira—. ¿Por qué asesinabas a mis hombres? He de admitir que hiciste un buen trabajo, has llegado muy lejos sin que te cazara. Hasta ahora. De hecho, sin tu pulsera probablemente seguiría buscando. Qué pena que tu descuido vaya a costarte la vida.

Solo entonces Angela lo miró a la cara. Después le escupió. En esta segunda ocasión no había sangre, aunque tampoco alcanzó a su objetivo. Scorpio puso los ojos en blanco antes de golpearla en la cara con los nudillos ya marcados. Parecía una réplica de hacía unas horas. O de la noche anterior. Tensó la mandíbula.

—Me ha quedado muy claro lo que verdaderamente piensas de mí —comentó el hombre. Bajo ese disfraz de indiferencia se escondían los gritos de unos recuerdos dañinos.

—Me alegro —gruñó ella. Tal vez esa afirmación había sido cierta hacía unos meses. La avergonzaba profundamente no poder decir lo mismo ahora. Los golpes no lograban aplacar todo aquello que la había conducido a aquella estúpida silla, pues bien sabía que se había metido allí ella solita. Su trabajo como asesina había resultado ser un fiasco por haberse dejado comer por la atracción y los sentimentalismos. Si ella pudiera darse una paliza, sin duda sería mayor que la que estaba recibiendo.

—En realidad, me importa una mierda. Pero sigamos hablando de ti. Eres la típica tía que podría tener lo que quisiera. Podrías haber tenido el mundo a tus pies si te lo hubieras propuesto. Podrías haber sido modelo, o haberte dedicado a la música. —Scorpio se encogió de hombros—.

Y no cabe duda de que eres muy inteligente. No me sorprendería que tuvieras estudios universitarios. Y por tu forma física y el manejo de las armas, podrías haber destacado en la Policía o en el Ejército. Así que explícame por qué coño elegiste matar a mis hombres. Debes de valorar muy poco tu vida inmiscuyéndote en este mundillo, metiéndote con quien no debes. Metiéndote conmigo.

—Supongo que me gusta el riesgo —saturizó Angela desde su situación de inferioridad consciente—. Además, si fuese policía no podría hacer las cosas a mi modo. No podría poner en su lugar a gente como tú sin saltarme las normas.

—Gente como yo —repitió él, y rio en voz baja—. ¿Acaso crees que eres una justiciera? ¿Y qué cojones sabes tú de la gente como yo?

—Eres gilipollas, Scorpio —le soltó la mujer. Poco le importaba que la volviese a golpear, tenía muy claro que no saldría de allí. Al menos se quedaría satisfecha. Todo lo satisfecha que pudiese, teniendo en cuenta que lo peor que podía haber hecho había sido fallar en su misión. Fallarle a él, al artífice de su autoformación como asesina.

El narcotraficante sonrió como única respuesta. La expresión de sus ojos no acompañó. No pudo evitar fijarse en cómo ella pronunciaba su apellido por primera vez ante él.

—No soy yo quien está jodido. Tú misma. He matado a gente por mucho menos que esto. Estoy siendo bastante compasivo contigo, teniendo en cuenta las circunstancias. Pero tu sufrimiento será inversamente proporcional al respeto que me tengas. Y hasta ahora no lo has hecho muy bien.

Palabrería de mierda. Acaba con ella ya.

En lugar de seguir sus directrices internas, Scorpio se limitó a mirarla fijamente. De nuevo, los hematomas y la sangre captaron su atención. Sabía que ella era fuerte, pero la pondría al límite si era necesario. Y, al parecer, lo sería. Era cuestión de tiempo romper la voluntad de Angela.

—Lo único que he sacado en claro hasta ahora es que no eres policía. Está bien saberlo. Tampoco niegas la autoría de los crímenes. No me basta con eso, quiero más. Quiero saber por qué te has puesto en el lado equivocado y tomaste la estúpida decisión de ponerte en mi contra. Y de jugar conmigo.

Annibal ignoró la nueva puñalada entre las costillas. No era nuevo interrogando y no había mentido al decirle que estaba siendo bastante benevolente con ella. Antaño había empleado técnicas que revolverían el estómago de cualquiera, incluso el propio, pero no le interesaba destrozarla hasta el punto de que no pudiese hablar. Era el único motivo que se repetía a sí mismo.

—¿El lado equivocado? Yo no estoy del lado de nadie.

—Del mío seguro que no. —Espacio, se inclinó nuevamente hacia ella. Se quedó a centímetros de su rostro, que se mantenía erguido y desafiante—. Todavía no me has contado por qué no me mataste. —Había hecho descender su tono hasta convertirlo en un susurro ronco.

Scorpio pudo captar el aroma que caracterizaba a Angela. Junto a él, sensaciones asociadas. Se mantuvo firme en su posición. Contemplaba los chispazos de lo que parecía odio que los iris de la chica irradiaban.

—Tenía que acercarme a ti para poder seguir con mi trabajo. Pensé que acostándome contigo todo resultaría más fácil. Y resulta que así fue. Eres un hombre, ¿qué se puede esperar? Por eso tenías que morir después, pero no dio tiempo.

El discurso de Angela fluyó con tal naturalidad que casi lo creyó. En realidad, sus palabras eran ciertas, pero no así la impasividad. De hecho, no le importaba confesar que había sido más lista que él. Que, al fin y al cabo, se había comportado como había previsto con anterioridad. Se guardó, sin embargo, que ella había sido la gran víctima de su propio plan.

La fuerza de la pequeña confesión se expandió por los miembros de Scorpio, centímetro tras centímetro. De algún modo egoísta, aquel ataque verbal le dolió más que cualquiera de las muertes de sus hombres. Entrecerró los párpados. Por un momento, se vio sacando el arma que llevaba entre la espalda y el pantalón y matándola a bocajarro. ¿Cómo había llegado hasta ese punto? ¿Y le aliviaría esa venganza despechada? Precisó de un autocontrol brutal para no dejarse llevar. Abrió y cerró los puños un par de veces para controlar las incipientes sacudidas de rabia. Respiró hondo. Empujó su mente hacia una cámara acorazada y allí consiguió contenerla un tiempo. Sus labios dibujaron una media sonrisa.

La poca seguridad que había logrado reunir Angela se desplomó. Ese gesto se parecía mucho a los que le dedicaba antes de que su autoría saliese a la luz. Parecían haber transcurrido siglos de aquello. Fue como si regresara al pasado, pero con la siniestra y absoluta certeza de que el significado de esa visión distaba mucho de ser el mismo.

Scorpio acercó la mano derecha a la mejilla de la asesina. El movimiento no le perdonó y un pinchazo le atravesó el hombro. Una mueca fugaz lo delató. Angela se dio cuenta. El pequeño vuelco en el estómago que sintió a continuación se fusionó con la abrasión del suave contacto del hombre contra su piel. Las lágrimas amenazaban con volver a asomar. Demoledor.

La sonrisa desapareció de las facciones masculinas.

—Un desperdicio —susurró Scorpio. Había optado por no mostrarse hostil u ofendido. Eso solo serviría para que la mujer se diese cuenta de su influencia sobre él. No le daría esa satisfacción—. Eres mejor que muchos de mis propios hombres. Esta ha sido la peor elección que has podido tomar. Aunque supongo que haber terminado aquí es el resultado de un conjunto de elecciones pésimas. —Miró hacia un lado lo justo como para que el silencio que dejó hiciese su efecto—. ¿Qué significa el trece?

Se incorporó de nuevo, quedando de pie frente a ella.

Angela se encogió de hombros. Al parecer, el jueguecito del número había levantado tal expectación que parecía que se escondía un gran misterio detrás. Ya no importaba. De hecho, ahora le parecía una soberana estupidez.

—Tampoco sabes de lo que hablo, ¿verdad?

—No sé qué pretendes con todo esto. No hay nada interesante que contar.

Scorpio resopló lentamente y sin hacer ruido.

—Me estás tocando mucho los cojones. —No acostumbraba a recibir tanta insolencia por parte de una misma persona. Y le confundía su actitud: tan pronto se mostraba acobardada como le respondía con descaro—. Deberías darme las putas gracias por no haber tirado ya tu cadáver a una cuneta. Si estás aquí es porque espero algo de ti, pero puedo cansarme antes de lo que imaginas. Puedes llegar a suplicarme que te mate.

—Lo dudo. No...

Angela perdió el aire de golpe. El impacto del puño de Scorpio sobre su estómago le arrancó cualquier otra palabra. Un fuerte ataque de tos se abrió paso por sus vías respiratorias y el dolor le contraía el abdomen. Se dejó caer hacia el frente, esperando poder recuperar la forma de conseguir oxígeno antes de llegar a perder el conocimiento.

El narcotraficante esperó, paciente.

—Deberías haber perdido la arrogancia junto con tu pulsera —dijo después. Cambió el peso de su cuerpo al otro pie.

—¿Y... tú... me hablas... de arrogancia?

El agresor repitió la operación. Mismo lugar, idéntica fuerza. Durante un agónico instante, Angela comprobó que la circulación de su respiración no avanzaba ni hacia adelante ni hacia

atrás. El miedo atenazó sus músculos. La visión comenzó a emborronarse a través de la nueva película de lágrimas que no tardaron en derramarse. La piel de su rostro se enrojeció, coloreando los espacios libres entre los hematomas dispersos.

—¿Para quién trabajas?

Ella continuaba jadeando. Se sintió a punto de vomitar un par de veces. A duras penas pudo controlarlo. Le temblaban las manos a la espalda, bajo las cuerdas. Consiguió hablar de nuevo cuando reunió las fuerzas suficientes. Su voz apenas era audible.

—¿Te... crees... tan... importante como... para... tener tantos... enemigos... que no sabes... de quién... sospechar? —Tosió.

—Sí. —Un bofetón en la cara cruzó la cara de la chica—. Se me ocurren varios, pero, según tú, no los conoces. Tranquila. Te ayudaré a recordar.

La golpeó de frente. La nariz de Angela comenzó a sangrar por el orificio derecho. La chica fue presa de un mareo intenso y dejó caer la cabeza hacia atrás. Se sumió en un estado de semiinconsciencia que duró menos de lo que deseaba. La sangre, en esa posición, le resbalaba por la garganta. Tuvo que incorporarse para escupirla al suelo.

—No conoces a O'Quinn, de acuerdo. Dime otro nombre. No tiene sentido que me tuvieras tan vigilado y, sin embargo, no conozcas a nadie más del negocio que se relacione conmigo.

—Nadie —atinó a decir en voz muy baja.

—Te lo preguntaré de otro modo. ¿Cuánto te han estado pagando? Supongo que te habrán impuesto el orden de los asesinatos. ¿Por qué de esa forma? ¿O acaso te creyeron tan inteligente como para dejarte decidir sola?

—No hay dinero que pueda pagar tu muerte.

—Muchos no opinan lo mismo.

—Pues no quiero su puto dinero. —Escupió otra poca sangre al suelo. Su respiración todavía se mantenía alterada. Se preguntó, exasperada, cómo se había podido enamorar de ese tipo. Solo quería perder el conocimiento.

—¿Y qué quieres, entonces? ¿Con qué te pagan? —Scorpio dejó una nueva pausa—. Da igual. Eso no cambia que no seas más que una simple marioneta al servicio de alguien más poderoso que tú. Poderoso y cobarde, por cierto. Los hay muy reacios a mancharse las manos, pero a estas alturas ya sabrás que yo no trabajo así.

El hombre necesitaba ganar tiempo y pulsar los botones correctos para obtener la información que estaba empezando a obsesionarle. No veía a otro causante que O'Quinn detrás de los ataques, aunque tuviera al brazo ejecutor delante. Pero no lograba entenderlo. ¿Por qué había empezado las hostilidades abiertas meses después del primer asesinato? Tal vez no confiaba en el trabajo de su sicaria. Pero Angela era muy buena, conseguía resultados de manera eficiente.

El rompecabezas parecía esconder un dibujo diferente.

—Crees que... eres muy listo, pero... no tienes... ni puta idea de... adónde... ir —respondió Angela. El atrevimiento que mostraba rivalizaba con el miedo y la inseguridad que la consumían.

—Para eso estás aquí. ¿Crees que no sé por qué estoy en el punto de mira? Lo que espero que me digas es un nombre. Que tú hayas sido quien ha cometido los asesinatos solo es algo secundario.

En realidad, para él era lo principal. Por qué ella. Por qué, después de todo, ella.

Y ella... Ella había llegado a desear fervientemente que él no hubiera reventado su pasado, provocando que se convirtiese en una letal asesina. No tan letal como le habría gustado.

—No puedo decirte algo más que no sepas ya, entonces.

—Pienso matar a ese desgraciado de O'Quinn de todos modos. No tiene sentido que sigas protegiéndolo, no os va a servir de nada ni a él ni a ti. Pero te sugiero que, si hay alguien más, me lo digas. No quiero cometer el error de dejarlo vivo.

—No tengo ningún nombre.

—Angela —suspiró Scorpio, casi escuchando el sonido seco de su paciencia resquebrajándose—, este puto juego no va a durar eternamente. No te estás dando cuenta de que no quiero recurrir a eso, pero llevo la puta pistola encima y me estás obligando a tener que usarla. Y no para matarte, al menos de momento. También podría hacerte algo parecido a lo que le dibujaste a Schneider en el pecho, porque tengo que asumir que lo hiciste tú. Se me ocurren mil formas de romperte en las que preferirías un disparo en la cabeza. Y, a pesar de darte la oportunidad de recibir una muerte digna, me la estás rechazando de todas las maneras que puedes.

—Annibal —se atrevió a pronunciar ella con un tono parecido al que había escuchado—, no me das miedo. —Pensó en que ojalá fuera cierto. No podía dejar que él supiese que mentía, y para ello primero debía engañarse a sí misma—. No pierdas más tiempo con amenazas y actúa de una vez. Mátame y acaba con esto.

La asesina cerró los puños a la espalda para tratar de controlar el ligero temblor de las manos.

Scorpio al principio no mostró ningún tipo de emoción, tal y como cabría esperar de una estatua de granito. Pero a los pocos segundos inclinó levemente la cabeza hacia atrás y mostró su característica sonrisa una vez más.

—No voy a concederte eso. Demasiado fácil.

Demasiado previsible, pensó Angela. A pesar de sus constantes desafíos, no quería morir. Pero si había algo que la atemorizaba aún más, era lo que él pudiera hacerle. Con todo, debía continuar interpretando su personaje. Era la única baza que le quedaba, si es que podía servirle de algo en su situación. Si Scorpio la amenazaba con torturarla era porque aún necesitaba algo de ella. De lo contrario, estaba segura de que ya le habría quitado la vida. Se preguntó si serviría de algo su esfuerzo por sobrevivir o si lo único que estaba haciendo era postergar una derrota inevitable. Era muy probable que ya estuviera derrotada. Lo estuvo desde el mismo momento en que flaqueó y se dejó arrancar la pulsera en aquel callejón de mala muerte.

El hombre, sin mediar palabra, cogió el cubo vacío que hasta entonces había permanecido boca abajo en el suelo y que había hecho las veces de mesa para el primer vaso, aquel que se había convertido en esquirlas de cristal. Con una tranquilidad que inquietó a la prisionera, se acercó al extraño cuarto de baño y allí aguardó hasta que el agua del grifo rellenó el cubo casi por completo. Regresó igual que se había alejado: en silencio.

Angela pensó que podría soportar que le arrojase agua fría por encima otra vez.

Scorpio se colocó frente a ella y dejó el cubo en el suelo ayudándose del asa metálica. Sin apartar la mirada de la mujer, acercó la mano al bolsillo del pantalón y sacó el paquete de Lucky Strike. A continuación, el Zippo plateado. Colocó uno de los cigarrillos en un lateral de la boca y lo sostuvo entre los labios mientras prendía el extremo. El pequeño fulgor destacó en la pobre iluminación de la estancia como la blancura de los colmillos sobre el pelaje negro de una pantera. Devolvió el paquete a su sitio. Dejó escapar el humo despacio.

—Supongo que no has cambiado de opinión con respecto a hablar —dijo él casi arrastrando las palabras. Entornó los ojos con la ascensión del humo.

—Que te follen.

Scorpio cogió el cigarrillo entre el pulgar y el índice de la mano izquierda mientras inhalaba profundamente una segunda vez. Sus labios se convirtieron en un fino vector durante apenas

segundos. Se encaminó hacia el fondo del desván, donde aguardaba lo que parecía ser un baúl. Desde su posición, Angela vio cómo lo abría y cogía algo de su interior. Luego regresó sobre sus pasos. Llevaba en la mano una especie de tela marrón.

Un saco.

El hombre sujetó el cigarrillo con la boca para poder utilizar las dos manos. Un movimiento ágil bastó para colocarlo en la cabeza de la joven. La rodeó por completo y de tal forma que cualquier intento de desprenderse de ella sería en vano. Le arrebató tal posibilidad cuando anudó la tela a la altura del cuello.

Angela sintió cómo sus temblores se hacían más evidentes. No creía que fuera del estilo de ese criminal despojarla del campo de visión para ejecutarla. Porque no la iba a ejecutar, eso se lo había dejado claro. Apretaba tanto los puños bajo las cuerdas que las uñas se clavaron en la carne.

—¿Qué estás haciendo? —se le escuchó a Angela bajo aquel tejido fino pero áspero y consistente.

—Cierra la puta boca.

Silencio.

Los nervios de la cautiva se le clavaron en la garganta como afiladas bayonetas. Perdió el dominio de sus piernas, que ahora movía de arriba abajo con los pies descalzos como puntos de apoyo.

Soltó el aire por la boca con el corazón desbocado. Esperaba un golpe.

Un puñetazo.

Una cuchillada.

Un disparo.

La presión sanguínea le aturullaba los tímpanos.

—¿Qué vas a hacer?

Las palabras se escaparon solas.

Tal vez aquello solo fuera una pesadilla. Tenía que serlo. En la vida real jamás se habría dejado atrapar.

—No puedes decir que no lo intenté por las buenas.

El pavor se abría paso a través del pecho de Angela de un modo casi vergonzoso. Este subía y bajaba con rapidez. Retorcía las manos, cubiertas de sudor a su espalda.

Para Scorpio era solo trabajo y así se lo tomaría. Debía hacerlo. Al igual que debía sentirse mejor por torturar a la causante de sus tantos quebraderos de cabeza durante las últimas semanas. Pero no era así. No era así en absoluto. No suponía el consuelo con el que había estado fantaseando desde el comienzo de los asesinatos.

Sin permitirse pensárselo dos veces, cogió el cubo por el asa y le arrojó parte del agua por la cabeza, desde arriba. La delgada tela del saco se adhirió al rostro de la mujer. De inmediato, obstruyó el paso de aire a través de los poros del tejido.

Angela abrió mucho la boca. Boqueó. Las fosas nasales apenas podían hacer su función. El oxígeno entraba a su cuerpo a trompicones. Para su desesperación, el peso que ganó el saco convirtió su boca en un instrumento casi inservible.

La arrogancia dejó de tener valor. La compostura ya no servía para nada.

Comenzó a revolverse violentamente sobre la silla. Las cuerdas rasgaron la piel de sus muñecas hasta hacerlas sangrar. No podía sentir el dolor. No podía sentir nada que no fuera la agónica falta de oxígeno. Sus patéticos intentos de inspirar le impedían administrar el poco aire que tenía. La ansiedad aumentó. La tasa cardíaca alcanzó niveles demenciales. El saco húmedo se

introducía por los orificios de su cara, taponándolos.

—¿Para quién trabajas? —continuó Scorpio. Saboreaba la nicotina en cada calada, le ayudaba a mantener la máscara de la indiferencia.

—Ya... te lo he dicho —consiguió responder Angela. El tono fue mucho más agudo de lo habitual.

—No. No me lo has dicho. —Annibal era consciente de que en su pétreo escudo protector se estaba formando una peligrosa fisura que debía neutralizar—. Habla.

—¡Que no... trabajo para... nadie! ¡Joder!

—Habla.

Las partículas de oxígeno dentro del saco se disolvían a marchas forzadas.

—No... trabajo... para... nadie.

—Ten dignidad, no hagas más el ridículo. —Scorpio dio un paso al frente.

—No... trab...

Un grito completó el mensaje. El segundo torrente de agua bajó por su cabeza. El saco se hizo más pesado. Angela botó en la silla con desesperación. Las ataduras no cedieron. Retorcía los tobillos, que también sangraban. Estiró su cuerpo sin ser capaz de cambiar de posición. La sensación de asfixia le nublaba la visión oscurecida.

—Te vas a ahogar.

Scorpio rodeó la silla. Se colocó detrás. Agarró con firmeza la parte posterior de la cabeza de la chica. Se aseguró de coger buena parte del cabello mojado. Dio un tirón seco hacia atrás. El grito fue ensordecedor. El sonido se abrió paso a puñaladas por los oídos del agresor. Casi pudo notar la rígida tensión del cuello de Angela, quien ya no luchaba por esconder sus sollozos. Los intentos de liberación no dejaban de ser estériles. Su cuerpo prácticamente convulsionaba bajo el mando de unos pulmones desesperados.

De un tirón, le arrancó el saco de la cabeza.

La cara de Angela se veía enrojecida por el esfuerzo, la agonía y el llanto.

Ella abrió más la boca, como si respirase por primera vez en su vida. Como si acabase de nacer. La tos le apresó la garganta. Las lágrimas resbalaron una vez más. Las briznas doradas de su cabello se le pegaban a la cara y al cuello. El agua no consiguió arrastrar los restos de sangre que anidaban en los alrededores de la boca y bajo la nariz.

—¿Para quién trabajas? —El narcotraficante tiró la colilla al suelo y la pisó.

Angela no respondió. Temblaba visiblemente.

—¿Para quién trabajas?

—Para... nadie...

—¿Y has hecho esto tú sola? Gilipolleces. Mientes.

Scorpio volvió a colocarle el saco en la cabeza. La resistencia apenas le complicó la tarea.

El terror se apoderó de la rubia. No se veía capaz de volver a experimentar tal angustia. Se revolvió. Gritó.

Él contempló cómo estiraba y encogía los dedos de las manos. Los mismos que había sentido sobre su piel tantas veces. Se tensó sin ser consciente de ello. Resopló. Miró hacia otro lado. Se propuso contar hasta diez.

Solo se escuchaba la historia de la respiración de Angela.

En el número nueve volvió a quitarle el saco.

Volvió a situarse en frente de la mujer. Halló pánico en sus ojos enrojecidos, oscuros como profundidades.

La enajenación amenazaba con adueñarse de Angela. Su labio inferior vibraba. La ausencia

de control intensificaba el miedo. No se atrevía a moverse más allá de aquello que no podía dominar. No se atrevía a mirarlo. No se atrevía a confiar en que al segundo siguiente podría seguir respirando. Un gemido involuntario de desesperación se escapó de su garganta.

—¿Para quién trabajas?

La entonación de la pregunta era monótona, como si hubiese suplantado la identidad de un autómatas carente de cualquier otro objetivo que el de conseguir que fuera respondida. No le sorprendió que le rehuyera la mirada. La fugaz idea del asesinato cruzó la mente del hombre. La descartó. No era el momento.

No hubo respuesta.

—Tú misma.

Angela sollozó al ver el saco aproximándose a ella una tercera vez. Negó con la cabeza. Tiró de sus muñecas. Volvió a rasguñar su piel. Movi6 los tobillos bajo las dolorosas ligaduras. Tímidas gotas de sangre resbalaron por sus pies. Cerró los ojos. No quería, no podía volver a verlo llegar. Sus rodillas botaban presas de la ansiedad. Se le erizaron los brazos. Las náuseas le oprimieron la garganta. El saco se adhirió de nuevo a su rostro como una segunda piel.

Fantaseó con la súplica.

Scorpio agarró el asa del cubo una vez más. Le arrojaría el agua que le quedaba. Luego volvería a llenarlo. El desgaste psicológico consistiría en la repetición, pues contaba con que continuase sin revelar nada.

No llegó a levantar el recipiente del suelo.

El teléfono comenzó a vibrar en uno de los bolsillos de su pantalón, impaciente. Soltó el asa. Sacó el *smartphone*. Había olvidado que estaba esperando esa llamada. Cualquier otro asunto más allá de aquel desván había pasado, sin habérselo propuesto, a un segundo plano.

—Dime, Lobo. —Se quedó escuchando—. Coge lo que puedas y vuelve. Lo miraremos hoy mismo. —Pausó otra vez. Con la mano libre se pinzó el puente de la nariz, a la altura de los ojos—. Está bien. Dame veinte minutos. Hasta ahora.

Colgó. Devolvió el móvil al bolsillo. Miró, inmóvil, el rostro oculto de Angela.

Lo que el Lobo tenía que contarle debía de ser muy urgente como para hacer que se desplazara. Ese no era el plan y su colega lo sabía. Estaba empezando a odiar —aún más— las sorpresas. Frunció el ceño.

Le arrancó el saco a la prisionera con un tirón brusco. No estaba dispuesto a verla muerta por asfixia cuando regresara. Estaba seguro de que, para entonces, tendría muchas cosas por las que preguntarle. Cosas que no podría negar que sabía. Esta vez no. Arrojó la tela mojada a no mucha distancia de la silla. Casi pudo palpar el alivio de la chica.

—Tengo asuntos más importantes de los que ocuparme. Nos vemos luego.

Una despedida que le puso a la asesina los pelos de punta. No quería verle luego. No quería volver a verle.

El sonido de una llave girando la cerradura fue el último antes de la engañosa calma. Se sentía tan patética que no entendía cómo consideraba necesaria tal medida.

Se quedó muy quieta. Aún estaba viva y no sabía si en realidad merecía la pena.

El hambre rugió en su estómago. Sin embargo, su estado de nervios le habría impedido comer en el caso de que hubiese podido.

Rompió a llorar.

Se obligó a guardar todo el silencio del que fue capaz. Lo último que necesitaba era que regresara. Se terminó de derrumbar. Las lágrimas arrastraban consigo los cimientos de quien creía haber sido todos esos años. La persona que pensaba haber construido no habría sucumbido ante la

presión. Ante la tortura. Ante la desesperación.

Ante el amor.

No existía el amor, solo una realidad en la que ella se había hundido hasta el fondo. Al menos no había hablado. Pero estaba asustada. Le temía al miedo, y a que este finalmente le arrebatara lo único que en ese instante poseía: lo que no había dicho.

Los minutos transcurrían distorsionados. De vez en cuando conseguía, por puro agotamiento, dormir. A pesar de no descansar, aquellas desconexiones suponían un consuelo para su cerebro y para su mente. La falta de movilidad hacía que le doliese cualquier parte del cuerpo. Los golpes que había recibido en la cara y en el estómago chillaban mudos. Pero las heridas que no se podían ver eran las que más laceraban su voluntad, aquellas nuevas y las antiguas que poco a poco se materializaban en el presente.

Cicatrices que se abrían como flores en un jardín de maldad.

Como en el puto infierno.

Capítulo 6

El trayecto en coche transcurrió fluido, sin contratiempos. No tuvo problemas en encontrar el bloque de apartamentos que había marcado como objetivo. Aun así, cada pocos minutos había estado echando vistazos rápidos por los retrovisores. No era descabellado pensar que le podrían estar siguiendo. Siempre cabía esa posibilidad.

Desde que Scorpio se hiciera con el liderazgo del grupo al que pertenecían, el puesto de Rafael siempre había implicado mucha responsabilidad. Era un admirador del trabajo bien hecho, por eso siempre había estado a la altura de las expectativas. Podría decirse que incluso un paso por encima. ¿El precio? Vivir en continuo estado de hipervigilancia, entre otras consecuencias. Y eso que él era, seguramente, quien menos se metía en problemas de todos ellos.

Una vez hubo llegado a la dirección que Annibal le había anotado en un trozo arrancado de folio, estacionó su Mercedes CLS 350 a un par de calles de distancia. En realidad, aquella era una información que su jefe ya tenía desde antes de capturarla, pues había acudido allí alguna vez que otra para recogerla con el coche. Pese a que la legibilidad de la letra dejaba bastante que desear a causa de las prisas, había podido interpretarla sin problemas. A esa nota le acompañaban unas llaves. El Lobo suspiró en silencio y negó con la cabeza. Esa maldita historia estaba tomando un triste rumbo oscuro.

Caminó por la acera con despreocupada normalidad. Se detuvo incluso delante de algunos escaparates, aunque miraba sin ver. No debía mostrar determinación, al menos en los lugares donde alguien podría estar observándolo. Los sospechosos que más lo parecen son aquellos que se comportan como tales. Guardaba las manos en los bolsillos de su pantalón marrón oscuro. Las llaves tintineaban en el interior de uno de ellos, bajo sus dedos.

No era la primera vez que transitaba por ese barrio. La zona presentaba las características propias de lo que se entiende por clase media, y no parecía ser muy problemático. Tampoco derrochaba lujos. Era un lugar casi perfecto para alguien que no quisiera llamar la atención. Se le vinieron a la cabeza los típicos programas televisivos sensacionalistas donde siempre había algún vecino que declaraba que el asesino siempre saludaba en los rellanos. Angela también podría haberlo hecho, ¿por qué no? Había sido capaz de fingir delante de ellos con absoluta precisión, un puñado de vecinos era un juego de niños. Recordó cómo, sin contar toda la parafernalia que había montado en torno a Scorpio, había intentado matarle a él mismo en aquella ocasión en la que consiguió asesinar a Jay Taylor. Jamás habría llegado a pensar que la verdadera identidad de esa mujer se escondía detrás de aquella bonita sonrisa.

El Lobo se lo tomaba con filosofía. No entraba en sus planes comportarse como un energúmeno. Su amigo ya se estaba encargando de ella.

Llegó al portal. Sacó las llaves. Podría haber pasado por un vecino más, o por algún familiar por no haber acertado a la primera con la cerradura. Estaba tranquilo. Empujó la puerta para abrirla y entró al portal. La moqueta gris claro estaba descolorida, no le hacía ningún favor al aspecto general del rellano. Con cada pisada que daba, se levantaban motas de polvo acumulado. Tal vez la persona encargada de la limpieza estaba de vacaciones. O tal vez nadie se ocupaba de adecentar el sitio. Se encaminó al ascensor que, por supuesto, no se encontraba allí. Pulsó el botón. Era evidente que no se trataba de tecnología de última generación. Tras unos segundos eternos, las puertas se abrieron con un lamento chirriante. El hombre se apartó para dejar salir a la anterior ocupante, una chica joven de cabello largo y negro, cuyos brazos albergaban más tatuajes de lo que unos padres conservadores estarían dispuestos a tolerar. Sendos aros le adornaban la nariz y el labio inferior. El maquillaje le oscurecía los párpados y la boca.

Unos cascos enormes le ocultaban las orejas. La adolescente ignoró la presencia del Lobo y, como buena rebelde, el volumen de su música tronaba incluso más allá de los auriculares. Rafael identificó los acordes de Avenged Sevenfold, un grupo de metal que él escuchaba de vez en cuando. Pensó que la cría no llegaría ni a los veinte años con la audición intacta.

Pulsó el cuatro medio borrado una vez estuvo solo en el ascensor. Las puertas se cerraron con arcaicos crujidos. Comenzó a elevarse hasta llegar a su destino. No hubo interrupciones intermedias.

El nuevo corredor que se abrió ante él presentaba la misma decadencia. Al menos, las puertas de los apartamentos ofrecían un mejor aspecto.

El cuatrocientos dieciséis se leía en relieve brillante sobre la madera lacada.

Volvió a probar con las llaves. Necesitó tres intentos. Tuvo que girar hasta cinco vueltas la cerradura para poder desbloquear la puerta. Miró fugazmente a su alrededor antes de entrar. Por lo que sabían, esa mujer vivía sola. Pero podría haber mentido en eso también. Notó el peso fiel de su revólver Colt Python, accesible. Cerró la puerta a sus espaldas. Recorrió rápido las habitaciones con la mano sobre la culata, cauto. No quería encontrarse a ningún inquilino, prefería no tener que matar a nadie.

Vacío. Vía libre.

La decoración del apartamento era minimalista. Limpio, demasiado en comparación con el resto del edificio. Ningún plato pendiente por fregar, el polvo brillaba por su ausencia, los objetos ocupaban sus pulcros lugares perfectamente ordenados, sobre las sábanas veraniegas de la cama hecha yacía una pequeña pila de ropa planchada y doblada. Ese tipo de detalles revelaban mucho acerca de una persona, de su metodología.

El Lobo comenzó la búsqueda por la cocina, incluso cuando sus esperanzas de encontrar algo allí eran nulas. Pero nunca se sabe, guardar las evidencias en los lugares más insospechados solía dar resultado. No parecía ser el caso. Alimentos, utensilios, cacharros. Nada fuera de lo común.

Lo único especial que halló en el cuarto de baño fue un ambientador programado de aroma floral.

Regresó al salón. Abrió diversos cajones en busca de algún documento, algo, lo que fuese, que respaldase las actividades criminales de la inquilina. Dejar algo así a simple vista, sin embargo, era rebasar el colmo de la estupidez, y Angela no parecía ser estúpida. Procuró no desordenar demasiado. Nada de lo que encontraba apuntaba a la doble vida de la mujer. No localizó papeles que explicaran en qué clase de régimen vivía Angela, si propietaria o alquilada. Solo revistas, manteles, instrucciones de electrodomésticos y otros enseres de ninguna utilidad para él. Abandonó la búsqueda en los cajones y se puso en pie. Le llamó la atención no ver ninguna fotografía, ni fuera ni dentro de los muebles. Nadie lo miraba desde detrás de un cristal. Pero aquello tampoco le permitía sacar conclusiones.

El piso era pequeño, no tenía mucho más margen. Solo le quedaba investigar la habitación. Algo le decía que también sería en vano.

Comenzó por la mesita de noche, que separaba la cama de la pared en el lado izquierdo de la habitación. En el primer cajón solo encontró un par de libros, algo de dinero, diversos tickets de compra que resultaron ser de ropa y una caja de tiritas. También un bote de analgésicos. En el segundo cajón, ropa interior. Le resultó incómodo rebuscar entre los conjuntos de lencería, así que abandonó su labor en cuanto se cercioró de que tampoco allí se encontraba lo que fuera que buscaba.

Se encaminó al armario que había dejado a la derecha de la puerta según había entrado

hacía unos minutos. Ropa, zapatos, perfumes, objetos personales. Bolsos que registró por precaución. Se agachó para acceder a nuevos cajones en la parte baja. Más lencería, más tickets. Calcetines. Jabones aromáticos. Cosas de una chica normal y corriente. Pero Angela no era normal, ni tampoco corriente. No obstante, nada allí podía apuntar a lo contrario. Rafael se levantó, cerró el armario y se dio la vuelta.

Miró la balda solitaria y fija de madera a varios centímetros por encima de la cabecera de la cama, en la pared. Estaba repleta de libros. El escondite perfecto por antonomasia. Se apoyó en el colchón y los fue alcanzando uno por uno, hojeándolos. Por lo menos, una veintena de ellos. Los autores de aquellas novelas no guardaban entre sus páginas otra cosa más allá de letras. Volvió a colocarlos en el mismo orden.

Rafael se pasó la mano por el pelo. Se sentó a los pies de la cama. Nada guardaba la lógica aceptable que había esperado descubrir allí.

Se le ocurrió mirar bajo el colchón. Cogió la pequeña pila de ropa doblada y la dejó sobre la mesa de noche. Un somier formado por finas tablas de madera horizontales, fin. Lo dejó caer en su sitio. La almohada. Nada.

Era absurdo inspeccionar el escritorio, no tenía baldas ni cajones. Una simple mesa justo debajo de la ventana que daba a la calle, la principal fuente de luz de esa habitación.

Decepción era el único término que se le ocurría.

Pérdida de tiempo.

Pensó que, o bien Angela contaba con algún lugar en otra parte para una mayor privacidad en sus asuntos, o no guardaba nada porque ya lo hacía otra persona. Suposiciones, más suposiciones. No podía hacer ninguna afirmación fundada.

Sin moverse del sitio, echó un nuevo vistazo. El perchero que colgaba de la puerta también estaba vacío. La ornamentación de las paredes era algo mayor que la del resto de la casa. Un gran sol acompañaba a una luna, ambos de cerámica. Parecían hechos a mano. Ambos eran oscuros y de superficie acristalada que los hacían brillar cuando la luz incidía sobre ellos. Paisajes en alta definición sobre pósteres de tamaño A3. Un espejo vertical enorme a la izquierda del escritorio que, en lugar de estar situado encima, formaba parte de la pared. Supuso que era una buena manera de crear la ilusión óptica del espacio, puesto que la habitación no era muy grande. Lindaba con el suelo y con el techo.

Se acercó al espejo. También podría utilizarse para vigilar las propias espaldas, pues reflejaba la puerta a la perfección. ¿Y de qué servía tal precaución si ni siquiera había un arma en toda la casa? Optaba por no considerar como tales los cuchillos de la cocina. ¿Quién no tenía cuchillos en la cocina?

Una asesina tan eficaz no podía vivir en un apartamento tan inocente. Solo podía pensar en que se estaba dejando algo.

Devolvía la mirada a su imagen en el espejo, como si su réplica pudiese despegar los labios y brindarle la solución que a él se le escapaba. Quizás era el momento de aceptar que allí no había nada para él.

Unas pequeñas manchas captaron su atención en el extremo izquierdo del espejo. Se aproximó aún más a la superficie pulida hasta quedarse a menos de un palmo. Huellas dactilares. Bien. Habría montones de ellas por la casa.

Frunció el ceño.

Discordaban con la pulcritud general.

Estupendo, Sherlock. Nadie nunca olvidó limpiar algo.

Era muy triste pensar que era el único miserable hallazgo en el tiempo que llevaba peinando

el apartamento. Se resistía a apartar la mirada de las diminutas huellas. Frustrado, el Lobo levantó la mano derecha y colocó los dedos encima, sin tocarlas. No quería alterarlas, a pesar de no haberse quitado los guantes en ningún momento. Era lo más cerca que había estado de la autora de los crímenes.

Impotente y cansado, se apoyó en el espejo a un par de centímetros de las marcas. Agachó la cabeza.

Y se apartó de golpe.

Estuvo a punto de perder la estabilidad. ¿Qué demonios había sido eso? El espejo se había movido, no le cabía ninguna duda. Pero ¿cómo era posible? Aguantando la respiración, se acercó. Vio que ya no parecía tan incrustado en la pared como al principio. Apenas eran unos milímetros. Volvió a empujar en el espejo, esta vez a propósito y con más fuerza. La superficie reflectante cedió y empezó a hundirse.

Una puerta.

El pulso de Rafael se aceleró.

Con la mano sobre el revólver, se coló por la abertura que había aparecido delante de sus narices. Casi pudo sentir la expectación a su lado, como una compañera invisible. A excepción de la poca luz que se filtraba desde la estancia contigua, estaba completamente a oscuras. A tientas, se acercó a la pared más próxima, a su izquierda. Fue palpando en busca de un interruptor. Una pequeña protuberancia cuadrada apareció entre sus dedos a los pocos segundos. Pulsó el botón. Se encendió un halógeno fino en el techo. Su luz blanquecina bañó el nuevo cuarto tras parpadear un par de veces.

Aquella puerta secreta no era más que una porción de pared móvil unida al resto de muro por bisagras especiales. Contaba con un discreto pomo para abrir desde dentro por si esta se encajaba del todo. Tal despliegue de astucia dejó al Lobo maravillado. Tenía aquel pequeño espacio disponible enteramente para él.

Lo primero que apareció ante sus ojos lo paralizó durante, al menos, un minuto.

Las órdenes de Scorpio eran precisas: coger lo que encontrase y llevárselo. Pero aquello tenía que verlo él mismo con sus propios ojos.

Fue cuando lo llamó por teléfono.

Capítulo 7

Annibal conducía el Hyundai de segunda mano que había encargado hacía unos días. Había realizado el pago en metálico y, por supuesto, bajo una identidad falsa: Andrew Morgan. Era necesario si quería desplazarse de forma clandestina. Ninguno de los vehículos de su garaje le garantizaba tal libertad. Y situarse detrás de aquel volante le recordaba a épocas anteriores, antes de alzar su imperio particular. Cuando era joven y era lo único a lo que podía aspirar.

Conducía hacia la dirección que le había facilitado a su mejor hombre: el apartamento de Angela. Conseguir las llaves no había tenido misterio alguno, únicamente había necesitado extraerlas de entre las cosas de su prisionera. Confiaba en no tener que visitar ese lugar. Si hubiese sabido que tenía que haber ido de todos modos, se habría encargado él mismo. Y el Lobo no había querido darle más detalles por teléfono. Bien, por otra parte. No esperaba nada bueno de aquel imprevisto, claro. No esperaba nada bueno de nada. De vez en cuando, su mente viajaba de regreso al desván.

Se adentró en el portal después de que su amigo le abriese la puerta desde arriba. No pudo evitar acercarse al buzón. Puerta cuatrocientos dieciséis.

«Angela K.»

Recordó las iniciales de la pulsera. Un vuelco se apoderó de su estómago.

Reanudó el recorrido hacia el ascensor. Pulsó el botón. Entonces notó una presencia a su lado. A la defensiva, miró a su izquierda. Una de sus tantas reacciones paranoicas. Solo era una adolescente de aspecto indisciplinado. Lo miraba descaradamente, sin ningún atisbo de disimulo. Rugía la música a través de sus grandes cascos. Mascaba chicle. Llevaba bolsas de papel marrón en ambas manos, seguramente volvía de hacer la compra. Una vida ordinaria en un barrio ordinario.

Montaron en el ascensor. Ella le preguntó el piso y él respondió el cuarto. Acto seguido, el dedo decorado con uña negra marcó también el sexto. No hubo más palabras durante el corto y chirriante trayecto. La *pseudopunk* no le quitaba ojo de encima y se estaba poniendo nervioso. No se despidió al abandonar el ascensor cuando llegó a su planta.

Cruzó el pasillo hasta llegar a la puerta correspondiente. Llamó con los nudillos, solía evitar los timbres. Sin respuesta. Esperó empleando la escasa paciencia que le quedaba ese día. Golpeó otra vez la madera segundos después. Entonces, le abrió. Scorpio se introdujo en el apartamento sin preámbulos. No se resistió al impulso de mirar a su alrededor.

Así que aquella era la casa a la que nunca había sido invitado. Ahora sabía por qué.

—¿A qué viene tanta urgencia? —preguntó Annibal. No miraba a su amigo, sino a los detalles del apartamento. Ya se encontraban en el salón.

—Se lo ha montado muy bien.

El recién llegado caminaba detrás del Lobo. No había pérdida, era un lugar bastante pequeño. Una vez en la habitación, lo primero en lo que se fijó fue en la pared abierta. Se dio cuenta de que, en condiciones normales, quedaba un bonito espejo empotrado.

—¿Qué coño es eso?

Era evidente: la entrada a un lugar oculto, un rincón imposible de encontrar si no se conocía de antemano. No para el Lobo, claro. Se preguntó cómo diablos lo habría hecho. Una mezcla de extrañeza y curiosidad le condujo al interior. Lo que fuera que debía ver se encontraba detrás del falso muro. Al entrar, el impacto se adueñó de él. Rafael se colocó a su lado, pendiente de su reacción.

Scorpio miraba fijamente la pared del fondo. Una enorme pizarra negra se había abierto ante

sus ojos y ocupaba todo el hueco disponible horizontalmente. Bien podrían ser dos metros, y uno de altura. La distancia hasta el suelo era la necesaria para escribir y maniobrar con comodidad. Justo debajo, una mesa.

Pero la mesa le importaba una mierda, la pizarra acaparaba toda su atención.

Dio un par de pasos al frente, necesitaba verla más de cerca.

Un organigrama se abrió ante él. Era bastante completo y recogía la distribución de su propia organización. En especial, los puestos de mayor categoría, ignorando toda aquella gente que trabajaba en los más bajos niveles de la calle. Y él lo presidía en la zona central superior. Su fotografía era la más grande de todas las que adornaban el esquema, aunque tampoco difería excesivamente de las demás. Como era de esperar, cada una mostraba a su protagonista sin que este supiera que estaba siendo retratado. Los nombres de los integrantes aparecían debajo de su respectiva imagen, trazados con tiza blanca.

—Hay mucho trabajo detrás de todo esto —apuntó, finalmente, el Lobo. Permanecía de brazos cruzados con los ojos puestos en el entramado de información. Ya lo había repasado entero varias veces.

Sin mediar palabra, Scorpio se aproximó a la pizarra. Se quedó a una distancia prudencial, podría perder perspectiva si quedaba más cerca. En la esquina superior izquierda, debajo de las siglas «BCCO», también aparecía la imagen del sargento Wolfgang Sawyer, por encima de su nombre. De él salían tres líneas blancas de tiza. Las dos primeras desembocaban en los detectives Catherine Jones y Roger Rickman. Al ver a este último, Annibal recordó el altercado que tuvo lugar en la comisaría tras su detención y reprimió un insulto. La tercera línea la ocupaba una fotografía a la que, en lugar de acompañarla un nombre, lo hacía un símbolo de interrogación. Reconoció a ese policía precisamente de la detención. Solo lo había visto en aquella ocasión acompañando a los otros dos, pero era suficiente. Tampoco él sabía su nombre, debía de ser nuevo en el cuerpo o en la brigada. No dudaba de que, si Angela continuase en libertad, lo habría terminado averiguando.

La expresión de Annibal se agravó al seguir observando el organigrama. Al lado de los policías, pero en una categoría aparte, otros dos nombres más y sin anexos de imagen: «Walter Emerson» y «Michael Parker». No le sonaban de nada, pero sí la palabra que aparecía junto a ellos, «DEA», la Administración para el Control de Drogas estadounidense. Que la DEA también lo tuviera fichado no era una sorpresa en absoluto. Al lado, una nueva interrogación. No estaba seguro de si eso era algo positivo o negativo. En cualquier caso, lo que menos necesitaba en ese momento era que los propietarios de esos dos nombres se metieran también entremedias de sus asuntos. Como si no tuviera suficiente. Aunque, para él, la policía y la DEA eran parte de la misma mierda. Lo mismo le daba que lo capturaran unos u otros si el destino final era la cárcel.

Lo siguiente que vio le dejó sin aliento. Un nudo apareció en su garganta a la velocidad del relámpago y con el peso del plomo. La violencia con la que su corazón empezó a latir era demasiada como para mantener indiferente el resto del cuerpo. Ver a su madre sobre esa pizarra le robó el color de la cara.

—Por eso te he llamado, entre otras cosas —admitió el Lobo. Era muy fácil saber la imagen que su amigo estaba contemplando. Podía leer su expresión como si de un libro abierto se tratase.

—Me cago en todos sus muertos —masculló el jefe entre dientes. La tan familiar cólera se enganchó a sus células como viles parásitos. Bastaron breves instantes para que viajaran a través de su cuerpo tan rápidas como el oxígeno.

El temperamento abrasador de Scorpio luchaba por salir a flote y este no sabía si estaba por la labor de frenarlo. Súbitamente, golpeó la superficie de la mesa con la base del puño. La madera

tembló, haciendo que las pocas cosas que guardaba encima botasen.

—¡Me cago en su puta madre! ¡Voy a volarle la cabeza a esa hija de la grandísima puta!

—Tranquilo, Annibal.

El Lobo sabía que su acompañante aún estaba muy lejos de alcanzar los niveles de furia tan demenciales que lo asaltaron la fatídica noche del hallazgo de la pulsera. Sin embargo, pasar de cero a cien era demasiado fácil para Scorpio, y si en su mano estaba evitar una escena parecida, debía hacerlo. Además, no sabía hasta qué punto las paredes aislaban el sonido. No podían correr el riesgo de que un vecino entrometido llamase a la policía. Llegado ese caso tendrían, como mínimo, que enfrentarse a los cargos de allanamiento de morada.

—¡Ni tranquilo ni hostias, Rafa! ¿Qué cojones pinta mi madre ahí? ¿Me lo explicas tú? — Apenas utilizaba ese diminutivo para referirse a él. Dio un manotazo rápido a la fotografía. La pizarra ni se inmutó—. ¡Ella no tiene nada que ver con esto! ¡No tiene ni puta idea de nada! ¡Me cago en su vida! ¡Como se le haya ocurrido meter a mi madre en algo, como le haya dicho algo, le voy a arrancar la cabeza! ¡Como la haya metido en esta mierda, la voy a destroz!

Los bramidos eran cada vez más altos. El Lobo, lejos de atemorizarse, miró a su amigo con una tranquilidad invariable. Pese al escándalo, tenía la sensación de que debía dejar que se desahogara para impedir una explosión mayor. Conocía el instinto protector que Scorpio había desarrollado en lo que a su madre se refería, la única superviviente de su núcleo familiar. La mantenía completamente ajena a sus negocios, a su verdadero yo, a su naturaleza delictiva. Era consciente de que el hecho de pensar que esta norma se quebrantaba lo ponía enfermo. Él mismo participaba siempre en esa gran mentira, pues también le tenía mucho aprecio a Heather. Desde que eran pequeños, las puertas de su casa siempre habían estado abiertas cada vez que él había querido ir. Tampoco le encontraba sentido a aquella fotografía allí, y la única explicación que se le ocurría era aquella que más podía herir al jefe de la organización.

Scorpio dejó la mano derecha a medio camino de la Desert Eagle, a su espalda. De nada servía. ¿Qué coño pensaba hacer con eso?

—Sí, tranquilo. Tienes a Angela retenida en tu casa y sin posibilidad de escapar. Tu madre está a salvo. Incluso si existe la posibilidad de que alguien continúe el trabajo por ella, no van a hacerle daño ahora solo porque hayamos descubierto esto que tiene desde a saber cuándo. Cálmate. Hay que ver las cosas con la perspectiva correcta.

Annibal miró al Lobo. Tenía razón. No debía dejar que la furia mermara su capacidad de análisis, sería contraproducente. Suspiró hondo y haciendo ruido. Debía destensar sus fibras, aparcarse los impulsos volcánicos por el desagradable descubrimiento. Hizo por focalizar la atención en el resto del esquema, del cual quedaba bastante por examinar.

La imagen de Heather se unía a la suya mediante una línea discontinua. Otro trazo, gemelo del anterior, lo asociaba con Deborah. ¿Deborah? Otra que no pintaba nada.

Rafael en el medio de ambas, esta vez por una línea continua, como las que poseían más abajo el resto de sus hombres. La fotografía de la mano derecha del jefe aparecía marcada con una muesca en forma de cruz pintada con rotulador en la esquina inferior derecha.

Y, si el Lobo emergía directamente desde la imagen del líder, el resto lo hacía del Lobo. Era como una especie de árbol genealógico, pero sin lazos de consanguinidad. A excepción de Heather. Destacaban aquellas fotografías tachadas con una línea diagonal que las cruzaba desde la esquina inferior izquierda hasta la superior derecha, también en rotulador rojo. La coincidencia con las identidades de los asesinados en los famosos crímenes era exacta. El primer nivel, inmediatamente por debajo de Rafael, lo componían Ryan Coleman, Sandro Biaggi, Larry Greenwich —tachado—, Hans Schneider —tachado— y Frederick Harrison. En el segundo, más

nombres. Harold Klein, Ronald Peacock, Jay Taylor, Hoyt Peterson, Robert Clayton y Carlo Saunders vestían la famosa marca.

Fue extraño contemplar a aquel puñado de hombres cuando todavía estaban vivos. Algunos habían muerto cuando él ya conocía a la asesina.

Fue más desconcertante todavía que no hubiese tachado a Benjamin Paul, muerto en el tiroteo con O'Quinn y sus perros. ¿No los contabilizaba si no los mataba ella?

Faltaban nombres, pero de aquellos que no tenían una relación tan directa con él. La criba que utilizaba para la elección de sus víctimas le parecía clara: buscaba a la élite.

En cualquier caso, la premeditación absoluta de todo aquel plan era abrumadora.

No pasó por alto un muñecajo formado por simples palos trazados con tiza dentro de un recuadro y con otra interrogación al lado. La tercera interrogación del organigrama. Pero él supo quién era. La cruz que marcaba la esquina inferior derecha, en esta ocasión también con tiza blanca, solo la vestía quien había sobrevivido. Además del Lobo, solo conocía a otro bajo esta condición. Ese monigote tenía que representar a Johnny. Curiosamente, en lugar de unirlo al Lobo, se encontraba a una altura similar a la del resto de los hombres. Así pues, no había fotografía, no había nombre y la localización no era del todo correcta. Parecía que Angela no conocía tan bien al chaval como debería. Sin embargo, no debía olvidarse de que, a pesar de haberlo visto solo un par de veces, figuraba en aquel esquema siniestro. Aquella vigilancia enfermiza le produjo un escalofrío.

Lo último que quedaba por examinar del enorme esquema era la esquina superior derecha de la pizarra, la opuesta al lugar que ocupaba la policía. La sorpresa fue mayúscula. El grupo sin fotografías había sido titulado como «Socios». Orlando Suárez, J. A. López, O'Quinn, Johnson.

Scorpio abrió la boca para hablar, pero la cerró sin nada que decir. Ignorando los otros tres nombres, solo podía mirar aquel que lo obsesionaba. O'Quinn.

—Hija de puta.

Le había jurado y perjurado que no lo conocía.

Él casi la había creído.

Cerró los puños en un pobre gesto de autocontrol.

Si la policía conociese la existencia de lo que esa mujer había creado, era muy probable que quisiera pagar por tenerlo en su poder. Si es que no poseían ya algo parecido.

No era capaz de despegar la mirada de aquel estúpido apellido que nadaba a la deriva de la maraña de trazos y fotografías. ¿Por qué habría incluido allí al viejo si trabajaba para él? Tan escondido como estaba, era obvio que el organigrama no era de dominio público, sino información privada de Angela. Pensar en el juego del despiste no tenía sentido. Probablemente, la asesina no había imaginado que el propio Scorpio se encontraría delante de él algún día.

Se fijó, asimismo, en la cruz que precedía a Johnson, sin tacharlo. Hacía unos meses que Annibal había roto los negocios con Karl Johnson, de Seattle, por sus continuas rencillas con la policía. Al final hubo una redada y lo último que necesitaba Scorpio era que lo apuntaran también desde ese bando. Al otro no le había sentado muy bien. Lógicamente, esa marca significaba que Angela debía de estar al corriente. Joder, ¿desde cuándo lo tenía en el punto de mira? Él era el objetivo final, ella misma se lo había dicho. Una investigación de tal calibre no tenía sentido si no se pensaba lograr el cénit.

No aparecía Thomas Leicester.

El maldito organigrama le proporcionaba más información, pero también más interrogantes.

Volvió a centrar su atención en la fotografía de su madre. Debajo de esta, un apelativo que antes le había pasado desapercibido: «Mami». Aguijones de ira le cayeron encima. Le pareció de

mal gusto. Hiriente. Insultante. Si la tuviera delante, pensó, le retorcería el cuello hasta rompérselo.

Respiró hondo.

—¿Sabes lo que más me jode? —escupió Scorpio. Trataba de hacerse con el control de su voz inestable—. Que, después de ver esta puta mierda, todavía no sé si me está mintiendo.

—¿Sobre qué?

—Sobre que no trabaja para O'Quinn. Y sobre todo lo demás.

—Yo también lo he pensado —admitió Rafael—. No me cuadra su presencia en el organigrama.

—Exacto. ¿Por qué añadirlo, si el objetivo es otro? Ni siquiera como dato adicional.

—Lo más lógico es pensar que esto lo ha hecho ella. No tiene mucho sentido incluir el hombre para el que mata. —El de la coleta se encogió de hombros—. ¿Aún conservas la estrella metálica con la que me atacó la noche en que mató a Jay? —Vio cómo su colega asentía con la cabeza—. Deberías echar un vistazo a esto.

El Lobo se agachó para agarrar el borde de una caja de cartón. Las solapas estaban cerradas, pero sin precintar. La arrastró de un tirón y la dejó a los pies de Annibal. Este la miró juntando las cejas. Se agachó en cuclillas y la abrió con ambas manos. Dentro, dos bolsas de plástico traslúcido guardaban objetos metálicos que tintinearón con el movimiento. Abrió una de ellas, la de menor tamaño. Repleta de estrellas. Todas eran iguales, al menos a simple vista. Despacio, cogió una. No le importaron las huellas que podía dejar, no tenía pensado devolverla a la bolsa. La alzó para conseguir un mayor reflejo de la luz. Carecía de la perfección absoluta de las fabricaciones idénticas en cadena. Dudaba mucho que fueran fabricadas enteramente por ella, pero algo le decía que dejaba su marca. El número trece refulgió ante sus ojos.

La cantidad de estrellas le reveló que tenía pensado seguir usándolas.

Abrió la otra bolsa. Más de lo mismo. La única diferencia era que en la segunda no encontró el fatídico número. Dedujo que la chica también los grababa. Al fondo de la caja, un kit básico de herramientas para llevar a cabo la personalización.

Scorpio se levantó.

—¿Has revisado los cajones? —Señaló a la mesa situada bajo la pizarra. Obvió cualquier comentario acerca del contenido de la caja. No había nada que añadir.

—Todos menos el primero. Tiene cerradura. Prefería esperar.

El jefe se agachó una vez más. Los cajones quedaron en frente, cuatro en total. Abrió los tres que no tenían seguridad. En el segundo encontró papeles escritos a mano. Los sacó y empezó a pasarlos rápido, uno detrás de otro.

—Ahí no hay nada que merezca la pena leer. Ya los he revisado. De hecho, la mayoría solo son folios en blanco —señaló el Lobo.

La letra de Angela se inclinaba hacia la derecha y combinaba trazos angulosos con otros redondeados. En efecto, nada de lo que leyó por encima estaba relacionado con el asunto que los ocupaba. No merecía la pena. Los arrojó encima de la mesa. Quedaron desperdigados.

El tercer cajón estaba vacío.

En el cuarto, una pistola. No le sorprendió, casi lo estaba esperando. A simple vista, parecía una Beretta. No identificó el modelo exacto. Estaba sin marcar. No la había cogido y tampoco tenía pensado hacerlo. Cerró el cajón con un golpe brusco.

Se puso en pie de nuevo sin apartar los ojos del primer cajón. Tenía cerradura por alguna razón y, llegados hasta ahí, no estaba dispuesto a marcharse sin conocer lo que guardaba dentro. Encontrar la llave podría asemejarse a la búsqueda de una aguja en un pajar, y cabía la

posibilidad incluso de que no estuviera en aquel apartamento. Miró el Rolex de su muñeca izquierda: poco más de las nueve de la noche. Se hizo con la Desert Eagle con la diestra y apuntó al cerrojo metálico del compartimento de madera. No era la opción más silenciosa, pero no veía otra salida. El tiempo y las horas apremiaban.

—Espero que no haya dinamita dentro.

Annibal apretó el gatillo. La detonación tronó en sus oídos. Después, un pitido.

Era prácticamente imposible errar a esa distancia. La cerradura voló por los aires en un festival de astillas. Empuñó el pomo. Ninguno de los dos sabía cómo se mantenía todavía allí. Al tirar hacia sí, se quedó con el cachivache en la mano. Lo dejó caer al suelo.

El cajón ya estaba abierto.

Los residuos del impacto era prácticamente lo único que encontró. Al fondo, un sobre blanco. Presa de la decepción y el mal humor, Scorpio introdujo la mano libre entre los fragmentos puntiagudos. Escuchó cómo el Lobo se aproximaba y se situaba a su derecha. Sacó el sobre. Guardó la Desert Eagle. No estaba cerrado. Dentro, varios papeles.

Sin vacilar, extrajo el primero de ellos.

Doblado en cuatro, se adecuaba a las dimensiones del sobre. Una vez más, la letra de Angela. Comenzó a leer.

Ahora que no estás es cuando más necesito hablar contigo. Es una necesidad fuerte, muy fuerte. Podría contarte muchas cosas, pero no sé si me escuchas. Me duele. Nunca podré comprender qué puede llevar a alguien a terminar con una vida tal y como lo hicieron con la tuya. Me destroza pensar en cómo acabaste. No merecías eso.

Has sido siempre tan bueno conmigo... Te echo tanto de menos... Quiero y necesito hacer algo para sentirme mejor, pero no logro encontrar el qué. ¿Qué es lo que se hace en un caso así? De ti he aprendido que hay que luchar por lo que uno quiere. Pero yo te quiero a ti, aquí y ahora. No puede ser. No es justo. Y olvidarme no es una solución. Recordarte me hace mucho daño. Antes me conformaba con llamar a tu teléfono y escuchar tu voz en el contestador, pero ahora solo oigo a una operadora diciéndome que el número no está disponible. ¿Crees que puedo llegar a olvidarme de tu voz? Es absurdo, lo sé, pero es una vía de escape. Era.

Nunca podré agradecerte lo suficiente que estuvieses conmigo cuando los demás me daban la espalda. No sé muy bien por qué lo hiciste, acogerme, pero gracias. Muchas, muchas gracias. ¿Y cómo te lo devuelvo yo? Sin hacer nada. Y si hubiera estado contigo en ese momento, tampoco habría podido evitar que... Joder. Nada de eso importa, porque estás

muerto. Odio esa palabra si se relaciona contigo. Es como si me hubiesen arrancado el corazón. Me siento muy perdida.

Es una tontería, pero a veces pienso (joder, casi no dejo de hacerlo) en cómo serían las cosas si aún estuvieses aquí. Y me encabrono solo de imaginar cómo aquellos que te hicieron esto siguen sus vidas por ahí. No puedo dejar de pensar en que esos hijos de puta se merecen el destino que te dieron. Ni siquiera sé cómo son sus putas caras. Aunque no estoy segura de si quiero saberlo. Solo Dios sabría lo que haría si los viera. Dudo mucho que haya algún dios al que le importe esta mierda. ¿Te imaginas? Sería una buena manera de arreglar lo poco que se puede arreglar ya. Matarlos. O mejor, quitándoles lo que más les importa. ¿No es lo que hicieron conmigo?

Dicen que «ojo por ojo y el mundo acabará ciego». ¿Y qué hago? ¿Qué diablos hago, si la justicia no mueve un puto dedo? Nada. Una chica como yo no puede hacer nada. Pero a estas alturas ya no hay nada que pueda perder. Al menos, nada que me importe. Y lo que podría ganar es tanto... Es a ti sabiendo que estarías orgulloso de mí.

He pensado mucho en esto. Las fantasías no llevan a nada y los castillos en el aire tampoco. Si solamente supiera cómo empezar con los cimientos...

Soy patética, lo sé. Llorando sobre el papel de una carta que no llegará nunca a tu nueva dirección. Intento ser fuerte como lo eras tú, pero no puedo. Han pasado semanas y todavía sigo esperando poder encontrarte de nuevo. Soy muy

pequeña sin ti.

Me faltas demasiado.

Te quiero.

Angela.

La tinta se había diluido parcialmente en algunas letras. Lágrimas.

Un malestar creciente se arrastraba por dentro del lector como una serpiente tóxica alimentada por la tristeza de aquellas palabras. No hay una fórmula mágica para superar el dolor ante la muerte de un ser querido, y cada uno hace lo posible por continuar viviendo en un gran océano de ausencia. Angela había elegido escribir una carta cuyo destinatario jamás iba a leer.

¿Qué habría escrito él en una carta para su hermana Sylvia?

Sintió el peso de la pérdida en la garganta. Tendría que dar un rodeo para no adentrarse en la tempestad que llevaba evitando diez años. No era capaz de enfrentarlo.

La certeza del lugar en el que se encontraba le hizo regresar a la realidad. Le entregó el manuscrito al Lobo sin mirar en su dirección. Algo le decía que no estaba bien compartir algo tan privado. Intentando deshacerse del malestar, Annibal sacó el resto de papeles que el sobre contenía.

Fotografías.

Debían de tener alguna relación con toda aquella oscura historia si se habían guardado en esa pequeña base secreta.

En la primera se veía a Angela algo más joven. Con el cabello rubio por los hombros, esbozaba una sonrisa radiante. La diferencia más notable con la mujer actual era la mirada. La Angela del pasado parecía rezumar inocencia. Junto a ella, un hombre.

Se le paró el corazón.

Las piezas del rompecabezas fueron encajando, una a una, en su sitio.

Apenas podía sostener la fotografía sin que le temblaran las manos.

Las palabras de la asesina empezaron a adquirir significado. Que no le contara la verdad no significaba que le hubiese mentido. Por supuesto que conocía a O'Quinn, había guardado un hueco en la pizarra para él. Y claro que sabía que existían transacciones entre ellos, aunque la palabra «socio» no fuese la más indicada para describir la situación actual. Incluso era posible que no supiera que se encontraban en guerra. La información que Angela tenía sobre el viejo era más bien escasa.

El tipo de la fotografía le miraba fijamente, como años atrás. La misma sonrisa socarrona. El mismo pelo rubio y corto. Los mismos ojos azules.

Necesitaba agua.

Los ojos le ardían.

Un odio genuino nació en su estómago y reptó en vertical hasta encontrar su corazón, que espachurró sin piedad. Reprimió las náuseas.

Ese despojo humano había aparecido en su vida sin permiso para cambiarla radicalmente y para siempre. La única salida de Annibal había sido matarlo. Pero, todavía muerto, lo acechaba entre las sombras.

Joel Kreamer.

El asesino de Sylvia.

Capítulo 8

—¿Adónde vas? —preguntó el Lobo. Casi había terminado de leer la carta cuando su amigo pasó a su lado como una exhalación.

—Necesito una mochila. O algo. —La voz de Annibal parecía estar a punto de romperse—. Guardamos esto y nos vamos.

—No he visto mochilas, solo bolsos. Mira en el armario de la habitación. —Lo miró de reojo.

Scorpio obedeció. Necesitaba abandonar ese lugar. La claustrofobia lo había asaltado de repente.

En el interior del armario, en efecto, no había ninguna mochila. No importaba, cualquier cosa valía. Se hizo con algo parecido a una bandolera negra. Al menos así evitaría llamar la atención por la calle. Regresó al cuarto secreto, pero se quedó a la entrada, a la altura del espejo. No entraría otra vez si podía evitarlo. Vio cómo el Lobo retrataba el organigrama en su totalidad con su teléfono móvil, después repitió la acción por partes.

—¿La has leído ya?

—Sí.

Scorpio esperó pacientemente a que su colega terminara con el *smartphone*. Después, dejó la bandolera sobre el escritorio del dormitorio y le entregó las fotografías. Además de la que había visto dentro, había otras dos que solo eran de Joel. Tenerlas en la mano le abrasaba los dedos.

El Lobo palideció al verlas.

—Kreamer. —La memoria de Sylvia lo abofeteó sin previo aviso.

Annibal asintió con la cabeza, sin articular palabra. La visión de aquel bastardo había desempolvado recuerdos de la noche en la que perdió a su hermana. Debía conservar la templanza, dejarse llevar por los nervios no ayudaba en nada. Necesitaba entrar en el estado donde sus emociones quedaban dormidas. Otra vez.

No podían perder más tiempo.

—Angela era su chica, está claro. —El jefe sufrió una sacudida de rechazo ante la sola posibilidad—. Venganza.

—Annibal, ¿crees que ella sola, sin ayuda de nadie, ha podido matarlos a todos? —El escepticismo de Rafael ya no era tan sólido como antes de los descubrimientos de esa tarde.

—Eso no lo sé. ¿Has encontrado alguna agenda telefónica? ¿Contactos?

—No. No es que haya mucho más que nos pueda servir en esta casa, ya lo he mirado. Si tiene algo de eso, puede que lo lleve encima, en su teléfono.

—Lo tenía apagado cuando se lo quité. Intenté encenderlo, está sin batería.

—Eso no es un problema.

—Ya. Tendrá que darme el código de acceso.

—Si el origen ha sido la venganza, tú eres el gran foco. Fuiste quien mató a Kreamer, y es evidente que lo sabe. Consiguió averiguarlo de algún modo después de escribir la carta. Tal vez no supiera el alcance que iba a tener todo esto cuando se propuso vengar a ese cabrón.

Técnicamente, Joel Kreamer había muerto cuatro años atrás en una explosión de gas. La persecución y el tiroteo con Scorpio previos al estallido había hecho que el narcotraficante se alzase como autor para todo el mundo. El ejecutor.

—Aún no sabía nada de mí cuando escribió esto —repitió Annibal. Había conseguido aislar el dolor en una caja acorazada de contención. Si lograba posicionarse en un lugar más objetivo,

era fácil admitir admiración por esa mujer. Pero no se la concedería.

—Entonces, podría decirse que no es personal. Solo quería al asesino. Que fueses tú solo es una molesta casualidad.

Scorpio no se sintió mejor por ello. Todo por lo que había pasado no podía comprenderse ni perdonarse apelando a la casualidad. Tantos ataques, tantas mentiras. Tanto daño.

—Al gilipollas de Sawyer se le caería la cara de vergüenza si pudiese ver todo lo que hay aquí dentro.

—En la carta, Angela se debate entre elegir dar muerte o quitar algo importante, algo similar a cómo se sentía ella —prosiguió el Lobo. Prefirió no dar más leña al anterior comentario—. Visto lo visto, eligió la segunda opción. Entonces, y si mis hipótesis son ciertas, debías morir el último.

—Por eso estoy aquí. Es una de las pocas cosas que me ha confesado.

—¿Quién iba a sospechar de alguien como ella?

Un nuevo mazazo. Una nueva represión.

El Lobo continuó:

—Qué hija de puta.

—No te haces una idea.

—De todas formas, sería prudente no descartar a O'Quinn del todo. Al fin y al cabo, el problema que tuvimos con él tras la muerte de Kreamer fue precisamente por eso.

—Sí, me acuerdo perfectamente.

No entraba en los planes de Scorpio olvidar cómo ese malnacido, con más poder que él por aquel entonces, le había mandado capturar. Le habían dado una paliza bajo sus órdenes que lo había dejado bastante mal, y a duras penas había conseguido escapar de su cautiverio. Después, el viejo había jurado hasta la saciedad que no había tenido nada que ver, versión que mantenía hasta hoy. Annibal nunca le había creído. Siempre que pensaba en ello se preguntaba cómo había sido tan imbécil de dejar vivo a ese cretino en la ofensiva que tuvo lugar después y a partir de la cual le había estado pagando una cantidad periódica.

Y ahora las hostilidades eran manifiestas. Había conseguido que un francotirador lo hiriera en el que podría haber sido su último tiroteo.

—Que tanto ella como él quisieran matarme como consecuencia del asesinato de Kreamer, cada uno por sus motivos, hace muy difícil creer que actúan por separado. Pero es que todo apunta precisamente a eso, joder.

Scorpio cerró la cremallera de la bandolera negra. El Lobo había metido allí la bolsa de las estrellas metálicas grabadas con el trece, así como el sobre con la carta y las tres fotografías. Después, la cogió con la mano izquierda en lugar de echársela al hombro. Lo único que deseaba era que, en el trayecto de vuelta a casa, ninguna panda de policías paletos lo parasen y registrasen. En su poder llevaba armas idénticas a las encontradas en las escenas de los crímenes. El problema en el que se podía meter podría llegar a alcanzar dimensiones épicas.

—Cuando O'Quinn ordenó tu secuestro en su día fue porque, al cargarte a Joel, le jodiste algún negocio importante con él. Probablemente, el mejor de su vida. Kreamer manejaba sus hilos muy bien, solía mover bastante dinero. Desconozco la motivación que tiene ahora, seguramente avaricia. O a lo mejor lo ha estado planeando desde entonces, esperando el mejor momento. Quién sabe.

—Su mejor momento fue el tiroteo. Y lo desaprovechó.

Su muerte en aquel muelle también habría beneficiado a Angela, pues su objetivo habría quedado cumplido. Sin embargo, todavía la recordaba entrando en su habitación, la expresión de

su cara al constatar que estaba herido. No le parecía algo fingido, pero... Puro teatro. Como todo lo que la rodeaba.

Cada vez que recordaba que tenía relación con el puto Joel Kreamer le hervía la sangre. Se negaba a creer que fuera así. No podía ser que, con todas las atrocidades que había cometido ese cabrón, cuatro años después estuviera de su parte. Ni desde el primer día. ¿Sabría Angela todo cuanto Kreamer había hecho? ¿Estaría de acuerdo? No importaba, sus acciones habían hablado por ella. ¿Y cómo había sido siquiera capaz de acostarse con el asesino de su pareja? Era una motivación muy enferma para poder seguir llevando a cabo tan estúpido plan.

¿Y él?

¿Qué haría ahora que creía saber quién era ella en realidad?

—Vámonos de aquí de una puta vez. Necesito pensar. Y, a ser posible, dormir. Estoy hasta la polla de todo esto —apremió Scorpio.

El Lobo apagó la luz del cuarto secreto e incrustó como pudo el espejo a la pared desde un borde. Era casi imposible dejarlo bien encajado si no se hacía a conciencia. La habitación volvió a parecer un lugar inocente, agradable, un dormitorio que jamás se atribuiría a una letal asesina. Mientras tanto, Scorpio limpiaba con la tela de su propia camiseta los lugares del armario donde pudiera haber dejado alguna huella.

—Antes de que se me olvide: ayer vi a Coleman. Me dijo que te llamaría —dijo el Lobo. Ya caminaban hacia la salida del apartamento.

—No ha llamado. Mejor así. Solo he hablado con Sandro y contigo.

—¿Con Sandro?

—Hace unas horas. Preguntó por mí, el cabrón. Con la que tiene encima. Siento mucho lo que le pasó, podría haber muerto.

—La suerte estuvo de su lado, sin duda. Se toma muy en serio su trabajo, hasta el punto de estar dispuesto a arriesgar su vida, como ha demostrado. Eso dice mucho de él, es un gran tipo. A estas alturas, no creo que queden muchos así. —Rafael pausó—. ¿Se lo habrías cogido a Ryan si te hubiera llamado?

—No creo.

El Lobo sabía la respuesta de antemano. Dejó escapar una pequeña sonrisa. Echó la cerradura del cuatrocientos dieciséis con el mismo número de vueltas que se había encontrado. Luego, le devolvió las llaves a su jefe.

—Necesito que te encargues de algo —continuó Scorpio. Avanzaban por la moqueta sucia de la cuarta planta. El tono de voz era considerablemente más bajo—. Ponte en contacto con Coleman, Harrison, Baker y también con Johnny. Mañana debéis estar en mi casa a las seis en punto de la tarde. No quiero a nadie tarde.

Capítulo 9

Tal vez debería hacer caso a su madre y plantearse contratar a una empleada del hogar. Todo lo referente a la casa sería más cómodo. Incluso la cena, que seguramente dejaría de estar compuesta por tristes sándwiches el día que no pedía a domicilio. Pero a quién quería engañar, terminaría siendo un estorbo. Un problema. Alguien que no podría controlar para que no se le fuese la lengua fuera de su recinto más allá de la confianza del buen hacer profesional, los sobornos o incluso las amenazas. Había contratiempos que podían prevenirse.

Terminó el tentempié de apenas tres bocados. Después, una cerveza. El chasquido de la lata fría al abrirse era uno de los mejores sonidos ante el calor y la sed. Dejó que se escurriera por su garganta casi de un golpe. Estrujó el envase y encestó en la basura. Luego, cogió un plato pequeño y, de mala gana, lo dejó sobre la encimera. Preparó otro sándwich idéntico al que acababa de engullir. No tenía por qué hacerlo, pero lo hizo.

Fue directo al desván. Si escogía otro destino antes, casi con toda seguridad se arrepentiría y acabaría por no subir. Estaba cansado, y no solo en el plano físico. Solo quería meterse en la cama.

Una vez en el último escalón, giró la llave de la puerta.

Descubrió a la prisionera mirándolo fijamente, carente de una expresión concreta, resultado de la mezcla de muchas. Estaba despeinada. El maquillaje oscuro componía dos manchurroneos en sus ojos. Ojos que rezumaban un temor casi oculto a que la volviera a torturar.

Contemplarla no hizo más que reavivarle lo que habían descubierto esa misma tarde. La sonrisa estúpida de Kreamer se abrió en su mente como las alas de una polilla. Luego, la fotografía de su madre.

Ni siquiera sabía por qué le subía aquel puto sándwich.

Dejó el plato en el suelo y lo empujó con el pie. Quedó a medio camino, a varios metros de la asesina cautiva.

—Que te aproveche.

Se dio la vuelta y se marchó.

—¡¡Hijo de puta!! —el grito de Angela atravesó la madera de la puerta cuando esta volvió a cerrarse.

Annibal, a pesar de todo lo que ya sabía y de la nueva información que tenía en su poder, continuaba sin disfrutar de aquello. Ella no era Joel. Había matado a sus hombres, pero no era Joel. Y, sin embargo, había compartido la cama con él.

Golpeó la pared.

Las seis menos veinte de la tarde del día siguiente, veintiocho de julio. Sábado.

Pantalones vaqueros de aspecto desgastado. Camiseta negra. Deportivas del mismo color. Rolex en la muñeca izquierda. Peinado habitual: pelo corto que, en la parte superior, formaba puntas oscuras. Afeitado con cuchilla.

Como siempre, prefería las reuniones en su casa. No le gustaba tratar sus asuntos en otro lugar, donde no estaba en su mano controlar la presencia de posibles oídos indiscretos. Siempre desconfiaba, especialmente aquellos días. Incluso con la rehén en el desván, en los tiempos que corrían no se le ocurría un sitio mejor para encontrarse con los suyos.

El desván.

No se la podía sacar de la cabeza. Tenía muchos motivos para ir y exigir explicaciones. No lo había hecho en todo el día. Debía esperar. No era muy buena idea subir antes de que los

hombres llegaran. Podría llevarle demasiado tiempo, perder puntualidad y que sospecharan de que algo no iba bien. No podía dejar que nadie supiera que ella estaba allí. O quizá no subía porque sabía que, con lo que ahora sabía, podría ser la última vez.

Sonó el timbre. El Lobo. Bien, se encargaría de recibir al resto.

Scorpio los esperaba en la sala de decoración geométrica y minimalista reservada para las reuniones. Presidía la brillante mesa de ébano. A su alrededor, otras siete sillas vacías. Sostenía un vaso ancho con más whisky del que servirían en cualquier pub. Giraba la muñeca en círculos distraídamente, los hielos tintineaban. Su mirada perdida en algún punto de la pared.

Un golpeteo de nudillos y la puerta se abrió.

Ryan Coleman empujaba la silla de ruedas de Sandro Biaggi. Annibal enarcó las cejas. Se levantó para ir a recibirlo.

—¿Qué tal? —El italoamericano esbozó una gran sonrisa. Se le veía pálido, incluso algo más delgado. Aparecieron unas pequeñas arrugas en los rabillos de sus ojos azules.

—No, joder, ¿qué tal tú? ¿Qué estás haciendo aquí? —se sorprendió el jefe. Lejos del reproche, estrechó la mano del hombre con sincero afecto.

—Sé que no contabas conmigo, pero el Lobo me comentó lo de la reunión y no me la quería perder. Él mismo fue el que agilizó mi salida del hospital.

—No había contado contigo porque no esperaba que estuvieras en condiciones de venir. Es más, deberías estar descansando.

—No estoy tan mal. Ya tendré tiempo de descansar. Paola lo tiene todo ya preparado en casa. —Sandro se encogió de hombros.

—Vas a vivir a cuerpo de rey, cabrón —bromeó Coleman. Le dio unas suaves palmaditas en el brazo.

El timbre vibró cada vez que un nuevo miembro llegaba.

El Lobo cerró la casa a cal y canto cuando comprobó que todos ya se encontraban allí.

Las seis menos cinco de la tarde.

Sandro Biaggi tuvo una acogida calurosa. Verlo allí fue una grata sorpresa para todos. Ante las muestras de afecto que recibía, el italoamericano insistía: estaba bien. Y, mientras cada uno fue ocupando una silla alrededor de la mesa de ébano, se preparó un hueco para que Sandro ocupara la izquierda del jefe con su silla de ruedas.

A veces, un nubarrón sombrío puede horadar la tranquilidad de las personas sin que estas apenas sean conscientes de su presencia. Una atmósfera densa y viscosa los acompañaba como espectros sin descanso.

—A riesgo de parecer egocéntrico, O'Quinn quiere matarme. No estoy diciendo nada que no sepáis —comenzó Scorpio. Encendió un cigarro. Cierta tensión bullía con el calor de julio—. Supongo que, a estas alturas, ya se habrá enterado de que fracasó en el tiroteo. Al menos conmigo. Otros no tuvieron tanta suerte. Lo intentó una vez y no descartó que vuelva a hacerlo. De hecho, estoy seguro de que lo volverá a intentar en algún momento.

—Seguro que irá acompañado a todas partes de un guardaespaldas. Es un payaso, pero debe de suponer que vamos a responder al ataque —dijo Ryan Coleman.

—Seguramente. No tengo pensado que ataquemos a corto plazo de momento. No sería muy inteligente hacerlo sin la certeza de que hay más probabilidad de que ganemos nosotros. Por ahora no la hay. No sabemos el alcance de su grupo, cómo ha podido reforzarlo y con cuánta gente. Y, seamos sinceros, no estamos en nuestro mejor momento. —Era una decisión que atentaba contra sus principios, pero lanzarse a ciegas podría convertirse en un suicidio. Literalmente.

—¿Y sus provocaciones? ¿Y los ataques? Los asesinatos, vaya. Incluso ordenó que te

dispararan, nada menos que un francotirador. No hay vuelta atrás, ha mostrado abiertamente sus planes. No podemos simplemente quedarnos con los brazos cruzados —objetó Henry Baker.

—Eso no es lo que importa ahora. No habrá más muertes así, al menos de momento. —El semblante de Annibal se mantuvo impertérrito. Había ensayado esa máscara millones de veces en su cabeza y la había aplicado otras tantas. Aquel momento no tenía por qué ser diferente—. Puede que aún no estemos preparados para participar en otro enfrentamiento, pero él no lo sabe. Y nuestro nombre todavía nos respalda.

—Pero no podemos ir por la vida como si no supiésemos que en cualquier momento puede volver y hacernos pedazos —protestó Fred Harrison—. Al menos contigo fue de frente y no a traición.

—Hombre, creo yo que un francotirador oculto no es atacar de frente. Sigue siendo igual de ruin, no me jodas —lo interrumpió Coleman.

—Bueno, pero tuvo opción. Por eso no está muerto. Los muertos con las putas estrellas del trece no pueden decir lo mismo —respondió Fred—. No pueden contarnos sus experiencias.

—¿Se te ha olvidado que en esta mesa estamos sentados dos que hemos sobrevivido? —intervino el Lobo sin decir una palabra más alta que la otra. Era consciente de que nadie más, a excepción del jefe, sabía el atentado fallido contra Johnny. Hubo desconcierto. No esperaba a que los oyentes hicieran sus conjeturas—. Si quieres, puedo contarte mi experiencia. O pregúntale al chico sentado a tu derecha, que lo tienes más cerca.

—No hace falta ponerse así —se defendió Harrison. Miró de reojo a Johnny, ni siquiera sabía quién era. Supuso que algún sustituto, aunque se dijo que era demasiado joven. ¿Qué pintaba allí? ¿Y por qué lo habían atacado? Con los tatuajes y los músculos abultados, lo veía más como un pandillero macarra que como un compañero a su altura.

—Sí, sí hace falta, porque hablas como si hubieses cagado el respeto y luego tirado de la cadena.

Scorpio permanecía en silencio, escuchando. Entrecerró los ojos por el humo. Era importante conocer los ánimos generales de sus hombres. Además, el Lobo moderaba muy bien la conversación. Las salidas de tono de Harrison podían interpretarse como inquietud y nerviosismo por la situación actual. Desde la cima, recordar el pie de la montaña no era fácil. En cuanto a los demás, aún parecían sorprendidos por la nueva revelación. Tampoco conocían a Johnny.

—Supongo que con eso ya te has ganado el derecho a sentarte entre nosotros —ironizó Harrison en un susurro y asegurándose de que solo Johnny lo escuchara.

El chico tatuado se movió en su silla, incómodo.

—¿Qué vamos a hacer, entonces? ¿Esperar sin más? Si estamos bajo algún tipo de peligro real, estaría bien saberlo —dijo Baker. A diferencia de su compañero, no se percibió hostilidad en sus palabras, solo preocupación.

—No os voy a engañar, puede que el viejo decida mover ficha otra vez. O no. No lo puedo saber —admitió Scorpio—. Aunque es más probable que, si actúa, vaya a por mí. —En especial, porque la persona interesada en masacrar a sus hombres permanecía retenida arriba, para desconocimiento de los presentes—. Soy el primero que quiere salir por esa puta puerta y coserlo a tiros, ¿qué queréis que os diga? Pero hay que estar seguros. Ya hemos perdido demasiado, no podemos permitirnos más pasos en falso. Y porque la policía siempre está dispuesta a tocarnos los cojones. —Obvió cualquier comentario referente a su breve estancia en comisaría.

—Lo que nos faltaba —bufó Coleman.

—Eso nunca ha sido un impedimento, que yo sepa. Los polis siempre han estado tocándonos los cojones —dijo Harrison.

—Empieza a serlo si empieza a haber pruebas que nos relacionen con ciertos sucesos — rebatió Biaggi—. Si la policía encuentra los cuerpos de los compañeros que mataron en el muelle, que ya lo habrán hecho, atar cabos con sus identidades es fácil. Y no sé a ti, pero a mí no me apetece que me detengan. Ni siquiera que me investiguen.

—Eso lo dices porque estuviste en un hospital con una herida de bala de la cual no se hicieron reportes porque alguien se encargó de encubrirlo todo. Adivina quién lo hizo. Así que te aseguro que sé de lo que estoy hablando. No me vengas con el rollo de las pruebas, que siempre nos las hemos ingeniado para hacerlas desaparecer.

Fred Harrison no llegaba a comprender la relación entre haberse tomado un par de copas antes de acudir a la reunión y su dificultad para templar su discurso. Tampoco era consciente de que esa necesidad de beber obedecía a la frustración que le producía haber comenzado a notar que su trabajo no se valoraba.

—¿Qué coño te pasa? —le preguntó el Lobo. Por una vez, no sonó apaciguador.

—Muy fácil. —A pesar de su escasa inhibición, Fred nunca llegaba a olvidar dónde estaba—. Nos encontramos en una situación donde han muerto varios de los nuestros. Y no me refiero al tiroteo, que...

—No eres nuevo, sabes a lo que te dedicas. Si no puedes asumir eso, ponte a vender seguros —lo interrumpió Rafael.

—Eso no significa que me guste que me maten.

—Ni a ti ni a nadie. Pero los riesgos son hechos, es lo que hay. Lo que hacemos, lo que tenemos, tiene un precio.

—Ya lo sé. Pero, después de algo así, esperaba algún tipo de explicación. No sé, saber algo. Que el puto O'Quinn nos quiere borrar del mapa ya lo sabíamos, me quedó muy claro. En casi dos semanas no se nos ha informado de nada más.

—¿Y tienes algún problema con eso, Harrison? —dijo Scorpio. Expulsó el humo del cigarro, que flotó sobre la mesa dibujando espirales cambiantes. Bebió un trago de whisky.

—No, jefe, ninguno. —Su voz sonó algo más suave—. Pero, ya que estamos todos metidos en esto, no estaría de más saber qué es lo que pasa, por lo menos para poder defendernos llegado el caso. Estoy cansado de salir a la calle y desconfiar de hasta las viejas, joder.

—¿Qué te hace suponer que saber algo más va a evitar que te maten de todos modos?

—Tío, como ha dicho el Lobo antes, hay quienes se han salvado.

—No mezcles temas. Puedes saber que están matando gente, pero no cuándo van a intentar matarte a ti. Y cuando lo intenten, si lo intentan, ¿habrá cambiado algo porque lo sepas? Llegado el caso, hacen falta cojones. ¿Tú los tienes, Fred? Por la manera en que te diriges a mí, deduzco que sí.

—No quería decir eso, Annibal, Yo...

—Claro que querías. Y eso me hace pensar que cuestionas mi manera de trabajar.

Harrison no replicó. Le empezaron a sudar las palmas de las manos y se dio cuenta de inmediato de que debía mantener la boca cerrada. Tal vez sus compañeros no lo apoyasen. Pero algo desagradable anidó en su interior. Inconformismo. No se atrevía a prolongar un debate donde el único que perdería era él, pero no le convencían las respuestas que recibía.

Frotó las manos contra el pantalón para secarlas. Conocía a Scorpio desde antes de que fuese jefe de nada. Nunca lo había traicionado, ¿y cómo se lo pagaba? Se sentía ridiculizado. Tenía diez años más que él y sentía que lo trataba como si fuese un adolescente ignorante. No podía evitar pensar en tal diferencia de edad. Podía hacer las cosas mejor de lo que muchos creían. De lo que Scorpio creía. Aportaba como el que más y se veía recibiendo como el que

menos. Eso no era equidad, sino una putada.

—Mientras la situación esté así, lo único que os puedo decir por el momento es que estéis atentos. Aún no estoy seguro de lo que va a pasar. Desde la noche del tiroteo, el viejo no ha intentado nada. Actuaremos, claro que actuaremos, pero primero hay que estudiar las alternativas para poder escoger aquella que suponga una pérdida menor para nosotros.

—Entonces, ¿ya han parado los ataques? —preguntó Henry Baker.

—Desde Hoyt Peterson, no ha aparecido ningún cadáver en las mismas circunstancias. Seguramente haya abandonado esa táctica. —Scorpio carraspeó antes de volver a beber—. Pero no estoy dentro de la cabeza de ese imbécil.

No ser completamente honesto con sus hombres le provocaba una culpabilidad molesta. No obstante, no se le ocurría otra forma de salvar la coyuntura. O'Quinn seguiría ocupando el lugar de cabeza de turco, fuera el responsable final o no. Todo sería mucho más sencillo si explicara qué era lo que guardaba en el desván. A *quién*. Tan solo pensar en hacerlo le provocaba rechazo.

—Aprovechando que Sandro está aquí hoy, quería reconocerle y agradecerle el buen trabajo que hizo la otra noche. Ya sabéis que su actuación fue vital para evitar que nos masacraran. O, al menos, para evitar que nos mataran a todos y a cada uno de nosotros. No habríamos encontrado al francotirador y, desde ahí arriba, habría hecho con nosotros lo que le hubiese venido en gana. En mi caso, un disparo en el hombro no es nada comparado con lo que me podría haber pasado. Gracias.

Haber aprovechado para desviar el tema de conversación no impidió que las palabras de Annibal rezumaran sinceridad. En su rostro apareció una sonrisa franca y sutil. Existen muchas formas de sonreír, con igual número de significados. El líder de ese grupo de narcotraficantes no se caracterizaba por ser un libro abierto, y provocaba extrañeza cada vez que dejaba entrever alguna de sus páginas.

—Ya te he dicho que esto no era necesario —contestó Sandro. Se había ruborizado.

—No seas modesto, hombre. Salvaste al jefe, ya te has ganado un hueco en el cielo. O, al menos, una subida de sueldo —bromeó Coleman. La mayoría rieron con él.

—¡Qué va! —exclamó el italoamericano. A pesar de su modestia, se sintió halagado y arropado por sus compañeros. Y era la primera vez que escuchaba al hombre de su derecha agradecer algo de forma tan expresa.

—Se podría haber evitado que salieras herido, y también el disparo a Scorpio, si más hombres te hubiesen acompañado.

La intervención de Harrison volvió a estropear el ambiente como un chorro de leche cortada en un postre.

No participaba en la repentina laxitud general.

Resentimiento. A él nunca le habían reconocido nada. Estaba convencido de que habría hecho un mejor trabajo si se le hubiera dado la oportunidad.

—A lo mejor tú ya sabías de antemano que iban a atacarnos por ese frente. —Fue Rafael quien rompió el nuevo silencio incómodo. Entrelazó los dedos sobre la mesa oscura. Lo miró a los ojos.

—No sabía nada, Lobo. —Fred entornó los párpados—. Pero algo se tuvo que imaginar si ya se envió a que peinaran esa zona.

—Esto está fuera de lugar —se decidió a intervenir Johnny. Era la primera vez que participaba en una reunión de tal calibre, y aun así le chirriaba la actitud del tipo que se sentaba a su lado. No entendía qué clase de problema tenía, todos allí parecían vivir bajo la misma amenaza.

—¡Tú sí que estás fuera de lugar, chaval! No tienes ni puta idea, no estabas allí. Y deberías dar las gracias por estar aquí ahora. —El alcohol ingerido lo envalentonaba, incluso sin llegar a estar ebrio. Aunque el grado de valentía difería dependiendo de su interlocutor.

—Cierra la puta boca de una vez, Harrison. Hoy me tienes hasta los cojones —levantó la voz Scorpio. Debía abogar por Johnny, el chaval estaba visiblemente incómodo—. Si no estás de acuerdo con cómo se están haciendo las cosas, te callas y te jodes. Te pago para que obedezcas, no para que opines. Cuando me interese tu opinión, te preguntaré. La información que se te da será la que yo quiera que sepas, ni más ni menos. Ya tenemos suficiente mierda encima, no necesitamos la tuya. Y si quieres conseguir algo, demuestra que te lo mereces. Deja de hacer el imbécil, que tienes ya una edad.

De nuevo, mutismo.

Scorpio encendió un nuevo cigarro. No recordaba el momento en el que había terminado y aplastado el anterior en el cenicero. No había previsto que nadie sembrara la discordia, se suponía que todos tenían dos dedos de frente y que por eso estaban allí. Escuchaba y aceptaba las opiniones del resto, incluso cuando no coincidían con la suya, pero Harrison parecía decidido a provocar la escisión del grupo. De lo que quedaba del grupo. No iba a permitirlo, y aún menos las faltas de respeto.

Frederick no era estúpido. Siempre había pensado que era mejor permanecer en el mismo lado que ese hombre y no en el contrario. Sin embargo, con lo sucedido durante las últimas semanas ya no lo tenía tan claro. Y empezaba a encontrarse seriamente molesto con Scorpio. Lo veía demasiado arrogante, prepotente. Le enervaba que lo tratara de aquella manera. Pensaba que quizá le viniese bien recordar que él estaba antes de que llegase al poder, desde que Christopher Davis lideraba la organización. Fred había estado presente incluso en la época en la que Scorpio entró en la cárcel con tan solo veinte años. ¿Por qué había tenido que ser Scorpio quien sucediese a Christopher y no él? La antigüedad debería haber sido la clave para ocupar ese puesto, todo sería muy diferente ahora. Lo peor era que no podía hacer nada al respecto. A pesar de su carácter, que él tachaba como insufrible, la gente parecía querer seguir a las órdenes de Annibal. Y ni que hubiese dicho algo descabellado, consideraba necesario que alguien le recordara a ese chico ciertas cosas de vez en cuando. Visto lo visto, eso solo servía para ser ridiculizado delante de los compañeros. Clavó la mirada en la superficie de la mesa oscura, sabiéndose diana del resto de pares de ojos.

Si Johnny no sonrió fue tan solo por su condición de novato allí. Era la tercera vez que veía a Scorpio y, manteniendo las distancias, cada vez le caía mejor. Rememoró la noche en que le entregó la pulsera después de que casi lo asesinaran. Después de haber matado a su colega Sam. La brutal reacción que presenció entonces, por motivos que todavía desconocía, le bastaba para confirmar de primera mano la reputación y habladurías acerca de ese hombre. Consideraba un honor que decidiese contar con él después de aquello.

—No tengo mucho más que deciros sobre esto —concluyó Annibal. Volvía a haber calma en su tono—. Parece mentira, pero no había hablado con vosotros desde el tiroteo. No lo he hecho antes por circunstancias. Necesitaba tiempo. No sé si esperabais algo más, pero esto es lo que hay por el momento. Como ya os he dicho, no quiero dar un paso al frente para que nos obliguen a dar dos atrás. Nos jugamos mucho.

Durante la siguiente media hora se dedicaron a comentar precisamente la noche del altercado con O'Quinn y sus hombres. Recordaron a los caídos. Hablar de lo que pudieron haber hecho y no hicieron no tenía sentido, había que enfocarse en impresiones y posibles estrategias futuras. El jefe escuchaba todas las propuestas. Varias mentes pensaban mejor que una, aquella era

una cuestión que era mejor abordar entre todos. Al menos, con la información que se había puesto encima de la mesa. Y Annibal sabía que él solo no podía resolverla. Estaba más perdido de lo que estaba dispuesto a admitir.

—No sé vosotros, pero yo me salgo a tomar algo.

La propuesta encubierta del jefe tras un tiempo considerable en un debate en bucle fue muy bien aceptada por el resto de hombres. Hacía mucho rato que había terminado con el contenido de su vaso. Necesitaba alcohol.

Dispusieron en la mesa del salón una pequeña parte de la amplia colección de botellas del anfitrión. Henry y Johnny ayudaron a traerlas, así como refrescos, vasos, hielos y cualquier otra cosa que ayudara a transformar la reunión formal en un encuentro menos serio.

—¿Qué tal llevas eso? —Coleman señaló el hombro de Scorpio tras servirse una copa de vodka sin rebajar con otro líquido.

—Mejor. Al menos ahora puedo moverme mejor, que ya es algo. ¿Y tú? Me dijeron que saliste un poco cascado del muelle.

—Bah. Me jodí la rodilla, pero a los tres días ya estaba bien. —Miró a su derecha mientras bebía—. ¿Quién es el chico nuevo?

—Se llama Johnny. Inicialmente trabajaba para el Lobo. Voy a contar con él a partir de ahora, ha demostrado estar a la altura.

—¡Ven aquí, chaval! —lo llamó Coleman al ver que el chico miraba en su dirección, casi con seguridad después de escuchar su nombre. El aludido obedeció—. Soy Ryan. —Le tendió la mano.

—Johnny. —Algo cohibido, se veía soltado ahí en medio sin ningún tipo de libro de instrucciones.

—Así que saliste vivo de ese cabrón. Vaya huevazos, tío. Eres un afortunado.

—Solo me defendí. —Se encogió de hombros. No estaba especialmente orgulloso por haber completado la mejor carrera de su vida, aun herido, en su afán por huir—. Cualquiera lo habría hecho.

—Cualquiera no. A más de uno le habría gustado. Supongo que te sabes la historia, ¿no?

—Algo he oído.

—Entonces, no hay mucho más que decir. Ya has visto lo que hay, hoy con espectáculo incluido. ¿Qué te parece? Hay veces que Harrison no sabe cuándo mantener el pico cerrado. Ya te irás acostumbrando. En realidad, no es mal tío. Igual que el jefe. —Coleman miró intencionadamente a Scorpio, a su lado—. Parece que no, pero no se come a nadie.

—Gracias, Ryan. Necesitaba que lo aclarases con urgencia, mi nombre suele dar lugar a confusión —bromeó Annibal. Parecía que iba a conseguir distraerse, después de todo.

Resultados de partidos de béisbol, posiciones en la clasificación de baloncesto. No todas las conversaciones giraban en torno a actividades al margen de la ley. Hablar acerca de cómo los Chicago Bulls les habían dado una paliza a los Boston Celtics era extraño para el jefe, como si aquel tipo de asuntos ocurriesen en una realidad paralela, en la cual solo era un mero desconocido.

Normalidad, cotidianidad. Muchas veces las echaba de menos.

Lo cual le recordaba que había gente que vivía en un plano donde la droga y los asesinatos solo pertenecían a las películas y a la novela negra. Annibal se marchó a la cocina en busca de algo de intimidad. Necesitaba cumplir con una de las cosas que lo atormentaba desde la noche anterior y que había ido postergando desde hacía incluso más tiempo.

Smartphone en mano, buscó en «Favoritos» y pulsó el icono táctil. Esperó.

—¿Dígame?

—¿Cómo estás?

—¡Annibal, hijo! —exclamó Heather al otro lado de la línea—. Pues muy bien, la verdad. Acabo de llegar del supermercado. Tengo que comprarme un carrito nuevo, a este se le están rompiendo las ruedas. Creo que es por el peso.

—Te he dicho mil veces que existe el servicio a domicilio, o que me lo digas y yo te consigo a alguien. No me escuchas.

—No me eches más años de los que ya tengo, todavía puedo sola —rio la mujer—. ¿Cómo estás tú, cariño?

—Como siempre —mintió él, para variar. Debía mantener a la mujer en la ignorancia, y más desde la tarde anterior—. Ocupado con el trabajo, ya sabes.

—No deberías trabajar tanto, tómate un descanso. Vete de vacaciones. Estoy segura de que podrán sobrevivir sin ti en la oficina.

—Me necesitan más de lo que piensas. Tienes un hijo muy importante.

Ella lo escuchó sonreír a través del teléfono. Lo que no supo es que se trataba de un gesto premeditado, obligado y falso.

—Bueno, eso siempre lo he sabido. —La mujer se quedó en silencio. Se escuchó un trajín de bolsas de fondo—. Ayer te estuve llamando.

—Sí, ya lo vi. Estaba ocupado. No me acordé de llamarte después.

—No pasa nada, lo entiendo.

—¿Querías algo en especial? —Annibal cerró los ojos, vaticinando y temiendo la respuesta.

—Nada, solo hablar contigo. Supongo que te acordarás de lo que te comenté la última vez.

La boda.

Bingo.

—No me olvidaría de algo así. —Por supuesto que no lo haría.

—¿Y bien? ¿Has pensado cuándo te vendría bien venir? William está deseando conocerte.

—Aún no lo he pensado, no. Ya te he dicho que he estado bastante liado —respondió Annibal. Procuró ocultar la aversión que sentía por el tal William. Para su desgracia, sabía que era algo que no podría postergar para siempre—. Un día de estos te llamo y te digo algo.

—Pero no tardes, que luego se nos echa el tiempo encima.

—Vale.

—Y también dime con tiempo si tengo que preparar la mesa para tres o para cuatro.

—¿Para cuatro?

—Sí, hijo. Que si vas a venir acompañado de alguna muchacha o no.

Su mente voló dos pisos más arriba. Annibal quiso colgar.

—Ya te diré algo —insistió, seco.

—Muy bien. —Heather suspiró—. ¿Sabes la última de Luke?

Luke era un perro de la raza yorkshire que le había regalado a su madre hacía unos años para ayudarla a combatir la soledad. Él mismo apenas podía visitarla.

Escuchó, paciente, la anécdota relacionada con el animal. Después, otra referida a la hermana de Heather, Lois. Su tía. Consultó el Rolex. Quería mucho a su madre, pero se le ocurrían muchas razones por las que no era el momento. Heather entendió que cortara su discurso con la excusa de que estaba ocupado y se despidió de su hijo antes de cortar la llamada.

Scorpio perdió un gran peso de encima al comprobar que su madre seguía igual de bien que siempre. Sin embargo, su fotografía en el organigrama continuaba siendo un hecho.

—...después de decirme que no era su tipo, pero luego bien que la muy guarra se metió en

mi cama —contaba Harrison mientras se servía la que era su segunda consumición desde que abandonaran la sala de reuniones. Se le veía especialmente animado.

—Puede que cambiase de opinión al ver tu coche —comentó Baker.

—Y tu cartera —añadió Coleman.

—Lo que sea, pero la cuestión es que me la tiré. Luego no quería salir de la cama, esa perra parecía incansable. Repetirá, seguro. —Fred estalló en estridentes carcajadas.

—¿Incansable? A ver si es que tú te cansaste demasiado pronto —arremetió Ryan, entre risas. No sería la primera ni la última vez que su colega exageraba, mentía o se inventaba historietas que lo ensalzaran. En especial, aquellas con connotaciones sexuales.

—Yo no he dicho eso. Sois muy pesados, no se os puede contar nada. —Harrison bebió de golpe la mitad del contenido de su nuevo vaso de whisky. Luego, lo dejó haciendo ruido encima de la mesa del salón—. Voy a mear, ahora vengo.

Fred se marchó del lugar convencido de que lo que les pasaba a sus compañeros era que le tenían envidia. Sonrió. ¿Cómo no iban a envidiarlo, se dijo, si conseguía prácticamente a la que quería? Fuese por interés o no, terminaban con él. ¿Qué más le daba dejarse unos cuantos billetes? El hombre pensaba que a la mayoría de las mejores cosas de la vida se accedía pagando.

Mientras caminaba por el pasillo en dirección al cuarto de baño de la planta baja, Harrison empezó a notar cómo iba cambiando de estar agradablemente contento a notar la cabeza querer flotar por voluntad propia. La típica sensación de euforia propiciada por unos grados de más. Estaba convencido de que, si no iba haciendo esos, todo estaba bien.

Cuando llegó a la puerta cerrada del lavabo, agarró el pomo y lo giró bruscamente. No consiguió abrir.

—¡Ocupado! —informó una voz desde dentro.

—¿Quién eres? ¡Tengo que entrar! —urgió Fred.

—Soy Johnny. Enseguida salgo.

Harrison ni siquiera se molestó en responder cuando se marchó de allí. Ese chaval le había caído mal desde el principio. Acababa de llegar y ¿qué tenía? A sus ojos, unos favoritismos que no se merecía. Él estaba antes, siempre estaba antes. Antes que cualquiera de los otros. Y le importaba un rábano si la suya era una actitud infantil, tenía derecho a pensar lo que le viniera en gana. Además, necesitaba orinar con urgencia, lo que amargaba su humor. Recordó el lavabo del primer piso. Subió las escaleras todo lo rápido que pudo y fue derecho. Para su alivio, estaba vacío.

Se encaminó de regreso a las escaleras cuando terminó. Quería beber más. Entonces, cuando colocó el pie derecho en el primer escalón, algo distrajo su atención. Primero fue un golpe seco. Después, varios seguidos. No eran muy evidentes, tenía que prestar especial atención para conseguir escucharlos. Se quedó quieto, esperando oírlos de nuevo.

Silencio.

Nada.

Pero, al cabo de unos segundos, los ruidos regresaron. Harrison recordó a Schneider, asesinado en la fiesta que Scorpio organizó allí con el motivo de su nuevo acuerdo con el empresario Thomas Leicester. Se puso alerta, podrían estar nuevamente en peligro. Con todo el sigilo que pudo, avanzó intentando rastrear el sonido. Tal vez tuviera unas copas de más, pero podría plantar cara a lo que fuera que se encontrase. Se convenció de que él no sería tan ridículo como para dejarse atrapar. Era un sonido intermitente. Agudizó el oído.

Sus pasos le condujeron hasta el final del pasillo, al lado contrario a donde sabía que se encontraba el dormitorio de Scorpio. Cuanto más avanzaba, más nítidos percibía los golpes. Miró

hacia arriba. Parecían proceder de por encima de su cabeza. El desván. Si mal no recordaba, lo había visitado un par de veces, hace tiempo. Se accedía a la escalera a través de la puerta que tenía delante.

Sin poder evitarlo, un puñado de nervios anidaron en su estómago. ¿Qué debía hacer? El dueño de esa casa nunca les había puesto problemas para deambular por ella libremente. Volvió a preguntarse qué sucedería si alguien había logrado burlarse de la seguridad del recinto. En cualquier caso, sería la oportunidad perfecta que estaba buscando. ¿No le había dicho el idiota de Scorpio que demostrase que se lo merecía? Por supuesto que lo haría.

Preparó los puños, no llevaba el arma encima.

Abrió la puerta, despacio y a cien latidos por segundo.

Como recordaba, ante él se abrió una escalera estrecha. No encontró el interruptor, así que se dejó guiar por la luz que se colaba por la rendija de la puerta entreabierta. No veía a nadie, pero tampoco estaba solo. Los extraños ruidos parecían más cercanos. No se estaba equivocando.

Alerta y con un manojito de nervios en el estómago, empezó a subir.

Avanzaba casi a ciegas. El alcohol le regalaba la ilusión de la osadía, pero también afectaba a sus movimientos. A su cabeza.

Cuanto más cerca intuía la puerta, más escuchaba el sonido. Más dudaba de si estaba haciendo lo correcto. Luego recordó que iba a darle en las narices al prepotente de su jefe. Una dosis extra de coraje.

Posó la mano derecha en el pomo con un cuidado sorprendente para estar afectado por el whisky. Debajo de este, una llave. Con la izquierda, la giró lentamente. Respiró hondo. Parecía que el corazón se le saldría por la boca de un momento a otro.

Se armó de valor.

Abrió la puerta de un golpe.

Capítulo 10

Puta boda. Puto William.

Puta asesina.

Cuando Scorpio regresó al salón se encontró a Henry Baker por los suelos y riendo a carcajadas. Al menos había quienes estaban disfrutando de aquella tarde, que no veían continuas sombras negras en cada maldito lugar al que miraban.

—Te lo has perdido. —El Lobo también se reía. No tan escandalosamente, claro, no pertenecía a su estilo llamar tanto la atención.

—¿Qué me he perdido?

—Este. —Coleman señaló a Henry, ambos tronchados risa—. ¡Vaya hostia se ha metido contra el suelo! ¡Se le han salido los zapatos y todo!

Annibal no lo encontraba tan gracioso.

—A ver, contado así tampoco es para tanto —dijo Johnny. Poco le quedaba de aquella timidez inicial.

Al final, el puñado de carcajadas contagió a Scorpio, quien no pudo reprimir la sonrisa. Miró a Henry, que intentaba atinar con los cordones de sus zapatos. El nuevo trago de whisky le hizo sentir mejor.

—Ya no sabes cómo hacerte con el protagonismo —bromeó el jefe.

—Se me da bastante bien —respondió Baker.

Cuando fueron capaces de dejar atrás el momento cómico, volvieron a enfrascarse en distintas conversaciones. Al final, no estaba yendo tan mal la tarde. A juzgar por las pataletas de Harrison en la reunión, había llegado a pensar que...

—¿Dónde está Fred? —preguntó el jefe de repente. Interrumpió a Coleman.

—Había ido al baño. O eso ha dicho —respondió Biaggi.

—Se lo habrá tragado la taza del váter. O lo estará poniendo todo perdido de vómito —se burló Ryan.

—Joder, tío. Qué asco —protestó Henry.

—¿Tan mal va?

—Tampoco es que sea la primera vez —dijo Sandro.

Excepto el italoamericano, estaban distribuidos entre el amplio sofá de cuero blanco y las sillas del salón. Cada cual empuñaba un vaso con su licor favorito. Scorpio y Baker también fumaban. Risas.

Johnny, por su parte, se sabía cada vez más integrado. Le pareció que, en realidad y fuera de contexto, el que ahora era su jefe directo no se diferenciaba demasiado de cualquier otro hombre joven en lo que a actitud se refería. En contra de lo que alguna vez había escuchado, sí se podía hablar con él. También descubrió que el Lobo no era tan serio y estricto en un entorno distendido. Le gustaba su nueva posición. Bebió.

—... de todas maneras, lo único que hacen los policías es perder el tiempo. No van a erradicar el negocio. Si no son unos, serán los otros. Y, si no, los de más allá. Así ha sido, es y será siempre —dijo Biaggi.

—Bueno, es su trabajo. Ya hay muchos que hacen la vista gorda. Prefieren mirar para otro lado porque saben lo que hay y no les importa. También se aprovechan siempre que pueden, buscan sacar tajada. Pero la mayoría de esa gente no se lo monta bien y los terminan pillando. Y tampoco son del todo fiables. Por ejemplo, Stanley House. Si no recuerdo mal, se metió tanto en aquella organización que tenía más información de los narcos de lo que ellos mismos sabían. Y

nunca dejó de ser un policía íntegro. Al final se detuvo por lo menos a veinte traficantes, y todos acabaron encerrados. Karl Johnson se salvó de milagro —contó el Lobo.

—Casi nos salpica toda esa mierda a nosotros —recordó Annibal. Se llevó el cigarro a la boca. En su día, Johnson no sabía que estaba siendo investigado. Era triste que esa historia le sonara tan familiar.

—¿Y cómo es que los polis no vinieron a por vosotros? —se interesó Johnny. Pensó que, si los demás consideraban que no era de su incumbencia, no lo contarían delante de él.

—Por aquel entonces tratábamos con esa gente. Como es lógico, cortamos de raíz todo contacto. Aun así, creo que mi nombre y el de algunos más llegó a aparecer en algún informe, pero nada serio. Nunca tuvieron algo sólido contra nosotros para poder acusarnos. Nunca pudieron demostrar la verdadera naturaleza de la relación. En este negocio hay que guardarse las espaldas. Si no, estás jodido —le contestó el jefe.

—Al menos, nos retiramos a tiempo —apuntó Coleman.

—En cualquier caso, todo eso ya pasó. Salió mal y ya está. Para llorar ya está el telediario —continuó Scorpio. Luego, miró al Lobo—. Por cierto, ¿cómo está Amy?

—Bueno, ahí va. Lleva un par de días con fiebre, tiene la garganta hecha una mierda.

Amy Forbes era la esposa de Rafael desde hacía casi dos años, aunque llevaban juntos nueve, desde que él tenía veinte. Ambos tenían la misma edad y se habían conocido en la Facultad de Arquitectura. Cuando terminaron la carrera, comenzaron a vivir juntos. A diferencia de Rafael, Amy sí ejercía de lo que había estudiado. Él había preferido compaginar sus estudios con actividades ilegales, para dedicarse enteramente a ellas una vez los terminó. Rafael, además, leía lo que caía en sus manos sobre derecho. Leía lo que caía en sus manos sobre cualquier cosa.

Amy era una mujer inteligente, también hermosa y simpática. Siempre había conocido a lo que se dedicaba su marido en realidad. Jamás había supuesto ningún problema, al contrario. Pero el Lobo no hablaba mucho de ella. Evitaba inmiscuirse en ese tipo de asuntos. Era su manera de protegerla.

—Márchate cuando quieras —apremió Annibal a su mano derecha.

—En un rato. Es solo un resfriado.

—Al menos tienes a alguien esperándote en casa —dijo Henry.

—Tú porque no quieres. Puedes tener una compañía decente por el módico precio de setenta dólares la noche —le respondió Coleman.

—Eres tan gracioso, Ryan.

—Lo sé.

—Por cierto, Annibal. ¿Qué es de tu chica?

Para Coleman era difícil olvidarse de una mujer así.

El Lobo desvió la mirada. Annibal la sostuvo a pesar del incendio que se estaba originando bajo su esternón. Fueron los únicos que encontraron incómodos los segundos siguientes. Bebió whisky antes de responder.

—Bien.

A punto había estado de mandar al infierno las apariencias. No debería haber bajado la guardia.

—Ahora en serio, ¿dónde se ha metido Harrison? —preguntó Biaggi.

Scorpio agradeció el cambio de tema. No quería escuchar una palabra más sobre esa mujer.

—Este se ha quedado dormido por ahí —comentó Henry.

—Siempre acabo siendo su puta niñera —protestó Coleman. Se levantó de la silla.

Cuando Ryan llamó a la puerta del cuarto de baño de la planta de abajo, nadie respondió.

Abrió sin más preámbulos. Vacío. Se asomó incluso al plato de ducha. Vacío. Regresó. Informó de la ausencia.

—Hace un rato estaba yo allí y llamaron a la puerta. Creo que era él. Cuando salí, no había nadie tampoco —explicó Johnny.

—Se estaba meando, habrá ido al de arriba —sugirió Henry Baker.

—¿Soy el único que piensa que hoy Fred está muy raro? —dijo Biaggi.

Scorpio apagó el cigarro en el cenicero, dejó el vaso en la mesa más cercana al sofá y se levantó. Sin mediar palabra con los otros, salió del salón. Subió al piso superior. Los engranajes de su cabeza funcionaban acelerados. No. Sandro no era el único que pensaba que Harrison se estaba comportando de forma extraña desde que había entrado por la puerta.

—Abre.

Annibal aporreó la puerta del lavabo. No recibió respuesta. Una vez más. Nada.

Entró. Vacío.

Tal y como estaban las cosas, pensó que podría haberse marchado sin avisar. Frederick podía llegar a ser muy peculiar, pero ese día se había convertido en una burda caricatura de sí mismo. Y el alcohol lo desinhibía todavía más. Si era verdad que Harrison se había pasado con la bebida, podría estar durmiendo en cualquier lado. De malos modos, Scorpio fue hasta su cuarto. Si a ese tipo se le había ocurrido tumbarse en su cama, le iba a oír. En su dormitorio no había nadie. Incluso la toalla que había utilizado para secarse al salir de la ducha estaba tirada sobre las sábanas en la misma posición. En su cuarto de baño privado tampoco estaba.

¿Dónde demonios se había metido ese hombre?

Salió de regreso a las escaleras.

Entonces, se detuvo en seco.

Un presentimiento ártico y cortante le golpeó las costillas. Sus ojos volaron al fondo del pasillo. No recordaba haber dejado entreabierta la puerta por la que se accedía al desván.

Su fiel Desert Eagle lo había estado acompañando desde el principio de la velada. No solo se encargaba de alimentar su sensación de seguridad, sino también la necesidad de llevarla siempre consigo. La desenfundó. La sostenía a media altura. Caminó hacia la puerta casi a zancadas.

Era imposible que Harrison supiera lo que guardaba en el desván, tan solo él y el Lobo tenían constancia de ello. Dudar del silencio de su amigo no tenía sentido. El corazón le latía tan fuerte que casi podía escucharlo fuera de su cuerpo. Tenía que haber tomado precauciones. ¿Cómo iba a explicar que...?

Entonces, otro pensamiento se hizo más fuerte: Angela había escapado.

Un bloque de hielo se precipitó contra su estómago, esparciendo frío y pedazos afilados a partes iguales. Tensó la mandíbula.

No podía bajar a dar el aviso. No había tiempo.

Las escaleras ascendentes aparecieron desiertas en la penumbra. Subió los peldaños prácticamente de dos en dos. Sus dedos se aferraban con fuerza a la Desert Eagle. El metal del arma parecía fundirse con su piel. Las gotas de sudor resbalaban por el surco central de su espalda. La totalidad de su cuerpo se preparaba para la lucha.

Se detuvo en seco en el último peldaño. Escuchó una voz. Un hombre. Casi derribó la puerta.

Lo que encontró dentro fue la escena más repugnante que había visto en mucho tiempo.

Capítulo 11

—Annibal...

Fue casi un susurro, un lamento desesperado que llegó a sus oídos como si atravesara el agua.

El chico apenas pudo reaccionar durante los primeros segundos.

Angela se encontraba en las mismas condiciones en las que él le había dejado varias horas atrás, salvo por algunos detalles. La camiseta negra y ajustada que vestía ahora estaba rota por delante, rasgada desde el pico del escote. No se llegaba a separar del todo. El sujetador oscuro quedaba a simple vista, arrastrado hacia abajo. Gran parte de sus pechos quedaban al descubierto.

Si alguna vez la soberbia había anidado en aquellos ojos oscuros, nada quedaba ya. Lo miraban con ansia, con avidez. Suplicándole.

Harrison se había dado la vuelta como impulsado por un resorte. Tenía los pantalones por las rodillas. La tela de los calzoncillos se ajustaba al evidente abultamiento. Cuando contempló el rostro de Scorpio, el suyo se transformó en una máscara de temor. Veía a un depredador.

Scorpio se abalanzó contra él y le cruzó la cara con la culata de la pistola.

Harrison retrocedió. Se cubrió la mandíbula con las manos. El dolor era intenso. Sus pupilas se dilataron. Quiso retroceder, pero cayó en la trampa de sus propios pantalones bajados.

—¿Qué coño estás haciendo? ¡Responde! ¿Qué coño haces?

Las palabras de Annibal resonaron como truenos en medio de la tempestad.

El subordinado intentaba subirse los pantalones, pero le temblaban las manos. Sus movimientos eran torpes. Estaba aterrado.

—¡¡Hijo de puta!! ¿¿Qué le hacías?? —rugió Scorpio. Alcanzó al miserable. Lo agarró por el cuello de la camisa con tanta fiereza que casi le despegaba los pies del suelo. Harrison cerró los ojos. Su furia aumentó—. ¿Qué querías hacer? ¿Qué querías hacer, pedazo de cabrón?

Le soltó la camisa y lo cogió por la cara. Le hincó los dedos en la carne y apretó contra el hueso. Le clavó el cañón de la pistola en la garganta. Le giró la cabeza muy bruscamente y le hizo mirar a Angela. Scorpio lo arrastró hacia ella. La prisionera respiraba muy agitada, con la boca entreabierta y los labios secos. El jefe aumentó la presión de los dedos contra la cara y Harrison gritó de dolor.

—¿La querías? ¿La querías a ella, eh, pedazo de mierda? ¿La quieres? —bramaba en su oído.

—Y—yo... yo p—pensaba...

—¡¡No te atrevas a hablarme, hijo de puta!!

Scorpio volvió a estrellar la pistola en la cara de Harrison. El agredido volvió a gritar. Se le abrió una brecha en la frente. Le fallaron las rodillas, pero no cayó al suelo: aún lo agarraba.

Las venas de Annibal parecían haberse transformado en mechas de dinamita casi consumidas. Almacenes de magma. Gasolina ardiendo. Ya no había control, tan solo ansias de destrucción.

Angela contemplaba la escena profundamente intimidada. Scorpio la había despreciado, humillado, golpeado y torturado, pero jamás había presenciado tal nivel de violencia explícita. Temblaba sobre la silla.

—¿Las necesitas atadas para que te correspondan? —continuó Annibal. Apretó los dientes. Su dedo índice rozaba el gatillo muy cerca del cuello del tipo.

—Perdona, n—no sabía...

—¡QUE CIERRES LA PUTA BOCA!

Soltó la cara de Frederick para agarrarle la muñeca. A base de fuerza bruta, fue acercándole la mano en dirección a la mujer. En concreto, a los pechos casi descubiertos.

—¿Quieres tocarla? ¡Por mí no te cortes! ¿Quieres tocarla? ¡Vamos, tócala! ¡Tócala, cabrón! —volvió a gritarle al oído.

Los dedos de Harrison casi le rozaban uno de sus pezones. Ella, aterrada, se echó hacia atrás todo lo que pudo. Frederick también intentó recular, pero Scorpio le agarró del pelo con la mano con la que sostenía la pistola.

Lo alejó de ella de un tirón. Lo empujó contra el suelo. No habría permitido que volviera a tocarla.

—¡¡Levántate!!

Harrison fue a obedecer. La sangre le resbalaba por la cara desde la frente. Tardó más de lo que su jefe estaba dispuesto a soportar. Scorpio le propinó una patada en el estómago. Hizo que se encogiera. Después otra. Otra. Y otra más. Se agachó, lo agarró y lo puso en pie. Después lo arrastró hacia el muro del desván. Fred quiso resistirse. No lo consiguió. La fuerza de Annibal era desmesurada, impulsada por una rabia enfermiza. Empotró a Harrison contra la madera de la pared. La cabeza de este rebotó.

Frederick cerró los ojos. Un mareo intenso lo estaba convirtiendo en su presa. Le latía la frente. Aparecieron pequeñas luces en su campo de visión. Ni siquiera tenía tiempo de sentir odio, únicamente miedo.

—¿Ibas a violarla, Fred? —Scorpio ya no gritaba. Su voz era ronca, impregnada de tinieblas. Lo que había estado a punto de presenciar era un tema tabú para él. La repulsión que sentía era equiparable a la ira—. ¿Alguna vez te has preguntado qué pasaría si fuese al revés?

Angela lo escuchó. Un estremecimiento repulsivo cruzó su columna vertebral. Trajo consigo ganas de vomitar lo que no tenía en el estómago. Los temblores todavía la sacudían. Apenas respiraba. Solo podía mirar a Scorpio, a cada una de sus acciones.

Harrison estaba paralizado. No se atrevía a moverse. Por un momento, temió que su agresor fuera a cometer semejante salvajada. Pero lo que de él recibió fue un nuevo golpe con la culata de la pistola. Annibal lo soltó. Frederick se tambaleó y cayó al suelo. Gimió de dolor al recibir una nueva patada en las costillas. Rodó hasta colocarse boca arriba. Sus pantalones todavía estaban por las rodillas.

La figura de Scorpio se alzaba ante él como un coloso.

El repentino silencio era desquiciante.

Harrison jadeaba. De pronto, empezó a experimentar un deseo visceral por devolverle a ese hombre todo lo que le estaba haciendo pasar. Si no hacía nada por evitarlo, lo terminaría matando a golpes. Miró hacia los lados, buscando una salida. La puerta del desván estaba abierta. Solo podría huir por ahí. Tal vez ganase algo de tiempo llegando al salón, al amparo de los demás. Era viable. Se dio la vuelta en el suelo y comenzó a reptar. Pero su velocidad era ridícula, estaba hecho polvo. Dejaba un fino reguero de sangre a su paso.

Scorpio simplemente observaba, dejándole hacer. Respiraba acelerado. Cuanto más cerca se encontraba el tipo de la puerta, más notaba la presencia de un hormigueo apremiante en los brazos.

—Si no tuvieras la puta pistola encima... —susurró Harrison.

¿A quién quería engañar? Sabía que resistirse era una estupidez, iba a terminar fatal de todas formas. Aun así, continuaba avanzando como podía.

—¿Qué has dicho?

Pensó que, definitivamente, el hombre que trabajaba para él se había vuelto loco. Esas

palabras cayeron al mismo montón de mierda donde acumulaba todo lo demás. No haría que Frederick entrara en razón, no era una intención factible. Tenía muy claro cómo acabaría ese cabrón. Intentó contar hasta diez, pero tan solo llegó al dos.

Frederick trató de ponerse en pie frente a la puerta. Scorpio caminó hacia él y le asestó una nueva patada. Recayó detrás de las rodillas. Harrison perdió el equilibrio de inmediato. No había barandilla donde agarrarse. Se precipitó escaleras abajo.

El cuerpo sonaba contra los peldaños como un saco de cemento. Chillaba con cada golpe. La poca iluminación, aquella que se colaba por la puerta entreabierta que los esperaba al pie de la escalera, era suficiente para vislumbrar los restregones de sangre que iban quedando a su paso.

El dueño de la casa fue bajando. No tenía prisa.

Al pie de la escalera, Harrison yacía tumbado boca abajo. Al borde de la inconsciencia, le dolía todo el cuerpo. Era como si hubiese pasado por la trituradora. La sangre le caía a chorros por la cara, tenía más cortes en la cabeza. Notaba huecos donde antes había dientes. Pero nada de eso importaba, porque percibía a su verdugo aproximándose. Intentó levantarse. No pudo. Empezó a tiritar.

Annibal notaba cómo el magma se iba convirtiendo en piedra a cada paso. Sus músculos faciales eran los primeros que se habían relajado. Ya no había expresión alguna de ira. En su lugar, el rostro del vacío.

El hombre maltrecho alzó la cabeza y, desde el suelo, lo miró. Encolerizado, su jefe infundía miedo. Nada comparado con lo que podía esperarle ante un gesto como aquel. Tenía que salir corriendo. No era capaz. Lo único que había conseguido hacer hasta el momento había sido subirse los pantalones en los segundos que el otro había tardado en alcanzarlo. Tosió. Echó un pedazo de diente. Reculó.

—¿Qué has dicho allí arriba? —dijo Scorpio al fin. Empleó un tono de apariencia relajada e impersonal.

—Nada. —Y, sin embargo, volvería a repetirlo de nuevo si fuese necesario. Al menos, en circunstancias en las que su vida no corriera peligro. Entre el whisky y los golpes, dentro de la cabeza de Harrison había crecido una densa niebla.

—Algo has dicho. Dímelo. —Lo había oído perfectamente. Le hablaba como si se tratara de un niño al que hubiera que enseñar modales—. Dímelo. Quiero saber qué pasaría si no tuviese la pistola. —Mostró una media sonrisa tallada en mármol.

—Annibal, no entiendo nada —consiguió decir Fred. Estaba al borde del llanto—. ¿Qué he hecho mal?

—¿Que qué has hecho mal? —repitió Scorpio, incrédulo.

—¡Solo quería ayudar! —Harrison escupió sangre. Se encogió en el suelo.

—Nadie ha pedido tu puta ayuda. Nadie te ha pedido que entres donde no te llaman. Nadie te ha pedido que abuses de ella. —La voz del jefe zozobró entre picos peligrosos—. ¿Esto es lo que eres, Harrison? ¿Un puto violador?

—¡Algo habrá hecho para estar allí y en esas condiciones! ¡Era una provocación!

La Desert Eagle tembló en la derecha de Scorpio. No podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Los esfuerzos para no destrozarle la cabeza a balazos eran cada vez más insoportables.

—Eres un hijo de puta. Un hijo de la grandísima puta. Te voy a decir lo que pasaría si no tuviera la pistola. No cambiaría nada. Estarías aquí tirado hecho una mierda. Porque eso es lo que eres, un pedazo de mierda. Puta escoria.

Fred se mordió la lengua. Intentó avanzar hacia la escalera que lo llevaría a la planta de

abajo, con sus compañeros. Apoyaba los codos y las rodillas. Tenía que alejarse de él. Cada centímetro de su cuerpo gritaba de dolor. Apenas le quedaban fuerzas.

—Y con la escoria solo se hace una cosa.

Harrison trató de ponerse en pie. Se abalanzó hacia delante en un desesperado impulso de salir corriendo. Scorpio lo alcanzó con un par de zancadas. Lo agarró del brazo. Le estrelló el arma en la sien.

El alarido alertó al resto de hombres, quienes de repente vieron aparecer la escena en lo alto de la escalera. La estupefacción cayó sobre la planta baja como un meteorito.

—No tienes ni puta idea de lo que es el respeto, la lealtad, nada. Siempre has sido el mismo puto fracasado que solo piensa en sí mismo. ¿Quieres la puta pistola? ¡No estarías a mi altura ni con un tanque, gilipollas!

La voz atronadora de Scorpio taladró los tímpanos de Harrison, que cerró los ojos con fuerza. Se le acumulaban las lágrimas bajo los párpados. La sangre caía desde las múltiples contusiones de la cabeza, llegando hasta su ropa. También manchaba a su agresor, que volvía a sujetarlo por el cuello de la camisa. No pudo prever el momento en el que volvería a estamparlo contra el suelo. El golpe fue brutal. El tipo se hizo un ovillo. El borde del primer escalón quedaba a menos de veinte centímetros de su cara. Se protegió la cabeza con las manos.

El silencio era sepulcral, mancillado por los lamentos de Frederick. Entonces, Annibal se percató de que el resto estaba contemplando el espectáculo. Tenía calor. El hombro herido le quemaba bajo la camiseta. Respiraba alterado. El sudor le resbalaba por la cara, por el cuello, por la espalda.

No quería volver a saber nada de ese miserable.

Apoyó el pie derecho sobre el hombro de Harrison y empujó. El hombre rodó por las escaleras. El estruendo era casi espeluznante. Abajo, los demás se apartaron para que no les cayese encima. Eran víctimas de una fuerte impresión.

Scorpio bajó un par de escalones.

—Tú y tú. —Señaló a Ryan y a Johnny—. Deshaceos de él.

Inmóvil sobre el parqué manchado de sangre, Harrison gimoteaba débilmente. No había muerto.

Los demás se miraron entre sí, sombríos. Se preguntaban, sin decirlo, qué diablos había ocurrido allí arriba. Qué demonios había hecho Fred para desatar la furia del jefe. Y, sobre todo, para haberle hecho tomar la drástica decisión de querer quitarlo de en medio.

El Lobo, algo menos ignorante que el resto, dedujo la respuesta. Angela. La única persona capaz de provocar reacciones de tales magnitudes en Scorpio. Ni siquiera O'Quinn. Ni siquiera Nelson Austen. Ella. La cuestión era si habría sido capaz de arremeter contra uno de sus hombres solo por el mero hecho de descubrir a la chica en el desván. Lo dudaba mucho. No consideraba tan despiadado a su amigo.

—Moveos —apremió Rafael a los dos nuevos responsables del repudiado. No era el mejor momento para cuestionar nada.

—Annibal, ¿qué hacemos con él? —quiso saber Coleman, casi pálido.

—¿Te pregunto yo cómo hacer mi trabajo? Marchaos. Ya. El resto, fuera.

Ryan no se lo tomó como algo personal. Con todo, tenía el estómago a la altura de la garganta. A veces, lo mejor era desaparecer sin más. Miró al que sería su acompañante en la misión improvisada. El aspecto de Johnny no era mucho mejor.

La multitud de tatuajes no conseguían disimular la lividez del chico de cabeza rapada. Pensó que mal iba si se dejaba impresionar de ese modo. Habían confiado en él, debía estar a la altura.

Quería estar a la altura. Solo era un poco de sangre. Trató de no pensar en que la víctima se suponía que estaba en su mismo bando. No era de su incumbencia. Tenía que adaptarse.

—Annibal —volvió a hablarle Coleman, cauteloso—. Necesito que me abras la puerta de fuera para meter el coche. Si alguien...

—Lobo, ábrele la puta puerta.

Rafael conocía el lugar en el que Scorpio guardaba todas las llaves, sabía dónde se encontraban todos los interruptores. Con un gesto, les indicó a los demás que abandonaran la casa.

Capítulo 12

El motor del Audi trabajaba silencioso. Ryan Coleman, al volante, pensaba que era lo único que funcionaba como debía a su alrededor. A través de la luna delantera, los rayos de sol que componían el crepúsculo eran cegadores. Las gafas de sol no servían de mucho. El cúmulo de nubes oscuras no era suficiente como para suavizar los haces luminosos.

Aunque estaba deseando terminar aquel aciago encargo, no se arriesgaría a sobrepasar los límites de velocidad. Transportaba un cuerpo en el maletero.

Harrison todavía respiraba cuando lo metieron a la fuerza en el coche. Lo cierto era que no se resistió demasiado. No podía. En el fondo, le daba pena ese hombre. Habían salido juntos de fiesta muchas veces, eran colegas. También compañeros desde hacía mucho tiempo. No lograba comprender qué se le había pasado por la cabeza a Scorpio para haber hecho algo así. Obedecería las órdenes porque se esperaba eso de él, pero esperaba recibir algún tipo de explicación. Había algo que se estaban perdiendo.

En cualquier caso, no era momento de indagar. Tomó despacio la siguiente curva.

—Joder, Harrison—susurró el conductor. Negaba sutilmente con la cabeza.

—No sé qué habrá podido ocurrir para acabar así.

Johnny, a su lado, ocupaba el lugar del copiloto. Había debatido consigo mismo si intentar entablar una conversación para romper la incomodidad que viajaba con ellos en el interior del vehículo. No podía evitar pensar que sus palabras y actos se encontraban en tela de juicio solo por haber llegado el último a aquel grupo. Clavó los ojos verdes en la carretera, varios metros por delante del vehículo.

—Ni tú ni nadie. Pero hay veces que es mejor quedarse callado. Siempre me he dicho que, si el jefe actúa como lo hace, tendrá sus razones. Aunque a veces no las entiendo. Pero, en fin, hasta ahora no nos ha ido mal. Y eso que el cabrón no llega a los treinta.

—¿Qué edad tiene? —Johnny enarcó las cejas.

—Veintiocho. —Coleman vislumbró una nueva señal que marcaba la máxima velocidad permitida y comprobó que no la estaba infringiendo—. ¿Qué habrá hecho el capullo de Fred? No sé si tendrá que ver con su comportamiento en la reunión. Lo noté extraño. En realidad, no suele ser así de borde. Y mucho menos dirigirse a Scorpio como lo hizo, más bien lo contrario. Le va mucho el peloteo.

No se volvió a abordar el tema. En realidad, no se volvió a hablar de nada más.

El sol daba sus últimos estertores. Los brillos naranjas habían sido engullidos por púrpuras más apagados. Brochazos grises matizaban el cielo.

Ryan se quitó las gafas. Ya se habían alejado bastante. Debían actuar si no querían que se les complicara la existencia por cualquier error inesperado. Porque ya se sabe que las desgracias nunca vienen solas. Arrastró la mano por la frente para quitarse el sudor. Había pensado en un rincón cercano a un río que ya conocía. Las aguas profundas y la velocidad de la corriente se convertirían en sus aliados, alejando el cuerpo de allí y disminuyendo la posibilidad de que saliera a flote. Al menos, no hasta que hubiese recorrido un buen trecho del estado. O eso esperaba. Más les valía. La otra opción era cavar, pero resultaba más trabajoso y arriesgado. Confiaba en el buen hacer del agua.

Se habían adentrado en la transición entre el día y la noche. Prendió las luces de cruce.

El conductor no conseguía deshacerse de los remordimientos por lo que estaba a punto de hacer. Las órdenes siempre eran órdenes, pero... Agarró más fuerte el volante.

Localizó un pequeño saliente en uno de los tramos curvos de la carretera. El arcén se

ensanchaba lo suficiente como para fusionarse con una pequeña planicie de tierra. No podía alejarse más si no quería perder el río. Desvió el coche. Lo estacionó allí. Aquel punto ciego les proporcionaba cierta ventaja, aunque tampoco circulaban muchos vehículos por allí a esas horas. No era motivo para confiarse. Apagó el motor.

Sin decir nada, Ryan se apeó. Comprobó el terreno. Caminó hacia el borde de la planicie y miró hacia abajo. Varios metros lo separaban del río y de su orilla. El olor del agua acompañaba a su melodía. El pequeño barranco se encargaría de transportar el cuerpo del desgraciado hacia abajo.

Regresó al coche. Miró a ambos lados. La creciente oscuridad hacía que fuera más fácil detectar intrusos desde lejos. Los faros eran buenos delatores. Apagó los suyos. Aun así, rezó para que no surgieran contratiempos. Era lo que menos necesitaban en ese momento. Golpeó la ventanilla de Johnny con los nudillos. Le indicó que se bajara con un gesto. Luego se dirigieron al maletero.

—Espera aquí —le indicó Ryan antes de abrirlo.

Caminó hasta su asiento y palpó por debajo de este. A los pocos segundos, sintió entre sus dedos la Glock que guardaba allí. Repitió la maniobra en los asientos traseros. Se hizo con una escopeta Smith & Wesson m3000 de color negro. Como acababa de comprobar, no había sido tan mala idea habilitar un escondite para transportar ciertos utensilios de forma clandestina. Con un arma en cada mano, cerró la puerta. Una vez a la altura de Johnny, le tendió la escopeta. El chico la cogió, examinándola durante unos segundos.

—Voy a abrir el maletero. Ayúdame a sacarlo fuera.

Johnny dejó la escopeta en el suelo, era muy probable que necesitara las dos manos.

Parecía que Frederick Harrison continuaba inconsciente. La colección de golpes que había recibido presentaba peor aspecto que antes de guardarlo allí: carne amoratada y enrojecida, piel abierta, hinchazones, sangre reseca. Su aspecto era lamentable. Aquella no era una visión agradable. No le impresionaban las consecuencias visibles de la paliza, sino la identidad de quien la había sufrido. Al menos, Coleman sintió alivio al comprobar que había hecho bien recubriendo el maletero con plástico. De no haber sido así, Harrison lo habría puesto todo perdido de sangre. Habría necesitado someter el coche a una limpieza a fondo para borrar cualquier tipo de prueba.

Para la sorpresa de Johnny, la adrenalina recorría sus músculos como un torrente. Estaba a punto de participar en otro asesinato. Entonces, se preguntó que en qué se estaba convirtiendo. La respuesta se dibujó sola ante él. *En alguien importante.*

Entre los dos agarraron a la víctima y, a pulso, lo levantaron. Era un peso muerto. Lo sentaron en el suelo como pudieron, con la espalda apoyada en el parachoques trasero. La luz de la luna convertía aquel paraje natural en un escenario tétrico. Aparecía y se esfumaba con el vaivén de las nubes. Tendrían que conformarse con eso, no se podían permitir encender ni las luces de posición. Eso sería como contratar diez mil flechas de neón que los señalara como culpables.

—Despierta —apremió Ryan, impaciente. Le dio unos golpes suaves en el hombro al hombre maltrecho. No quiso ni rozarle la cara. Al ver que no recibía respuesta, aumentó el volumen de su voz—: ¡Despierta, joder!

Todavía con los ojos cerrados, Harrison gruñó. Con la cabeza inclinada hacia delante, movió el cuello a ambos lados. Se detuvo al notar que le dolían todas las partes de su cuerpo, incluso aquellas de las que no era consciente. Sus miembros pesaban como lápidas. Lo primero que vio cuando abrió los ojos e intentó enfocar algo, fue la cinta aislante que unía sus manos.

—¿Qué pasa? ¿Qué es todo esto? —A Fred le costaba deshacerse del aturdimiento. La

cabeza le iba a estallar. El primer recuerdo que le asaltó la mente fue el de Scorpio en lo alto de la escalera.

—Te has pasado de la raya, tío —respondió Coleman. Era como si riñera a un crío.

—¿Qué raya? ¿Qué dices? —Pero lo comprendió enseguida. Recordó el desván.

—Órdenes de arriba. Al parecer, has hecho algo que no le ha sentado muy bien al jefe.

—Vamos, no me jodas. —Por la manera de hablar de su compañero, intuyó que su superior no se encontraba delante. Solo lo relajó en parte. Trató de incorporarse, pero una mano en el hombro se lo impidió.

—Pareces nuevo. No puedes joder a ese hombre y creer que no te va a pasar nada —prosiguió Coleman. Le parecía desdichado e insignificante allí tirado—. ¿En qué coño estabas pensando?

—Venga, Ryan, somos amigos. Tú no sabes lo que ha ocurrido. Es un exagerado, un puto psicópata. ¿Es que no confías en mí? —Fred sabía que aquello solo era un intento desesperado por obtener una absolución que no iba a llegar. Todavía no había reparado en Johnny. Apretó los labios y tragó saliva. La sangre era todo cuanto podía saborear.

—No es cuestión de confiar o no, y tú lo sabes. No tenemos doce años, no estamos en el instituto. Y, suponiendo que creyese en lo que dices, tampoco tengo opción. Lo siento, tío. Es él quien me da de comer.

—¡Que no es eso, joder! ¡No te das cuenta! ¡Ninguno se da cuenta! ¡La tiene arriba!

—¿Qué dices?

—¡Que tenemos al enemigo en casa y no nos enteramos porque nunca nos cuenta nada! ¡Estoy hasta los cojones!

Cada vez que Harrison hablaba, sus labios parecían cuchillas. La conclusión a la que había llegado finalmente era que esa mujer tenía algo que ver con todo lo que estaba ocurriendo. ¿Por qué, si no, iba a retenerla en aquellas condiciones en el desván? No creía que formara parte de unos juegos eróticos privados, parecía que la chica realmente había estado sufriendo. Pero la había defendido. No tenía sentido. Nada tenía sentido. Si tan solo se la hubiese podido tirar, al menos todo aquello no habría sido en vano.

—Anda, cállate. Esto ya es lo suficientemente difícil y patético.

—Angela, la rubia del Hot Fire, estaba arriba...

—¿Y qué? —lo interrumpió Ryan—. Es su novia, o su rollo, lo que sea. No es tan raro. ¿Qué cojones te pasa? —Se estaba cansando. Estaban perdiendo demasiado tiempo.

—¡Que no! ¡Que estaba atada!

—¿Y a ti qué coño te importa eso? La chica está muy buena y tal, pero no me hacen falta detalles, gracias. Lo que Scorpio haga con su tiempo libre, no es asunto tuyo. Ni mío. Ahora se lleva mucho ese rollo.

—Joder, no escuchas. ¿Vas a matarme por intentar liberarla?

Harrison optó por cambiar de estrategia. No era muy inteligente intentar inculparla primero para después señalarla como víctima. No importaba. Diría cualquier cosa si con ello conseguía eludir su sentencia de muerte. Cualquier cosa excepto la verdad, que había intentado abusar de ella. No era tan idiota.

Miró hacia otro lado, nervioso. Fue entonces cuando reparó en Johnny. Se sintió insultado.

Maldijo ese día. Maldijo a Scorpio.

—¿Liberarla? ¿Y por qué coño te metiste en medio? —Ryan no reparaba en las incongruencias del discurso porque le resultaba demasiado surrealista. Y conocía las salidas de tono de Harrison. Entonces creyó entenderlo todo—. ¡Joder, Fred! ¿Has tocado a la chica del jefe?

—¡Yo no he tocado a nadie! —mintió. El recuerdo del tacto de los pechos de la mujer no fue lo suficientemente poderoso como para combatir el intenso dolor.

—Lo siento, tío. Es lo que hay. Si esto tiene que ver con la chica, la has cagado pero bien. Las mujeres de los compañeros son sagradas. Y más si es tu jefe.

—¡Que yo no he hecho nada, joder!

—Esta conversación ya ha durado demasiado. Quiero que sepas que me jode mucho hacer esto, pero no tengo otra opción. Johnny, ayúdame a levantarlo.

Cuando el chico de pelo rapado agarró de un brazo a Harrison, este intentó zafarse de él. No tuvo mucho éxito. Su cuerpo apenas respondía como debía. Y, además, físicamente era bastante superior a él. Pronto, ambos hombres consiguieron alzarlo por la fuerza. El esfuerzo provocó que la herida más grande de la cara de Fred comenzase a sangrar otra vez.

Lo remolcaron hasta el borde del barranco. No había vallas. Coleman le ordenó que se quedara allí de pie y sin moverse, que le dispararía si se le ocurría salir corriendo.

—Como si pudiera salir corriendo, imbécil —respondió, con amargura, Harrison.

—Coge la escopeta —le indicó Ryan a Johnny. Ignoró el comentario anterior.

—¡No me jodas, Coleman! ¿No te vale con la puta pistola? —alzó la voz Harrison. Johnny obedeció.

—Apunta hacia él, chico. Vas a hacerlo tú.

—¿Yo? —se sorprendió el más joven. Hasta el momento había pensado que solo le había dejado el arma por precaución.

—Sí. Que yo sepa, aquí no hay nadie más.

—De acuerdo.

—¡Ni de coña voy a dejar que sea ese quien me mate!

A pesar de sus gritos, a Harrison le temblaban las piernas. Retrocedió unos centímetros. Notó el vacío en los talones. No se atrevía a echar la vista atrás por si la oscuridad era lo último que veía. Aunque intuía que así sería de todas formas. Ver cómo apretaban el gatillo no era mejor opción, pero al menos no quedaba como un cobarde. Tampoco es que importara demasiado a esas alturas.

—No eres tú quien elige. Compórtate como un hombre, Fred, es lo único que te queda. — Cuanto más se acercaba el momento, peor se encontraba Ryan—. Johnny, hazlo ya.

El chico tatuado cargó la escopeta. Su pulso era firme. Estaba decidido. Era así como quería ser. Levantó el arma. Apuntó a Harrison. No fallaría.

Harrison escupió al suelo. Insultó al que sería su ejecutor.

Los nubarrones ya tapizaban la totalidad del cielo. Empezaba a oler a polvo mojado.

Johnny colocó el dedo índice sobre el gatillo. No lo accionó todavía. Miraba al rostro del hombre al que iba a arrebatarse la vida. Entre las sombras, tan solo era un puñado de facciones asustadas.

Un estruendo repentino resonó kilómetros a la redonda.

El chico apartó la escopeta. Él no había disparado. Sin embargo, Harrison cayó de espaldas. Jirones de camisa ensangrentada quedaron suspendidos en la noche. Lo último que vio de él antes de que desapareciera por el abismo fue un agujero en la parte derecha del pecho.

Coleman todavía mantenía el brazo en el aire. Su pistola humeaba.

—¿Por qué has hecho eso? Me podrías haber avisado —se quejó Johnny. El susto podría haber desembocado en un fatal accidente.

—¿Para qué? No quería que lo viera venir, por eso dije que lo harías tú —respondió Coleman. Nada quedaba del tono desenfadado que había mantenido esa misma tarde. Le quitó de

las manos la escopeta a su nuevo compañero y disparó. No ocurrió nada—. Y estaba descargada. —Vio cómo se le formaba una mueca de desilusión—. Lo siento, chico. No es nada personal. Simplemente tenía que ser yo quien lo hiciera.

La primera gota resbaló por una de las mejillas de Ryan. Había comenzado a llover. Tronaba a lo lejos. Los relámpagos no tardaron en aparecer. Esa noche habría tormenta.

A pesar de las explicaciones, Johnny se sentía decepcionado. Asesinar a alguien no era lo que más deseaba en el mundo, pero habría significado una oportunidad para demostrar su valía. Al menos contaban con él, y eso ya era decir mucho. Todavía notaba sus pulsaciones galopar. Le quedaban muchas cosas que aprender.

Antes de volver al coche, Coleman se asomó por el barranco. La oscuridad lo engullía prácticamente todo. Pudo adivinar la figura de Harrison en la orilla, boca abajo. Parecía que el agua le llegaba más arriba de la cintura. Sintió un profundo pesar. No era la primera vez que mataba, pero sí a uno de los suyos. Confiaba en que la corriente se lo llevara de ahí y lo hiciera desaparecer para siempre. En el caso de que la policía lo encontrase, no habría que preocuparse demasiado. Fred era un hombre con antecedentes, seguramente lo relacionaran con algún ajuste de cuentas. O con los malditos y célebres asesinatos.

Debían marcharse. Se estaba empapando.

Las gotas de lluvia repiqueteaban contra los cristales durante el camino de vuelta. Los limpiaparabrisas trabajaban a destajo. De vez en cuando se cruzaban con algún coche en el carril contrario.

Durante la reunión de esa misma tarde, Coleman jamás llegó a imaginar que el día acabaría así.

Ahora que había completado el trabajo que se le había encargado, no sabía si tenía que dar parte o no. Descartó hablar directamente con el jefe. Al final, se decidió por otra persona.

—Dime. —La voz del Lobo se escuchó por los altavoces del Audi, a través del «manos libres».

—Ya está.

—¿Todo bien?

—Sí. Bueno, ya sabes. No hacía más que excusarse.

Como siempre, la omisión de información y los dobles sentidos eran la clave. El cifrado no era demasiado complicado.

—¿Qué decía?

—Tonterías. Habló de Angela. ¿Estaba ella allí?

—Sí.

Coleman no tenía forma de saberlo, pero el Lobo ya había hablado con Scorpio sobre eso. No había sido fácil, Annibal se había cerrado en banda. No obstante, Rafael le había sonsacado lo suficiente como para saber que Harrison no solo había descubierto a la prisionera, sino que había estado a punto de cometer una barbaridad. Negar la presencia de Angela en la casa solo provocaría desconfianza, mientras que admitirla normalizaría la situación. Al fin y al cabo, nadie más que ellos dos conocían la verdad.

—Estaba en la planta de arriba, dormida en el cuarto de Annibal. Parece ser que no se encontraba muy bien —mintió Rafael.

—Joder, tío. —Ryan golpeó el volante con la izquierda—. Puto mentiroso. Decía que la había encontrado atada.

—¿Atada? —El Lobo fingió desconcierto. Por teléfono era una tarea mucho más sencilla—. ¿Qué gilipollez es esa?

—Lo que nos quiso contar para intentar librarse. Joder. Es que es obvio. Se había puesto hasta el culo, y todos sabemos lo larga que tiene la mano cuando está hasta el culo. Por eso tardaba, el cabrón. Joder. Joder, joder.

—Bueno, ya está. No sirve de nada darle más vueltas, y menos por aquí.

—Supongo que tienes razón. ¿Cómo está Scorpio ahora?

—No sé. Ya no estoy con él. Pero no muy receptivo, como comprenderás. No lo llames hoy, no creo que te reciba muy bien.

Lo único que Coleman quería saber era si la ejecución que se había llevado a cabo era proporcional al acto que Harrison había perpetrado. Con lo que ahora sabía, intuía que sí.

—No iba a hacerlo.

—En fin. Supongo que buen trabajo. Ya hablaremos.

Rafael cortó la comunicación.

Coleman sintió rabia ante las mentiras de Harrison. La prudencia del Lobo y el hecho de hablar por teléfono impidieron constatarlo, pero, si había leído bien entre líneas, todo confirmaba que Fred se había propasado con la chica del jefe. Y, si era así, no sabía cuán lejos había llegado. En cualquier caso, le había costado la vida.

Estaba deseando llegar a casa, darse una ducha caliente y meterse en la cama. Olvidar que se había cargado a un colega.

Capítulo 13

Annibal sostenía el cigarro entre los labios. Ni siquiera lo había encendido. Juguetecía con el Zippo plateado entre sus dedos. Abriéndolo, cerrándolo. Abriéndolo, cerrándolo. Abriéndolo.

Permanecía sentado en una de las sillas del jardín. Nunca se había dedicado a cuidarlo. No tenía tiempo ni interés. De vez en cuando arrancaba alguna mala hierba. Los árboles y los matorrales eran lo suficientemente densos como para evitar miradas indiscretas.

Escuchó un trueno lejano. Se avecinaba tormenta.

No solo en el cielo, al parecer.

Mirara donde mirase, solo encontraba fango.

Había perdido los suficientes hombres como para diezmar sus filas más cercanas, y ahora él mismo había ordenado matar a otro más. No tenía ni idea de cómo Harrison había terminado en el desván, y mucho menos comprendía qué le había llevado a intentar... Se suponía que la última noticia que Fred tenía acerca de ellos dos era que se estaban viendo. Ese tipo siempre había mostrado un interés lascivo por Angela. Tal vez pensó que, al encontrarla así, el mejor castigo era... Pero Harrison no habría tenido ni puta idea del por qué habría que castigarla.

Apretó el Zippo dentro del puño.

El que fuera uno de sus hombres había abusado de su confianza hasta lo absurdo. Se había atribuido unos privilegios con la que había supuesto su chica.

Pero no era su chica.

Era la mujer que había estado buscando su ruina. La única que había conseguido destrozar desde dentro. La asesina en las sombras.

No era su chica.

Era la chica de Joel Kreamer, el verdugo de Sylvia.

¿Era eso? ¿Evitar que Angela corriera la misma suerte que su hermana? ¿Por qué? No le debía nada, al contrario. Proteger a esa mujer no le devolvería a Sylvia. Y él lo sabía.

El cigarro se echó a perder. Había comenzado a llover. Ni se inmutó.

Sus ideas solo obedecían al caos. El recuerdo del momento en el que había sorprendido a Harrison allí arriba no hacía más que repetirse en bucle. El modo en que ella le había mirado, buscando un salvavidas ante la aberración que había estado a punto de sufrir. No sabía sacarse esos ojos de la cabeza. Tampoco podía controlar el sutil tic nervioso de la pierna, botando arriba y abajo.

No tenía sentido continuar ignorando la realidad. No después de lo ocurrido esa tarde. Tenía que ser sincero consigo mismo. Ya no era una suposición, sino una dolorosa certeza.

Estaba enamorado de Angela.

Supo que tenía frío cuando una de las gotas de lluvia resbaló por su cuello hasta llegar a la tela de la camiseta, donde murió. Las prendas mojadas se le adhirieron al cuerpo cuando se levantó. Volvió al interior de la casa por la puerta del salón. Estaba oscuro.

Sus pasos le guiaron a la escalera. Ni siquiera se cambió de ropa. Caminaba como un autómatas. Completó el último tramo de los peldaños con la imagen de los pantalones de Harrison perforándole la cabeza.

Abrió la puerta del desván.

Nada había cambiado.

Angela levantó la cabeza bruscamente. La camiseta rota no podía ocultar el sujetador descolocado. No dijo nada. La piel bajo sus ojos era más oscura. Las marcas amoratadas de su rostro se veían más evidentes. Los restos de sangre seca todavía la acompañaban. Scorpio solo

podía ver en ella lo mismo que el día que la había conocido.

El hombre se detuvo frente a ella, dominando todos y cada uno de los impulsos que amenazaban con gobernar su voluntad. Todavía tenía mucho trabajo por delante, muchas preguntas que hacerle. No podía dejarse llevar por los últimos acontecimientos. Por ninguno de ellos.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás para poder verle. No resistió mucho tiempo. Miró hacia otro lado. Se sobresaltó cuando sintió las manos del narcotraficante sobre ella. Su corazón se aceleró. Pero lo único que hizo Annibal fue colocarle el sujetador, devolviéndole así parte de su dignidad perdida. Al tocarla, notó que tiritaba. Su piel estaba fría, pero retiró los dedos como si le abrasara.

Su encrucijada no le permitía interrogarla.

Solo tuvo valor para marcharse de allí, dejándola sola.

Capítulo 14 - Angela

Sola.

No podía pensar con claridad. Ni siquiera sabía dónde estaba.

Todo el tiempo desde que me había despertado en aquella pesadilla había transcurrido desesperadamente lento. Pero ahora... ahora solo corría descontrolado. Distorsionado. Fuera del alcance de mi entendimiento. Había muchas cosas que no era capaz de comprender. La primera de ellas, por qué todavía seguía con vida. La única explicación que encontraba era que Scorpio todavía quería más de mí. Cuando se lo diese, me mataría. No tenía ninguna duda al respecto. Desde el mismo momento en el que fui consciente de que todo había terminado, me había propuesto resistir. Ser quien no había sido capaz hasta el momento. O, al menos, ser aquella que había perdido durante las últimas semanas.

De verdad que lo intenté.

Pero una parte de mí sabía que era ridículo, que el juego había acabado. Incluso cuando pretendí que mi imagen coincidiese con quien él esperaba encontrar.

Creí que podía aguantar todos los golpes. Al menos, al principio. Me golpeaba una y otra vez. Buscaba una respuesta que yo no podía darle. Dolía. Ardía. Era insoportable. Pero, de algún modo, continuaba siendo fiel a mi resistencia. Él mismo me había dicho que era capaz de hacerme más daño y yo sabía que no mentía. Tampoco yo lo hacía cuando gritaba que no tenía ni puta idea de qué era lo que quería que le dijera sobre ese O'Quinn. Apenas sabía nada de él. Craso error, debí investigar más. Al menos, habría tenido algo que ofrecerle las veces que me había dejado al borde de la inconsciencia por falta de oxígeno.

Mantuve mi mutismo.

No podía fallar a Joel.

Estaba cansada, muy cansada. Un solo vaso de agua no era suficiente para aplacar mi sed. La presencia de aquel triste sándwich en el suelo, tan cerca y a la vez tan lejos, me calcinaba el estómago. Ni siquiera podía dormir bien. Me escocían mucho las marcas de las cuerdas. Todo mi ser estaba entumecido. Mis heridas no dolían más que saber que aquel lugar indefinido era lo último que iba a ver. No dolían más que mi sensación constante de fracaso.

O eso pensaba hasta que vi aparecer a ese Harrison por la puerta.

Al principio, cuando escuché la puerta, me imaginé que era Scorpio. El simple hecho de volver a imaginar el saco sobre mi cabeza me revolvió el estómago. Resultó ser mucho, mucho peor.

Lo primero que vi en ese puto cerdo fue desconcierto, sorpresa. ¿Acaso no esperaba encontrarme allí? Así que descarté que viniera a ejecutarme. Tampoco tenía mucho sentido después de todo por lo que estaba pasando. Aunque solo fuese por el puro placer de ser él quien acabara conmigo, supuse que Scorpio no lo delegaría en otro. Con todo y sin poder evitarlo, mi cuerpo echó a temblar.

Me asqueó la mirada de Harrison. Me repugnó el sonido que hizo la puerta cuando la cerró a sus espaldas.

—Esto sí que no me lo esperaba. ¿Qué estás haciendo aquí, y... así? —Una sonrisa estúpida había aparecido entonces en su cara.

Sabía que ese tipo era gilipollas, pero no supe cuánto hasta entonces. Si no entendía lo que estaba sucediendo allí, no sabía qué coño hacía dentro del crimen organizado. Lo único que me reveló aquella pregunta ridícula fue que Scorpio no había dicho nada, al menos a él. A esas alturas, pensaba que la noticia de mi autoría habría volado como la pólvora.

Por supuesto, no respondí.

—¿Qué es lo que has hecho para estar así, guapa? —había repetido. Su voz empalagosa se me quedaría grabada. Estaba borracho—. ¿Es que has enfadado al jefe?

Noté burla en la última palabra.

Se acercó a mí. La creciente inseguridad aceleró mi pulso. Estiró el brazo torpemente hacia mí. Quise apartarme. No pude evitar que me acariciara la mejilla. El estómago me dio un vuelco de puro asco. Él chasqueó con la lengua. Llegó hasta mí un nauseabundo olor etílico.

—Cada vez entiendo menos a ese chaval, ¿sabes? Creo que no tiene ni puta idea de lo que hace. —La pastosidad de las palabras se colaba por mis oídos como gusanos—. Pero será mejor que me calle, eres su novia. Seguro que le contarás todo lo que te diga. Aunque, para ser su novia, te trata un poco mal.

Luego, rio su propio chiste. Sentí escalofríos. Me dolió la piel bajo las cuerdas. Algo me hacía querer que se marchara de allí, preferir la presencia de mi torturador antes que la de aquel borracho de mierda. Por pura supervivencia y autoprotección, procuré mantenerme impasible.

—Es un puto imbécil —había continuado después—. Solo hay lo que él dice que hay, ¿entiendes lo que quiero decir? Su manera de hacer las cosas es la única válida. Los demás somos una mierda, unos títeres. —Creo que volvió a ser consciente de que yo estaba delante. Me miró y me enseñó sus asquerosos dientes con una nueva y ridícula sonrisa—. Bueno, todo eso. Ya me entiendes. Eres muy lista. ¿A quién se le ocurre desperdiciar así a una hembra como tú? Mira cómo te ha dejado la cara. Has sido una chica mala, ¿a que sí?

Se pegó más a mí. Aguanté la respiración para que no me llegara su aliento fétido. Me respiró muy cerca del cuello. No podía escapar de él. Recuerdo haber tragado saliva entonces, aun con la sequedad de mi boca. Me quedé quieta, muy quieta.

—No sabes las ganas que tenía de hacer esto desde que te vi subida al escenario. ¡Y mírame! Ahora te tengo solo para mí. No creo que le importe, visto lo visto.

Me acarició el cuello con los dedos. Intenté apartarme. Ni mis manos ni mis pies respondían, atrapados. Una gran burbuja de ansiedad me inundó el pecho. Retorcí las muñecas.

—No te atrevas a tocarme, cabrón. Annibal puede llegar en cualquier momento.

Todavía no sé por qué le dije eso. Como si él fuese a ayudarme después de todo. Estaba desesperada.

—¿Annibal? Ese está abajo demasiado ocupado ignorando lo que ocurre arriba. Además, seguramente mueras de todas maneras. No sé por qué estás aquí, pero, si lo conocieras tanto como yo, sabrías que no le gusta dejar cabos sueltos. Y tienes pinta de ser un cabo suelto muy bonito. Ya es gordo lo que has debido de hacer. Su propia chica, ¡esto sí que es bueno! Pero no te preocupes, preciosa, ya estoy yo aquí. Ni siquiera quiero que me des las gracias, solo pasemos un buen rato, ¿eh? Tú y yo. ¿Te das cuenta de que va a ser lo último que disfrutes en tu vida? Tómalo como un favor.

Lo primero que procesé fue «abajo». Era evidente que ese desgraciado estaba conmigo sin que se supiera, pero es que Scorpio se encontraba allí. Me hizo pensar que estábamos en su casa desde el principio.

Luego comprendí el resto del mensaje. Me bloqueé.

Los dedos ásperos de Harrison todavía me rozaban el cuello. Yo solo intentaba mantener la calma.

Esto no está pasando.

Todo mi cuerpo cayó en una dolorosa tensión. Ni siquiera me podía defender. Apreté los dientes para que no me temblara el labio inferior. No podía mostrar miedo. Pero estaba aterrada.

Mordí a ese malnacido cuando volvió a tocarme la cara. Él aulló. Me dio una bofetada. Fue como si un ejército de agujas se clavase sobre mi rostro ya contusionado. No le di el gusto de oírme gritar...

—Menuda zorra estás hecha —había dicho después. Se tambaleó un poco al retroceder. Lástima que no se hubiera caído y partido la cabeza—. ¿También lo mordías a él? Puta. La boca se utiliza para otras cosas. Si Scorpio no te lo enseñó, lo haré yo.

Me agarró del cuello. Perdí el control de mi respiración. Pero no apretaba, quería mantenerme bajo control. Volvió a tocarme con la otra mano. Bajó. Sus dedos eran como basura viscosa cayéndome por el pecho. Me revolví. Él era más fuerte. Yo seguía inmobilizada. Me ardieron los ojos. Forcejeé contra las cuerdas que me sujetaban los pies a las patas de la silla. No ocurrió nada. Cerré los ojos. Metió la mano por debajo de mi camiseta. Por debajo de mi sujetador.

Solo quería morirme.

Luché contra las cuerdas con todas mis fuerzas.

Lo escuchaba jadear. Respiraba su aliento hediondo. Náuseas.

No podía pensar en nada más. Lo intenté. No podía dejar la mente en blanco. El miedo era mucho más grande que las ganas de asesinarlo. Porque era eso lo que tendría que haber hecho. Ese ser despreciable debería haber encabezado la lista de muertes.

Me temblaban las manos.

Me temblaba el alma.

El hijo de puta me soltó. Llegué a pensar que había tenido bastante. Pero un tipo así nunca tiene bastante. Me desgarró la camiseta de un tirón. Los trozos de tela cayeron, abatidos, sobre mí. Me miró. Quise gritar. En cambio, dejé que en mis ojos encontrara mis ansias de verlo muerto. Esto pareció alentarle. Sonrió. A mí solo me pareció una mueca grotesca. Me bajó el sujetador.

No vomité porque mi estómago era tan solo un pozo vacío.

Sentí rabia. Sentí vergüenza. Impotencia. Vulnerabilidad.

No me atrevía a mirar hacia abajo y comprobar mi desnudez parcial. No quería afrontar lo que estaba a punto de suceder.

—Me das mucha pena. —Una sucia excitación le humedecía los labios—. Conmigo no te pasarían estas cosas. Si, de entre tantos, me hubieras elegido a mí, ahora no estaríamos en esta situación. ¿Buscas su dinero? Yo también tengo. ¿Es porque es más joven? ¿Porque es guapo? —Una mueca bobalicona cruzó su cara—. Yo jamás te maltrataría así.

—No, hijo de puta. Tú prefieres violarme.

Necesité de toda mi fuerza de voluntad para conseguir hablar y, sobre todo, para pronunciar la última palabra. Era eso lo que iba a ocurrir, lo sabía. Apreté los puños. Quise detener el temblor que sacudía mis entrañas. No pude.

—¿Violarte? —había repetido como un idiota. Noté la euforia en el brillo ponzoñoso de sus ojos—. Se podría llamar así, sí. No creo que quieras hacerlo. Te haré cambiar de opinión. Y me pedirás más.

El tipo se agachó frente a mí. Tocó las cuerdas que me sujetaban los tobillos a la silla. Casi pude escuchar los engranajes de su cerebro enfermo. Tal y como estaba, no podía ofrecerle mucha variedad. Sabía muy bien lo que habría hecho si me hubiese obligado a abrir la boca: la habría cerrado tan fuerte que habría muerto desangrado.

—Así no me vales —le escuché decir.

Empezó a aflojar la soga que me apresaba los pies. Ese gilipollas era más estúpido de lo que pensaba. Lo primero que haría sería molerlo a patadas. No tuve esa suerte.

Bufó. Le habían salido mal los planes. Entonces, rodeó la silla. Se colocó detrás de mí. Mi corazón latía muy rápido. Cerré los ojos. Al desaparecer de mi campo de visión, mi ansiedad aumentó. No podía verlo llegar. De pronto, noté cómo hurgaba entre las cuerdas de mis muñecas. El dolor de mis muñecas fue espantoso. Las sentía en carne viva.

—Joder. ¡Joder! ¿Cómo coño ha hecho los nudos?

Oh, sí. Estaba deseando que me desatara. Tal vez ese perturbado fuera mi salvoconducto. Su desquiciada excitación podría haber sido mi llave. Libre, habría usado todas las fuerzas que entonces me quedaban para arrancarle la cara con mis propias manos. Seguía sin creer que supiera quién era yo realmente. Eso me hacía jugar con ventaja.

La venganza era lo único que me mantenía entera.

Mis castillos se desvanecieron en el aire. Frustrado por su fracaso, regresó en frente de mí. Mis muros temblaron junto con mi cuerpo.

—Me da igual. Serás mía.

Harrison se empezó a desabrochar el cinturón. Después, los pantalones. Se los bajó. La visión de aquellas piernas blanquecinas y peludas, de aquellos calzoncillos azules de lunares me cerró la respiración. Bajo estos, un abultamiento.

Empecé a marearme.

La bilis me subió a la garganta.

Quise patear cuando noté sus mugrientos dedos en los botones de mis pantalones vaqueros. Volvió a abofetearme. Apenas me dolió más que la posibilidad de que me siguiera tocando. Se olvidó de los botones y plantó sus manos en mi abdomen. Fue bajando. Volví a patear. Me volvió a golpear. El miedo se abría paso dentro de mí, podía notarlo. Quizá, si me centraba en el miedo, dejaba de sentir las asperezas de esos dedos. La cercanía de su aliento. Mi indefensión.

Encontró mi ropa interior.

Miré hacia otro lado. No quería verlo. Prefería estar muerta.

—Vamos a hacer las cosas bien.

Se dispuso a bajar sus calzoncillos. Yo apenas podía respirar.

Y la puerta tronó.

La imagen de Scorpio se abrió ante mí como una burbuja de aire en medio de un océano de cieno.

—Annibal...

No escuché mi propia voz. Parecía pertenecer a otra persona.

A partir de entonces, todo fue muy confuso.

Excusas. Gritos. Golpes. Sangre. La paliza que estaba presenciando me inmovilizó más que las sogas. Aquella reacción brutal encogía cada partícula de mi ser. No era la violencia la que sostenía mi corazón en la cuerda floja. No. No era ese despliegue de crueldad el que me erizaba el alma.

Terminó empujando a Harrison por las escaleras. Y desapareció.

La distorsión del tiempo creció. Apenas podía asimilar todo lo que había ocurrido, todo lo que podría haber sucedido. El miedo latía dentro de mi pecho como un ente aferrado al corazón. Mis latidos desbocados enfermaron cuando vieron cómo Annibal regresaba.

Me colocó el sujetador.

Se fue.

Sola.

Empecé a contemplar la arena de mi reloj cayendo como los rayos de sol cuando, de la

mano, se unen para ir a morir a los albores de la noche. No confiaba en que me quedara mucho más tiempo de vida. Me sumía en angustia, en la agonía de no saber por qué me había salvado de las garras de ese desequilibrado cuando, estaba segura, deseaba verme muerta.

Cerré los ojos. El poco sentido que parecía aún sostener los pilares de mi caótica vida se esfumaba poco a poco. Lentamente. Como las cenizas de un incendio. Como si nunca hubiese existido.

Joel.

Las lágrimas rodaron por mi rostro magullado.

Estaba agotada. Tenía frío. Tenía sed. Tenía hambre. Quería perder la consciencia. Descansar. Olvidar. Morir, por qué no. Ya nada me retenía aquí. Ni siquiera una venganza fallida.

Lloré hasta que me quedé dormida.

Desperté.

Un ruido me rompió la respiración. Sobresaltada, el aire se adentraba en mis pulmones a borbotones. Miré la puerta. Lo vi.

Annibal caminó hacia mí. El miedo me apuñaló, me desgarró por dentro. Una vez más, luché por mi imagen. Era lo único que me quedaba y que dependía de mí. Apenas podía controlarlo. No quería mirar, pero me obligué a hacerlo. Necesitaba saber sus intenciones.

Traía algo. La pequeña bombilla macilenta que colgaba del techo no me dejaba verlo bien. Supe lo que era cuando prácticamente ya lo tenía en los labios. Estaba frío. Cerré los ojos al volver a sentir el agua en mi boca. Si había echado algo en la bebida, poco me importó.

Seguía temblando.

Con la garganta ya hidratada, sentí unas ligeras molestias. Estaba enfermando.

Él todavía sostenía algo entre las manos. Algo de tela.

No pude soportar el recuerdo del saco sobre mi cabeza. Apoyé la punta de los pies, helados y descalzos, en el suelo. Traté de impulsarme hacia atrás. Ni siquiera me moví unos milímetros. Mi pecho subía y bajaba muy rápido. Cerré los ojos una vez más. Supe que, si volvía a cubrirme con el saco, no podría soportarlo, rompería a llorar.

Pero nada cayó sobre mi cabeza. Sentí una textura suave en los hombros, en los brazos, alrededor de mi cuerpo. Me abrazó una sensación de calidez. Me atreví a despegar los párpados. Estaba desconcertada. Una manta gris oscuro me arropaba. Él estaba terminando de colocarla. Se encontraba muy cerca de mí.

Me escocían los ojos. Parpadeé varias veces.

En mis delirios, deseé que él no fuese el criminal que me había arruinado la vida.

En mis delirios, deseé no haber sido yo la que hubiese intentado destrozar la suya.

No podía aguantar la forma en la que me miraba. Necesitaba que se marchase, que me dejara recuperar mi soledad. Sin decir nada, eso fue exactamente lo que hizo.

No me di cuenta de que mis temblores habían cesado.

Me quedé mirando la puerta, a lo lejos. La madera se emborronó a través de mis lágrimas amargas.

Capítulo 15 - Sylvia

—¿De qué la traigo, mamá?

—No lo sé, cariño. De lo que tú quieras.

—¿Chocolate?

—De chocolate está bien. A los tres nos gusta el chocolate.

—¡Con vainilla también!

—Me parece bien. Hay veinte dólares en mi monedero, llévatelos. Creo que tendrás suficiente con eso.

Los ojos de Heather burbujeaban ternura al contemplar a su hija de trece años marcharse de la cocina brincando. Su largo cabello oscuro se sostenía en el aire con cada salto. A los pocos segundos regresó con el billete en la mano. Era evidente que el buen humor de Sylvia se había ido acentuando conforme se acercaba la noche. No había visto a su hermano mayor en todo el día. Annibal trabajaba en el taller mecánico de Anthony, su difunto padre, y cerraba sobre las ocho. A las ocho y media solía llegar a casa. La niña se lamentaba de que ni siquiera pudiese terminar antes ni el día en que el chico cumplía dieciocho. Su madre y ella habían planeado que, para compensárselo, prepararían una cena especial de celebración. La misión de Sylvia era comprar la tarta.

—¿Puedo traer pasteles si me sobra dinero?

—Claro. Si no podemos con ellos esta noche, nos los comemos mañana para desayunar.

La sonrisa de la niña se ensanchó como el arcoíris, almendrando sus ojos marrones. Las pecas rociadas por sus mejillas y su nariz ciertamente infantilizaban un rostro no tan pueril.

—Abrígate, hace frío —le aconsejó Heather.

—Vale, mamá.

Sylvia vestía una sudadera rosa pálido, pantalones vaqueros y deportivas blancas. Obedeciendo a su madre, del perchero de la entrada del apartamento cogió su grueso abrigo de color azul oscuro y pelaje sintético de color marrón en el interior y bordes de la capucha. Los mechones de pelo negro caían por los laterales de la cara como riachuelos de penumbra.

Guardó los veinte dólares en uno de los bolsillos delanteros de su pantalón y volvió a la cocina corriendo. El reloj marcaba las siete. Todavía quedaba media hora para el cierre de la pastelería. Le daba tiempo.

Sylvia besó a su madre en la mejilla.

—¡Hasta ahora!

—Ten cuidado.

Pero la niña ya había salido volando antes de que Heather terminara la frase. Ya estaba abandonando la pequeña casita de una planta que componía el hogar de esa familia de tres.

Quince minutos la separaban de la pastelería. Las luces navideñas que decoraban el pueblo conformaban un espectáculo de colores. Los escaparates brillaban con la magia de la época. Se echó vaho sobre las manos y las guardó en los bolsillos de su abrigo. Se le había enrojecido la punta de la nariz. Caía la noche en aquel frío veintiséis de diciembre.

Dos rutas posibles la conducirían a su destino. La primera y más larga consistía en atravesar varias calles de casas y algún que otro bloque de apartamentos. La más corta atajaba por un descampado de pequeños montículos de tierra y malas hierbas. Como otras miles de veces antes, la muchacha eligió la segunda opción. Además, la contaminación lumínica era menor en la zona y podía divisar mejor el puñado de estrellas salpicadas en lo alto.

Aquella noche no fue distinta. Las estrellas le guiñaban su luz, cómplices, sumándose al

despliegue festivo de la Navidad. Siempre estaba pendiente por si cazaba alguna estrella fugaz. Solía decirse que al ver una se concedía un deseo. Sylvia sabía que esas cortísimas pinceladas en el cielo no eran más que pequeños meteoritos que irrumpían y se desintegraban en la atmósfera, o tal vez basura espacial. Sin embargo, prefería pensar que eran almas brillantes que viajaban muy lejos de allí y que, de vez en cuando, se asomaban sobre el planeta en el que vivieron una vez.

Una vez en la pastelería, solo había dos personas por delante de ella, y una de ellas ya estaba terminando de pagar. Golosa, les echó un vistazo a todas las tartas exhibidas detrás de la vitrina refrigerada. Escoger la que quería resultó fácil: había una que, para ella, destacaba sobre las demás. Así que, cuando llegó su turno, pidió aquella grande cubierta enteramente de chocolate y con apetitosos adornos de nata bañada en chocolate negro. Pidió que le añadiesen vainilla. Los dieciocho dólares que costó hicieron que no pudiera llevarse también pasteles, pero estaba satisfecha con su elección. El pastelero guardó la gran tarta en un preparado de cartón para evitar que se destrozara por el camino.

Durante la vuelta, recordó los regalos de cumpleaños que había estado envolviendo por la tarde. No eran demasiados, no les sobraba el dinero, pero los prepararían en la mesa del salón junto a una tarjeta de felicitación firmada por las dos. Esperaba que a su hermano le gustasen, todo lo había escogido ella misma.

La bóveda estrellada había vuelto a recibir a la muchacha sobre el descampado.

Ya no recorría ese camino sola.

Extrañada, miró por encima de su hombro. No era un lugar transitado, al menos por las noches. También le gustaba por eso. Sin embargo, ahora notaba que la seguían. Percibió tres figuras, pero no pudo distinguir sus rostros. Lo único que supo fue que eran tres hombres. No tenía que preocuparse, se dijo, pero escuchó unos silbidos. Después, los tipos empezaron a chistar.

—¡Morena!

—¡Eh, guapa!

Risas.

Incómoda, Sylvia no tuvo ninguna duda de que se dirigían a ella. Allí no había nadie más. Incómoda, aceleró el paso.

—¡Eh, chica! ¡Te estamos llamando!

Nunca cruzar el descampado se le había hecho tan largo. Pensó en su madre y en cómo la reprendería si se enterase de que había ignorado su consejo de evitar lugares poco iluminados por la noche. Siempre había sido precavida, esta vez no tenía por qué ser diferente. A lo mejor no querían nada, solo burlarse un poco de ella. Pero estaba asustada.

Aunque Sylvia caminaba rápido, sus perseguidores pronto le pisaron los talones. No quería correr, puede que eso fuera aún peor. Y llevaba la tarta, no quería que se le rompiera.

La alcanzaron. Se colocaron delante de ella.

Vio sus caras. Eran bastante mayores que ella. Calculó que podrían rondar los veintitantos.

—Hola, preciosa. ¿Es que no nos oyes? —preguntó aquel situado en el medio. Era alto y atractivo. La miraba con ojos azules enmarcados en un cabello rubio, corto y algo ondulado.

—Sí, pero es que yo...

—No tengas miedo, no pasa nada. —Se aproximó a ella, y quedó más cerca a pesar de que la niña retrocedió unos centímetros—. Me llamo Joel. ¿Cuál es tu nombre?

—Sylvia.

—Encantado de conocerte, Sylvia.

Joel se agachó para besarle la mejilla. Fue un gesto cuidadoso, consciente, casi delicado. Ella se ruborizó. Era una muestra de afecto demasiado íntima por parte de un completo

desconocido. Agarró fuerte el asa de cartón de la tarta. Miró al chico con sus grandes ojos marrones. De vez en cuando se fijaba en los otros dos, un par de pasos por detrás del protagonista del grupo.

—¿Nunca te han dicho lo guapa que eres?

—No sé.

—¿Cómo no lo vas a saber? Esas cosas se saben. Pero ya te lo digo yo: eres muy guapa.

—Gracias. —Sylvia clavó los ojos en la tierra del descampado. No sabía qué era lo que pretendía ese chico. Quería irse a casa.

—¿Qué llevas ahí?

—Una tarta.

—¿Es tu cumpleaños?

—De mi hermano.

—Mira qué bien. ¿Nos das un poco? Seguro que a tu hermano no le importa.

Sylvia titubeó.

—Prefiero que no. Tengo que llevarla entera.

—Claro, es lógico. Lo entiendo. —El tal Joel utilizaba una voz suave, incluso podría decirse que dulce. —Sylvia, ¿te apetece pasarlo bien?

—Me tengo que ir. Me están esperando.

—No pasa nada, solo será un rato. Seguro que ni se dan cuenta, pensarán que te has entretenido por ahí con alguna amiga.

—Mi madre sabe que he ido a la pastelería. —Se estaba quedando congelada, y no solo por el frío de diciembre.

—Pues tu madre debería saber lo que hacen las chicas cuando salen solas por la noche. — De repente, el muchacho ya no era tan amable. Su sonrisa se desprendió de toda calidez.

—No te entiendo.

—No te preocupes, lo entenderás.

El asa de cartón resbaló de entre los dedos fríos de Sylvia en el momento en el que Joel la cogió de los brazos. El sobresalto hizo que emitiera un pequeño grito. Una nube blanca de vaho abandonó sus labios. Intentó zafarse de inmediato.

—¿Qué haces? ¡Suéltame! ¡Me haces daño!

—Tranquilízate y todo será más fácil.

—¡¡Suéltame!!

—Sujetadla.

Los otros dos matones, hasta el momento pasivos, obedecieron al rubio. Cada uno se situó a un lateral de la joven. El más grande le tapó la boca con la mano.

Desde la cocina, Heather escuchó unas llaves abrir la puerta de la casa. El reloj marcaba las ocho menos veinticinco. Empezó a hacer hueco en la nevera para la tarta.

—Buenas.

—¡Annibal! ¿Qué haces aquí? —Salió al pasillo para recibirlo.

—Yo también te quiero, mamá —bromeó él.

—¡Ay, perdona! ¡Felicidades, cariño! —Se acercó a su hijo y lo colmó de besos—. ¡Te me estás haciendo mayor!

—Ya era mayor antes. —Annibal fingió enfado, pero no consiguió engañar a su madre.

—No quieras correr tanto —rio Heather.

—¿Y esto? —preguntó el joven al ver cuatro paquetes envueltos en papel de regalo sobre la

mesa del salón.

—Se suponía que tu hermana debía estar aquí antes de que los vieras. Los ha envuelto ella.

—¿Dónde está Sylvia? —quiso saber Annibal. Dejó el abrigo encima de uno de los brazos del sofá.

—¡No sé dónde tiene la cabeza esta chica! Le dije que no tardara. ¿Y cómo que has salido tan pronto?

—Hoy cerré antes.

Había mentido a su hermana con respecto a la hora de salida. Había trabajado más duro el resto de la jornada para poder permitírselo.

—Aun así, tenía que haber llegado ya. —Heather suspiró—. Ha ido a la pastelería de Tommy a por una tarta. Era una sorpresa. ¡A ver si le ha pasado algo!

—¿Qué le va a pasar? Se habrá encontrado con alguien. —Pero el chico volvió a ponerse el abrigo—. Voy a buscarla.

—No tardéis.

—Vale.

Annibal desapareció por la puerta.

Cuando llegó a la pastelería, encontró a Tommy echando el cierre. Por él se enteró que su hermana se había marchado de allí hacía unos quince o veinte minutos. Annibal frunció el ceño, no se la había cruzado por el camino. Extrañado, dio media vuelta con la intención de volver a casa. Quizá su hermana ya estaba allí y no se habían visto.

Pero al llegar a la parte del trayecto donde se podía escoger entre los dos caminos diferentes, redujo la velocidad. Miró a la derecha. Esa calle desembocaba en un descampado. Recordó que en alguna que otra ocasión había pasado por allí con ella para acompañarla a la escuela, hacía tiempo. Escogió esa ruta. Volvió a acelerar. Si era verdad que Sylvia se había aventurado por ese camino, tendría que advertirle muy seriamente de que fuera la última vez que lo hacía de noche.

A medida que se fue aproximando al descampado, escuchó unas voces. Annibal hizo sus zancadas más grandes. Advirtió unos gritos ahogados. La entrada al terreno sin edificar se encontraba apenas a unos metros por delante de él. A duras penas distinguió unas figuras a lo lejos, en la oscuridad. Dos de pie, un tercero en el suelo y a cierta distancia de los otros. Debajo de esta última, una cuarta silueta. El grito sonó más claro. Luego, llanto. Encontró familiar aquella voz.

Sylvia.

Más adelante no recordaría haberse agachado para coger el palo oxidado de un viejo cartel. Con él en la mano, echó a correr. Trescientos kilómetros por hora no eran suficientes para alcanzar la velocidad a la que su corazón bombeaba. Su única meta era llegar al centro de aquel solar, todo lo demás se desvaneció.

Su presencia llamó la atención de los tres hombres. Sin embargo, para los dos que habían guardado la distancia con el tercero fue complicado reaccionar a tiempo. Annibal dejó caer la barra en la cabeza de uno de ellos con toda la fuerza de la que fue capaz. El tipo se tambaleó y cayó de rodillas. El segundo tuvo la suerte de saber lo que le había sucedido a su compañero, pero tampoco fue capaz de sortear el mazazo. Dio de bruces contra el suelo.

Joel fue más rápido. Le dio tiempo a subirse los pantalones. Se estaba poniendo en pie cuando la vara oxidada silbó surcando el aire. Tan solo unos centímetros evitaron que cayera sobre él.

Annibal, jadeando, miró al suelo. Se horrorizó al contemplar a su hermana boca arriba, con

el cabello revuelto y lleno de tierra. Tenía la cara enrojecida, congestionada, húmeda, presa de un llanto histérico. No vestía nada de cintura para abajo. En la cara interna de los muslos, sangre.

—¡¡Sylvia!! —gritó su hermano. Echando a un lado su propia seguridad, se agachó junto a ella. El espanto era mayor que la turbación al haber contemplado el ultraje a su desnudez.

—¡Eh, tú! ¡Payaso! —vociferó el segundo al que había golpeado.

—Espera, James. No hagas nada, hay reunión familiar.

Tras su intervención, Joel Kreamer se abrochó los botones de su pantalón. Le había dado tiempo a acabar antes de la llegada del intruso. Sonreía. No le tenía miedo. Un palo no tan patético como su portador no le iba a robar el sabor del momento. Y él estaba armado.

—¡Annibal! —La voz de Sylvia era apenas un hilo perdido en el viento frío.

—Pensaba que te había dejado sin habla, muñeca —se mofó Kreamer. Rio junto a sus secuaces.

—Tranquila, Sylvia. Tranquila.

Annibal la abrazó. Ignoró aquel habla hiriente. Solo tenía ojos, humedecidos por la rabia, para su hermana. Era más importante proteger a su hermana que romper el palo herrumbroso en la cabeza de esos cabrones.

—No era llorar lo que estabas haciendo antes, ¿eh? —prosiguió el rubio. Las carcajadas aumentaron cuando uno de los otros dos emitió sonidos agudos y jocosos.

Scorpio no pudo soportarlo más. A su lado, Sylvia se vestía con auténtico pavor. Apenas atinaba a volver a ponerse las prendas. Su hermano la soltó con cuidado y se puso en pie. Encaró a Kreamer aun cuando vio la pistola que había desenfundado. No le apuntaba. El agresor consideraba que era superior al muchacho y a la situación. No borraba la sonrisa socarrona de sus labios.

—¡¡Es una cría!! —gritó Annibal. Las palabras temblaron. Ese maldito rostro le era vagamente familiar, pero no era algo a lo que podía prestar atención—. ¿Cómo...? —Fue imposible completar el mensaje.

—¿Hace falta que te lo explique? Le bajo los pantalones, le bajo las bragas, le met...

—¡¡Hijo de puta!! —Pero el chico no hizo nada más que quedarse allí plantado con las lágrimas resbalando por sus mejillas.

—Qué enternecedor. ¿Es tu hermana? —Joel ya sabía la respuesta. Lo había supuesto por la información que su joven víctima le había dado con anterioridad.

Annibal no respondió. La ira lo estaba consumiendo. Pero por aquel entonces solo era un chico que nada tenía que ver con aquel en el que después se convertiría. No reunía la valentía necesaria como para lanzarse contra alguien armado. Y pensaba en su hermana. Si a él le pasaba algo, Sylvia volvería a quedar a merced de esos desalmados.

—Entiendo que sí. Feliz cumpleaños, gilipollas.

Joel Kreamer se hizo a un lado. Alzó la mano con la que sostenía la pistola.

Apuntó.

Disparó.

No falló.

Los dos estruendos rasgaron la quietud del solar. Fueron ensordecedores. Al principio, Annibal creyó que le había atacado a él y que había errado. Durante una milésima de segundo se sintió afortunado. Pero el cañón del arma no apuntaba en esa dirección.

Se dio la vuelta. Y su corazón se hizo añicos.

—Perdona que no te envuelva el regalo. Tengo prisa.

Las carcajadas de los tres monstruos se mezclaron con el pitido que inundó los oídos del

joven Scorpio. Apenas pudo escucharlas. A sus espaldas, los hombres se daban la vuelta y comenzaron a marcharse. Se felicitaban entre ellos y felicitaban a Joel. Fue un nombre que sí escuchó con toda nitidez mientras su cuerpo se deshacía por dentro. Annibal respiraba por la boca, muy rápido.

Dos orificios quebraban el rostro angelical de Sylvia. Uno en la frente. Otro en la mejilla derecha. La sangre brotaba de ambos, castigando la perfección de sus rasgos adolescentes.

El chico era esclavo de un horror casi demente. La furia regresó con garras de acero. Una furia maníaca. Una rabia que prendió cada rincón de su ser.

Un grito desgarrador. Después corrió hasta alcanzar la espalda del asesino. Lo derribó de un placaje. En el suelo, Scorpio empezó a descargar puñetazos en la cara de Kreamer sin orden ni control. Los esbirros trataron de quitárselo de encima de inmediato, pero el casi metro noventa de estatura de Annibal y su nueva enajenación se lo ponían muy difícil.

Joel movía los brazos debajo de él, tratando de escapar. Entonces, palpando, encontró una botella vacía de cristal. Sin pensárselo, la estrelló contra la cabeza de Annibal. El culo del recipiente estalló en pedazos. Los reflejos del nuevo asaltante lo impulsaron, pese al golpe súbito, a inclinarse hacia atrás todavía sobre ese desgraciado. Pero uno de los filos cortantes de la botella se hundió en su frente. Fue desgarrando la carne hasta llegar más allá del pómulo izquierdo. Por milímetros no había llegado al ojo.

Scorpio aulló de dolor.

Los secuaces aprovecharon el momento para sujetarlo por ambos brazos y quitárselo de encima a su líder. Kreamer se levantó lo más rápido que pudo. Lo machacaron a patadas entre los tres. El chico no podía defenderse. Joel sacó la pistola de nuevo. Sonaron las sirenas. Brillos azules y rojos destellearon a los lejos.

—Mierda, vámonos.

La orden del cabecilla culminó con la huida. Los tipos se marcharon de allí como huracanes.

Annibal se quedó encogido en el suelo. La sangre le resbalaba por la cara e iba a encontrarse con la tierra. El dolor que machacaba su cuerpo era indescriptible. Luego movió los brazos despacio, apoyó los codos en el suelo. Apretó los dientes. Empezó a arrastrarse hasta que se vio capaz de incorporarse lo justo como para lanzarse sobre Sylvia. La niña no había cambiado. Se sentó junto a ella, la levantó por las axilas. Apoyó la cabeza sobre sus piernas. La esperanza de que siguiese con vida se volatilizó de entre sus dedos.

—¡No! ¡No, no, no, no, no! ¡Por favor! —Pero las súplicas del joven se las llevaba el frío de invierno—. Por favor, Sylvia... ¡Sylvia!

Gritó hasta que se le partió la voz. Acunaba la cabeza de la pequeña.

No supo en qué momento la policía se desplegó a su alrededor. Aquel rostro quebrado por los disparos se quedaría en su memoria para siempre. Sylvia le miraba sin verlo desde sus párpados sin cerrar. Él le acariciaba el cabello sucio, que se enredaba entre sus dedos. Cuando dos agentes intentaron levantarlo, Annibal no se resistió. No quería separarse de su hermana, pero no tenía voluntad para expresar lo contrario. Los dos policías lo llevaron a los asientos traseros de un coche patrulla para alejarlo del cadáver. Le hablaban suavemente, tratando de recuperar al muchacho del shock. A pesar de haber llegado a la escena del crimen hacía escasos minutos, por muchos factores estaban lejos de considerarlo sospechoso.

Annibal no entendía lo que le decían. Oyó cómo daban el aviso a una ambulancia, pero todo parecía ocurrir muy lejos de él. Cuando llegó el vehículo sanitario, solamente fue consciente de su presencia porque lo guiaron hacia allí. Se negó a recibir ayuda para subir a la parte de atrás. Lo tumbaron en una camilla. Le limpiaron la herida. Fueron necesarios veinticuatro puntos en la cara.

También un calmante cuando, de repente, estalló en gritos preguntando por la niña.

Años más tarde, la terrible confusión del momento empañaría la recuperación de los recuerdos de Scorpio. Los mezclaría, los suprimiría. Los escondería en lugares recónditos donde no se atrevería a buscar.

Fue la policía la que se encargó de contactar con Heather. Annibal les había facilitado el móvil antes de que lo sedaran por su propia seguridad. No le comunicaron la noticia por teléfono a aquella pobre madre, tan solo se aseguraron de que estaba en casa. Le dijeron que se quedara allí. Y, mientras que dos agentes se personaron en la casa de la mujer, trasladaron al herido al hospital. De esta manera, no fue testigo de cómo su madre tenía que ser atendida, víctima de un desvanecimiento.

Le hicieron un reconocimiento general en el hospital. A pesar de la cantidad de patadas que había recibido, no hallaron contusiones internas. Le dieron el alta un par de horas después, y fueron los propios policías quienes se ofrecieron a llevarlo de regreso. Ya se llevarían a cabo las diligencias oportunas más adelante.

Annibal no quería afrontar el momento de entrar en casa. No quería ver a su madre y tener que confesarle que no había podido hacer nada por salvar la vida de su hermana. Toda la serenidad que había mantenido durante el camino en el coche patrulla, la perdió al cruzar el umbral de la puerta. Se derrumbó en cuanto se encontró con Heather. Rompió a llorar, desconsolado, al caer en sus brazos. No le importaba que la casa estuviese atestada por vecinos y algunos familiares que habían acudido raudos al enterarse de la noticia. Los sanitarios habían avisado a algunos de ellos para que la destrozada mujer no se quedara sola. Cuando Heather vio el aspecto que presentaba el que se había convertido en su único hijo, con el hilo quirúrgico atravesándole el rostro, sufrió otra crisis de ansiedad. Intentaron separarla de él, pero no se dejó. Ambos, fundidos en un abrazo de desgarrador desamparo, deseaban despertar de una pesadilla que se había convertido en su nueva realidad.

Horas después, cuando consiguió serenarse lo suficiente como para mantenerse erguido, consiguió marcar el número de su mejor amigo.

—Han matado a mi hermana, Rafa.

En menos de diez minutos, Rafael ya estaba allí. Encontró al chico destruido. Lo abrazó fuerte, dejando que se desahogara el tiempo que fuera necesario. Conocía a Sylvia desde que esta tenía cinco años. Se obligó a mantenerse fuerte. Lo estuvo acompañando toda la noche.

El funeral no fue menos doloroso. Pudieron officarlo cuando el equipo forense les devolvió el cuerpo tras el correspondiente estudio y posterior informe. Un informe que nadie quería leer. El velatorio rebosaba de personas que querían darle su último adiós a la risueña Sylvia.

Annibal no quería el pésame de nadie.

Sin embargo, tuvo que soportar el aluvión por respeto a su madre. Tuvo que aguantar miradas furtivas y cuchicheos acerca de la enorme herida de su rostro. Tuvo que aprender a ignorarlos. Había veces en las que ni siquiera permitía que Rafael, todavía sin su famoso sobrenombre, se le acercara. También evitaba a Heather, que lucía demacrada. En ocasiones quería marcharse de allí. En otras, temía el momento de tener que irse y dejar volar a su hermana. Iban a incinerarla.

Permaneció allí todo el día.

No reunió el valor suficiente para entrar en la sala donde se exponía el ataúd hasta media hora antes de que cerrara el tanatorio. No la volvería a ver, tanto él como su madre habían decidido no abrir el féretro por recomendación de los maquilladores. No habían sido capaces de hacer desaparecer por completo las marcas de los disparos.

La fragancia floral inundaba la pequeña estancia iluminada. Ramos y ramos enmarcaban los laterales del ataúd blanco, ornamentados con cenefas plateadas. No había podido encargarse uno más lujoso, su sueldo no se lo había permitido. Aun así, pensó que era un bonito lugar para el descanso eterno. Se acercó al ataúd con el corazón golpeando violentamente sus costillas. Posó la mano sobre la madera lacada. Sylvia yacía, sellada, varios centímetros por debajo.

—Perdóname.

El hilo de voz apenas había abandonado sus labios. La garganta se había convertido en un nudo enmarañado. Se echó sobre el féretro y hundió la cabeza entre los brazos, presa del llanto. Apenas podía sostenerse en pie. Se dejó vencer por la desesperación al ser realmente consciente de que jamás volvería a estar tan cerca de Sylvia como entonces. Cayó de rodillas al suelo. Se llevó las dos manos a la cabeza, aferrándose a su pelo corto y oscuro. Era incapaz de sobrellevar tal agonía.

Rafael lo escuchó desde fuera. Se adentró en la blancura impoluta de la salita y se agachó junto a su amigo. Tuvo que llevárselo de allí.

Pocos días después de recibir las cenizas, las regalaron al viento. Ninguno quería conservarlas. Un bote no les decía nada acerca de la niña que habían perdido. Sylvia no se encontraba dentro de aquel puñado de polvo. En una íntima ceremonia de dos, Heather y Annibal viajaron a la playa para dejar fundir los restos con el mar. El amarecer pareció ser el momento propicio. Tal vez hubiera un amanecer para esa chica inocente en otro sitio, más allá del mundo injusto y depravado en el que le había tocado vivir.

Gran parte del chico que Annibal era entonces se esfumó con ella en ese último viaje.

Capítulo 16

Scorpio se pinzaba ambos lagrimales con el dedo índice y pulgar de la mano derecha. Había pasado otra noche de mierda. Estaba cansado. No podía permitir que eso afectara a un trabajo del que ya se estaba empezando a hastiar de verdad. Cada día que pasaba, cada hora se traducían en una nueva tonelada de carga mental.

Ya era domingo.

No le interesaba saber de dónde había sacado la idea de cubrir a esa chica con una manta la noche anterior.

Miraba a Angela a los ojos. Su aspecto no había mejorado, al contrario.

—Estoy demasiado harto de esto —dijo Annibal con voz grave. Sus dedos en uno de los bolsillos del pantalón rozaban algo que prefería no tocar—. Cualquiera cosa que digas no va a empeorar la situación, ni a mejorarla.

—Entonces, deja las cosas como están —respondió Angela, débil. Casi derrotada. El tacto suave de la tela todavía cubría sus brazos.

—No. Me vas a contar exactamente cuál era tu plan. —El hombre se cruzó de brazos. Los niveles de paciencia se desplomaban por minuto. No quería aceptar la posibilidad de estar perdiendo el tiempo. Sabía que el momento se estaba acercando.

—Ya lo sabes. Creo que te lo dejé muy claro.

—Quiero detalles.

—Eso me parece muy morboso.

—Detalles, no opinión.

Cuando Angela tragó saliva, fue como si le pasaran un estropajo por la garganta. Los cortes de Scorpio ya no le extrañaban, ni siquiera la irritaban. Estaba resignada. Quizá funcionara alguna nueva estrategia para salir de allí con vida, pero estaba dispuesta a mantener su silencio y, si hacía falta, llevarse sus secretos a la tumba. O a una cuneta.

Eran pocas las cartas que le quedaban. Debía aprovecharlas. No fallar. Ningún paso en falso.

Clavó su mirada fatigada en la de su oponente.

—¿Qué ha pasado con Harrison? —preguntó de repente. La sola pronunciación del nombre crispó sus dedos a la espalda.

—No es tu problema. —Para Scorpio no fue una sorpresa que supiera la identidad de ese desgraciado. Se mordió la lengua para no preguntarle si había llegado a hacerle algo.

—Si va a volver a intentarlo, me gustaría saberlo. —Pero ella no buscaba esa respuesta, sabía que a ese perturbado se le habrían quitado las ganas de repetirlo en mucho tiempo, tal era la paliza que había recibido. Incluso sin saber lo que había sucedido más allá de la puerta. Lo que realmente quería era el lenguaje no verbal.

—No volverá —sentenció él, abrupto—. La próxima persona que suba ya no encontrará nada porque ya no estarás aquí. Ni en ningún otro sitio. Lo único que ahora mismo depende de ti es el grado de dolor. Hasta ahora no ha sido nada.

Una y otra vez la misma puñetera conversación. Una. Y. Otra. Vez. Continuamente se preguntaba por qué no empleaba técnicas más duras.

Sin poder evitarlo, la chica sintió un escalofrío. Se mantuvo firme.

—No encontré ningún gato.

Angela parpadeó un par de veces, confusa. ¿De qué diablos hablaba ahora?

—Cuando te pregunté por el arañazo del brazo, ese que te hicieron cuando te arrancaron la

pulsera, le echase la culpa al gato. Hace un par de días fui a tu apartamento. No fue un puto gato lo que encontré, precisamente.

La sorpresa se tradujo en gestos que la traicionaron. Imposible, se dijo.

—Vaya, por fin reaccionas. De no haber sido por el Lobo, tu habitación secreta podría haber pasado desapercibida. Luego hablaremos del Lobo, de todas formas. Lo primero que haré será felicitarte. Has llegado más lejos que la policía, enhorabuena. Como espía tienes un gran valor. Aunque habría que trabajar ciertos errores. —Caminó hacia ella.

Angela sabía que no estaba mintiendo. Era imposible mentir con algo así. Nunca se había planteado que alguien encontrara lo que con tanto celo había estado investigando y ocultando, y menos ese hombre. No entendía cómo había podido ocurrir, aun cuando él conocía su dirección y fácilmente había podido coger las llaves de su bolso.

—Hay cosas que no he llegado a comprender del todo. —Al final, la charla no estaba siendo tan mala idea. Su expresión había hablado por ella, debía continuar en esa dirección, por pesado que resultase. Solo debía mantener su temperamento a raya—. Lo primero, el gran fallo que te llevó a terminar aquí. Estabas funcionando a la perfección. Por lo que he visto, ni siquiera sabes el nombre del chico de aquella noche. John Gray, pero todos le llamamos Johnny. Aunque ahora eso es lo de menos. Joder, ni siquiera trabajaba para mí directamente cuando fuiste a por él.

Como el narcotraficante pensaba, continuaba sin recibir respuesta. No importaba. Él contaba con la ventaja, aun cuando todavía quedaban muchas lagunas en la información que poseía.

—Tampoco entiendo qué cojones pintan dos de las fotos en tu esquema —prosiguió. Vio cómo Angela le apartaba la vista—. Deborah me da igual, incluso me ofende que la hayas puesto al mismo nivel que a mis hombres. Es alguien cuyo único objetivo en la vida es llevarme a la cama. ¿Crees que no lo sé? En eso sois iguales.

Aquella lanza verbal agujereó a la prisionera. La sintió en el pecho y en la punta de los dedos. Lo fulminó con la mirada.

—No te atrevas a...

—Cállate, no he terminado —la interrumpió Scorpio sin miramientos—. ¿Sabes cuál es la diferencia entre las dos? Que, puestas a ser unas zorras, al menos ella viene de frente. —No podía ver cómo Angela apretaba los puños—. Y me vas a explicar ahora mismo qué cojones hace una fotografía de mi madre allí.

Las chispas de las pupilas del criminal hicieron que Angela identificara de inmediato un potente punto débil. Pensó que, si hubiese atacado en ese sentido, el daño causado habría sido devastador. Sin embargo, no había recabado datos suficientes. ¿Habría podido incluir a esa mujer en su lista, llegado el caso?

—Sabes que soy muy capaz. —Se inclinó hacia ella. Con un veloz movimiento, sacó la Desert Eagle y la apoyó en el centro del pecho de la asesina. En lo que a Heather se refería, su aguante se desplomaba—. ¡¡Dime qué coño hacía mi madre en tu puto esquema!! —La agarró del pelo de la nuca con la otra mano y le dio un tirón seco. Ella gruñó—. Habla o te pego un tiro —bufó entre dientes. Tiró del martillo de la pistola hacia atrás con el pulgar. El clic quedó flotando en el aire.

—Ella es de tu entorno. —Angela respiraba deprisa.

—¿De mi entorno? —repitió él. Entrecerró los ojos—. ¿Cuántas veces la has visto conmigo?

Ninguna. Pero Angela no lo admitió en voz alta. Lo había deducido por las fotos que había visto en su casa. De hecho, la imagen del esquema era una fotografía de una fotografía.

—Has hecho bien en no acercarte a ella. No estaríamos aquí hablando —continuó Scorpio tras interpretar correctamente el silencio—. Háblame de Rafael.

La gravedad de la situación se manifestó en la ausencia del apodo. Habiendo dejado a Heather a un lado, volvía a dar la impresión de que le habían arrancado las emociones de cuajo. El cañón de la Desert Eagle todavía descansaba, cargada, sobre el pecho de la prisionera. La otra mano, agarrando el cabello.

—Él también tenía que haber muerto, pero escapó. Sé lo que significa para ti —confesó la asesina. La pistola tan cerca hizo que su voz zozobrara. Intentó girar la cabeza hacia un lado, pero él la mantuvo firme.

—¿Y la pintada? ¿La nota? ¿Creías que esto era un puto juego? —Scorpio alzó el volumen.

Negar lo era ridículo. Sabía muchas cosas que caían por su propio peso. Al igual que todas las mentiras que le había contado desde que le conocía.

Annibal consideró curioso que ni los golpes ni la tortura con el agua la hubiesen hecho hablar, y que ahora la estuviese oyendo aun cuando no le revelaba nada relevante. Claro que por aquel entonces no le estaba haciendo las preguntas adecuadas.

—Insistí mucho en que me dijeras para quién trabajabas. Me respondías que para nadie. No te creía, pero ahora parece que es una de las pocas cosas en las que no me has mentado. Tenías a mi madre en el punto de mira, atentaste contra el Lobo por su relación conmigo. Empiezo a pensar que esto no es nada profesional. Habría estado muerto desde hacía tiempo, ¿no es así? Tuviste muchas oportunidades. Pero preferiste ir derribando los naipes uno a uno. ¿Querías debilitarme, ver cómo caía? ¿Y cuándo llegaría mi turno, cuando viese que alguien a quien no pude atrapar había destruido todo lo que tenía? —No necesitó otra respuesta que ver cómo ella agachaba la cabeza. Dejó de apuntarla con el arma, y desactivó el martillo—. ¿Cómo has llegado a arruinar tu vida de esta manera?

—Tú fuiste quien me la arruinó.

—Bien. Ya vamos hablando el mismo idioma. —Scorpio sacó un cigarro de la caja de Lucky Strike del interior de su bolsillo y lo encendió—. Yo no te conocí hasta la puta fiesta. Empezaste a matar antes. ¿A quién defiendes Angela? —Quería oírse lo decir. La imagen del hombre rubio se dibujó en su mente—. ¿Crees que ha merecido la pena esta misión suicida?

—No tienes ni puta idea. —Odiaba esa forma que tenía de hablarle. Prefería que le gritara.

—No te confundas, no soy yo quien ha echado a perder su tiempo. Nunca me lo has dicho, ¿qué edad tienes? ¿Veinticinco, veintiséis años?

—Veintitrés.

—Joder —se sorprendió Annibal. Siempre la había considerado mayor. Negó despacio con la cabeza—. Qué desperdicio. Supongo que estarás orgullosa.

—No hay ningún orgullo en matar.

—Venga, no te pongas moralista ahora. No te pega. ¿Vas a negarme que has disfrutado quitándoles la vida a mis hombres?

—¿Y tú, Scorpio? ¿Disfrutas matando? —inquirió Angela entre dientes. El rencor se cernió sobre ella como una sombra negra.

—Daños colaterales. Pero no estamos hablando de mí.

—Yo sí.

—Tú te callas. —Annibal se llevó el dedo índice a los labios, sin llegar a tocarlos—. No voy a preguntarte cómo has conseguido los nombres de los policías y de los de la DEA que...

—No hay que ser muy listo.

—Ya. Si me interrumpes otra vez, te corto la lengua. Si fueras policía no te podrías vengar,

¿no? Algo así fue lo que dijiste. ¿Qué es lo que tienes que vengar?

Angela cerró los ojos. Inspiró hondo sin hacer ruido. Era como caminar sobre arenas movedizas.

—¿A quién —enfaticó— tienes que vengar? —Se escuchó un trueno fuera de la casa—. ¿Te dice algo el apellido Kreamer?

Un agujero negro se abrió en el estómago de Angela. Parpadeó. Un torrente de emociones le vino encima, aplastándola contra la silla. Jamás lo había mencionado. Era imposible. El único vínculo yacía guardado con llave, y había arrojado esa llave al contenedor de basura hacía meses. No había querido recuperar el sobre hasta que hubiese completado el plan. Pero lo habían hecho por ella. Al fin y al cabo, eran profesionales. ¿Qué significaba una maldita cerradura para ellos?

Esa información suponía un giro radical.

Ese sobre guardaba los pilares que sostenían su vida desde hacía cuatro años.

—No. —Notó el rubor ascender a sus mejillas bajo las contusiones.

—¿Te dice algo el apellido Kreamer?

El silencio fue bastante prolongado.

—¿Conocías a Joel Kreamer?

Angela tragó saliva ante la nueva pregunta. Un nuevo raspón para su garganta. Retorcía los dedos detrás de la silla.

—¿Has hecho todo esto por Joel Kreamer?

La chica casi podía escuchar el transcurrir de los segundos. La compuerta de los recuerdos parecía a punto de explotar. Luchó por contenerla.

—¿Has montado todo esto por Joel Kreamer?

Ella solo quería desaparecer. Morir. Deseaba no haber conocido nunca al hombre que ahora la retenía. Escuchar aquel nombre en voz alta, después de tanto tiempo, le incendió las entrañas.

—¿¿Has estado matando a mis hombres por el puto Joel Kreamer??

—¡¡SÍ!!

El calor llegó a ella como un bofetón. La manta todavía la cubría. La ansiedad la invadió sin llamar primero.

Después, nada.

Se atrevió a mirar a aquel líder del crimen organizado, desafiante. Encontró un rostro inflexible, duro, penetrante, peligroso. Ya había confesado. Ya tenía lo que quería. Esperaba recibir el golpe definitivo de un momento a otro, no había motivos para que la dejase viva más tiempo. El compás de su propia respiración se hundía en la extraña atmósfera. Le pitaban los oídos. No podía dejar de mirar al criminal inmóvil, muy cerca de ella.

La tensión de Scorpio no desapareció, sino que se transformó. Obtener la confirmación de lo que ya sabía no lo hacía más fácil. De algún modo y con las fotografías en su poder, todavía había esperado que le respondiera que era O'Quinn quien se encontraba detrás de todo. No. Una venganza. Una puta venganza por la muerte de uno de los mayores hijos de puta que había conocido jamás. Y había conocido muchos a lo largo de su vida.

El hombre colocó los brazos en jarra y miró hacia el suelo. Quería pensar que había más, algún otro motivo que salvara aquella historia del ridículo más absoluto. Juntó los labios y las comisuras se inclinaron ligeramente hacia abajo. Sus cejas se enarcaron lo suficiente como para que le cambiase la expresión de los ojos. Una sensación curiosa comenzó a forjarse en el centro de su pecho.

Así que todo lo que había pasado los últimos meses había sido a causa de un castigo impuesto por una chica despechada. Y ya indagaría sobre ello, pero todo apuntaba a que había

actuado sola.

Volvió a encontrarse con aquella mirada femenina de ojos cansados, desconfiados, fríos. Heridos. Annibal supo entonces que no iba a poder controlarse mucho más tiempo. Su boca empezó a dibujar una curva hacia arriba. Sus hombros sufrían pequeños y suaves espasmos. De un modo inconsciente se mordió el labio inferior. Llevó una de las manos a la altura de los labios, cubriéndolos. No podía evitarlo.

Al principio, rio en silencio. Tal vez lo absurdo de la historia, tal vez la tensión acumulada, tal vez la falta de descanso, pero pronto se encontró con que no podía parar. Cuanto más intentaba hacerse cargo de la situación, menos capaz era de recuperar la compostura. Se dejó llevar por las carcajadas.

Cuando Angela lo vio romper a reír, se quedó atónita. No recordaba un solo momento en el que lo hubiese visto hacerlo de forma tan abierta. ¿Qué diablos significaba aquello? ¿Acaso se estaba riendo de ella? Vio cómo la risa le naturalizaba y suavizaba los rasgos.

—No tiene ni puta gracia —soltó Angela. La sorpresa inicial había desembocado en impotente enfado.

—No la tiene —respondió él, aún afectado.

—Entonces, ¿por qué...?

—No voy a darte ningún tipo de explicación. Estás aquí para dárme las tú.

Scorpio recuperó la seriedad como si jamás se hubiera desprendido de ella.

Metió la mano en el bolsillo de su pantalón. Sacó, doblado, todo lo que allí guardaba. Lo ojeó rápidamente en busca de un objetivo concreto. Entre sus dedos se abrió una de las instantáneas en las que Kreamer aparecía solo. Notaba podredumbre tan solo con tocarla. Sujetó el retrato por un lateral, casi con la punta de los dedos. Lo colocó de frente a la mujer.

—Pensaba que trabajabas para el viejo O'Quinn, pero ha resultado ser aún peor. —Sonó impávido, inquebrantable—. Todo lo que hiciste fue por este gilipollas.

—Métete los insultos por el culo, Scorpio.

El traficante la golpeó en la cara con el dorso de la mano. Su cabeza quedó ladeada, pero él la cogió de la barbilla y se la volvió a colocar de frente. Casi podía tocar el resentimiento con el que lo miraba. Se fijó en que su labio superior había vuelto a ceder. Sangraba. Entonces, se agachó muy cerca de ella. Notó cómo los cabellos rubios le rozaban la piel.

—La vida es injusta, Angela. Pero muy justa para ese pedazo de mierda.

La asesina se mordió literalmente la lengua para no volver a responder.

—¿Compartías su forma de pensar para vengarlo de esta forma? —Annibal le agarró la cara, hundiéndole los dedos en sus castigadas mejillas—. Tu querido Joel no merecía ser vengado. Solo merecía la muerte. Volar por los aires. No sabes cuánto me arrepiento de no haberlo tenido como estás tú ahora para haberle arrancado la piel a tiras. —Dejó escapar entre dientes. Se estremecía de pura furia.

—Puto asesino de mierda. —Angela a duras penas pudo hablar por la fuerte presión en la mandíbula. Entrecerró los ojos chispeantes—. Joel valía mil veces más que tú. Era un buen hombre. ¿Quién coño te crees que eres para decidir quién vive y quién muere? ¿No tenías suficiente con tu puto imperio? ¿Querías más?

Scorpio la soltó, se incorporó y retrocedió un paso. Aquellas palabras revelaban más sobre ella que cualquiera de las otras que hubiera soltado por la boca desde que la conocía. Si hubiera sido capaz, habría sentido lástima por una ignorancia tan grande. Hacer coincidir «Joel Kreamer» y «buen hombre» en la misma oración suponía la más absoluta de las aberraciones. Las acusaciones de las que se le había imputado eran de trata de blancas, violación y asesinato, entre

otras muchas. Pero a Scorpio le importaban una mierda todos esos cargos, lo que había hecho con su hermana no tenía perdón ni del mismo diablo.

—¿Eres consciente de lo que has dicho?

—Perfectamente.

—No tienes ni puta idea de quién era Joel Kreamer, ¿verdad?

—Sé quién eres tú y lo que le hiciste. Suficiente.

—Te repito que no estamos hablando de mí.

—Por supuesto que sé quién era. —La presa de contención de Angela se resquebrajaba.

—No, no lo sabes.

—¿Quién coño te crees que eres para...?

Un nuevo golpe en la cara destruyó el interrogante.

—¿Qué sabes de Kreamer? —La expectación crecía a pasos agigantados, había alcanzado el núcleo. Pero obtuvo un nuevo silencio—. No me toques más los cojones, Angela. Me queda muy poquita paciencia.

—No sé qué quieres que te responda. —La mujer sufría por no poder cubrir la zona golpeada con las manos—. Era un hombre bueno. Tenía proyectos, ideas de futuro. Cosas más útiles que joderle la vida a los demás con la puta droga.

—Y supongo que tú querías recuperar esos fantásticos proyectos. —Hizo caso omiso a la última ofensiva.

—Quería recuperarlo a él. Como no podía, pasé a querer eliminarte a ti.

—Pues sigo aquí.

—No todos pueden decir lo mismo.

Scorpio detuvo la mano a medio camino. Angela ya había girado la cara y cerrado los ojos para recibir el golpe. Bajó el brazo despacio.

—Si lo que quieres es reunirte con tu puto Joel, no tardarás en hacerlo. Pero antes voy a explicarte quién es aquel por el que vas a morir.

De repente, Scorpio dejó de sentir la ventaja. Todo estaba a punto de terminar.

Un vértigo intenso se adueñó de Angela. Tuvo el impulso de tirar de sus manos hacia arriba. No lo hizo. La tensión carcomía sus músculos castigados.

—El bueno de Joel Kreamer —prosiguió Annibal, vomitando cada una de las letras— era un hijo de la gran puta. No sé en qué cuento de hadas vives ni me importa. Era un criminal.

—Te parece más a él de lo que piensas, entonces. —Pese a todo, no había olvidado la anterior comparativa con Deborah. Parecía haber ocurrido un millón de años atrás.

—Así es el tipo de hombre con el que te gusta meterte en la cama.

—¿De qué coño hablas? —Una súbita mueca de asco cruzó el rostro magullado de la prisionera—. No me acostaba con él. Era mi primo.

Una imagen incestuosa cruzó la mente de Angela, mancillando sus recuerdos. Se le revolvió el estómago.

Annibal se quedó callado. Había interpretado aquella carta mal, muy mal. Pero no cambiaba los hechos. No era relevante. O eso creía.

—Lo que sea. Tu querido primo era un criminal depravado.

—¿Cree el ladrón que todos son de su condición? —Nada le importaba a Angela cruzar la línea. Se veía condenada de todas formas.

Entonces, Scorpio dibujó una sonrisa. Miró al suelo, regresó a ella. Y ella odiaba verlo sonreír.

—Te comportas como una cría.

—Eso no parecía importarte antes.

Annibal volvió a inclinarse en su dirección. Le sujetó la cara una vez más. El tacto fue suave pero firme. La obligaba a mirarle. Podía verse reflejado en sus ojos. Miró sus labios. Por un segundo, sus defensas cayeron en picado. No había sido una buena idea.

—Todos cometemos errores.

Se separó casi de golpe.

Notó el peso de la Desert Eagle a su espalda.

Angela Kreamer ya no tenía nada más que ofrecerle.

Game over.

Nadie que hubiese atentado contra él, de un modo u otro, seguía vivo para contarlo. A excepción de O'Quinn. Ya había cometido ese error una vez. Recordó las palabras que Deborah le había dicho hacía lo que parecía una eternidad, aquellas en las que definía a Angela como su punto débil. Él no tenía puntos débiles, o al menos hacía lo posible para erradicarlos. Era por eso que Annibal siempre había evitado cualquier tipo de vínculo sentimental. No había disfrutado torturándola. No disfrutaría con su muerte.

Deseó haber atrapado a cualquier otra persona en el mundo, y no a ella.

Debió haber utilizado el brazo izquierdo para coger el arma, pero la inercia le hizo accionar el derecho. Fue un movimiento lento y los restos de la herida de bala todavía tenían poder sobre él. Rectificó. Y, mientras fue a hacerse con la pistola con el brazo correcto, algo llamó su atención. El plato. El sándwich había desaparecido.

Cuando miró al frente, ya era demasiado tarde.

Angela se abalanzó contra él.

Capítulo 17

Todo ocurría muy rápido.

Annibal no lo vio venir. Perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Ella fue detrás. La pistola que aún descansaba en la parte trasera de su pantalón se le clavó en la espalda. El hombre jadeó de dolor. Angela comenzó a golpearle en la cara antes incluso de que supiera qué estaba sucediendo. Trató de agarrarla por las muñecas, pero la agilidad de la mujer se lo impedía. Casi setenta y dos horas después de estar retenida sin comer, sin apenas beber e inmovilizada, aquellas inusitadas fuerzas le impedían aplacarla.

Los ojos de Angela, enmarcados entre una capa de maquillaje negro distorsionado, lo miraban desde el interior de un volcán.

Pero la ventaja todavía pertenecía a Scorpio. Consiguió sujetar a la asesina por los antebrazos. Se la quitó de encima. Le dolía la zona lumbar a causa del arma. Pese al ímpetu de Angela, perdía en la batalla física. Él le aprisionó los brazos contra el suelo del desván. La piel lastimada de sus muñecas brillaba varios centímetros más arriba. No encontraba rendición alguna. Tampoco la esperaba. Ella pataleaba, se movía, serpenteaba en su intento por liberarse. Soltarla con una mano para alcanzar la Desert Eagle bien podía traducirse en un nuevo cambio de tornas.

Todavía no entendía cómo demonios había terminado en aquella situación.

—¡Estate quieta! —El esfuerzo de Scorpio quedaba patente en su voz.

El traficante no iba a dejar que la lesión de su hombro le impidiera mantenerla a raya, pero lo cierto era que le costaba más manejar el brazo derecho que el izquierdo. Su contrincante parecía guiarse por el más genuino instinto de supervivencia.

De repente, la rodilla de Angela se estrelló contra la boca del estómago de Scorpio. Él gruñó de dolor, perdiendo aire de sus pulmones. Cerró los ojos con fuerza. Aflojó la presión con los dedos. Esas milésimas bastaron para que ella se escabullera. Sobreponiéndose a la falta de aliento, Scorpio apoyó una rodilla en el suelo. Se valió del impulso para levantarse. No entraba en los planes de la rubia permitirle eso, y cargó contra él de nuevo. Pero el chico pudo preverlo esta vez. Consiguió quedarse en pie. Esquivó otro intento.

Angela jadeaba. El límite de sus fuerzas no se hallaba muy lejos, pero debía convencer a su adversario de lo contrario. Debía hacerle creer que podía conseguirlo. Y, para hacerlo, necesitaba dejarlo fuera de combate. Estaba segura de que, si intentaba escapar, él la alcanzaría con una facilidad ridícula. Debía evitar el cuerpo a cuerpo. Si no había podido con el tal John en aquel callejón, tampoco podría vencer a Scorpio, y menos en las condiciones deplorables en las que se encontraba. Corrió hacia el plato, lo cogió con un rápido movimiento y se lo lanzó. El hombre no consiguió esquivarlo y se cubrió la cara con el antebrazo derecho. El plato se rompió y le abrió un corte.

La furia del gánster ardía como un meteorito en contacto con la atmósfera.

Los roles de perseguidor y perseguido se fundieron.

La mujer cogió la silla que había sido su prisión durante tantas y tantas horas. Necesitaba un escudo. A pesar de la frialdad que había mostrado con los hombres que habían sucumbido bajo sus ataques, los nervios la estaban destrozando por dentro. Su pulso parecía haber sobrepasado la velocidad de la luz. Nunca llegaba a olvidar que él estaba armado.

Scorpio notaba la llamada de la Desert Eagle en la espalda. Su orgullo le impedía recurrir a ella. Podía atraparla sin necesidad de un arma de fuego.

Angela, como pudo, levantó la silla e intentó descargarla contra el hombre. Él la detuvo sin mucha dificultad. Agarró dos de las patas. Las aristas se le clavaban en la palma de las manos.

Tiró hacia sí, atrajo la estructura de madera y, con ella, a Angela. Annibal zarandeó la silla hasta que la chica terminó en el suelo. Cayó de lado.

La rubia se arrastró hacia atrás. El cansancio pronto se pondría del lado de su cazador. Si no podía ganar aquella batalla, al menos moriría peleando. Siempre se lo imaginó así.

Scorpio avanzaba.

Con creciente desesperación, la joven miraba a su alrededor en busca de una nueva ayuda para su defensa. Se fijó en los cristales rotos del vaso que su captor había dejado caer hacia lo que parecía una eternidad. Yacían esparcidos tan cerca de ella que había tenido suerte al no haber caído encima en ningún momento. Todavía iba descalza. Luego localizó los pedazos del que antaño fuera un plato. Miró a Scorpio de reojo.

Annibal le pisaría el brazo si hacía falta para evitar que lo volviese a herir de nuevo. Adivinar sus intenciones era demasiado sencillo. Tampoco le pasó desapercibida la desnudez de los pies de la mujer, cosa que a él le hacía jugar un paso por delante en aquella superficie hostil. Se echó encima de la asesina justo cuando los dedos femeninos estaban a punto de alcanzar los restos del plato.

Pero ella dio un quiebro veloz hacia el lado contrario.

Las acciones transcurrían con mayor rapidez que los segundos que las albergaban.

Angela se deslizó a escasos centímetros de él y se apoyó en su espalda. Rodeó la culata de la pistola con la mano izquierda y tiró hacia fuera. Scorpio, perdiendo el equilibrio, se giró hacia ella. Ambos brazos chocaron en el aire. La muñeca de Angela se dobló en un ángulo muy poco natural. La Desert Eagle voló por los aires. Se precipitó, pesada, a unos tres metros. Cuando Annibal también cayó, lo hizo con la mano derecha sobre los punzantes añicos de cristal. Apretó la mandíbula, gritó de dolor.

Se le agotaban oportunidades. Las endorfinas mantenían a raya el dolor de la muñeca izquierda de la asesina. Lanzarse a por el arma sería un movimiento demasiado previsible. Aun herido, él ya estaba en pie. Las gotas de sangre resbalaban por su antebrazo derecho y, ahora, por la palma de la mano del mismo lado.

Prefería ser predecible a derrotada.

Salió corriendo en dirección a la Desert Eagle. Scorpio, ignorando las hemorragias, se abalanzó sobre ella. Consiguió atrapar la camiseta y la prenda oscura se terminó de desgarrar. Tiró a Angela al suelo una vez más. La chica se golpeó la cabeza. Un potente mareo la dejó al borde de la inconsciencia. Durante un momento, todo cuanto sus retinas lograban alcanzar parecía dar vueltas alrededor de un eje que ella misma componía. Boca arriba, no se atrevía a moverse por miedo a sucumbir al desmayo. El sabor de la sangre invadió sus papilas gustativas. Parpadeó varias veces. No podía defenderse. Se resignó a lo que le aguardaba.

Las nuevas heridas de Annibal palpitaban con cada latido. No supo de la necesidad de esos instantes de respiro hasta que los recibió como un bálsamo. Se miró la mano derecha, cuyo aspecto no era nada tranquilizador. Varios cortes diminutos rezumaban sangre, y un puñado de fragmentos de cristal aún se le hundían en la carne. No podía mover los dedos sin sentir un daño desquiciante. Miró a Angela. Todavía podría apurar los segundos un poco más. La bombilla amarillenta no era la mejor fuente lumínica. Su pulso inestable tampoco el mejor cirujano. Cada esquirla extraída dejaba un nuevo reguero de sangre y dolor. El antiguo disparo del hombro, el corte del antebrazo y el destrozo de la palma de la mano, al final, estaban convirtiendo su brazo derecho en un lacerante campo de batalla. Jadeando en silencio, se aproximó a su rival.

Con los ojos entrecerrados, Angela no mostraba signos externos de su recuperación. La claridad regresaba lentamente a sus pensamientos. Al menos la claridad que había podido

salvaguardar después de todo lo sucedido durante su cautiverio. Esperó. Aguardó, con el corazón en un puño. Y, cuando le sintió demasiado cerca, levantó la pierna con fuerza. Descargó su energía trémula a través del talón.

El golpe en la entepierna dobló al narcotraficante por la mitad. Algo frío y despiadado reptó hacia su garganta desde el foco del dolor paralizante. Era un dolor similar al del reproche. No estaba dando su cien por cien en esa pelea, y Annibal lo sabía. Ni siquiera estaba yendo a matar. No era capaz. Estaba recibiendo ataques que podría haber sorteado si su atención se correspondiese con lo que solía ser. Lesiones que podría haber evitado.

Angela no se quedó a comprobar su éxito. Se dio la vuelta y comenzó a deslizarse. De pie se sentía presa fácil. La posibilidad de clavarse el resto de cristales carecía de importancia. Solo tenía ojos para la pistola.

La alcanzó.

En cuanto sus dedos empuñaron el arma, se vio arrastrada hacia atrás por el tobillo. El movimiento brusco hizo que la madera del suelo le arañara el abdomen desnudo. Pataleó. No consiguió liberarse. Intentó darse la vuelta.

Solo tenía que apretar el gatillo.

Scorpio, furioso consigo mismo, se lanzó hacia ella. Debía inmovilizarla, era la única opción para que la asesina no disparase. Cuando estuvo a punto de encañonarlo, él se anticipó y le agarró con fuerza la muñeca que sostenía la Desert Eagle. Evitó un nuevo ataque a su punto más vulnerable. El dolor del anterior todavía le agarrotaba los músculos. Sin perder tiempo, le sujetó el otro brazo también contra el suelo. Todos los cortes de la palma de su mano chillaron a la vez. Pero no podía soltarla.

La sombra de la condena volvió a cernirse sobre Angela. Eso era precisamente lo que había querido evitar. El físico de Scorpio era muy superior al suyo. Ninguno de sus impulsos era suficiente para zafarse de su nueva cárcel. En la penumbra, vio cómo la frente del gánster brillaba por el esfuerzo, cómo el carmesí coloreaba su brazo derecho.

Y allí podría encontrarse la llave de su libertad.

Angela comenzó a girar la muñeca izquierda, esa que hacía unos minutos se había doblado y que ahora permanecía atrapada contra la madera. Las heridas causadas por las sogas escocían demasiado. La sangre de Annibal funcionó como lubricante. Él no la soltaba. Pero la fricción en la palma de la mano derecha, en los cortes de los cristales, fue demasiado fuerte. Insoportable. Involuntariamente, aflojó los dedos. Cuando Angela notó el descenso de la presión, de un tirón consiguió mover la mano hacia un lado. Por no liberarla, Scorpio se vio arrastrado. Su hombro no pudo aguantar más la tensión y le hizo retraer el brazo. Cayó unos centímetros hacia delante, hacia ella. Y ella, sabedora de tal debilidad física, hizo acopio de todas sus fuerzas y le golpeó el hombro derecho con la frente.

Una corriente blanca y helada se extendió desde aquel epicentro al resto del cuerpo. La fuerza abandonaba sus miembros. El brazo no le respondía.

La rubia terminó de escabullirse. Ahora era demasiado fácil. Una vez libre, golpeó a Scorpio en el pecho. Él cayó hacia atrás, todavía inmóvil por el dolor que castigaba su sistema nervioso, y terminó boca arriba en el suelo del desván. La chica no encontró resistencia. Se sentó sobre su abdomen, apoyando las rodillas en sobre los tablones de madera.

Angela solo podía agradecer una maldita cosa al cerdo de Harrison: la cruel ironía de que intentase forzarla. Con vistas a conseguir su objetivo, el muy imbécil había aflojado las cuerdas. Todo el tiempo que ella había pasado sola en el desván después había servido para darse cuenta de que no todo estaba perdido. Tardó bastante, no había sido sencillo. Al final, había conseguido

soltarse. Sus articulaciones habían estado muy afectadas por la falta de movimiento durante tantas horas, arrancándole lágrimas de agonía. A raíz de ahí, había podido ir a esa suerte de cuarto de baño situado al fondo de lo que ahora sabía que era el desván de Scorpio. Había podido mejorar su higiene personal. Había podido beber toda el agua que necesitaba. Había podido desentumecer su cuerpo con pequeños paseos. Había podido comerse ese triste sándwich que la había delatado. Con un mínimo de fuerzas y dignidad recuperadas, había pensado en escapar de la casa sin más. Pero no sabía dónde estaba el dueño, era un riesgo demasiado alto a tomar ahora que sus oportunidades habían mejorado considerablemente. Así, había pensado que su mejor opción había sido fingir que jamás se había movido de la silla. Esperar al momento oportuno. Eso había hecho. Consiguió colocarse en la misma posición, manta incluida, pero sin la sujeción real de las sogas.

Al final, todo era cuestión de saber jugar con astucia las cartas que se le habían ido presentando. Y de un poco de suerte.

La enorme pistola había vuelto a caer en las manos de la asesina. El cañón apuntaba a su propio dueño. No sabía si era por la costumbre de manejar armas más pequeñas o si se estaba viendo demasiado afectada por la creciente debilidad general, pero la Desert Eagle pesaba más de lo que había calculado. Intentó que no le temblara el pulso. Su dedo índice aún no acariciaba el gatillo.

Annibal sentía el peso de la mujer sobre él. Pensar que fallaría en esa distancia era albergar esperanzas ingenuas. Era extraño, pero sentía cierta calma. Antes de que su sentido común le advirtiera de que no lo hiciese, el hombre se incorporó hacia delante para intentar quitársela de encima. No lo consiguió. Angela presionó el cañón de la Desert Eagle sobre la parte baja del hombro derecho de su adversario, justo por debajo de la clavícula. Scorpio echó la cabeza hacia atrás. Todos los músculos de su cuello quedaron en relieve. Luego se dejó caer. Contrajo sus dedos en puños. Respiraba rápido. Su rostro enrojeció ante el esfuerzo de soportar la presión de la pistola sobre su todavía activa herida de bala.

La mujer no tardó en desviar la trayectoria del arma. Ahora el cañón se apoyaba directamente sobre la frente del traficante. El contacto metálico era frío.

—Nunca es tarde. —Angela no quiso que fuera un susurro lo que saliera de su garganta dolorida, pero fue así como sonó. Jadeaba.

—Cállate y termina de una puta vez.

—Esto no tenía que haber llegado a este punto.

—Tu afán por defender a un monstruo es lo que nos ha traído aquí. —La pronunciación se perdía entre el sufrimiento físico y mental. Las imágenes regresaron a su mente con renovada fuerza.

—Denigrar a Joel no te va a hacer mejor persona que él. No va a salvarte.

Annibal no pudo soportarlo más.

—¡¡Entérate de una puta vez!! ¡¡Un puto pederasta no puede ser una buena persona!! —El hombre alzó la cabeza de nuevo. El contacto con el arma era más intenso. Un devastador incendio se propagaba por los cimientos de su cordura.

—¿Qué coño dices? —Angela también elevó el volumen. Lo tenía todo controlado, o eso se decía. Pero su dedo índice continuaba sin tocar el gatillo.

—Me has escuchado perfectamente.

—Nada de lo que digas va a cambiar las cosas. Joel...

—¡¡Joel, Joel, Joel!! ¡¡Cierra la puta boca con el puto Joel!! ¡¡Ese cabrón violó a mi hermana y la mató delante de mi puta cara!! ¡¡Tenía trece putos años!! ¡¡Trece!!

Por primera vez en diez años, Annibal verbalizaba lo que sucedió aquel nefasto veintiséis

de diciembre. Había dejado al descubierto la herida más profunda de su alma, aquella que nunca había dejado de sangrar, siempre cubierta de toneladas de resentimiento, culpabilidad, ira y tentativas de olvido.

Algo se rompió en Angela Kreamer. Un serpenteo tétrico y congelado ascendió por su columna vertebral, propagándose por cada terminal nervioso que hallaba a su paso. Al mirar a los ojos de su oponente, al escuchar su voz fracturada, supo encontrar la gravedad de sus lesiones, de las que no afloraban a simple vista.

—Mientes.

Pero ni siquiera ella se creyó a sí misma. Era una revelación demasiado hiriente como que el rastro de la mentira la emponzoñara. No. No podía ser que estuvieran hablando de la misma persona. Joel no era así, lo sabía. ¿Lo sabía? Era su primo del que estaban hablando, el mismo que se hizo cargo de ella cuando el resto del mundo parecía haberle dado la espalda. Fueron tiempos oscuros y él... No. Imposible. No sería capaz de hacer algo así.

Scorpio luchaba por contener los temblores asociados a los recuerdos. Cerró los ojos. Su hombro latía casi tan brusco como su corazón.

—Todo cuanto hacía se basaba en traficar. Entre otras cosas, mujeres. Robaba. Violaba. Mataba. Despierta.

No era como si el mundo hubiese dejado de moverse para Angela, sino que sintió que había estado girando toda su vida en sentido equivocado. Había pasado con Joel gran parte de los años que podía recordar. ¿Acaso era posible que las palabras del hombre al que había querido asesinar cobraran más sentido que todo eso?

¿Tráfico de mujeres?

Un zumbido repentino le asolaba los oídos.

El atisbo de un recuerdo enterrado en vida durante años quiso asomarse entre las grietas de su presa de contención. Ella también había tenido trece años.

El rostro risueño de esa preadolescente morena de rostro pecoso irrumpió en el caos que ahora conformaba su mente. La había visto en fotografías guardadas en esa casa aquella vez que tuvo tiempo para registrarla, el mismo día que Scorpio había regresado cubierto con la sangre de otra persona. Sangre que debería haber sido suya. Ahora sabía quién era esa joven. No podía ser que hubiera recibido tan horrible destino. No... No por su Joel.

El agotamiento cayó sobre Angela como una fría lluvia de enero. La pistola parecía ganar peso por momentos. Intentaba mantenerla firme. La confusión crecía a pasos agigantados. Las piezas, tristemente, encajaban. Su interior, lentamente, se desmoronaba. Creía escuchar la maquinaria de un reloj gigantesco cuyos segundos caminaban hacia atrás, hacia un pasado que le aterraba recuperar. Se vio sobre un lago en pleno invierno. Se vio caminando por una capa de hielo que se perdía en el horizonte atemporal, blanquecino y sordo. Y llegaba a aquel lugar donde la lámina alcanzaba su máxima fragilidad. Se rompía. Ella caía. El agua helada la engullía hacia las más oscuras profundidades. Encontró ese abismo en los ojos de su enemigo. Y, con él, los restos de su naufragio.

Todo el mundo obra de un modo determinado por una razón concreta. Tal vez por el resultado de un cúmulo de estas. Cada persona teje los hilos de su vida hasta conseguir un entramado construido por la propia experiencia. Y las experiencias más duras son aquellas que distorsionan a la persona hasta convertirla en el propio escudo del que se vale para defenderse. Algunos escudos se suavizan cuando reciben los cuidados de un entorno reparador. Otros... otros se moldean en la forja del aislamiento, de lo incomprendido, del desconsuelo.

¿Cómo era su escudo? Sustentado en el engaño, en lo más vil. Y ahora se cuarteaba.

¿Podía atreverse a culpar a ese hombre por lo que había hecho? Pensó en esa pobre chica. Pensó en sí misma. Necesitaba preservar la mentira, mantener sus esquemas cognitivos a salvo de la demolición. Necesitaba volver a encerrar aquellos recuerdos cuyo contenido solía desconocer por no atreverse a encararlos.

Los últimos cuatro años de arduo entrenamiento y autodisciplina se redujeron a lo absurdo.

El aturdimiento la arrolló como una apisonadora.

El peso de la Desert Eagle la arrastró al presente. Ambos se mantenían en la misma posición, tan solo habían transcurrido unos segundos desde que escuchara la revelación. Supo que ya no podría atribuir su propia muerte al sacrificio por una causa digna. Ya no podría usarla para justificar sus crímenes. Allí no había cabida para la dignidad, solo para la inmundicia.

Desconocía cuál era el siguiente paso.

Siempre podía disparar al hombre por el que muchos pagarían por verlo muerto. El mismo del que había terminado enamorándose. Dulce y sádica ironía. Un foco de calor creciente anidó bajo su pecho en contra de su voluntad. Le temblaban las manos. El punto de apoyo del arma fue perdiendo consistencia. Bajó la izquierda al suelo, al lado de la cabeza de su extraña presa. Se inclinó hacia adelante. El cabello rubio y despeinado rozó el cuello y el rostro del narcotraficante inmóvil.

No se atrevía a mirarlo a los ojos.

Los suyos se nublaban.

Fue asesinando los centímetros que la separaban de él. La cortina de lágrimas era fina, brillante, tejida en dolor. La primera gota diminuta se desprendió cuando le rozó los labios con los suyos.

Annibal no podía reaccionar. Permanecía estático, rígido, desorientado. Sin embargo, conocía muy bien el camino a seguir en esa boca ahora ligeramente hinchada por los golpes. Nada parecía real. No había explicación posible que justificara el cambio. Quizá ella había disparado en algún momento y eso no era más que la última fantasía antes de cederle su cuerpo a la muerte. Pero el tacto suave y húmedo de esos labios, de esa lengua, era demasiado auténtico. Se había convertido en una marioneta dirigida por su propia locura y ni siquiera se había planteado luchar en contra. Ni siquiera había cabida para el dolor. Que tan solo pudiera ser una estrategia para controlarle carecía, en realidad, de importancia. No existía nada que pudiera ejercer más control que una pistola apuntando directamente a su cabeza, como la que ella aún sostenía en la mano.

La dejó caer al suelo.

Los truenos lejanos rasgaban aquel cielo de julio a lo lejos.

Las gotas de lluvia repicaban contra las diminutas ventanas del desván.

El tímido beso inicial tan solo escondía los sentimientos y emociones primarias. Annibal no sabía cómo neutralizarlos. Menos aún cuando la mujer le agarró el pelo con fuerza. Lo prendió por dentro, y le hizo cerrar los ojos. ¿Imprudente? Irrelevante. Notó la suavidad del tacto de Angela descender por su cuello. Cayó en una red de escalofríos.

Despacio, ella se separó. Él entonces la miró. Notaba la sangre galopando por su cuerpo a la velocidad del tiempo. Debajo de cada hematoma, de cada magulladura, distinguió un rostro ruborizado. Respiraba, entrecortada, por sus labios golpeados, rosados y entreabiertos. Más abajo, la textura lisa y turgente de un torso que la camiseta rota, perdida hacía un rato, ya no cubría. Tan solo el sujetador le daba oscuridad a la piel blanca y resplandeciente.

Los dedos de Kreamer bajaron hacia el pecho de Scorpio, dejando un rastro delicado a su paso. El cuello de la camisa obstaculizaba el recorrido. Valiéndose de movimientos elegantes y sutiles, fue desabrochando la prenda blanca y salpicada de sangre, toda de su portador. Tocaba

cada centímetro de piel que iba apareciendo ante ella, hipnotizada por la certeza de que su captor se estaba dejando hacer. Cuando no hubo más botones que se interpusieran en su camino, Angela abrió la camisa. Lo primero que atrajo su atención fue la herida de bala bajo el extremo exterior de la clavícula. Incluso después de haberle presionado con el arma, presentaba mucho mejor aspecto que la última vez que la vio.

Se inclinó para volver a besarlo. No había lógica alguna dentro de aquel desván. De nuevo, él acogió sus labios como un oasis para un errante en el desierto. Las agresiones recíprocas se habían sustituido por la pasión. Él levantó el brazo sano para desabrocharle el sostén. Dejó que los tirantes se deslizaran por sus brazos. Contempló su desnudez parcial durante unos instantes en los que ella no sintió la sombra de la vergüenza.

El estímulo fue suficiente para terminar de despertar a Scorpio.

Buscó la nuca rubia con una mano y con la otra la estrechó por la cintura. La sangre manchó la piel suave de Angela. El dolor sacudió a Annibal. La atrajo hacia sí. Los pinchazos del labio superior de la asesina quedaban en un segundo plano cada vez que se besaban. Ya no había cabida para la timidez, tan solo para las llamas. Cuando ella le mordió en el cuello, él se encogió de hombros y la asió con más fuerza. Scorpio quiso incorporarse, pero Angela no se lo permitió, ansiosa de control. Pero le dejaba hacer. Quería más. Necesitaba más. Lo necesitaba a él. Buscó sus pantalones a tientas.

No pudo ocultar con la voz lo que con su cuerpo tampoco al sentirlo dentro.

Entonces, él le arrebató el mando.

La noción del tiempo se distorsionó bajo el cántico de la tormenta. Los truenos resonaban con violencia, los destellos de los rayos iluminaban sus perfiles húmedos. El verano perpetuo les pertenecía.

Las uñas de Angela marcaron la espalda de Annibal. Él cargaba sus movimientos con rabia, ansias de liberación. Aquella vez fue distinta. El conocimiento de la identidad real de la mujer que sostenía entre sus brazos intensificaba cualquier sensación. La racionalidad de ambos se encontraba en busca y captura.

Al terminar, quedaron tumbados en el suelo de madera. Si los pequeños trozos de cristal se encontraban cerca, poco importaba.

El pensamiento de que no estaba muerta asaltó la mente de Angela. Se sentía viva, muy viva. La nueva perfección de la realidad había sido impensable hacía tan solo unas horas. Esta se desvaneció al recordar la nueva información que tenía en su poder, una confesión que guardaba el peso de un océano infinito.

El estado de embriaguez de placer en el que Scorpio se había sumido fue interrumpido por algo normalmente vetado para él. Remordimientos. No por cómo se había comportado con ella desde que la capturase, el trato que le había dado se correspondía a los crímenes que ella había cometido. Incluso cuando no le había mostrado ni la mitad de lo que habría cabido esperar. Si se hubiera tratado de cualquier otra persona, habría llevado la tortura a límites mucho más extremos, pero... Los remordimientos que sentía se debían a haber vuelto a hacer el amor con ella. Esa tarde había subido allí con la intención final de matarla.

No debería haber caído. No debería haber dejado que se entrevistara la vulnerabilidad que le concedían sus sentimientos. Había quedado demasiado claro.

Seguía lloviendo fuera.

Annibal volvió a tumbarse en el suelo, boca arriba. Angela, muy cerca, yacía en la misma postura. Pero no se tocaban. El sonido de las gotas era lo único que escuchaban. Todo el dolor regresó a Scorpio al estar recuperando la calma. La sangre seca los manchaba a ambos. Pensó en

que debería curarse la mano. Debería hacer muchas cosas.

No iba a matarla, lo sabía. No podía.

Tampoco podía fingir que nada había sucedido.

El sopor fue abriéndose paso entre los músculos que tanta tensión habían soportado. No quería quedarse dormido. Apoyó la mano izquierda, la única en la que podía confiar, en el suelo para incorporarse. Quedó sentado. Se inclinó hacia adelante y apoyó los codos sobre las rodillas. Agachó la cabeza. «Abrumado» no era el adjetivo que más se ajustaba. Derrotado. Se sentía derrotado. ¿Servía de algo fingir ante ella, después de todo, que era inquebrantable?

Comenzó a recibir nuevas caricias en la zona dorsal. No se movió. Detestaba los sentimientos. No recordaba en qué momento había empezado a permitir que se hicieran con el control, desterrando a su calculador raciocinio.

—Para.

La orden se cumplió de inmediato. Le pareció sentir todavía los dedos en su espalda aun cuando ella los hubo retirado. Frunció el ceño, tenso. Era el gesto habitual de los últimos días.

Ya había tomado la decisión. Exponerlo en voz alta suponría un fracaso, pero ¿acaso importaba ya? Las cartas estaban dolorosamente expuestas sobre la mesa. Vaciló antes de abrir la boca.

—Vete.

No era alivio lo que sentía. Al contrario. Y no soportaba el silencio que vino después. No aguantaba el hecho de no saber si sería capaz de volver a mirarla a la cara sin tenerla entre sus brazos una última vez. No volvería a consentir algo así. Su vida tal y como la conocía antes de que Angela irrumpiera en ella no entendía de debilidades.

—Vete —repetió—. No quiero volver a verte nunca. Desaparece. —Cerró los ojos todavía con la cabeza gacha—. Si vuelvo a saber de ti, si vuelves a acercarte a mí o a alguien de los míos, te mataré. Te aseguro que lo haré.

La lluvia caía fuerte contra el tejado. La oscuridad de las nubes adelantó el crepúsculo sobre la ciudad. Estaba siendo una tormenta larga.

No había indicios de que le hubiera escuchado. Annibal no quería tener que volver a repetirlo. Pero pronto oyó cómo ella se ponía detrás de él. No levantó la cabeza, seguía dándole la espalda. La pistola todavía estaba por el suelo. Y se encontró pensando en que no le importaba lo que pudiera hacerle.

Angela se movía con gran sigilo. Era su forma de hacer las cosas.

—La carta y las fotografías están en el bolsillo de mi pantalón. Llévate esa mierda.

Kreamer volvió a obedecer. Miró la Desert Eagle de reojo. Había tenido su oportunidad y la había perdido. Se limitó a coger lo que se le había indicado. También recogió su ropa. Al menos, lo que quedaba de ella. No era muy agradable tener que volver a vestirla, pero no le quedaba otra opción.

—Tus llaves, tu teléfono y tu bolso están abajo, en el salón. En alguna silla. Coge cualquier camiseta del armario. Ya sabes dónde encontrarlas.

La culpabilidad estrujó el estómago de Angela.

En su cartera habría dinero suficiente como para coger un taxi. Era muy improbable que él se lo hubiese quitado, ganaba más de lo que ella podría acumular en toda su vida.

Cuando encontró sus zapatos de tacón por el suelo, se agachó a recogerlos. Casi no tenía fuerzas para caminar descalza, así que determinó que no se los pondría. Anduvo despacio hasta la entrada al desván. Una vez allí, se detuvo. Apenas conseguía dominar el fuerte impulso que no la dejaba marcharse sin más.

—Yo...

—Márchate.

La sola presencia de la joven lo hería de modos desconocidos hasta entonces. Tampoco en ese momento levantó la cabeza para mirarla. Escuchó cómo la puerta se cerraba con especial delicadeza.

Se había ido.

Lamentaba profundamente que sus caminos se hubiesen cruzado.

Todo el mundo esperaba de él que fuese un tipo serio, fuerte, agresivo, con respuestas para todo, inquebrantable, ganador. Al fin y al cabo, él mismo se había forjado su reputación. Había convertido su máscara en la única verdad posible de cara al exterior.

Pero le faltaban respuestas.

Se estaba quebrando.

Había perdido.

¿Qué pensaría el Lobo de todo aquello? Tarde o temprano, se lo tendría que explicar. Era el único que conocía la realidad. Al menos, en gran parte. Era una de las personas más valiosas con las que podía contar. Precisamente por eso, pensar en que supiera lo que acababa de hacer le revolvía el estómago. Era como si volviese a tener catorce años y tuviera que rendirle cuentas a sus padres sobre algo que sabía que no estaba bien.

Le iba a estallar la cabeza.

Se levantó lentamente. Al apoyarse en ella, la pequeña carnicería de su mano derecha lo paralizó durante unos segundos. Cerró fuerte los ojos, soportando el dolor. Estaba agotado, dolorido. Por fuera. Por dentro.

A pesar de todo, no cambiaría los últimos momentos vividos con Angela por ningún otro con otra mujer. A pesar de todo, quería que aquel recuerdo fuese lo único que atesorar de ella. A pesar de que, con todo, se convirtiera en un arma de doble filo.

Capítulo 18

La máquina emitía pitidos regulares. El pulso del paciente se había estabilizado. No había sido fácil convencer a la muerte de que todavía no le había llegado la hora. Su estado era crítico, necesitaba atención médica casi constante. Cuando llegó al hospital, ese hombre presentaba traumatismo craneoencefálico, cuatro costillas fracturadas, un tobillo dislocado, diversas fisuras, varios dientes rotos y abundantes magulladuras. Y una herida de bala. En quirófano, los cirujanos pudieron controlar la hemorragia interna derivada del estado deplorable del pobre diablo.

Emergencias había recibido una llamada anónima. Se le había advertido de la presencia de un cuerpo al pie de un terraplén, parcialmente cubierto por las aguas de un río. Por teléfono les habían asegurado que estaba lleno de sangre y que no se movía, pero que creían que podría estar vivo. Cuando los servicios sanitarios llegaron al lugar, el informante sin rostro ya no se encontraba allí.

Efectivamente, el hombre encontrado estaba vivo. Aunque hecho un verdadero guiñapo. No se explicaban cómo era posible, pero los trabajadores de la salud pusieron todo cuanto estaba en sus manos para conseguir rescatarlo. Habían temido que cualquier movimiento desafortunado terminara de arrancarle la vida al maltrecho hombre. Lo lograron con éxito.

La herida de bala había sido, precisamente, lo que había puesto en alerta a los médicos una vez que el paciente llegó al hospital. En realidad, no era la lesión más grave. Se trataba tan solo de una quemadura provocada por el roce del proyectil. Se encontraba en el costado izquierdo, a la altura del pecho, varios centímetros por debajo de la axila. Fue cuando constataron que aquel tipo era dueño de una dosis elevada de suerte.

El hospital, por supuesto, dio el aviso a la policía. El estado del hombre encajaba con las consecuencias de una paliza brutal y la posterior caída por el terraplén. Eso ya era motivo para dar parte a las autoridades pertinentes. El disparo lo convertía en obligatorio. No encontraron ningún documento identificativo en el herido, pero la policía terminó averiguando de quién se trataba. A pesar del rostro desfigurado por las roturas, heridas e hinchazones, no fue muy difícil. Las huellas digitales no mentían. Cuando los datos de Frederick Harrison aparecieron en la pantalla, la línea a seguir se abrió ante ellos como un camino de baldosas amarillas.

La información se trasladó de inmediato al sargento Wolfgang Sawyer. Supuso un soplo de aire fresco para un caso que llevaba semanas parado.

—Quiero a dos agentes aquí que vigilen al herido. No, no voy a detenerlo. Puede ser un testigo, y lo que menos necesitamos es que quien haya hecho esto venga a rematarlo si se entera de que sigue vivo —disponía el sargento por teléfono a su interlocutor de la comisaría. Este garabateaba las órdenes—. La tentativa de homicidio me parece bastante clara. Ya. Lo más rápido que pueda. Me quedaré aquí hasta que vengan. Muy bien, gracias.

Pulsó el círculo rojo para colgar en la pantalla del *smartphone*. Cuando levantó la cabeza, la detective Catherine Jones ya venía por el pasillo con el médico a cargo de Harrison.

—Buenas tardes, doctor Norris.

—Buenas tardes, sargento.

—¿Cuál es el estado del paciente? —quiso saber Sawyer en voz baja. No necesitó explicitar a quién se refería.

—Estabilizado. Las próximas cuarenta y ocho horas son cruciales. El pronóstico podría ser favorable si en ese tiempo no se presentan complicaciones.

—Bien. He solicitado presencia policial. Ese hombre podría estar relacionado con una serie de asesinatos que llevamos investigando desde hace meses. Los agentes se quedarán por las

inmediaciones de la habitación, por lo que pueda surgir.

—No creo que pueda levantarse de la cama en varios días, sargento.

—Creo que no me ha comprendido. Él es la víctima.

—Entiendo.

—Le informo de que, en el momento en que el paciente recupere la consciencia y su lucidez no se vea afectada por los sedantes u otro tipo de medicación, procederemos a hablar con él. Tenemos una serie de preguntas que formularle.

El doctor Norris asintió.

Sin embargo, la oportunidad que Wolfgang buscaba no llegó hasta dos semanas después.

La evolución de Frederick estaba siendo lenta.

Desde que se le escurriese entre los dedos en la comisaría, la persecución y caza de Scorpio era una de las prioridades del sargento. La resolución de los asesinatos también. Todo lo que rodeaba al narcotraficante y al caso de las famosas muertes estaba convirtiendo a Sawyer y a los suyos en el hazmerreír de la comisaría, o al menos así se sentía él.

Cuando más pensaba en Harrison, menos sentido encontraba a su estado. No podía encontrar rastro del meticuloso ritual que caracterizaba a las demás muertes, al tipo lo habían destrozado. Para su desesperación, era posible que esta vez el misterioso asesino no hubiese tenido nada que ver. Un ajuste de cuentas encajaba más con lo que tenía delante. ¿Podría el tipo llegar a colaborar con ellos? Tenía la esperanza de que, si al final la relación era positiva con el resto de asesinatos, lo hiciera. Todavía albergaba esa esperanza. Scorpio ya le había advertido en su día de que actuaría a su manera, su puerta estaba cerrada. Solo le quedaba confiar en el buen criterio de sus esbirros. El poco buen criterio que les quedaba.

—No me podéis detener. Ni siquiera puedo ir a mear solo —se quejó Harrison. Fue lo primero que dijo al ver al sargento plantado en su austera habitación. Todavía le dolían hasta las pestañas.

—No venimos a detenerlo, Frederick —aclaró Sawyer.

—Oh, joder, creo que eres el único que me ha llamado así en años. Prefiero Fred. —A pesar de su entonación distendida, lo último de lo que tenía ganas era de bromear. Recordaba lo ocurrido con total claridad. La sorpresa había sido mayúscula al descubrir que todavía seguía vivo.

—De acuerdo, Fred. Necesitamos que nos cuente qué fue lo que le ocurrió.

—Estaba haciendo *puenting*. Se rompió la cuerda.

—¿Usted solo?

—Sí.

—¿Y la cuerda?

—Se la habrá llevado el río.

—¿Y el puente?

—Por ahí.

—¿Su situación le hace gracia?

—No. No me he mirado al espejo, pero apuesto a que no tengo mucha pinta de que me haga gracia.

—Entonces, pruebe a comportarse como lo que es, un adulto —espetó Sawyer. No entraría en ningún tipo de lance, estaba más que curtido—. ¿Pudo ver a su agresor?

Harrison esbozó una sonrisa que, en su cara estropeada, se asemejó más a una extraña mueca. Perdió la mirada entre las sábanas que esa misma mañana le habían colocado limpias. Sawyer, desconcertado, captó la amargura que desprendía el gesto.

—¿Lo conocía?

—No creo que deba someterme a un interrogatorio en mi estado.

—Su médico no cree que eso suponga un problema. —Wolfgang se detuvo unos segundos, valorando la expresión de su interlocutor desde su silla frente a la cama—. Usted verá si no quiere colaborar.

—No me acuerdo. Debo de tener amnesia.

—Seguro. —Ironizó el policía—. Haga por recordar.

—No puedo.

—Si no colabora, no podremos atrapar al culpable de lo que le ocurrió tanto a usted como al resto de sus compañeros.

—¿Qué compañeros? ¿Qué dices? —preguntó Fred de mala gana. Que él supiera, el único al que el cabrón de Scorpio tenía manía era a él. Y ni siquiera tenía huevos para delatarlo. Ya no sonreía.

—¿Ahora me va a decir que tampoco se acuerda de sus compañeros que fueron asesinados semanas atrás?

—Mira, Sawyer. No quiero que me enchirones por faltar al respeto a la autoridad, o como lo llaméis ahora, pero creo que no tienes ni idea. —Los efectos de los calmantes estaban desapareciendo del cuerpo castigado de Harrison.

—Pues hable conmigo para que pueda saberlo. Ocultar lo que le sucedió no beneficia a nadie, ni siquiera a quien le hizo eso, pues tarde o temprano lo capturaremos. Espero que no le quede ninguna duda al respecto.

Fred solía pensar que cuanto más lejos estuvieran los policías, mejor. Él no era ningún chivato y nunca se había planteado convertirse en uno. Sin embargo... Sawyer le estaba poniendo encima de la mesa argumentos acordes a su reciente forma de pensar. Le servía en bandeja de plata una oportunidad brillante para vengarse de la soberbia de ese niño. No era una decisión fácil, y él lo sabía. Si hablaba con la policía, su entorno lo marcaría para siempre. ¿Acaso Scorpio no lo había hecho ya despreciándolo delante de los demás, enviando a sus propios compañeros a que lo asesinaran? Había quedado en ridículo incluso delante de ese puto novato. Y las voces corrían muy deprisa. Solo tenía que fijarse en que ya tenía encima a los policías, y, por primera vez en su vida, por algo que él no había hecho. Tenía claro que nadie de su círculo iba a creerle, era su palabra contra la del jefe.

Tenía dos opciones: hablar con la policía y quedarse solo, o no decir ni una palabra y quedarse solo de todas formas. Al fin y al cabo, conocía el Programa de Protección de Testigos. Podrían brindarle protección. Sabía muchas cosas, podría exigir lo que le viniera en gana. Total, si Scorpio se enteraba de que seguía vivo, volvería a ordenar su muerte. No lo consideraba cobardía, sino lucha por la supervivencia. Le gustaba su vida plagada de vicios. Aunque muchos de ellos desaparecerían con la policía pegada a su culo.

Joder, ¿quién me mandarían tocar a esa zorra?

—¿Y bien? —Wolfgang interrumpió sus cavilaciones.

—No puedes pedirme que colabore. —Pero su tono dejaba entrever unas dudas intencionadas.

—Nadie tendría por qué saberlo. ¿Le tiene miedo? ¿Él no tendría por qué saberlo?

—¿Quién?

—Su agresor.

—No le tengo miedo —mintió Fred. Era consciente de que Sawyer buscaba una identidad a quien atribuir también toda la ristra de muertes anteriores. ¿Debería señalar a O'Quinn como

culpable? Tal vez esperase ese nombre que ambos tenían en mente, aquel que dispararía al éxito su carrera como policía y bla bla bla. Eso no le importaba lo más mínimo.

—Es normal, no se avergüence de ello —intervino Jones, espectadora hasta entonces. Solo estaban ellos dos en la habitación. El detective Rickman disfrutaba de unas merecidas vacaciones y el agente Lambert había sido requerido para otras funciones.

—Bueno, pero yo no tengo miedo.

—¿Y por qué se esconde? —lo desafió Wolfgang clavando en él sus fríos ojos azules.

—No me escondo, sargento. Estoy bien visible en esta puta cama.

—Esconderse también es conocer la identidad de su atacante y negarse a revelarla. —Sawyer sabía que no era una manera de proceder del todo ética. Presionar a las víctimas a hablar a través de poner en duda su valentía significaba incurrir en una nueva victimización. No era una técnica que soliese utilizar, y emplearla ahora suponía admitir que existían personas de primera y segunda clase. Al menos, en lo que a su campo de trabajo se refería.

—Que yo no sé quién ha estado matando a esos tipos, joder —insistió Fred. El calor de los nervios ascendió por su cuello bajo el mustio camisón del hospital.

—Esos hombres eran compañeros suyos —repitió el sargento.

—Lo que sea.

—Podríamos pasar por alto muchos de los delitos que se le han imputado. Tiene una larga lista, Fred. —En algunos casos, el fin justificaba los medios.

—¿Me estás sobornando? —Harrison abrió los ojos todo lo que sus contusiones le permitían.

—Tómeselo como quiera. Le estoy ofreciendo un trato que nos haría ganar a ambos.

—¿Te haces una idea de lo que supondría para mí aceptarlo?

—Por supuesto. Por eso le ofrezco las garantías de que usted permanecería a salvo.

Harrison no podía negar que era demasiado succulento. Se moría de satisfacción solo de pensar que de él podría depender que capturasen a Scorpio. Aun así, colaborar con la policía...

—Bueno, bueno. No os prometo nada. Ya veré.

—Piénselo bien. Nosotros nos vamos ahora para dejarle descansar. Yo regresaré personalmente mañana por la mañana para estar al tanto de su decisión.

El sargento y la detective se marcharon. Sawyer les transmitió órdenes explícitas a los agentes custodios de que no se quedaran en la puerta como centinelas. Había determinado que la mejor estrategia era no llamar la atención y empezar a tratar a ese hombre como un testigo y no como un delincuente, aunque en sentido estricto lo fuese. Tratar a alguien como si fuese quien se pretende que sea suele terminar convirtiéndolo en ello.

—¿Cree que va a decirnos algo? —le preguntó Catherine a su superior.

—No lo sé. Cree que, si Scorpio se entera, va a terminar lo que otro ha empezado. Le tiene miedo, aunque diga lo contrario.

—Después de todo este tiempo, sigue sin entrarme en la cabeza. ¿No son los más interesados en que esto se resuelva? Nosotros les podemos ofrecer eso.

—Imagino que su maldito código no se lo permite. Me pregunto en qué diablos andarán metidos para mantener tanto secretismo.

—¿Cree que de verdad Harrison desconoce el nombre que le estamos pidiendo?

—No lo sé. Al menos ha asegurado que va a pensarse si cooperar. O eso ha dicho. Eso ya es mucho. —Cada vez que Wolfgang pensaba en la posibilidad de contar con un confidente dentro de aquella organización, sentía un hormigueo en el estómago—. ¿Por qué pensar en colaborar si no tiene nada que ofrecer? ¿Y por qué arriesgarse si lo que puede darnos no fuese relevante? Tal vez

no nos dé un nombre, pero sí información clave.

—Si al final accede, habrá que protegerlo. Debe de sentir un temor real como para plantearse quebrar el pacto de silencio —razonó Jones.

—Lo que le han hecho es motivación suficiente.

Fred continuaba tirado en la cama de su habitación sin posibilidad alguna de salir de allí. Por lo menos, la enfermera le había acercado el mando de la televisión. La pantalla lo ayudaría a repeler el hastío.

Odiaba el hospital.

La comida le parecía una mierda y echaba de menos zamparse una pizza bien cargada de ingredientes deliciosos y grasientos. No le dejaban encargar una, ya lo había preguntado. Al menos se tiraba buena parte del día en una pequeña nube gracias a los potentes analgésicos que le administraban para el dolor.

No mentía cuando les había dicho a esos policías que se plantearía colaborar. Por supuesto que Scorpio le daba miedo, no era idiota. Y más desde que había sufrido la paliza salvaje que le había postrado en ese camastro. Muchas cosas podían llegar a torcerse si colaboraba con la autoridad. Temía que la protección que le pudieran brindar llegado el caso no fuese suficiente. Coleman podría no fallar una segunda vez.

Maldito Coleman.

Pensaba que era su colega. Cómo le había decepcionado. No le había creído cuando le había contado lo de esa putita rubia. Pensó acerca de las posibles tendencias sexuales del que era su jefe. No le encontraba sentido, nadie llegaba a esos extremos. Ni siquiera él mismo, cuyos gustos eran un tanto peculiares. Allí había gato encerrado, estaba seguro. Scorpio probablemente ya habría matado a esa zorra.

Una zorra con un cuerpo de escándalo.

Bufó. Tenía el cuerpo tan machacado que no podía excitarse lo suficiente con el recuerdo del tacto de su piel.

Se acomodó en la cama. Dormiría un rato. Tal vez cuando se despertara tuviera más claras las ideas. Solo necesitaba un pequeño empujoncito para terminar de decantarse por el lado de la balanza que más le rentaba: la policía.

Apenas durmió una hora escasa. No podía descansar bien. Cualquier movimiento, por pequeño que fuera, convertía su estancia en una agonía.

La noche no fue muy diferente.

Alargó la mano para pulsar el botón de llamada a los sanitarios. Necesitaba que le subieran la dosis de medicación, no estaba dispuesto a continuar soportando ese dolor. Entonces, alguien abrió la puerta. Cruzó la pequeña habitación en penumbra hasta situarse enfrente de él. Se trataba de un médico, o quizá de un enfermero. Lo mismo era. Ese hombre con bata blanca, que parecía alcanzar los treinta y pocos, lo miraba con ojos azul pálido, casi gris. El color de su cabello era rubio blanquecino y lo lucía engominado hacia atrás. Impecablemente afeitado. Solo pudo comprobar los rasgos cuando encendió la mesita de noche situada junto a su cama.

—Buenas noches, Fred. ¿Cómo te encuentras esta noche? —Le preguntó con un fuerte acento europeo. Acercó la silla que horas atrás había calentado el sargento y se sentó muy próximo a la cama.

—Se hace lo que se puede. Intento descansar, pero está visto que en este jodido hospital es imposible. Necesito más medicamentos. No puedo dormir. Me duele todo.

—Hay cosas más importantes que dormir. —El hombre vestido de sanitario posaba las

manos sobre sus piernas con apariencia tranquila. Su pronunciación de la letra erre y de algunas otras evidenciaba que, efectivamente, no era norteamericano. Al menos, de origen.

—Para mí no, créeme. —Un bostezo tiró de las contusiones de su cara. Se pudieron ver dos huecos vacíos en la mandíbula inferior, antaño ocupados por dientes.

—Ya vemos. Me presento. Mi nombre es Nikolay Gueorguiev.

—Pues, ya que estás aquí, pínchame algo o échamelo en el suero. Como sea más efectivo. Te aseguro que este dolor es una mierda.

—Oh, siento la confusión —se excusó Gueorguiev. Su inglés estaba lejos de ser correcto—. Llevo la bata por no llamar atención. *Politsiya*, ya sabes.

La modorra de Harrison se esfumó de inmediato. Ignorando el dolor, se incorporó en la cama. Ya estaba. Había sido más rápido de lo que pensaba. Pensó que Scorpio ya se había enterado y le había enviado un matón. ¿Y qué podía hacer él para defenderse, tirarle el maldito mando de la televisión? Trató de retroceder. Se topó con la almohada a su espalda.

—¿Qué pasa, hombre? No soy poli —aclaró el extranjero.

—¿Qué coño quieres? —Frederick no pudo evitar mirar la puerta de reajo. Le sudaban las manos.

—Tranquilo, Fred. Solo déjame hablar —dijo el hombre rubio con tranquilidad—. No hables con *politsiya*.

—No les he dicho nada, no he hablado con ellos.

—Los vi muy atentos contigo. Miro cada día.

—No les he dicho nada. No voy a decirles nada. De todas maneras, ¿qué sabes tú de si tengo algo que decirles? ¿Quién coño eres? ¿Te ha enviado Scorpio?

La actitud beligerante no intimidó al ruso.

—Ese tu jefe, no mío. Pero no le importas mucho, creo. No viene a verte. No vienen tus amigos. —Nikolay se encogió de hombros.

—Eso no es asunto tuyo —le soltó Harrison. Aquella no era una realidad que le gustase demasiado, al menos la parte que a sus colegas se refería. No entendía cómo ese tipo extraño sabía tantas cosas, pero se sintió más tranquilo al comprobar que sus primeras hipótesis no eran ciertas—. ¿Quién eres?

—Nadie preocupa por ti y *politsiya* por aquí. No parece irte muy bien con tu, este, trabajo. ¿Te han pillado?

—Mira, Nicolas...

—Nikolay.

—Bueno, eso. No tengo problemas con nadie.

—Te dieron una paliza.

—Fue un accidente con el coche, ¿vale? Así que no me jodas. —Con todo, Harrison no se atrevió a levantar la voz.

—¿Y un disparo después del accidente? He visto historial.

Fred no tuvo más alternativas que callarse. La desventaja era vergonzosa.

—Ahora vas a escuchar. Voy a dar tres opciones para ti. Primera, hablar con *politsiya* y firmar tu muerte. Serás un chivato. —Gueorguiev se detuvo mientras fruncía el ceño—. ¿Quién te hizo eso?

Harrison imitó el gesto. Demasiado surrealista. Tenía muchas, muchísimas ganas de acusar al imbécil de su jefe. ¿Era seguro? ¿Quién era ese hombre? Policía no, seguidor de Annibal tampoco. ¿Quién podría estar interesado en querer algo suyo?

A tomar por culo.

—Esto me lo ha hecho Scorpio. —Casi escupió al pronunciarlo. Su ego se lo pedía a gritos. Que fuese lo que tuviese que ser.

—¿En serio? ¡*Chert!* —se asombró Nikolay. Sus finas cejas rubias se alzaron un par de milímetros. Por lo demás, continuaba siendo una estatua—. Bueno, este, ahora tengo que cambiar mis argumentos.

Los remordimientos se sustituyeron por la humillación que sentía al haberse visto echado a patadas, literalmente, de la organización.

—Ya entiendo. No pregunto porque no interesa lo que hiciste. Bueno, mejor. Más beneficio.

—¿Por qué todos dan por hecho que hice algo?

—Tú escucha. Voy a repetir. Hablas con polis y te matarán. Seguro que se enteran, tus compañeros. ¿Excompañeros? No importa, ellos te matan, seguro. Tengo una idea de cómo tu jefe es.

—Ya no es mi jefe.

—Ellos encontrarán forma de burlar *politsiya*, su protección, y te matan. Fácil, en realidad. —Los ojos glaciales del europeo brillaban de un modo particular tras la inesperada noticia. Ya no era tan necesario recurrir a sus dotes más persuasivas—. ¿No quieres devolverle el favor?

Harrison entonces comprendió. Fuera quien fuese ese hombre, compartía con él sus mismas y más recientes pretensiones. Era una oportunidad demasiado perfecta y no estaba soñando.

Pero no respondió.

Gueorguiev lo tomó como un sí.

—¿Qué crees que hará *politsiya* si acusas a Scorpio? Eso buscan ellos. ¿Qué crees que harán? Lo detienen y está fuera al poco tiempo, en la calle. Eso si termina en cárcel. Te dije que tienes tres opciones, pero solo dos después de lo que has contado. Presta atención, es peligroso si enfermeros vienen y yo aquí. Tu segunda opción es cooperar con nosotros.

—¿Y quienes sois vosotros? —La conversación se estaba volviendo muy interesante.

—Conoces a O'Quinn, no hace falta que explique. Él tiene contactos aquí, le contaron cuando tu identificación. Quiere hablar contigo, le interesas. Le vas a interesar más cuando sepa lo que me has dicho. Buscamos lo mismo.

Sería, cuanto menos, extraño que aceptase la oferta procedente del enemigo. Un hombre que había liderado el bando contrario en un tiroteo no hacía tanto tiempo.

Hay que ver cómo cambian las cosas.

La realidad era así: él trabajaba con aquel que le guardaba las espaldas. Scorpio había dejado de ejercer esa función. Lo mejor de todo era que, si cambiaba de bando, ya no se le podía considerar un chivato, sino que se convertiría en un hombre que jugaba a favor de los suyos. Todo eran ventajas.

—Tú nos dices lo que queremos saber. No *politsiya*, no cárcel. Nosotros lo matamos. No Scorpio, no problema. Nuestra garantía de que no podrá hacerte daño. Estarás a salvo de él.

¿Acaso era posible que fuera precisamente O'Quinn su principal bote salvavidas? Que le dieran por culo a la policía. No era su estilo.

—¿Y qué queréis saber?

La conversación fue larga. Durante todo ese rato, ambos hombres estuvieron pendientes de la puerta por si algún trabajador nocturno decidía echar un vistazo rutinario. Pero nadie los interrumpió. Nikolay Gueorguiev preguntaba y Frederick Harrison respondía. De la boca de este último salían datos imposibles de conocer por quienes no pertenecían al círculo más elitista de la organización de Annibal Scorpio. Cantidades, direcciones, nombres, fechas. Lo único que Fred lamentaba era aquella información que no poseía. Su interlocutor le prestaba una atención que no

había recibido en mucho tiempo. Se sentía importante.

—Sabía que tenéis laboratorios, pero esto es demasiado —comentó Nikolay. Únicamente lo había interrumpido para puntualizar con preguntas específicas. Había esperado al final de la perorata para hablar.

—¿De dónde crees que sacamos tanto dinero? Suele importar cocaína pura y aquí la cortan para la distribución. Fíjate el tiempo que llevo con él y ni con esas llevo a saberlo todo. Espero que asaltéis todos y cada uno de los laboratorios y demás mierdas de las que os he hablado. Los pisos francos. Todo. —Harrison miró las manecillas del reloj colgado en la pared de enfrente—. ¿En serio? ¿Ha pasado ya una hora?

—Eso parece.

—Menos mal que no nos ha interrumpido nadie —suspiró Fred, aliviado—. Al final hemos salido ganando.

—Nadie iba a interrumpirnos, en realidad —apuntó Gueorguiev, inalterable—. Esa enfermera tuya, Patsy Collins, colabora rápido. Cuarenta y tantos, sabe que no es guapa y su cuerpo deja que desear. Un tonto, un meneo. No resistencia. Luego, dinero. Fácil.

—¿Qué dices? ¿Con esa? Hay que tenerlos bien puestos, tío.

—Trabajo. A veces pasa. Y a veces también funciona con hombres. Yo no tengo trauma, tú tampoco deberías.

—Me lo podrías haber dicho al principio, no habría estado pendiente de la puerta.

—Técnica de venta. «Compra coche hoy, último día de oferta, aprovecha». Y lo compras. Me lo contaste porque viste peligrar tu momento. De otro modo, a lo mejor lo piensas.

—¡Qué cabrón! Eres bueno, ¿eh? —Fred se dijo que guardaría la técnica para usarla con alguna señorita fácil al salir del hospital.

—Sí. —Nikolay abandonó su pétrea posición, apoyó las manos en las rodillas y se levantó de la silla. Alzó las cejas y suspiró—. Ha sido un placer.

—Qué va, el placer es mío. —Harrison estiró el brazo derecho como pudo con la intención de estrecharle la mano, pero no se vio correspondido. Se sintió estúpido—. Espero recibir noticias vuestras pronto. Os ayudaré con lo que necesitéis.

—No hay nada más, Harrison.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—No nos sirves.

—¿Cómo? —repitió, enfadado—. ¡Ese no era el trato! ¡Te he contado todo lo que me has pedido!

—Sí, está muy bien. Pero no tardé en convencerte. Hablaste rápido. Muy rápido.

—¡Eso es bueno!

—Bueno para mí, malo para ti. Cambias de chaqueta muy deprisa. Puedes cansarte y volver a los brazos de Scorpio.

—¡No voy a volver! ¡Ordenó que me mataran, maldita sea!

—Algo habrás hecho.

—¿Tú qué coño sabes?

—No grites.

—Haré lo que me salga de los huevos. ¡He cumplido mi parte del trato!

—¿Qué trato?

—¡No me jodas!

—Yo dije que tu colaboración sirve para Scorpio no hacerte nada. En ningún momento ofrecí asilo con nosotros.

Harrison sabía que el rubio tenía razón. No significaba nada para él.

—Duerme bien. No hables con *politsiya*.

—No voy a hacerlo, gilipollas.

—Ya lo sé.

Sin que Harrison pudiera anticiparlo, Gueorguiev agarró el extremo de la almohada del convaleciente que más cerca le quedaba. Se hizo con ella de un tirón. Fred comenzó a soltar improperios al quedarse tumbado en posición horizontal. Pronto, sus palabras se acallaron. Nikolay le colocó la almohada en la cabeza con una mano mientras que con la otra sacaba una pequeña pistola del bolsillo de la bata. Tenía instalado un sutil silenciador. Apuntó al centro de la almohada, el lugar exacto bajo el cual su víctima debía de tener la cara.

Harrison, histérico, forcejeaba. El dolor era mortal, pero no tanto como el destino que sabía que le aguardaba.

Nikolay presionó el cilindro oscuro sobre la almohada. Apretó el gatillo. En ese mismo momento, los brazos de Frederick cayeron como plomo sobre la cama. La sangre fue penetrando en los impolutos tejidos hospitalarios, creando una mancha escarlata creciente. El ruso guardó la pistola. Caminó hasta la salida de la habitación. Antes de marcharse, le echó un último vistazo a la cama, al cuerpo, a la sangre.

No podía permitir que viviera alguien con un cerebro tan pequeño y una lengua tan larga.

Cerró la puerta tras de sí. Al fin y al cabo, no le había mentado. Era verdad que Scorpio ya no podría hacerle daño de ahora en adelante.

Capítulo 19 - Angela

Abrí los ojos. Jadeaba. Mi corazón latía a la velocidad del miedo. Todavía tardé varios segundos en darme cuenta de que aquellas paredes desconocidas en realidad pertenecían a mi dormitorio. La tela de la almohada me rozaba, húmeda, el rostro congestionado. Había estado llorando.

Cada noche, cada maldita noche desde que regresé a mi cama, desde que escapé de aquella casa, me despertaba con la angustia presionándome la garganta. Cada noche desde que él me liberó. Pero lo que sentía eran sus manos aprisionando mi cabeza con el saco y cubriéndome de agua.

Me tembló la mano cuando cogí el teléfono móvil de la mesita que descansaba a mi lado. Las tres y diez de la mañana. Once de agosto.

Ya habían pasado casi dos semanas.

La libertad desde entonces me sabía a poco. No me sabía a nada. Había cambiado el desván por mi habitación, la ira y el miedo por el hundimiento y la miseria. No tenía muy claro si había salido ganando. ¿Qué coño esperaba? ¿La muerte? Quizá la muerte hubiese sido un regalo y no un castigo. Hay informaciones que es mejor no conocer y yo no sabía vivir con lo que ahora sabía. Yo misma me lo había buscado. Ingenua de mí, en el pasado había llegado a pensar que lo peor que me podía suceder era que esos tipos, esos narcotraficantes, esos criminales en los que había depositado todo mi odio me capturaran y acabaran con mi vida como yo estaba haciendo con las tuyas. El dolor asusta más que la muerte. Me equivoqué. Como con todo lo demás. Así que no era eso lo peor que me podía pasar. Por algún motivo que no lograba comprender, seguía viva, algo objetivamente improbable después de haberme aventurado sola a esa misión suicida. Viva para comprender que hay cosas que duelen más que cualquier muerte que me hubiesen podido dar. Que él me hubiese dado. Morir en sus manos habría sido, después de todo, el culmen de la justicia poética.

Y el cenit de la injusticia, regresar a sus brazos.

Los límites entre el asesino que despreciaba y el hombre que amaba se habían difuminado hacía tiempo. Me había costado mucho aceptar que el primero se había transformado en el segundo. Me había vuelto a perder en su cuerpo, entre sus músculos, bajo una sed salvaje que solo él podía saciar. Me había abrazado, besado. Me había hecho temblar. Me había dejado entrever que, debajo de toda esa brusquedad, latía algo más. Pero los restos de cualquier tipo de llama habían muerto al abandonar esa casa.

Mi desconocimiento ciego había dirigido el odio hacia la persona equivocada.

Despierta, era incapaz de contener las lágrimas. Morían en la almohada, al igual que mis sueños.

Recordé cómo, dos semanas atrás, intenté encender el teléfono después de salir al exterior. No tenía batería. Quise estrellarlo contra el suelo, pero mis ingresos no me permitían comprar otro y llegar a fin de mes desahogada. Lo guardé en el bolso. Marcharme a casa caminando no era una posibilidad, así que lo descarté de inmediato. Tampoco regresar sobre mis pasos y pedirle al dueño de aquella gran casa que me permitiese hacer una llamada. La amenaza había sido demasiado clara. Y tampoco podía volver a enfrentarme a él sin derrumbarme. La única opción que me quedó fue mendigar la llamada a los pocos transeúntes que caminaban bajo la tormenta.

Fui consciente de lo deplorable de mi imagen al sentir el rechazo. No me había atrevido a mirarme al espejo, pero debía de parecer una vagabunda, una drogadicta. Tal vez las dos cosas. Al final, un hombre cuyo aspecto dudoso se asemejaba al mío fue el que me permitió utilizar su

teléfono. Las apariencias suelen funcionar como una engañosa carta de presentación, y era una lección de la que me había valido todos esos meses y que se había terminado volviendo contra mí. El hombre que me asistió se prestó a ofrecerme más ayuda, pero yo me negué. Solo quería estar sola, desaparecer.

Un taxi se presentó allí a los veinte minutos. El agua me había calado hasta los huesos. La calefacción que encontré en el interior del coche no me reconfortó. Pude ver cómo me miraba el conductor a través del espejo retrovisor. Seguramente le parecía tan patética como yo me sentía. Empapada con todos esos golpes en la cara, heridas en las muñecas, despeinada, vistiendo una camiseta masculina que me quedaba grande y manchada con los restos de sangre seca que había arrastrado la lluvia.

Fue un trayecto que se me hizo eterno. Cada segundo se convertía en una lucha sin cuartel contra el llanto. No quería suposiciones, no quería preguntas. No era maltrato lo que había sufrido, sino las consecuencias de haber jugado con el crimen organizado. No podía dar explicaciones. Así que, no, no quería ir al hospital.

Al llegar al ansiado destino, cuando el taxista me informó del precio a pagar, no me quedé con la cifra. Le di unos cuantos billetes esperando que fueran suficientes. No me importaba el cambio, solo quería largarme de allí.

La tormenta me protegió de miradas indiscretas, pues la mayoría de la gente seguía confinada en sus casas. Me cubrí la cara todo lo que pude con el pelo mojado.

Mi casa me recibió como un viejo amigo. *Ya estás a salvo, todo saldrá bien*, me habría dicho de haber podido hablar. Pero nada saldría bien.

Lo primero que había pensado entonces fue en un baño caliente, pero temía que el agotamiento me llevase sin darme la oportunidad de salir de la bañera. Necesitaba comer. Necesitaba dormir. Mis prioridades se pisoteaban unas a otras y no me dejaban decidir. Tuve que elegir. Me di una ducha rápida con agua ardiendo, que recorría mi cuerpo lastimado recordándome unas caricias perdidas. Una zarpa invisible penetró en mi esternón, me agarró el corazón y lo aplastó sin piedad. No desapareció cuando salí y cambié la toalla por un pijama de verano. Una vez en la cocina, engullí las cuatro primeras cosas que rescaté de la nevera. Bebí varios vasos de agua. Seguí comiendo. La garganta me ardía con cada trago. El sabor salado de las lágrimas se mezclaba con el de la comida.

Había llegado la hora de que dejara de pretender ser alguien que no era. Llevaba haciéndolo mucho tiempo. Probablemente, desde la muerte de Joel.

Joel.

Cómo me engañaste, Joel.

En qué me convertiste.

No podía engañarme. La única artífice de mi transformación había sido yo. Podría haber elegido obrar de otro modo. Podría haberte investigado, al igual que hice con otros. Algo me decía que no habría tardado mucho en encontrar la verdad. Pero estaba demasiado ciega. Si algo me había quedado claro era que Annibal no mataba porque sí. Tú le diste ese motivo que ha debido de estar persiguiéndolo durante tanto tiempo y que yo no supe ver.

Podría haber elegido ser mejor de lo que tú eras. Ya era tarde. Muy tarde.

El ataque de histeria que me convirtió en su presa mientras comía, junto con el dolor de garganta, casi me impedían tragar. Hundí la cabeza entre mis brazos sobre la mesa de la cocina, anclada a la banqueta. Todas las heridas de mi cuerpo latían desesperadas, pedían descanso.

Me levanté. Me fui a la cama. No recordaría haberlo hecho.

Aquella primera noche me acosté con taquicardia. Las sábanas me acogieron como una

madre. Al menos, como una madre distinta a la mía. Mis ojos hinchados por el llanto se cerraron.

Dormí hasta las seis de la tarde del día siguiente. Mi garganta se encontraba peor, parecía una lija cada vez que tragaba. Me llevé la mano a la frente y me encontré con que estaba ardiendo. Busqué a tientas en el primer cajón de la mesita de noche hasta que encontré el termómetro. Lo noté helado. Cuando me avisó con un pitido, marcaba casi cuarenta grados.

Aquel día encendí el móvil por primera vez. En algún momento lo debía de haber puesto a cargar, tampoco lo recordaba. Empezaron a llegar mensajes que anunciaban las llamadas perdidas de un número muy familiar: el Hot Fire. Habían intentado contactar conmigo tanto el sábado como el domingo. Parecía ser que ya era lunes. La actuación. «¿Dónde coño estás?» se repetía en varias de las notificaciones del chat, por otro lado. Mi inmensa apatía me llevó a borrar todo. Ya hablaría con los del local, me dije entonces. Ya me inventaría algo. Tendría que omitir la parte en la que había estado secuestrada. Debía hacer lo mismo con los del otro trabajo, la clínica donde desempeñaba labores de recepcionista. Había faltado el jueves, había faltado el viernes y también faltaría ese lunes. Tal vez me pidieran un justificante médico. Ir al médico supondría un interrogatorio acerca de mis lesiones, ante lo cual yo tendría que mentir. Y estaba muy cansada de mentir.

Apenas me preocupé de si faltaba algo de mi cuarto secreto. Su sola existencia ya carecía de sentido. No quería volver a pisarlo.

Los días siguientes solo fueron un cúmulo de abandono, llanto, fiebre, dolor físico y sufrimiento mental. Fueron patéticos vistazos continuos a la pantalla del móvil por si había llamadas perdidas, a la falta de notificaciones con el símbolo redondo y un teléfono en el centro. La certeza de un dispositivo vacío.

Mi mente era una oscura amalgama de recuerdos de todo lo que había vivido en aquel desván, de todo cuanto había acontecido los últimos meses. Era una aleación de culpabilidad e impotencia. Una fusión de desapego por la existencia y deseo de muerte.

Pero la vida continuaba.

En el Hot Fire se mostraron bastante comprensivos con mi «enfermedad». Cuando hablé con ellos por teléfono, tan solo me impusieron la recuperación de ese sábado perdido. Un precio diminuto a pagar, a decir verdad.

Me habían despedido de la clínica.

Pagar las facturas se había convertido en un nuevo problema. Actuar dos noches al mes en el pub no era suficiente. El rumbo de mi vida había caído en un agujero negro.

Perdí el hambre.

Todo cuanto podía pensar giraba en torno a los dos hombres que se habían convertido en el núcleo de mis obsesiones.

Habían sido muchos los gestos que mi primo me había regalado desde que lo conocía. El primero, acogerme cuando no me quedaba nadie más. ¿No eran los pequeños detalles los que revelan cómo es una persona? Reales, fingidos, qué importaba. Pensé, incluso, que me había mantenido al margen para protegerme de un mundo oscuro. Annibal también lo había hecho.

Mi alma sangraba al pronunciar ese nombre.

¿Acaso marcaba la diferencia que Joel hubiese llevado una doble vida? Siempre me había tratado como una reina. Tampoco era la más indicada para ofenderme después de todo lo que hice. No. Lo que me destrozaba era pensar que había sido capaz de tal barbarie con una niña. ¿Habría sido antes o después de traer bolsas del McDonald's para cenar? ¿Antes o después de retarme a carreras de coches en la Play Station? Me había escuchado y aconsejado con mis problemas del instituto. Con mis problemas para encajar en un grupo de amigas. Con mis problemas con los

chicos. Fue el hermano mayor que nunca tuve. Fue mi padre. Fue mi madre.

Nunca le di importancia a las chicas que traía a casa. Siempre creí que eran novias suyas, rollos de una noche, o lo que fuera. Era su vida, yo no me metía, ni siquiera cuando venía con varias a la vez. ¿Había llegado a ver gestos cariñosos? ¿Era felicidad lo que esas chicas dibujaban en sus rostros? Eran bastante jóvenes.

El corazón me dio un vuelco.

Podría haber estado ignorando aquellos indicios durante todo ese tiempo no por inocencia, sino por amor incondicional.

Volví a pensar en Annibal. En la chica de la foto. Volví a romper a llorar.

Me pasaba los días llorando.

No parecía quedar nada en mí de la asesina despiadada que dejaba el número trece en sus firmas. No tenía amigos a los que recurrir. Nada. Mi obsesión me había impedido socializar más allá de lo necesario. Este era un peso que debía cargar sola.

Lo cargaba cada día. Cada noche. Como la madrugada de ese once de agosto, sobresaltada entre las sábanas por la reminiscencia de una afilada agonía.

Me acurriqué en una esquina de la cama. Lo pensé mejor y volví a consultar el teléfono. Las tres y cuarto. Sin notificaciones. No tenía sentido, pero seguía esperando algo que sabía que no iba a llegar. El frío en el interior de mi pecho nada tenía que ver con la desaparecida fiebre.

Cerré los ojos. Me daba miedo dormir. Los sueños me traían lo que despierta no era capaz de afrontar. Recuerdos enterrados de una vida penosa. Gente de tiempos pasados. Desasosiego. Evocaciones de mediocridad y desdicha. Los ingredientes que me forjaron.

La inconsciencia me arrancó de la realidad.

Frente a mí, el rostro sin vida de mi padre. Paul Kreamer se llamaba. Su tez azulada resplandecía desde lo alto bajo la barra rígida de la ducha, junto a la luz del lavabo. Sus ojos fijos me miraban sin verme. Mi madre nunca me avisó de que no entrara al cuarto de baño. Pensaba que, a mis ocho años, yo ya era lo suficientemente mayor como para contemplar a un hombre ahorcado. Ella prefería que la llamaran Barbie en lugar de Barbara. Nunca me compró la muñeca con la que compartía nombre.

Desde ese día, empecé a mojar la cama. Se lo conté a mi madre, no entendía qué me ocurría. Lo que recibí de ella fue una bofetada. «Guarra». No volví a mencionarlo. Cada mañana me levantaba antes que ella para encubrir las pruebas de lo que creía un delito. Tenía que lavar las sábanas, conseguir secarlas y volver a colocarlas antes de marcharme al colegio. Un buen día, el problema desapareció. Yo, sin embargo, seguía levantándome antes de que sonara el despertador de Barbie.

El suicidio de Paul no me borró los recuerdos de las acaloradas discusiones que tenían lugar en mi casa. Desde que era muy pequeña, presencié las palizas y el maltrato psicológico hacia mi madre. Ella se emborrachaba cada noche, costumbre que perduró después de la muerte de mi padre. Barbie no pareció sufrir mucho por la muerte de Paul, cosa que yo no entendí en su día. Aún no lograba comprender los entresijos y la complejidad de la vida adulta.

Pronto, las visitas del nuevo novio de mi madre se convirtieron en algo frecuente. Parecía olvidar que su hija se encontraba en la misma casa cuando se ponían a practicar sexo en el dormitorio de matrimonio con la puerta abierta. Mientras tanto, yo veía series de dibujos en la televisión del salón, la única que teníamos. Me veía obligada a subir el volumen hasta niveles cuestionables para no tener que escucharlos. No me atrevía a ir a mi habitación, pues tenía que ir en la misma dirección de la que procedían todos esos gritos. Tampoco era capaz de hablar con mi

madre del asunto. A decir verdad, no era capaz de hablar con ella de nada.

Mi madre solía descargar sus frustraciones conmigo. Su culpabilidad, sus fracasos. Me gritaba. Me repetía una y otra vez que todos sus problemas se debían a mí. Solía decirme que, si no hubiese nacido, nunca habría discutido con su marido. En realidad, Paul y Barbara nunca habían estado casados. Me llegó a acusar del suicidio. Le encantaba recordarme que nunca llegaría a nada, que la única aspiración de mi vida sería complacer a los hombres ejerciendo de prostituta. A mis ocho años, todavía no comprendía el significado de esa palabra. No tardé mucho en aprenderlo.

Mi aprendizaje en casa se basó en los golpes. Las pocas veces que me había atrevido a replicarle, me había abofeteado. En el colegio nunca me preguntaron de dónde procedían esas marcas. Las peleas eran frecuentes en mi barrio. Los propios profesores no siempre salían indemnes de allí. Yo prefería que nadie me preguntara nada. Prefería callar que mentir. Y mientras permanecía en el colegio, al menos no estaba con Barbie. Nunca me llegó a importar que me consideraran la rara de clase, que ninguno de mis compañeros se preocupara por mí excepto a la hora de buscar una cabeza de turco. Pronto les dejé claro que conmigo no se jugaba. Lo había aprendido de mi madre.

Barbie no trabajaba. Se tiraba prácticamente todo el día holgazaneando en casa subsistiendo con los ahorros de Paul, lo que recibía de la caridad y lo que podía arañar del novio de turno. La industria del alcohol era la gran beneficiaria de ese dinero. Algunas noches ella entraba a mi habitación. Yo fingía dormir, y escuchaba los lamentos del fracaso hecho mujer. Solo lo hacía si estaba borracha. Cuando eso ocurría, solía pedirme perdón por todo. Al principio, creí en sus palabras. Nunca se lo demostraba por miedo a que me pegara. Con el tiempo, dejé esas vanas ilusiones en el cubo de la basura. Nada cambiaba.

Tomé la drástica decisión, con once años, de abandonar esa casa que nunca fue hogar. Simplemente, no pude soportarlo más. Nadie debería llegar a esos extremos, y menos un niño. Cada día en ese apartamento era un infierno. Vivía con miedo constante. Una lluvia torrencial asolaba las calles. Yo tardaba unos quince minutos en llegar del colegio. Como siempre, no llevaba dinero para el autobús. Llegué a casa empapada. Y, como siempre, mi intención había sido encerrarme directamente en mi habitación. Pero Barbie se levantó del sofá. Dejó la botella de whisky sobre la mesa, se acercó a mí y me agarró del brazo. No pude anticiparlo.

—¡No te compro la ropa para esto! ¡No lavo y plancho para esto! ¡Putas!

Me agarró del pelo. Del tirón que me dio, vi cómo se quedaba con mechones rubios en la mano. Yo había aprendido a defenderme, pero esa mujer era demasiado bruta. En especial, si era conmigo. Me tiró al suelo y me torció el tobillo. Grité a causa del dolor. Si alguno de mis vecinos por aquel entonces escuchó algo, no hizo nada. Nunca intervenían. Corrí hacia mi habitación como pude y eché el pestillo. Mi madre no fue detrás, seguramente pensaba que me había dado mi merecido.

Hice lo que llevaba semanas pensando.

Saqué una maletilla mediana y empecé a llenarla. Unas cuantas mudas, artículos de higiene y algunos objetos personales, como cuadernos y algún peluche que mi padre me compró antes de que la situación cayese por el abismo. También cogí mis libros de la escuela. Cerré la maleta. No me atreví a salir. Con todo ese peso, Barbara me alcanzaría con facilidad a pesar de su estado de embriaguez. Me obligué a esperar a la noche. Aprovecharía a que llegara Pedro, el mexicano que venía a casa cada noche desde hacía unas tres semanas.

Barbie nunca llegó a enterarse de la hora en la que me marché. Con sus gritos y mi sigilo, era imposible que escuchara la puerta de la calle cerrarse.

Una vez fuera, me di cuenta de que no sabía dónde ir. Era una niña, pero no lloré. Busqué una solución. Entonces, la imagen de Jim, el hermano de mi padre, me acudió a la mente. En concreto, su hijo. Joel. Mi primo venía a verme al recreo alguna vez que otra, teníamos cierta relación. Era mi primera y única opción. Si él me rechazaba, me vería en la calle. Prefería la calle a regresar a casa, con todas las consecuencias. Me paralizaba el miedo solo de pensarlo. No podía dejar que cundiera el pánico. Tenía frío, debía tomar una decisión.

Había roto la hucha antes de marcharme. Me sorprendí al haber conseguido reunir casi doscientos dólares. Si mi madre hubiese sabido dónde la escondía, no solo me habría desaparecido todo el dinero, sino que me habría dado unos cuantos bofetones por no habérsela entregado antes. Arrastrando la maleta, pedí el primer taxi que se acercó. Tuve que demostrarle que tenía dinero para que accediese a llevarme. Le di la dirección de mi primo. Por suerte, no estaba muy lejos. La única cosa buena que me había enseñado Barbara era a desconfiar de los taxis que no mostrasen su licencia. No era el caso, lo que me hizo respirar aliviada. O, al menos, con todo el alivio que la situación me permitía.

Cuando llegué al apartamento de Joel, pulsé el timbre hecha un auténtico manojo de nervios. Confiaba en que mi salvación se encontrara en él y en el interior de sus cuatro paredes. Cuando abrió la puerta y me vio, lo primero que hizo fue alzar las cejas, extrañado. Me miró a mí. Miró a la maleta. Luego, otra vez a mí. Había jaleo dentro del piso. Joel, de veinte años por aquel entonces, echó a todos sus amigos con los que estaba celebrando una especie de fiesta para acogerme a mí.

Una vez solos, me dejó explicarme. Me dejó desahogarme. Lloré en sus brazos hasta que me quedé dormida.

Al día siguiente, me dijo que era su prima favorita, que no iba a dejarme en la calle. Mi madre nunca fue de su agrado, y menos desde que mi padre se ahorcó, así que no le daría el aviso de que yo estaba allí. Tampoco me denunciaría a la policía. Se encargaría él mismo de mí y de mi educación. No le faltaba el dinero. Me demostró que yo era su pequeña debilidad.

Joel Kreamer fue el referente masculino que no había tenido jamás hasta la fecha. La diferencia de edad entre nosotros era notoria, pero nunca pareció importarle. Al contrario. Casi nunca discutíamos y la relación que yo percibía era de sinceridad absoluta, aunque no me llegó a explicar de dónde venían los ingresos. Intuí que algo tenía que ver con una armería, dadas las pocas palabras sueltas que llegaban a mí. Nunca dudé de la legalidad de sus transacciones, cualesquiera que estas fueran. Nada me hacía sospechar que aquello que me ocultaba me habría hecho salir huyendo de allí.

Él no me daba explicaciones. Yo no las quería.

Tampoco me pregunté por qué Barbie nunca me buscó. Estaba bastante claro. Lo único que temía era que algún Defensor del Menor fuese a por mí. Nunca ocurrió.

Joel se encargó de que no me sintiera sola. Había veces que me llevaba a fiestas o a reuniones con amigos suyos. Por supuesto, no me enteraba de gran cosa. Y si algo ocurría, me defendía.

Sin embargo, una noche...

La habitación era oscura. Solo incidía la tenue iluminación procedente del pasillo.

Yo...

Desperté. Eché la cabeza a un lado, fuera de la cama. Vomité. Me latían las sienas. Respiraba por la boca. No era capaz de recordar qué venía después. Sabía que el recuerdo permanecía enterrado en algún recóndito lugar de mi mente, oculto tras una gran compuerta opaca

y cerrada por un código al que no podía acceder. Resignada, me convertí en un ovillo entre las sábanas.

Volví a llorar.

Me atreví a salir a la calle al día siguiente, domingo, por primera vez en dos semanas. Hasta entonces había sobrevivido con conservas y pedidos a domicilio. Sobre todo, con comida a domicilio. Lo que quedaba de las contusiones se podía camuflar con maquillaje. No desentonaría, nadie se fijaría. Eso esperaba. Yo me sentía como si todos los pares de ojos recayeran, acusadores, en mí. Bajo las gafas de sol, vigilaba cada esquina, cada rincón, cada metro en derredor. Mi nivel de paranoia resultaba doloroso. No podía confiar en que no apareciera un desconocido y me pegara un tiro en plena avenida. No importaba lo concurrida que estuviera. No importaba que caminase a plena luz del día.

Pasé al lado de un quiosco. Debía distraerme para no caer en la locura. Quince días de clausura me tenían desinformada. Aunque, sinceramente, me importaban una mierda las noticias a mi alrededor. Ni siquiera había consultado Internet más allá del más puro y estúpido entretenimiento. Decidí que compraría un periódico. Al fin y al cabo, la lectura en papel nada tenía que ver con la consulta en medios digitales. Elegí el *Newstalking*. No era muy famoso, pero se decía que ofrecía buena calidad informativa.

No lo abrí hasta que llegué al banco de un parque de árboles frondosos y corredores incansables. Respiraba aire puro y los rayos de sol, pese al calor, abrazaban mi piel. Aquella salida me estaba viniendo bien.

O eso pensaba hasta que llegué a la página siete.

Los latidos de mi corazón se agolpaban unos con otros. Los escalofríos se adueñaron de mi médula espinal. La piel de mi rostro comenzó a arder. Me temblaban las manos.

El conjunto de letras que trazaba su nombre destacaba por encima del resto con un aura vibrante.

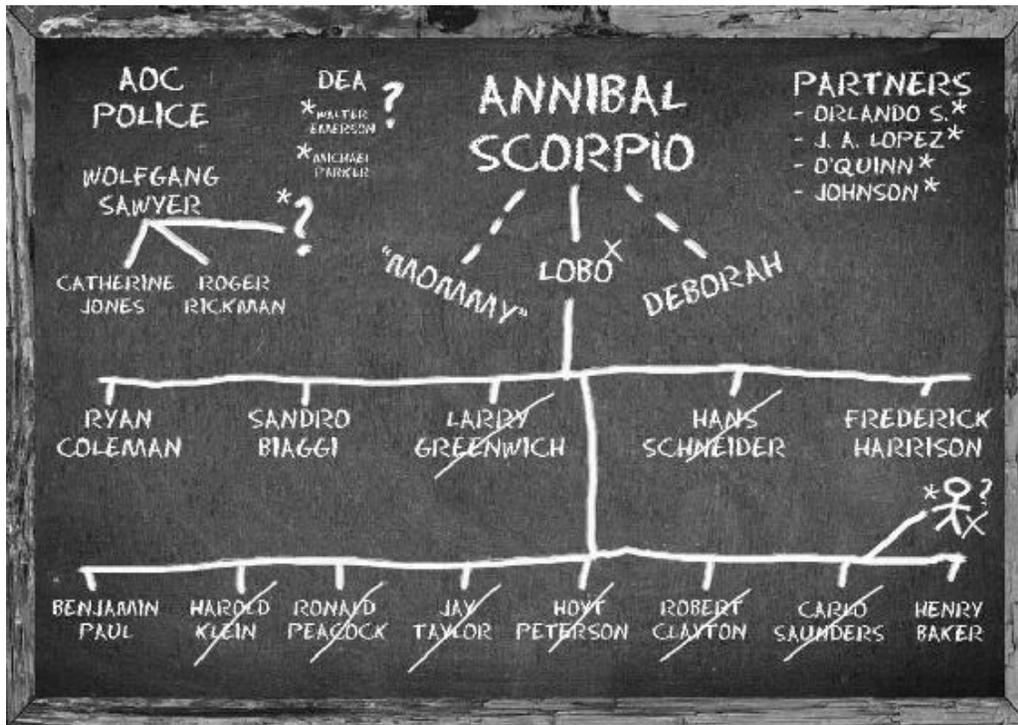
Annibal Scorpio.

FIN

PARTE 3

— 13 MILÍMETROS —

Organigrama descubierto



Nota: En la pizarra original encontrada, los nombres aquí marcados con * no se acompañan de ninguna fotografía.

Agradecimientos

Tras Scorpio y O'Quinn, aquí me encuentro junto a Angela y frente a la hoja en blanco sobre la que se escribirán las siguientes líneas. Sobrepasado el ecuador de esta historia, debo poner en orden mis ideas: todo lo que quiero decir y hacerlo de forma breve, todos a cuantos quiero mencionar y hacerlo de un modo genuino. Auténtico. Sí, esa es la palabra. Procuero que su significado sea un núcleo en torno al cual construir mi vida.

Este año han ocurrido muchas cosas.

Cómo olvidarme de mi ahora nueva estrella. Quisiera tener una escalera que me permitiera subir cada día, aunque fuese un ratito. Mis estrellas. Nuestras estrellas. Nos cuidan, lo sé, y en nuestros ojos se reflejan cuando las buscamos. ¿Cómo no hallarlos allí? Mi primer agradecimiento va para ellos.

También he tenido muchos momentos de alegría y risas. De felicidad.

Álvaro. Mi marido. Mi apoyo gigante y pétreo. Frente a olas, tempestades, huracanes y monstruos, él. Junto a magia, cocodrilos, sonrisas y amor, él. Que cree en mí mucho más que yo misma. Como ya dije en las anteriores entregas, nada de esto sería posible sin su incondicionalidad. No solo hablo de la cubierta y la maquetación del libro (de este y del resto), sino de la misma esencia de las historias que escribo. Mi particular Mundo de las Ideas siempre fue nuestro. Digamos que el mundo, en general, también lo es. No importa la era de la Historia en la que estemos, pues siempre hallamos la forma de encontrarnos.

Papá. Sigo caminando de tu brazo. Los kilómetros no marcan la distancia, y las carreras sí marcan la diferencia. Incondicional.

Mamá. Eres fuerza, danza bajo las gotas de lluvia. Y nos encanta la lluvia. Agua de limón. Rosa blanca entre margaritas. Incondicional.

Nuria. No importa el tiempo que pase, ni lo que suceda durante todo ese tiempo, tus ojos acompañan a esa sonrisa que siempre estás dispuesta a regalar. Porque ves cosas que, tras la máscara, se camuflan para el resto. Todo amistad, todo complicidad. No podría tener una hermana mejor.

Renata y Lucía. Mis damas, literal y metafóricamente. Como siempre, vuestra importante aportación a este libro significa mejora, perfeccionamiento. ¡Vaya! Lo mismo que le ocurre a mi vida por encontraros en ella. Cuatro años solo han sido el comienzo. Mis psicólogas.

Claudia. Lo repetiré las veces que sean necesarias: nunca una entrevista fue tan afortunada. A veces, las mejores cosas aparecen de esta manera: por casualidad. Gracias por querer esta historia desde el mismo momento en el que la conociste, y también por contribuir tanto a ella con letras e imágenes, con charlas e hipótesis. Y sí, hace falta.

Gema. Dan igual los horarios, y da igual lo fría, cruel y sanguinaria que pueda parecer una. Al final, encontramos un hueco para dedicarnos. Que los dragones y las panteras nos acompañen durante mucho tiempo en ferias, presentaciones o en los 100 Montaditos.

Sofía. Virginia. Helena. Inés. Lala. Nombres que para mí son tesoros.

También mencionar a aquellos que, aunque no vean su nombre en esta sección, caminan junto a mí de un modo u otro. En la red de la experiencia, donde se unen los hilos de cada uno de nosotros, nuestras acciones influyen en las del resto. Aprovechemos esto para crear algo mejor, siempre hacia arriba. Nunca es tarde.

A quienes dan oportunidades, esas que tanto valor tienen para continuar creciendo. La oportunidad es muy importante, nos ayuda a demostrar nuestra valía, a expresar lo que tenemos que decir, a ser escuchados. Por eso, gracias a quienes apostáis también por la autopublicación.

Hay cientos de buenas historias esperando a ser leídas.

La lectura convierte a la escritura en fuente de inmortalidad. La escritura convierte a la lectura en una poderosa forma de viajar. Gracias, lector, por volar conmigo en esta travesía.

Acerca de

Beatriz García López nació en Madrid en 1988. Su pasión por la lectura la acompaña desde muy pequeña, y escribe desde que descubrió el placer de crear historias propias. A lo largo de su vida ha ido acumulando multitud de escritos orientados al disfrute personal, lo que le ha hecho ir aprendiendo de la propia experiencia. Es así como, poco a poco, ha ido encontrando su actual estilo literario.

Debutó como escritora con *El presagio de Horus*. La primera edición fue publicada por Entrelíneas Editores, con la que ganó el concurso literario «*I Certamen Corcel Dorado*». Se lanzó con la autopublicación con la segunda edición, así como con la versión digital. La saga *Trece Milímetros* sigue los mismos pasos de iniciativa independiente, habiendo ya publicado, con este, tres de las cinco entregas: *Scorpio*, *O'Quinn* y *Angela*.

Como finalista del concurso literario «Trappist» organizado por Fussion Editorial en 2017, participa en la antología que lleva el mismo nombre con un relato corto de ciencia-ficción.

Beatriz es graduada en Psicología por la Universidad Complutense de Madrid y actualmente realiza diversas actividades relacionadas con ese ámbito. Anteriormente, también se diplomó en Turismo por la Universidad Rey Juan Carlos.

Web: beatrizglopez.com

Twitter: @Beatriz_GLopez

Facebook: [facebook.com/beatrizglopezoficial](https://www.facebook.com/beatrizglopezoficial)

Instagram: @beatrizg.lopez

Estimado lector y lectora, vuestra opinión es muy importante para mí. Por eso os invito a valorar este libro en páginas como Amazon y Goodreads. Espero que hayáis disfrutado de esta historia tanto o más que yo creándola. Muchas gracias.